



Biografía de un cimarrón Miguel Barnet

COLECCIÓN CONTINENTES

BIOGRAFÍA DE UN CIMARRÓN

Miguel Barnet

BIOGRAFÍA
DE UN CIMARRÓN



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.^a edición en el Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias de Cuba, 1966

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Biografía de un cimarrón

© Miguel Barnet

IMAGEN DE PORTADA

Ricardo García

"Lo Crudo de la bestialización" (detalle)

Carboncillos, acrílicos y asfalto sobre tela

Instalación dibujística presentada en la 58 Bienal de Venecia, 2019

DISEÑO Y FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Raúl Cazal

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

Sonia Velásquez

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2025000621

ISBN: 978-98-01-2502-1

INTRODUCCIÓN

A mediados de 1963 apareció en la prensa una página dedicada a varios ancianos, mujeres y hombres, que sobrepasaban los cien años. Página que contenía una serie de entrevistas orientadas hacia temas insustanciales, anecdóticos. Dos de los entrevistados nos llamaron la atención. Uno era una mujer de cien años; el otro, un hombre de ciento cuatro. La mujer había sido esclava. Era, además, santera y espiritista. El hombre, aunque no se refería directamente a tópicos religiosos, reflejaba en sus palabras una inclinación a las supersticiones y a las creencias populares. Su vida era interesante. Contaba aspectos de la esclavitud y de la guerra de la Independencia. Pero lo que más nos impresionó fue su declaración de haber sido esclavo fugitivo, cimarrón, en los montes de la provincia de Las Villas.

Olvidamos a la anciana y a los pocos días nos dirigimos al Hogar del Veterano, donde estaba albergado Esteban Montejo. Hallamos un hombre muy serio, sano y de cabello completamente blanco. Le conversamos largamente en aquella primera ocasión.

Como nuestro interés primordial radicaba en aspectos generales de las religiones de origen africano que se conservan

en Cuba, tratamos al principio de indagar sobre ciertas particularidades. No fue difícil lograr un diálogo vivo, utilizando, desde luego, los recursos habituales de la investigación etnológica. Al principio nos habló de sus problemas personales: pensión, mujeres, salud. Procuramos resolver algunos de estos. Le hicimos obsequios sencillos: tabacos, distintivos, fotografías, etcétera. Nos contaba de una manera deshilvanada y sin orden cronológico, momentos importantes de su vida. El tema religioso no afloraba fácilmente. De este aspecto solo más tarde recogimos datos sobre ritos, dioses, adivinación y otros pormenores. Después de haber conversado alrededor de seis veces con él —nuestras entrevistas duraban hasta cinco horas— fuimos ampliando la temática con preguntas sobre la esclavitud, la vida en los barracones y la vida en el monte, de cimarrón.

Una vez obtenido el panorama de su vida, decidimos contemplar los aspectos más sobresalientes, cuya riqueza nos hizo pensar en la posibilidad de confeccionar un libro donde fueran apareciendo en el orden cronológico en que ocurrieron en la vida del informante. Preferimos que el libro fuese un relato en primera persona, de manera que no perdiera su espontaneidad, pudiendo así insertar vocablos y giros idiomáticos propios del habla de Esteban.

Con este fin formulamos un esquema que nos permitiera dividir las etapas que íbamos a abarcar en el trabajo. Una vez realizado este esquema comenzamos a desarrollar las preguntas. Como los temas surgían de las propias preguntas, no nos resultó difícil mantener la secuencia de los diálogos. Al principio, Esteban se mostró algo arisco. Más tarde, al identificarse con nosotros, se percató del interés del trabajo, y con su colaboración personal, pudimos lograr un ritmo de conversación normal sin las anteriores interrupciones banales.

Con frecuencia, una palabra, una idea, despertaban en Esteban recuerdos que a veces lo alejaban del tema. Estas

digresiones resultaron muy valiosas porque traían a la conversación elementos que quizás no hubiéramos descubierto.

Podemos decir que aunque elaboramos las preguntas básicas con la consulta de algunos libros y cuestionarios etnológicos, fue en la práctica como surgieron las más directamente vinculadas a la vida del informante.

Nos preocupaban problemas específicos, como el ambiente social de los barracones y la vida de cimarrón.

En Cuba son escasos los documentos que reconstruyan estos aspectos de la vida en esclavitud. De ahí que más que una descripción detallada de la arquitectura de los barracones, nos llamara la atención la vida social dentro de estas viviendas-cárceles. También quisimos describir los recursos empleados por el informante para subsistir en medio de la más absoluta soledad de los montes, las técnicas para obtener fuego, para cazar, etcétera. Así como su relación anímica con los elementos de la naturaleza, plantas y animales, especialmente las aves.

A las pocas semanas de continuados encuentros, Esteban comenzó a demostrar una afabilidad poco usual entre las personas de su edad. Hablaba con fluidez y él mismo en muchos casos escogía el tema que consideraba de más importancia. No pocas veces coincidimos. En una ocasión nos señaló, sorprendido, nuestra omisión al no preguntarle sobre los chinos en Sagua la Grande.

Miraba insistentemente hacia nuestra libreta de apuntes y casi nos obligaba a recoger todo lo que decía. En una entrevista con el capitán Antonio Núñez Jiménez surgió un tema que nosotros no habíamos abordado: la vida en las cuevas. Esteban informó a su interlocutor, experto espeleólogo, todos los medios de que se valió para subsistir en una de ellas.

Muchas de nuestras sesiones fueron grabadas en cintas magnetofónicas. Esto nos permitió familiarizarnos más con formas de lenguaje, giros, sintaxis, arcaísmos y modismos de

su habla. La necesidad de verificar datos, fechas, u otros por menores, nos llevó a sostener conversaciones con veteranos más o menos coetáneos con él. Sin embargo, ninguno de ellos era de tan avanzada edad como para haber vivido etapas o hechos de los relatados por Esteban.

Acudimos a libros de consulta, a biografías de los municipios de Cienfuegos y de Remedios, y revisamos toda la época con el propósito de no caer en imprecisiones históricas al hacer nuestras preguntas. Aunque, por supuesto, nuestro trabajo no es histórico. La historia aparece porque es la vida de un hombre que pasa por ella.

En todo el relato se podrá apreciar que hemos tenido que parafrasear mucho de lo que él nos contaba. De haber copiado fielmente los giros de su lenguaje, el libro se habría hecho difícil de comprender y en exceso reiterante. Sin embargo, fuimos cuidadosos en extremo al conservar la sintaxis cuando no se repetía en cada página.

Sabemos que poner a hablar a un informante es, en cierta medida, hacer literatura. Pero no intentamos nosotros crear un documento literario, una novela.

Encuadramos nuestro relato en una época fijada. De esta época no pretendimos reconstruir sus detalles mínimos con fidelidad en cuanto a tiempo o espacio. Preferimos conocer técnicas de cultivo, ceremonias, fiestas, comidas, bebidas; aunque nuestro informante no pudiera aclarar con exactitud los años en que se relacionó con ellas. Algunos temas, los que creímos más importantes: los acontecimientos de la guerra de Independencia, la batalla de Cienfuegos contra los norteamericanos y otros, los hemos corroborado y acompañamos con notas ilustrativas. La vida en el monte queda en el recuerdo como una época muy remota y confusa.

Indudablemente, muchos de sus argumentos no son rigurosamente fieles a los hechos. De cada situación él nos ofrece

su versión personal. Cómo él ha visto las cosas. Nos da una imagen de la vida en los barracones, de la vida en el monte, de la guerra, que es la imagen suya. En esta, por ejemplo, narra la batalla de Mal Tiempo, contando anecdóticamente lo que vivió de ella. Su visión es subjetiva en la apreciación de figuras tan destacadas como Máximo Gómez, a quien analiza desde un punto de vista muy personal. Análisis que nos interesa porque más que la vida de Máximo Gómez, de quien todos sabemos algo, refleja la manera de nuestro informante de acercarse a las cosas, de tratar a los hombres, su actitud de grupo, parcial a su raza.

Algunos rasgos que caracterizan su personalidad básica se reflejan en distintas situaciones del relato. Los más agudizados son:

- Un firme sentimiento individualista que le dirige a vivir aislado o más bien despegado de sus semejantes, pero que no ha sido obstáculo para su integración a hechos colectivos como la guerra de Independencia. Sentimiento que ha contribuido a confirmar una personalidad voluntariosa y rebelde, que ha hecho de Esteban un hombre desconfiado, muy reservado, aunque no insolente ni huraño. Por el contrario, es alegre y jocoso. Seguramente los años de vida célibe en los montes, huyendo de todos los seres que le rodeaban, agregaron fuerza a este sentimiento.
- Un criterio parcial, favorable a los hombres negros, en el enjuiciamiento de algunos hechos, como la guerra. Este criterio parcial está perfectamente justificado en él y en todos los negros viejos que han vivido la abominable historia de esclavismo y yugo de la que participó nuestro informante. Esteban es casi incondicional en la estimación hacia los negros que lucharon por la libertad de Cuba. Ensalza a muchas figuras y a otras las sitúa correctamente. Los casos de Antonio Maceo y Quintín

Banderas, por ejemplo. No deja de criticar duramente a los negros guerrilleros, a quienes considera deleznales.

- Un grado de honestidad y espíritu revolucionario admirables. La honestidad de su actuación en la vida se expresa en distintos momentos del relato, en la guerra de Independencia sobre todo. El espíritu revolucionario se ilustra no solo en el propio relato, sino en su actitud actual. Esteban Montejo, a los ciento cinco años de edad, constituye un buen ejemplo de conducta y calidad revolucionarias. Su tradición de revolucionario, cimarrón primero, luego libertador, miembro del Partido Socialista Popular más tarde, se vivifica en nuestros días en su identificación con la Revolución cubana.

Este libro no hace más que narrar vivencias comunes a muchos hombres de su misma nacionalidad. La etnología las recoge para los estudiosos del medio social, historiadores y folcloristas.

Nuestra satisfacción mayor es la de reflejarlas, a través de un legítimo actor del proceso histórico cubano.

MIGUEL BARNET

LA ESCLAVITUD

PRIMEROS RECUERDOS

Hay cosas que yo no me explico de la vida. Todo eso que tiene que ver con la naturaleza para mí está muy oscuro, y lo de los dioses más. Ellos son los llamados a originar todos esos fenómenos que uno ve, que yo *vide** y que es positivo que han existido. Los dioses son caprichosos e inconformes. Por eso aquí han pasado tantas cosas raras. Yo me acuerdo que antes, en la esclavitud, yo me pasaba la vida mirando para arriba, porque el cielo siempre me ha gustado mucho por lo pintado que es. Una vez el cielo se puso como una brasa de candela y había una seca furiosa. Otro día se formó un eclipse de sol. Empezó a las cuatro de la tarde y fue en toda la Isla. La luna parecía que estaba peleando con el sol. Yo me fui dando cuenta de que todo marchaba al revés. Fue oscureciendo y oscureciendo y después fue aclarando y aclarando. Las gallinas se encaramaron en los palos. La gente no hablaba del susto. Hubo quien se murió del corazón y quien se quedó mudo.

* Se resaltan en cursiva las palabras incorporadas al Glosario. [N. del E.].

Eso mismo yo lo vide otras veces, pero en otros sitios. Y por nada del mundo preguntaba por qué ocurría. Total, yo sé que todo eso depende de la naturaleza. La naturaleza es todo. Hasta lo que no se ve. Y los hombres no podemos hacer esas cosas porque estamos sujetos a un Dios: a Jesucristo, que es del que más se habla. Jesucristo no nació en África, ese vino de la misma naturaleza porque la Virgen María era señorita.

Los dioses más fuertes son los de África. Yo digo que es positivo que volaban. Y hacían lo que les daba la gana con las hechicerías. No sé cómo permitieron la esclavitud. La verdad es que yo me pongo a pensar y no doy pie con bola. Para mí que todo empezó cuando los pañuelos punzó. El día que cruzaron la muralla. La muralla era vieja en África, en toda la orilla. Era una muralla hecha de yaguas y bichos brujos que picaban como diablo. Espantaron por muchos años a los blancos que intentaban meterse en África. Pero el punzó los hundió a todos. Y los reyes y todos los demás, se entregaron facilito. Cuando los reyes veían que los blancos, yo creo que los portugueses fueron los primeros, sacaban los pañuelos punzó como saludando, les decían a los negros: «Anda, ve a buscar pañuelo punzó, anda». Y los negros, embullados con el punzó, corrían como ovejitas para los barcos y ahí mismo los cogían. Al negro siempre le ha gustado mucho el punzó. Por culpa de ese color les pusieron las cadenas y los mandaron para Cuba. Y después no pudieron volver a su tierra. Esa es la razón de la esclavitud en Cuba. Cuando los ingleses descubrieron ese asunto, no dejaron traer más negros y entonces se acabó la esclavitud y empezó la otra parte: la libre. Fue por los años ochenta y pico.

A mí nada de eso se me borra. Lo tengo todo vivido. Hasta me acuerdo que mis padrinos me dijeron la fecha en que yo nací. Fue el 26 de diciembre de 1860, el día de San Esteban, el que está en los calendarios. Por eso yo me llamo Esteban.

Mi primer apellido es Montejo, por mi madre, que era una esclava de origen francés. El segundo es Mera. Pero ese casi nadie lo sabe. Total, para qué lo voy a decir si es postizo. El verdadero era Mesa, lo que sucedió fue que en el archivo me lo cambiaron y lo dejé así, como yo quería tener dos apellidos como los demás para que no me dijeran «hijo de manigua», me colgué ese y ¡cataplum! El apellido Mesa era de un tal Pancho Mesa que había en Rodrigo. Según razón, el señor ese me crió a mí después de nacido. Era el amo de mi madre. Claro que yo no vide a ese hombre nunca, pero sé que es positivo ese cuento porque me lo hicieron mis padrinos. Y a mí nada de lo que ellos me contaban se me ha olvidado.

Mi padrino se llamaba Gin Congo¹ y mi madrina, Susana. Los vine a conocer por los años noventa, cuando la guerra todavía no había cuajado. Me dio la contraseña un negro viejo que había en el mismo ingenio de ellos y que me conocía a mí. Él mismo me llevó a verlos. Me fui acostumbrando a visitarlos en la Chinchila, el barrio donde ellos vivían, cerca de Sagua la Grande. Como yo no conocía a mis padres lo primero que hice fue preguntar acerca de ellos. Entonces me enteré de los nombres y de otros pormenores. Hasta me dijeron el ingenio en que yo nací. Mi padre se llamaba Nazario y era *lucumí* de Oyó. Mi madre, Emilia Montejo. También me dijeron que ellos habían muerto en Sagua. La verdad es que yo hubiera querido conocerlos, pero por salvarme el pellejo no los pude ver. Si llego a salir del monte, ahí mismo me hubieran agarrado.

Por cimarrón no conocí a mis padres. Ni los vide siquiera. Pero eso no es triste porque es la verdad.

Como todos los niños de la esclavitud, los criollitos como les llamaban, yo nací en una enfermería, donde llevaban

1 Era usual en la Colonia que los negros esclavos llevasen el nombre de su nación de origen como un apellido que se agregaba a su nombre de pila.

a las negras preñadas para que parieran. Para mí que fue en el ingenio Santa Teresa, aunque yo no estoy bien seguro. De lo que sí me acuerdo es que mis padrinos me hablaban mucho de ese ingenio y de los dueños, unos señores de apellido La Ronda. Ese apellido lo llevaron mis padrinos por mucho tiempo, hasta que la esclavitud se fue de Cuba.

Los negros se vendían como *cochinaticos* y a mí me vendieron enseguida, por eso no recuerdo nada de ese lugar. Sí sé que el ingenio estaba por mi tierra de nacimiento, que es toda la parte de arriba de Las Villas, Zulueta, Remedios, Caibarién, todos esos pueblos hasta llegar al mar. Luego me viene a la mente la visión de otro ingenio: el Flor de Sagua. Yo no sé si ese fue el lugar donde trabajé por primera vez. De lo que sí estoy seguro es que de allí me huí una vez; me reviré, carajo, y me huí. ¡Quién iba a querer trabajar! Pero me cogieron mansito, y me dieron una de grillos que si me pongo a pensar bien los vuelvo a sentir. Me los amarraron fuertes y me pusieron a trabajar, con ellos y todo. Uno dice eso ahora y la gente no lo cree. Pero yo lo sentí y lo tengo que decir.

El dueño de ese ingenio tenía un apellido extraño, de esos que son largos y juntos. Era un millón de cosas malas: zoquetón, cascarrabias, engreído... Se paseaba en la *volanta* con sus amigotes y su señora por todos los campos de caña. Saludaba con un pañuelo, pero ni por juego se acercaba. Los amos nunca iban al campo. El caso de este era curioso; me acuerdo que tenía un negro, fino él, calesero de los buenos, con su argolla en la oreja y todo. Todos estos caleseros eran *dulones de amos* y *apapipios*. Eran como decir los señoritos de color.

En Flor de Sagua empecé a trabajar en los carretones de bagazo. Yo me sentaba en el pescante del carretón y arreaba al mulo. Si el carretón estaba muy lleno echaba al mulo para atrás, me bajaba y lo guiaba por la rienda. Los mulos eran duros y tenía uno que jalar para abajo como un animal.

La espalda se llegaba a jorobar. Mucha de esa gente que anda por ahí medio jorobada es por culpa de los mulos. Los carretones salían llenitos hasta el tope. Siempre se descargaban en el batey y había que regar el bagazo para que se secara. Con un gancho se tiraba el bagazo. Después se llevaba enterito y seco para los hornos. Eso se hacía para levantar vapor. Yo figuro que fue lo primero que trabajé. Al menos eso me dice la memoria.

Todas las partes de adentro del ingenio eran primitivas. No como hoy en día que hay luces y máquinas de velocidad. Se les llamaba cachimbos, porque esa palabra significaba un ingenio chiquito. En esos cachimbos se moscababa el azúcar. Había algunos que no hacían azúcar, sino miel y raspadura. Casi todos eran de un solo dueño; se llamaban trapiches. En los cachimbos había tres tachos. Los tachos eran grandes, de cobre y bocones. En uno se cocinaba el guarapo, en el otro se batía la cachaza y en el tercero la meladura cogía su punto. Nosotros le llamábamos cachaza a lo que quedaba del guarapo. Venía siendo como una capa dura, muy saludable para los cochinos. Después de que la meladura estaba en su punto, se cogía una canoa y con un cucharón grande, ensartado en un madero, se volcaba en la canoa y de la canoa para la gaveta que estaba asentada a una distancia corta de los tachos. Ahí cuajaba el moscabado, que era el azúcar que no purgaba; le quedaba lo mejorcito de la miel. En ese entonces no existía la centrífuga esa que le llaman.

Ya fresca el azúcar en la gaveta, había que entrar allí descalzo con pico y pala y una parihuela. Ponían siempre a un negro delante y a otro detrás. La parihuela esa era para llevar los bocoyes al tinglado: un depósito largo con dos maderos donde se afincaban los bocoyes para que allí purgara el azúcar. La miel que salía del bocoy iba para el batey y se le daba a los carneros y a los cochinaticos. Engordaban muchísimo.

Para hacer azúcar turbinada había unos embudos grandes adonde se echaba el moscabado para que purgara fino.

Esa azúcar se parecía a la de hoy, al azúcar blanca. Los embudos eran conocidos por hormas.

Yo me sé esa parte del azúcar mejor que mucha gente que nada más que conoció la caña afuera, en el campo. Y para decir verdad, prefiero la parte de adentro, por lo cómoda. En Flor de Sagua trabajé en la gaveta del cachimbo. Pero eso vino después que yo había tenido experimentación en el bagazo. Ahí la cuestión era de pico y pala. A mi entender, hasta era mejor el corte de caña. Yo tendría entonces unos diez años y por eso no me habían mandado al campo. Pero diez años en aquella época era como decir treinta ahora, porque los niños trabajaban como bueyes.

Cuando un negrito era lindo y gracioso, lo mandaban para adentro. Para la casa de los amos. Ahí lo empezaban a endulzar y... ¡qué sé yo! El caso es que el negrito se tenía que pasar la vida espantando moscas, porque los amos comían mucho. Y al negrito lo ponían en la punta de la mesa mientras ellos comían. Le daban un abanico grande de yarey y largo. Y le decían: «¡Vaya, para que no caigan moscas en la comida!». Si alguna mosca caía en un plato lo regañaban duro y hasta le daban cuero. Yo nunca hice eso porque a mí no me gustaba emparentarme con los amos. Yo era cimarrón de nacimiento.

LA VIDA EN LOS BARRACONES

Todos los esclavos vivían en barracones². Ya esas viviendas no existen, así que nadie las puede ver. Pero yo las vide y no pensé nunca bien de ellas. Los amos sí decían que los barracones eran tacitas de oro. A los esclavos no les gustaba vivir en esas condiciones, porque la cerradera los asfixiaba. Los barracones eran grandes, aunque había algunos ingenios que los tenían más chiquitos; eso era de acuerdo a la cantidad de esclavos de una dotación. En el de Flor de Sagua vivían como doscientos esclavos de todos los colores. Ese era en forma de hileras: dos hileras que se miraban frente a frente, con un portón en el medio de una de ellas y un cerrojo grueso que trancaba a los esclavos por la noche. Había barracones de

2 Don Honorato Bertrand Chateausalins parece haber sido, en 1831, el primer autor que recomendara su construcción. En *El vademécum de los hacendados cubanos* aconseja que las viviendas de los esclavos «se fabriquen en forma de barracón con una sola puerta, cuidando el administrador o mayoral de recoger las llaves por la noche. Cada cuarto que se fabrique no tendrá otra entrada que una sola puertecita y al lado una ventanilla cerrada con balaustre para que el negro no pueda de noche comunicarse con los otros».

madera y de mampostería, con techos de tejas. Los dos con el piso de tierra y sucios como carajo. Ahí sí que no había ventilación moderna. Un hoyo en la pared del cuarto o una ventanita con barrotes eran suficientes. De ahí que abundarán las pulgas y las niguas, que enfermaban a la dotación de infecciones y maleficios. Porque esas niguas eran brujas. Y como único se quitaban era con sebo caliente, y a veces ni con eso. Los amos querían que los barracones estuvieran limpios por fuera. Entonces los pintaban con cal. Los mismos negros se ocupaban de ese encargo. El amo les decía: «Cojan cal y echen parejo». La cal se preparaba en latones dentro de los barracones, en el patio central.

Los caballos y los chivos no entraban a los barracones, pero siempre había su perro bobo rondando y buscando comida. Se metían en los cuartos de los barracones, que eran chiquitos y calurosos. Uno dice cuartos, cuando eran verdaderos fogones. Tenían sus puertas con llavines, para que no fuera nadie a robar. Sobre todo para cuidarse de los criollitos que nacían con la picardía y el instinto del robo. Se destaparon a robar como fieras.

En el centro de los barracones las mujeres lavaban las ropas de sus maridos y de sus hijos y las de ellas. Lavaban en bateas. Las bateas de la esclavitud no son como las de ahora. Esas eran más rústicas. Y había que llevarlas al río para que se hincharan, porque se hacían de cajones de bacalao, de los grandes.

Fuera del barracón no había árboles, ni dentro tampoco. Eran planos de tierra, vacíos y solitarios. El negro no se podía acostumbrar a eso. Al negro le gusta el árbol, el monte. ¡Todavía el chino...! África estaba llena de árboles, de ceibas, de cedros, de jagüeyes. China no, allá lo que había más era yerba de la que se arrastra, dormidera, verdolaga, diez de la mañana... Como los cuartos eran chiquitos, los esclavos hacían sus necesidades en un excusado que le llaman. Estaba

en una esquina del barracón. A ese lugar iba todo el mundo. Y para secarse el *fotingo*, después de la descarga, había que coger yerbas, como la escoba amarga y las tusas de maíz.

La campana del ingenio estaba a la salida³. Esa la tocaba el contramayoral. A las cuatro y treinta antemeridiano tocaban el Ave María. Creo que eran nueve campanazos. Uno se tenía que levantar enseguida. A las seis antemeridiano, tocaban otra campana que se llamaba de la jila y había que formar en un terreno fuera del barracón. Los varones a un lado y las mujeres a otro. Después para el campo hasta las once de la mañana en que comíamos tasajo, viandas y pan. Luego, a la caída del sol, venía la oración. A las ocho y treinta tocaban la última para irse a dormir. Se llamaba el Silencio⁴.

El contramayoral dormía adentro del barracón y vigilaba. En el batey había un sereno blanco, español él, que también vigilaba. Todo era a base de cuero y vigilancia. Cuando pasaba algún tiempo y la *esquifación*, que era la ropa de los esclavos,

3 «Marcando el ritmo de las tareas interminables, la campana fue como un gran símbolo religioso y profano del ingenio. Del mismo modo que no se concibe una iglesia sin campanario, tampoco hubo ingenio o cafetal sin ella. El campanero de ingenio no necesitó aprender los variados y complejos toques de la vida urbana y fue generalmente un negro viejo e inútil para las tareas de producción, incapacitado psicológica y físicamente para la fuga, viviendo junto al campanario su muerte cotidiana. Sobre los campos cercanos a Trinidad aún se alza, cuajada de leyenda, la torre del ingenio Manacas. En lo alto queda el nicho desnudo donde una vez colgara la campana. La torre —vigía, fortaleza y campanario— es símbolo del trabajo esclavo en los campos cañeros. Allí estaba ella señalando diariamente las 16, 18 o 20 horas diarias de labor. Y sirviendo también de comunicación en todo el amplio valle, pues había un toque para llamar al boyero, otro para el administrador, otro para el mayoral, e inclusive, a veces con pequeño repiquetear se anunciaba que un esclavo había partido hacia el cementerio del ingenio» (Manuel Moreno Friginals, *El ingenio. El complejo económico-social cubano del azúcar*, t. 1 [1760-1860], Comisión Nacional Cubana de la Unesco, La Habana, 1964, p. 163).

4 Richard R. Madden narra de «ingenios en que durante la época del corte de caña y la molienda, la jornada de trabajo dura veinte horas seguidas y eso, frecuentemente, por espacio de más de seis meses al año, y raras veces o nunca durante menos de cinco meses, pues la opinión que prevalece a este respecto, y que es generalmente practicada por los amos, es de que cuatro horas de sueño son suficientes para un esclavo» (*La isla de Cuba*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1964, p. 142).

se gastaba, le daban a los hombres una nueva a base de tela de rusia; una tela gruesa y buena para el campo, tambor, que eran pantalones con bolsillos grandes y parados, lonilla y un gorro de lana para el frío. Los zapatos eran por lo general de vaqueta, corte bajo, con dos rejitas para amarrarlos. Los viejos usaban chacualas, que eran de suela chata con cordel amarrado al dedo gordo. Eso siempre ha sido moda africana, aunque ahora se las ponen las blancas y les llaman chancletas o pantuflas. Las mujeres recibían camisón, saya, sayuela y cuando tenían conuco, ellas mismas se compraban sayuelas de las blancas que eran más lindas y paraditas. Se ponían argollas de oro en las orejas y dormilonas. Estas prendas se las compraban a los moros o turcos que iban de vez en cuando a los mismos barracones. Llevaban unos cajones colgados al hombro con una faja de cuero muy gorda.

También en los barracones se metían los billeteros. Engañaban a los negros, vendiendo los billetes más caros y cuando un billete salía premiado no se aparecían más por allí. Los guajiros iban a negociar tasajo por leche. Vendían a cuatro centavos la botella. Los negros las compraban porque el amo no daba leche. La leche cura las infecciones y limpia. Por eso había que tomarla.

Pero eso de los conucos fue lo que salvó a muchos esclavos. Lo que les dio verdadera alimentación. Casi todos los esclavos tenían sus conucos. Estos conucos eran pequeños trozos de tierra para sembrar. Quedaban muy cerca de los barracones; casi detrás de ellos. Ahí se cosechaba de todo: boniato, calabaza, quimbombó, maíz, gandul, frijol caballero, que es como las habas limas, yuca y maní. También criaban sus cochiniticos. Y algunos de estos productos se los vendían a los guajiros, que venían directamente del pueblo. La verdad es que los negros eran honrados. Como no sabían mucho todavía, les salía eso de ser honrados, al natural. Vendían sus cosas

muy baratas. Los cochinos enteros valían una onza u onza y media, en onzas de oro como eran antes las monedas. Las viandas nunca les gustaba venderlas. Yo aprendí de los viejos a comer vianda, que es muy *nutricia*. En la esclavitud lo principal era cochino. Las viandas las usaban para alimentarlos. Los cochinos de antes daban más manteca que los de ahora. Yo creo que porque hacían más vida natural. Al cochino había que dejarlo revolcarse bien en los chiqueros. Esa manteca de ellos se vendía a diez kilos la libra. Toda la semana venían los guajiros a buscar su ración. Siempre pagaban medios plata. Más tarde ese medio bajó a un cuartillo, o sea la mitad del medio. Todavía el centavo no se conocía porque no habían coronado a Alfonso XIII. Después de la coronación fue que vino el centavo. El rey Alfonso quiso cambiar hasta el dinero. Llegó a Cuba la calderilla que creo que valía dos centavos y otras novedades en cuestión de plata, todas debidas al rey.

Aunque parezca raro, los negros se divertían en los barracones. Tenían su entretenimiento y sus juegos. También había juegos en las tabernas, pero esos eran distintos. Uno de los que más se jugaba en los barracones era el tejo: se ponía una tusa de maíz, partida por la mitad en el suelo, encima se colocaba una moneda, se hacía una raya a poca distancia y se tiraba una piedra desde la raya para alcanzar la tusa. Si la piedra alcanzaba la tusa y el dinero caía sobre ella, el individuo lo recogía y era de él. Si caía cerca de la tusa, no. El tejo traía confusión. Entonces se medía con una pajita para ver si el dinero estaba más cerca de él que de la tusa.

Este juego se hacía en el patio, como el de los bolos. Pero el de los bolos se jugaba poco. Yo lo vide creo que dos o tres veces nada más. Había unos toneleros negros que hacían los palos en forma de botellas y los bolos de madera para

jugar. Era un juego libre y todo el mundo entraba. Menos los chinos, que eran muy separatistas. Los bolos se tiraban por el piso de tierra, para que tumbaran los cuatro o cinco palos que se colocaban en un extremo. Ese juego era igual que el de hoy, que el que se juega en la ciudad, pero con la diferencia de que este traía broncas por el dinero que se apostaba. Eso sí que no le gustaba a los amos. Por eso prohibían algunos juegos y había que hacerlos cuando el mayoral no estuviera atento. El mayoral era el que le corría las noticias; las noticias y los chismes.

El juego de mayombe estaba amarrado a la religión. Hasta los propios mayores se metían para buscarse sus beneficios. Ellos creían en los brujos, por eso hoy nadie se puede asombrar de que los blancos creen en estas cosas. En el mayombe se tocaba con tambores. Se ponía una nganga o *cazuela* grande en el medio del patio. En esa cazuela estaban los poderes: los santos. Y el mayombe era un juego utilitario. Los santos tenían que estar presentes. Empezaban a tocar tambores y a cantar. Llevaban cosas para las ngangas. Los negros pedían por su salud y la de sus hermanos, y para conseguir la armonía entre ellos. Hacían *enkangues*, que eran trabajos con tierras del cementerio. Con esas tierras se hacían montoncitos en cuatro esquinas, para figurar los puntos del universo. Dentro de la cazuela, ponían patas de gallinas, que era una yerba con paja de maíz, para asegurar a los hombres. Cuando el amo castigaba a algún esclavo, los demás recogían un poquito de tierra y la metían en la cazuela. Con esa tierra resolvían lo que querían. Y el amo se enfermaba o pasaba algún daño en la familia. Porque mientras la tierra esa estaba dentro de la cazuela, el amo estaba apresado ahí y ni el diablo lo sacaba. Esa era la venganza del congo con el amo.

Cerca de los ingenios estaban las tabernas. Había más tabernas que niguas en el monte. Eran como una especie

de vendutas donde se podía comprar de todo. Los mismos esclavos negociaban en las tabernas. Vendían el tasajo que acumulaban en los barracones. En horas del día, y a veces hasta en la tarde, los esclavos podían ir a las tabernas. Pero eso no pasaba en todos los ingenios. Siempre había el amo que no le daba permiso al esclavo para ir. Los negros iban a las tabernas a buscar aguardiente. Tomaban mucho para mantenerse fortalecidos. El vaso de aguardiente del bueno costaba a medio. Los dueños también tomaban mucho aguardiente, y se formaba cada *jirigáis* que no eran para cuentos. Algunos taberneros eran españoles viejos, retirados del ejército, que ganaban poco; unos cinco o seis pesos de retiro.

Las tabernas se hacían de madera de yaguas. Nada de mampostería como las bodegas de ahora. Tenía uno que sentarse en unos sacos de yute que se amontonaban en pila, o estar de pie. En las tabernas vendían arroz, tasajo, manteca y frijoles de todas las familias del frijol. Yo vide casos de dueños duros que engañaban a los esclavos dándoles precios falsos. Y vide broncas donde salía castigado el negro y no podía regresar a las tabernas. En las libretas que daban se apuntaban todos los gastos y cuando un esclavo gastaba un medio, pues ponían una rayita y cuando gastaba dos, pues dos rayitas. Así era el sistema que había para comprar lo demás: las galletas de queques, redondas y dulces, las de sal, los confites del tamaño de un garbanzo y hechos de harina de distintos colores, el pan de agua y la manteca. El pan de agua valía un medio la flauta. Era muy distinto al de hoy. Yo prefería ese. También me acuerdo de que se vendían unos dulces que le llamaban «capricho», de harina de Castilla y ajonjolí y maní. Ahora, esto del ajonjolí era cosa de chinos, porque había vendedores ambulantes que recorrían los ingenios vendiéndolos. Estos chinos eran contratados viejos, que ya no podían mover el brazo para la caña y se ponían a vender.

Las tabernas eran apestosas. Sacaban un olor fuerte por las colgaderas que hacían en el techo, de salchichones, jamones para curar y mortadela roja. Pero con todo y eso ahí se jugaba de relajo. Se pasaban la vida en esa bobería. Los negros tenían afanes de buenos competidores en los juegos. Yo me acuerdo de uno que se llamaba «la galleta». La operación para ese juego era de poner en un mostrador de madera, o en un tablón cualquiera, cuatro o cinco galletas duras de sal y con el miembro masculino golpear fuerte sobre las galletas para ver quién las partía. El que las partía ganaba. Eso eran apuestas de dinero y trago. Lo jugaban igual negros que blancos.

Otro juego de relajo era el de la botija. Cogían una botija grande con un agujero y metían el miembro por él. El que llegara al fondo era el ganador. El fondo estaba cubierto de una capita de ceniza para que cuando el hombre sacara el miembro se viera si había llegado o no.

Además, se jugaba a otras cosas, como la baraja. La baraja se jugaba preferiblemente con olea, que es la legítima para jugar, había muchos tipos de barajas. A unos les gustaba jugar a la cara; a otros al mico, donde se ganaba mucho, pero yo prefería el *monte*, que nació en las casas particulares y después se repartió al campo. El monte se jugaba en la esclavitud, en las tabernas y en las casas de los amos. Pero yo lo vine a practicar después de la abolición. El monte es muy complicado. Hay que poner dos barajas en una mesa y adivinar cuál de esas dos es la primera de las tres que se guarda. Siempre se jugaba de interés, por eso era atractivo. El banquero era el que echaba las barajas y los apuntes ponían el dinero. Se ganaba mucho. Todos los días yo ganaba dinero. La verdad es que el monte era mi vicio; el monte y las mujeres. Y no por nada, pero había que buscar un mejor jugador que yo. Cada baraja tenía su nombre. Como ahora, lo que pasa es que las de ahora no son tan pintadas. Antes había las sotas, el

rey, los ases, el caballo y después venían los números desde el dos hasta el siete. Las barajas tenían figuras de hombres con coronas o a caballo. Se veía claro que eran españoles, porque en Cuba nunca existieron esos tipos, con esos cuellos de encaje y esas melenas. Antes lo que había aquí era indios.

Los días de más bulla en los ingenios eran los domingos. Yo no sé cómo los esclavos llegaban con energías. Las fiestas más grandes de la esclavitud se daban ese día. Había ingenios donde empezaba el tambor a las doce del día o a la una. En Flor de Sagua, desde muy temprano. Con el sol empezaba la bulla y los juegos y los niños a revolverse. El barracón se encendía temprano. Aquello parecía el fin del mundo. Y con todo y el trabajo la gente amanecía alegre. El mayoral y el contramayoral entraban al barracón y se metían con las negras. Yo veía que los más aislados eran los chinos. Esos cabrones no tenían oído para el tambor. Eran arrinconados. Es que pensaban mucho. Para mí que pensaban más que los negros. Nadie les hacía caso. Y la gente seguía en sus bailes.

El que más yo recuerdo es la yuka. En la yuka se tocaban tres tambores: la caja, la mula y el cachimbo, que era el más chiquito. Detrás se tocaba con dos palos en dos troncos de cedro ahuecados. Los propios esclavos los hacían, y creo que les llamaban catá. La yuka se bailaba en pareja con movimientos fuertes. A veces daban vueltas como un pájaro y hasta parecía que iban a volar de lo rápido que se movían. Daban saltitos con las manos en la cintura. Toda la gente cantaba para embullar a los bailadores.

Había otro baile más complicado. Yo no sé si era un baile o un juego porque la mano de puñetazos que se daban era muy seria. A ese baile le decían el maní. Los maniceros hacían una rueda de cuarenta o cincuenta hombres solos. Y empezaban a *dar revés*. El que recibía el golpe salía a bailar. Se ponían ropa corriente de trabajo y usaban en la frente y en

la cintura pañuelos de colores y de dibujos. Estos pañuelos se usaban para amarrar la ropa de los esclavos y llevarla a lavar. Se conocían como pañuelos de vayajá. Para que los golpes del maní fueran más calientes, se cargaban las muñecas con una brujería cualquiera. Las mujeres no bailaban, pero hacían un coro con palmadas. Daban gritos por los sustos que recibían, porque a veces caía un negro y no se levantaba más. El maní era un juego cruel. Los maniceros no apostaban en el desafío. En algunos ingenios los mismos amos hacían sus apuestas, pero en Flor de Sagua yo no recuerdo esto. Lo que sí hacían los dueños era cohibir a los negros de darse tantos golpes, porque a veces no podían trabajar de lo averiados que salían. Los niños no podían jugar, pero se lo llevaban todo. A mí, por ejemplo, no se me olvida más.

Cada vez que anunciaban tambor los negros se iban a los arroyos a bañarse. Cerca de todos los ingenios había un arroyito. Se daba el caso de que iba una hembra detrás y se encontraba con el hombre al meterse en el agua. Entonces se metían juntos y se ponían a hacer el negocio. O si no, se iban a la represa, que eran unas pocetas que se hacían en los ingenios para guardar el agua. Ahí también se jugaba a la *escondida* y los negros perseguían a las negras para cogérselas.

Las mujeres que no andaban en ese jueguito se quedaban en los barracones y con una batea se bañaban. Esas bateas eran tan grandes y había una o dos para toda la dotación.

El afeitado y el pelado de los hombres lo hacían los mismos esclavos. Cogían una navaja grande y como el que pela un caballo, así, le cogían las pasas a los negros. Siempre había uno que le gustaba tuser y ese era el más experimentado. Pelaba como lo hacen hoy. Y nunca dolía, porque el pelo es lo más raro que hay; aunque uno ve que crece y todo, está muerto. Las mujeres se peinaban con el pelo enroscado y con caminitos. Tenían la cabeza que parecía un melón de Castilla.

A ellas les gustaba ese ajeteo de peinarse un día de una forma y otro día de otra. Un día era con caminitos; otro día, con sortijas; otro día, planchado. Para lavarse los dientes usaban bejuco de jaboncillo, que los dejaba muy blancos. Toda esa agitación era para los domingos.

Ya ese día cada cual tenía su vestuario especial. Los negros compraban unos zapatos de becerro cerrados, que yo no he vuelto a ver. Se compraban en unas tiendas cercanas, a las que se iba con un permiso del amo. Usaban pañuelos de vajajá rojos y verdes en el cuello. Los negros se los ponían en la cabeza y en la cintura, como en el baile del maní. También se guindaban un par de argollas en las orejas y se ponían en todos los dedos sortijas de oro. De oro legítimo. Algunos no llevaban oro, sino pulsos de plata finos, que llegaban casi hasta los codos. Y zapatos de charol.

Los descendientes de franceses bailaban en parejas, despegados. Daban vueltas lentas. Si había uno que sobresaliera, le ponían pañuelos de seda en las piernas. De todos los colores. Ese era el premio. Cantaban en *patuá* y tocaban dos tambores grandes con las manos. El baile se llamaba «el francés».

Yo conocía un instrumento que se llamaba marímbula y era chiquito. Lo hacían con varillas de quitasol y sonaba grueso como un tambor. Tenía un hueco por donde le salía la voz. Con esa marímbula acompañaban los toques de tambor de los congos, y no me acuerdo si de los franceses también. Las marímbulas sonaban muy raro y a mucha gente, sobre todo a los guajiros, no les gustaba porque decían que eran voces del otro mundo.

A mi entender, por esa época la música de ellos era con guitarra nada más. Después, por el año noventa, tocaban danzones en unos órganos grandes, con acordeones y güiros. Pero el blanco siempre ha tenido una música distinta al negro. La música del blanco es sin tambor, más desabrida.

Más o menos, así pasa con las religiones. Los dioses de África son distintos aunque se parezcan a los otros, a los de los curas. Son más fuertes y menos adornados. Ahora mismo uno coge y va a una iglesia católica y no ve manzanas, ni piedras, ni plumas de gallo. Pero en una casa africana eso es lo que está en primer lugar. El africano es más burdo.

Yo conocí dos religiones africanas en los barracones: la lumumí y la conga. La conga era la más importante. En Flor de Sagua se conocía mucho porque los brujos se hacían dueños de la gente. Con eso de la adivinación se ganaban la confianza de todos los esclavos. Yo me vine a acercar a los negros viejos después de la abolición.

Pero de Flor de Sagua me acuerdo del chicherekú. El chicherekú era conguito de nación. No hablaba español. Era un hombrecito cabezón que salía corriendo por los barracones, brincaba y le caía a uno detrás. Yo lo vide muchas veces. Y lo oí chillar que parecía una jutía. Eso es positivo, y hasta en el Porfuerza⁵, hasta hace pocos años, existía uno que corría igual. La gente le salía huyendo, porque decían que era el mismo diablo y que estaba ligado con *mayombe* y con muerto. Con el chicherekú no se puede jugar, porque hay peligro. A mí en verdad no me gusta mucho hablar de él, porque yo no lo he vuelto a ver más, y si por alguna casualidad..., bueno, ¡el diablo son las cosas!

Para los trabajos de la religión de los congos se usaban los muertos y los animales. A los muertos les decían nkise y a los *majases*, *emboba*. Preparaban unas cazuelas que caminaban y todo, y ahí estaba el secreto para trabajar. Se llamaban ngangas. Todos los congos tenían sus ngangas para mayombe. Las ngangas tenían que jugar con el sol. Porque él siempre ha sido la inteligencia y la fuerza de los hombres.

5 Central Porfuerza, en la provincia de Las Villas.

Como la luna lo es de las mujeres. Pero el sol es más importante, porque él es el que le da vida a la luna. Con el sol trabajaban los congos casi todos los días. Cuando tenían algún problema con alguna persona, ellos seguían a esa persona por un trillo cualquiera y recogían el polvo que ella pisaba. Lo guardaban y lo ponían en la nganga o en un rinconcito. Según el sol iba bajando, la vida de la persona se iba yendo. Y a la puesta de sol la persona estaba muertecita. Yo digo esto porque da por resultado que lo vide mucho en la esclavitud.

Si uno se pone a pensar bien, los congos eran asesinos. Pero si mataban a alguien era porque también a ellos les hacían algún daño. A mí nunca nadie trató de hacerme brujería, porque yo he sido siempre separatista y no me ha gustado conocer demasiado de la vida ajena.

La brujería tira más para los congos que para los lucumises. Los lucumises están más ligados a los santos y a Dios. A ellos les gustaba levantarse temprano con la fuerza de la mañana y mirar para el cielo y rezar oraciones y echar agua en el suelo. Cuando menos uno se lo pensaba el lucumí estaba en lo suyo. Yo he visto negros viejos inclinados en el suelo más de tres horas hablando en su lenguaje y adivinando. La diferencia entre el congo y el lucumí es que el congo resuelve, pero el lucumí adivina. Lo sabe todo por los diloggunes, que son caracoles de África con misterio dentro. Son blancos y abultaditos. Los ojos de *Eleggua* son de ese caracol.

Los viejos lucumises se trancaban en los cuartos del barracón y le sacaban a uno hasta lo malo que uno hacía. Si había algún negro con lujuria por una mujer, el lucumí lo apaciguaba. Eso creo que lo hacían con cocos, obi, que eran sagrados. Son iguales a los cocos de ahora, que siguen siendo sagrados y no se pueden tocar. Si uno ensuciaba el coco le venía un castigo grande. Yo sabía cuando las cosas iban bien porque el coco lo decía. Él mandaba a que dijeran

Alafia, para que la gente supiera que no había tragedia. Por los cocos hablaban todos los santos, ahora el dueño de ellos era *Obatalá*. Obatalá era un viejo, según yo oía, que siempre estaba vestido de blanco. Y nada más que le gustaba lo blanco. Ellos decían que Obatalá era el que lo había hecho a uno y no sé cuántas cosas más. Uno viene de la naturaleza y el Obatalá ese también.

A los viejos lucumises les gusta tener sus figuras de madera, sus dioses. Los guardaban en el barracón. Todas esas figuras tenían la cabeza grande. Eran llamadas *oché*. A Eleggua lo hacían de cemento, pero *Changó* y *Yemayá* eran de madera y los hacían los mismos carpinteros.

En las paredes de los cuartos hacían marcas de santo, con carbón vegetal y con yeso blanco. Eran rayas largas y círculos. Aunque cada una era un santo, ellos decían que eran secretas. Esos negros todo lo tenían como secreto. Hoy en día han cambiado mucho, pero antes lo más difícil que había era conquistar a uno de ellos.

La otra religión era la católica. Esa la introducían los curas, que por nada del mundo entraban a los barracones de la esclavitud. Los curas eran muy aseados. Tenían un aspecto serio que no jugaba con los barracones. Eran tan serios que hasta había negros que los seguían al pie de la letra. Tiraban para ellos de mala manera. Se aprendían el catecismo y se lo leían a los demás. Con todas las palabras y las oraciones. Estos negros eran esclavos domésticos, y se reunían con los otros esclavos, los del campo, en los bateyes. Venían siendo como mensajeros de los curas. La verdad es que yo jamás me aprendí esa doctrina porque no entendía nada. Yo creo que los domésticos tampoco, aunque, como eran tan finos y tan bien tratados, se hacían los cristianos. Los domésticos recibían consideraciones de los amos. Yo nunca vide castigar fuerte a uno de ellos. Cuando los mandaban al campo a chapear

caña o a cuidar cochinos, hacían el *paripé* de que estaban enfermos y no trabajaban. Por eso los esclavos del campo no los querían ver ni en pintura. Ellos a veces iban a los barracones a verse con algún familiar. Y se llevaban frutas y viandas para la casa del amo. Yo no sé si los esclavos se las regalaban de los conucos o si ellos se las llevaban de por sí. Muchos problemas de la *fajatiña* en los barracones fueron ocasionados por ellos. Los hombres llegaban y se querían hacer los chulos con las mujeres. Ahí venían las tiranteces peores. Tendría yo como doce años y me daba cuenta de todo el *jelengue*.

Había más tiranteces todavía. Por ejemplo, entre el congo judío y el cristiano no había *compaginación*. Uno era el bueno y el otro, el malo. Eso ha seguido igual en Cuba. El lucumí y el congo no se llevaban tampoco. Tenían la diferencia entre los santos y la brujería. Los únicos que no tenían problemas eran los viejos de nación. Esos eran especiales y había que tratarlos distinto porque tenían todos los conocimientos de la religión.

Muchas *fajatiñas* se evitaban porque los amos se cambiaban los esclavos. Buscaban la división para que no hubiera molote de huidos. Por eso las dotaciones nunca se reunían.

A los lucumises no les gustaba el trabajo de la caña y muchos se huían. Eran los más rebeldes y valentones. Los congos no; ellos eran más bien cobardones, fuertes para el trabajo, y por eso se *disparaban la mecha* sin quejas. Hay una jutía bastante conocida, que le dicen conga; muy cobardona ella.

En los ingenios había negros de distintas naciones. Cada uno tenía su figura. Los congos eran prietos, aunque había muchos *jabaos*. Eran chiquitos por lo regular. Los mandingas eran medio *coloraúzc*os. Altos y muy fuertes. Por mi madre que eran mala semilla y criminales. Siempre iban por su lado. Los gangas eran buenos. Bajitos y de cara pecosa. Muchos fueron cimarrones. Los carabalís eran como los congos musungos, fieras. No mataban cochinos nada más que los

domingos y los días de Pascua. Eran muy negociantes. Llegaban a matar cochinos para venderlos y no se los comían. Por eso sacaron un canto que decía: «Carabalí con su maña, mata *ngulo* día domingo». A todos estos negros bozales yo los conocí mejor después de la esclavitud.

En todos los ingenios existía una enfermería que estaba cerca de los barracones. Era una casa grande de madera, donde llevaban a las mujeres preñadas. Ahí nacía uno y estaba hasta los seis o siete años, en que se iba a vivir a los barracones, igual que todos los demás, y a trabajar. Yo me acuerdo que había unas negras crianderas y cebadoras que cuidaban a los criollitos y los alimentaban. Cuando alguno se lastimaba en el campo o se enfermaba, esas negras servían de médicos. Con yerbas y cocimientos lo arreglaban todo. No había más cuidado. A veces los criollitos no volvían a ver a sus padres porque el amo era el dueño y los podía mandar para otro ingenio. Entonces sí que las crianderas lo tenían que hacer todo. ¡Quién se iba a ocupar de un hijo que no era suyo! En la misma enfermería pelaban y bañaban a los niños. Los de raza costaban unos quinientos pesos. Eso de los niños de raza era porque eran hijos de negros forzudos y grandes, de granaderos⁶. Los granaderos eran privilegiados. Los amos los buscaban para juntarlos con negras grandes y saludables.

Después de juntos en un cuarto aparte del barracón, los obligaban a gustarse y la negra tenía que parir buena cría todos los años. Yo digo que era como tener animales. Pues bueno, si la negra no paría como a ellos se les antojaba, la separaban y la ponían a trabajar en el campo otra vez. Las negras que

6 Nombre que se daba a ciertas tropas formadas por soldados de elevada estatura. // Fam. y fig.: Persona muy alta.

no fueran curielas estaban perdidas porque tenían que volver a pegar el lomo. Entonces sí podían escoger maridos por la libre. Había casos en que una mujer estaba detrás de un hombre y tenía ella misma veinte atrás. Los brujos procuraban resolver esas cuestiones con trabajos calientes.

Si un hombre iba a pedirle a un brujo cualquiera una mujer, el brujo le mandaba que cogiera un mocho de tabaco de la mujer, si ella fumaba. Con ese mocho y una mosca cantárida, de esas que son verdes y dañinas, se molía bastante hasta hacer un polvo que se les daba con agua. Así las conquistaban.

Otro trabajo era cogiendo el corazón del zunzún y haciéndolo polvo. Ese se lo tiraba a la mujer en el tabaco. Y para burlarse de ellas nada más que había que mandar a buscar cebadilla a la botica. Con esa cebadilla cualquier mujer se moría de vergüenza, porque el hombre la ponía en un lugar adonde ellas se fueran a sentar y si nada más que les rozaba el culo, las mujeres empezaban a tirarse vientos. ¡Había que ver a aquellas mujeres con la cara toda untada de cascarilla tirándose vientos!

Los negros viejos se entretenían con todo ese jelengue. Cuando tenían más de sesenta años no trabajaban en el campo. Aunque ellos verdaderamente nunca conocían su edad. Pero da por resultado que si un negro se cansaba y se arrinconaba, ya los mayores decían que estaba para *guardiero*. Entonces a ese viejo lo ponían en la puerta del barracón o del chiquero donde la cría era grande. O si no, ayudaban a las mujeres en la cocina. Algunos tenían sus conucos y se pasaban la vida sembrando. En esas tareas andaban siempre, por eso tenían tiempo para la brujería. Ni los castigaban ni les hacían mucho caso. Ahora, tenían que estar tranquilos y obedientes. Eso sí.

Yo vide muchos horrores de castigos en la esclavitud. Por eso es que no me gustaba esa vida. En la casa de caldera estaba el cepo,

que era el más cruel. Había cepos acostados y de pie. Se hacían de tablones anchos con agujeros por donde obligaban al esclavo a meter los pies, las manos y la cabeza. Así los tenían trancados dos y tres meses, por cualquier maldad sin importancia. A las mujeres preñadas les daban cuero igual, pero acostadas boca abajo, en un hoyo en la tierra para cuidarles la barriga⁷. ¡Les daban una mano de cueraños! Ahora, se cuidaban de no estropearle el niño, porque ellos los querían a tutiplén. El más corriente de los castigos era el azote. Se los daba el mismo mayoral con un cuero de vaca que marcaba la piel. El látigo también lo hacían de cáñamo o de cualquier rama del monte. Picaba como diablo y arrancaba la piel en tiritas. Yo vide muchos negros guapetones con las espaldas rojas. Después les pasaban por las llagas compresas de hojas de tabaco con orina y sal.

La vida era dura y los cuerpos se gastaban. El que no se fuera joven para el monte, de cimarrón, tenía que esclavizarse. Era preferible estar solo, regado, que en el corral ese con todo el asco y la pudrición. Total, la vida era solitaria de todas maneras, porque las mujeres escaseaban bastante⁸. Y para tener una, había que cumplir veinticinco años o cogérsela

7 James Steele en su *Cuban Sketches* describe casos de negras en estado de gestación que eran condenadas a recibir fuertes latigazos en el vientre. Bernardo Chateausalins, hablando de la mujer esclava, dice que muchas malograban sus criaturas por estar obligadas a cortar en el noveno mes de gestación cuatrocientos arrobas de caña diariamente.

8 «La vida sexual del ingenio estaba limitada por muchas razones, y la primera de ellas era el profundo desequilibrio existente entre ambos sexos. Los azucareros importaban exclusivamente hombres y eran poquísimas las haciendas que tenían negras. Dentro de la lógica económica del hacendado de principios del siglo XIX no tenía sentido comprar negras, ya que eran consideradas semovientes de bajo rendimiento. Llevadas en grandes cantidades a los ingenios, resultaba ruinoso porque el producto no respondía a la inversión. Llevadas en pequeños grupos, eran focos de continuos conflictos entre los negros. Algunos hacendados trataron de ofrecer una excusa religiosa por este desequilibrio y afirmaron que no llevaban negras para evitar el pecado de contacto sexual entre personas no casadas. A esta argumentación, el padre Caballero dio la respuesta exacta: “¡Peor pecado sería que todos fueran masturbadores, nefandistas y sodomitas!”» (M. Moreno Friginals, *op. cit.*, p. 156).

en el campo. Los mismos viejos no querían que los jovencitos tuvieran hembras. Ellos decían que a los veinticinco años era cuando los hombres tenían experiencia. Muchos hombres no sufrían porque estaban acostumbrados a esa vida. Otros hacían el sexo entre ellos y no querían saber nada de las mujeres. Esa era su vida: la sodomía. Lavaban la ropa y si tenían algún marido también le cocinaban. Eran buenos trabajadores y se ocupaban de sembrar conucos. Les daban los frutos a sus maridos para que los vendieran a los guajiros. Después de la esclavitud fue que vino esa palabra de afeminado, porque ese asunto siguió. Para mí que no vino de África; a los viejos no les gustaba nada. Se llevaban de fuera a fuera con ellos. A mí, para ser sincero, no me importó nunca. Yo tengo la consideración de que cada uno hace de su barriga un tambor.

Cualquiera se cansaba de vivir. Los que se acostumbraban tenían el espíritu flojo. La vida en el monte era más saludable. En los barracones se cogían muchas enfermedades. Se puede decir, sin figuraciones, que ahí era donde más se enfermaban los hombres. Se daba el caso de que un negro tenía hasta tres enfermedades juntas. Cuando no era el cólico era la toserina. El cólico plantaba un dolor en el ombligo que duraba horas nada más y lo dejaba a uno muerto. La toserina y el sarampión eran contagiosos. Pero las peores, las que desplumaban a cualquiera, eran la viruela y el vómito negro. La viruela ponía a los hombres como hinchados y el vómito negro sorprendía a cualquiera, porque venía de repente y entre vómito y vómito se quedaba uno tieso. Había un tipo de enfermedad que recogían los blancos. Era una enfermedad en las venas y en las partes masculinas. Se quitaba con las negras. El que la cogía se acostaba con una negra y se la pasaba. Así se curaban enseguida.

En aquellos tiempos no existían grandes medicinas. Los médicos no se veían por ningún lugar. Eran las enfermeras medio brujeras las que curaban con remedios caseros. A veces curaban enfermedades que los médicos no entendían. Porque el problema no está en tocarlo a uno y pincharle la lengua; lo que hay que hacer es tener confianza en las yerbas, que son la madre de la medicina. El africano de allá, del otro lado del charco, no se enferma nunca, porque tiene todas las yerbas en sus manos.

Si algún esclavo cogía alguna enfermedad contagiosa lo sacaban del cuarto y lo trasladaban a la enfermería. Allí lo trataban de curar. Si el esclavo empezaba a boquear, lo metían en unos cajones grandes y lo llevaban para el cementerio. Casi siempre venía el mayoral y daba cuenta a la dotación para que fueran a enterrarlo. Decía: «Vamos a enterrar a ese negro que ya cumplió». Y los esclavos iban para allá pronto porque, eso sí es verdad, cuando alguien se moría, todo el mundo bajaba la cabeza.

El cementerio estaba en el mismo ingenio, a dos o tres cordeles del barracón. Para enterrar a los esclavos se abría un hoyo en la tierra, se tapaba y se ponía una cruz amarrada con un alambre. La cruz esa era para alejar a los enemigos y al diablo. Hoy le dicen crucifijo. Todo el que se pone la cruz en el cuello es porque le han echado algún daño.

Una vez enterraron a un negro y levantó la cabeza. Y es que estaba vivo. Ese cuento me lo hicieron a mí en Santo Domingo, después de la esclavitud. Todo el barrio de Jicotea lo sabe. La cosa fue en un cachimbo que se llama El Diamante y era del padre de Marinello⁹, el que habla mucho de Martí. En ese lugar enterraron a un congo y se levantó gritando.

9 Juan Marinello, escritor cubano que se ha destacado por su obra ensayística y sus libros sobre José Martí.

La gente se espantó y salió huyendo. Unos días más tarde el congo se apareció en el barracón; dicen que fue entrando despacito para no asustar a nadie. Pero cuando la gente lo vio se volvió a asustar. Entonces el mayoral le preguntó qué le había pasado y él dijo: «Me metieron en el hoyo por la cólera y cuando me curé, salí». Desde entonces, cada vez que alguien cogía esa enfermedad o cualquier otra, lo dejaban días y días en la caja hasta que se enfriaba como un hielo.

Esas historias no son inventadas, lo que sí yo creo que es cuento, porque nunca lo vide, es que los negros se suicidaban. Antes, cuando los indios estaban en Cuba, sí existía el suicidio. Ellos no querían ser cristianos y se colgaban de los árboles. Pero los negros no hacían eso, porque ellos se iban volando, volaban por el cielo y cogían para su tierra. Los congos *musundi* eran los que más volaban, desaparecían por medio de la brujería. Hacían igual que las brujas isleñas pero sin ruido. Hay gente que dice que los negros se tiraban a los ríos; eso es falso. La verdad es que ellos se amarraban un negocio a la cintura que le decían *prenda* y estaba cargada. Ahí estaba la fuerza. Eso yo lo conozco palmo a palmo y es positivo.

Los chinos no volaban ni querían ir para su tierra. Ellos sí se mataban. Lo hacían callados. Después que pasaban los días aparecían guindados a un árbol o tirados en el suelo. Todo lo que ellos hacían era en silencio. A los propios mayores los mataban con palos y puñaladas. No creían en nadie los chinos. Eran rebeldes de nacimiento. Muchas veces, el amo les ponía un mayoral de su raza para que entrara en confianza con ellos. A ese no lo mataban. Cuando se acabó la esclavitud yo conocí otros chinos en Sagua la Grande, pero eran distintos y muy finos.

LA VIDA EN EL MONTE

A mí nunca se me ha olvidado la primera vez que intenté huirme. Esa vez me falló y estuve unos cuantos años esclavizado por temor a que me volvieran a poner los grillos. Pero yo tenía un espíritu de cimarrón arriba de mí que no se alejaba. Y me callaba las cosas para que nadie hiciera traición porque yo siempre estaba pensando en eso, me rodeaba la cabeza y no me dejaba tranquilo; era como una idea que no se iba nunca, y a veces hasta me mortificaba. Los negros viejos no eran amigos de huirse. Las mujeres, menos. Cimarrones había pocos. La gente tenía mucho miedo al monte. Decían que si uno se escapaba, de todas maneras lo cogían. Pero a mí esa idea me daba más vueltas que a los demás. Yo siempre llevaba la figuración de que el monte me iba a gustar. Y sabía que el campo para trabajar era como el infierno. Uno no podía hacer nada de por sí. Todo dependía de las palabras del amo.

Un día me puse a observar al mayoral. Ya yo lo venía cachando. Ese perro se me metió en los ojos y no me lo podía quitar. Creo que era español. Me acuerdo que era alto y nunca se quitaba el sombrero. Todos los negros lo respetaban, porque con un cuerazo que diera le arrancaba el pellejo a cualquiera.

El caso es que ese día yo estaba caliente y no sé qué me pasó, pero tenía una rabia que de verlo nada más me encendía.

Le silbé de lejos y él miró y se volvió de espaldas; ahí fue donde cogí una piedra y se la tiré a la cabeza. Yo sé que le dio, porque él gritó para que me agarraran. Pero no me vio más el pelo, porque ese día cogí el monte.

Estuve muchos días caminando sin rumbo fijo. Estaba como medio perdido. Nunca había salido del ingenio. Caminé para arriba, para abajo, para todos lados. Sé que llegué a una finca cerca de la Sigüanea, donde no me quedó más remedio que acampar. Los pies se me habían llenado de ampollas y las manos se me pusieron reventadas. Hice campamento debajo de un árbol. Cobijé en unas horas un *rancho* de yerba de Guinea. Allí no estuve más que cuatro o cinco días. No hice más que sentir la primera voz de hombre cerca y salí disparado. Era muy jodido que después de uno haberse escapado lo cogieran.

Un tiempo me dio por ocultarme en una cueva¹⁰. Viví allí año y medio. Me dio por meterme pensando que iba a tener que

10 «Los oprimidos, siempre en desventaja inicial, aprovecharon la naturaleza en su favor durante las contiendas entabladas. Las ásperas serranías, los tupidos bosques y las oscuras grutas fueron aliados de los luchadores contra la opresión. Muchas veces los esclavos se fugaron a los montes viviendo ocultos entre las rocas o protegidos por la espesura de los bosques. Los cimarrones fugitivos que obedecían a impulsos individuales de libertad pronto se convirtieron en grupos organizados para resistir a los amos, así nacieron los palenques, formados por grupos de negros que unas veces vivían en lomerías abruptas o en las cavernas apartadas (...). En las *Memorias de la Real Sociedad Patriótica de La Habana*, publicadas en 1839, en el artículo sobre las cuevas de Cubitas, en Camagüey, leemos: "Entre las muchas rarezas dignas de admiración con que la naturaleza señaló a Cubitas, cuenta la cueva grande o de los negros cimarrones. La cueva grande se halla a media legua del N. punto del barrio de la Estrada, a la derecha del camino que va para la Guanaja. Está bajo la loma de Toabaquei y de la tierra llana, al mismo tiempo. Se entra a ella por un boquerón que se asemeja a los de los hornos de pan y se desciende a lo profundo por una raíz gruesa de jagüey (...). Anteriormente esta cueva servía de guarida a los negros cimarrones, pero estos la evacuaron. El modo de obligar a los negros cimarrones a que evacuaran esta cueva fue coger muchas ramas y ahí guagüao y quemarlos a la entrada, de manera que hiciese humo. Esta operación fue bastante para que aquellos, viéndose a punto de morir sofocados, saliesen y se entregasen a discreción"» (Antonio Núñez Jiménez, «La gesta libertadora», en: *Revista Inra*, año II, n.º 8, La Habana, pp. 22-25).

caminar menos y porque los cochinos de los alrededores, de las fincas, de los conucos, y de la sitiería, iban a una especie de pantano que quedaba a la salida de la cueva. Iban a bañarse y a chapotear en el agua. Yo los cogía muy fácil porque iban en tongas. Todas las semanas me hacía de un cochinato. La cueva esa era muy grande y oscura como una boca de lobo. Se llamaba Guajabán. Estaba cerca del pueblo de Remedios. Era peligrosa porque no tenía salida. Había que entrar por la entrada y salir por la entrada. Mucho que me estuvo picando la curiosidad por encontrar la salida. Pero preferí quedarme en la boca. Los majases son bichos muy peligrosos. Se dan en las cuevas y en el monte. Bajean a las personas con el aliento, aliento de majá que no se siente, y la adormecen para chuparle la sangre. Por eso yo siempre estaba espabilado y encendía la candela para espantarlos. El que se adormecía en una cueva quedaba *listo para la fiesta*. Ni de lejos quería yo ver un majá. Los congos, y eso es positivo, me decían que los majases duraban más de mil y pico de años. Y que cuando llegaban a los mil se volvían serpientes y se iban a hacer vida de mar como cualquier otro pez.

La cueva era igual que una casa por dentro. Con un poco más de oscuridad como es natural. ¡Ah!, y porquería, sí, olor a porquería de murciélago. Yo la pisaba porque era como un colchón de lo suave. Los murciélagos hacían vida libre en las cuevas. Eran y son los dueños de ellas. En todo el mundo es así. Como nadie los mata, duran un chorro de años. No tanto como los majases, claro. Esa porquería que ellos echan sirve luego para abono. Se convierte en polvo y se echa en la tierra para el pasto de los animales y los cultivos.

Una vez por poco me arde aquello. Encendí y el fuego levantó por toda la cueva. Fue por culpa de la porquería. Después de la esclavitud yo le hice el cuento a un congo; el cuento de que yo había vivido con los murciélagos y el muy

embustero, ellos a veces eran más jodedores de lo que uno se creía, me dijo: «Usté criollo no sabe ná. En mi tierra ese que usted llama murciélagos son grande como un palomo rabiche». Yo sabía que eso era cuento. Con esas historias ellos engañaron a medio mundo. Pero lo oí y me divertí por dentro.

La cueva era silenciosa. El único ruido que había siempre era el de los murciélagos, que hacían: «chui, chui, chui». No sabían cantar. Pero se hablaban unos a otros, se entendían. Yo veía que uno de ellos decía: «chui, chui, chui», y la banda lo seguía a donde él fuera. Eran muy *juntos* para las cosas. Los murciélagos no tienen alas. Son nada más que una tela con una cabecita negra, muy prietuzca, y si uno se acerca bien verá que parecen ratones. En la cueva estaba yo, como aquel que dice, veraneando. Lo que me gustaba a mí era el monte y al año y medio me largué de aquella oscuridad. Me di a los trillos. Entré en los montes de la Siguaneca otra vez. Pasé largo tiempo en ellos. Me cuidaba como un niño lindo. No quería yo ligarme otra vez a la esclavitud. Para mí eso era una repugnancia. Siempre me ha quedado la idea. La esclavitud era una pejuguera. Todavía hoy lo sigo pensando.

Yo me cuidaba de todos los ruidos. Y de las luces. Si dejaba rastro me seguían el paso y me llevaban. Subí y bajé tantas lomas que las piernas y los brazos se me pusieron duros como palo. Poco a poco fui conociendo el monte. Y me fue gustando. A veces me olvidaba de que yo era cimarrón y me ponía a chiflar. Chiflaba para quitarme el miedo de los primeros tiempos. Dicen que cuando uno chifla aleja los malos espíritus. Pero en el monte, y de cimarrón, había que andar despierto. Y no volví a chiflar porque podían venir los guajiros o los *ranchadores*. Como el cimarrón era un esclavo que se huía, los amos mandaban a una cuadrilla de ranchadores; guajiros brutos con perros de caza, para que lo sacaran a uno del monte a mordidas. Nunca me topé con ninguno. Ni vide

a un perro de esos de cerca. Eran perros amaestrados para coger negros. El perro que veía a un negro le corría atrás. Si por casualidad yo oía a uno ladrando cerca, me desnudaba enseguida, porque así desnudado, el perro no olfatea a nadie. Ahora mismo yo veo a un perro y no me pasa nada, pero si lo hubiera visto en aquella época no se me hubiera visto los pies en muchas leguas. Los perros nunca me han atraído. Para mí que son de malos instintos.

Cuando un ranchador atrapaba a un negro, el amo o el mayoral le daban una onza de oro o más. Por esos años una onza era como decir diecisiete pesos. ¡Ni se sabe los guajiros que había en ese negocio!

La verdad es que yo vivía bien de cimarrón; muy oculto, pero cómodo. Ni de los propios cimarrones me dejaba ver: «cimarrón con cimarrón, vende cimarrón».

Muchas cosas no las hacía. Por mucho tiempo no hablé una palabra con nadie. A mí me gustaba esa tranquilidad. Otros cimarrones andaban siempre de dos o tres. Pero eso era un peligro, porque cuando llovía, el rastro de los pies se quedaba en el fango. Así cogieron a muchos grupitos de bobos.

Había un tipo de negro que era horro. Yo los veía ir al monte a buscar yerbas y jutías, pero nunca los llamaba ni me acercaba a ellos. Al contrario, cuando veía uno de esos negros lo que hacía era esconderme más. Algunos trabajaban en las siembras y cuando dejaban el terreno vacío, yo aprovechaba y me metía a llevarme las viandas y los cochinos. Casi siempre tenían cochinos en sus conucos. Pero más bien me robaba las cosas de las sitierías, porque había más abundancia de todo. Y era más fácil. Las sitierías eran más grandes que los conucos. ¡Mucho más grandes! Venían siendo como fincas. Los negros no tenían esos lujos. Los guajiros sí vivían cómodos; en

casas de guano de caña o guano real. De lejos yo los veía en su música. A veces hasta los podía oír. Tocaban con acordeones chiquitos, guitarras, bandurrias, timbales, guayos, maracas y güiros de sujei o amargos. Esos instrumentos eran los principales para hacer música. Cuando dejé el monte fue cuando me vine a aprender esos nombres, porque de cimarrón estaba en la ignorancia de todo.

A ellos les gustaba bailar. Pero no bailaban la música de los negros. Tiraban para el *zapateo* y la *caringa*. En el zapateo se reunían todos los guajiros por las tardes, a eso de las cinco. Los hombres se ponían pañuelos en el cuello y las mujeres en la cabeza. Si un guajiro se lucía en el baile, venía la mujer y le colocaba un sombrero arriba del otro. Era para premiarlo. Yo me ponía con cuidado y me lo llevaba todo. Hasta vide los órganos. Ahí se tocaban todos los instrumentos. Hacían mucho ruido, pero eran de lo más bonito. De vez en cuando un guajiro agarraba por un güiro para acompañar al órgano. En esos órganos se oía la música de aquellos años: el danzón.

Los domingos los guajiros se vestían de blanco. Las mujeres se ponían flores en la cabeza y se soltaban el pelo. Entonces se iban a los *partidos* y allí, en los bodegones de madera, se reunían para festejar. A los hombres les gustaba la rusia y el dril. Se hacían unas camisas largas parecidas a las guayaberas, con bolsillos parados. Esos guajiros de aquellos años vivían mejor de lo que la gente se imagina. Casi todos los días tenían propina de los amos. Entre ellos sí que simpatizaban y hacían sus suciedades. Yo tengo la consideración de que el cimarrón vivía mejor que el guajiro. Tenía más libertad.

Para buscar comida había que trajinar muy duro, pero nunca faltaba: «Jicotea con precaución lleva su casa a cuestras». Lo que más me gustaba era la vianda y la carne de puerco.

Yo creo que por eso yo he durado tanto; por la carne de puerco. La comía todos los días y nunca me hacía daño. Para conseguir cochiniticos yo me acercaba a las sitierías por la noche y hacía que nadie me sintiera. Me le tiraba por el cuello al primero que veía y con una soga bien apretada me lo pasaba al hombro y me echaba a correr, tapándole el *jocico*. Cuando encontraba donde acampar me lo acostaba a un lado y me ponía a mirarlo. Si estaba bien criado y pesaba veinte libras más o menos, entonces tenía la comida asegurada para quince días.

De cimarrón andaba uno medio salvaje. Yo mismo cazaba animales como las jutías. La jutía es muy correntona, y para cogerla había que tener fuego en los pies. A mí me gustaba mucho la jutía ahumada. Ahora, yo no sé qué se cree la gente de ese animal, pero nadie lo come. Antes yo cogía una jutía y la ahumaba sin sal y me duraba meses. La jutía es la comida más sana que hay, aunque la mejor para los huesos es la vianda. El que come vianda todos los días, sobre todo malanga, no tiene problemas en los huesos. En el monte hay mucha vianda de esas salvajes. La malanga tiene una hoja grande que se pone a brillar por la noche. Uno la conoce enseguida.

Todas las hojas del monte tienen utilidad. La hoja de tabaco o la yerba mora sirven para las picadas. Cuando veía que una picada de algún bicho se me iba a enconar, cogía la hoja de tabaco y la mascaba bien. Después la ponía en la picada y se me iba la hinchazón. Muchas veces cuando había frío me entraba dolor en los huesos. Era un dolor seco que no se me quitaba. Para calmarlo preparaba un cocimiento de hojitas de romero y me lo quitaba enseguida. El mismo frío me daba una tos muy fuerte. Un catarro con tos era lo que me entraba a mí. Ahí cogía una hoja grande y me la ponía en el pecho. Nunca supe el nombre de esa hoja, pero echaba un líquido blancuzco que era muy caliente; eso me calmaba la tos. Cuando cogía mucho frío se me aguaban los ojos y me daba una cosquilla

que jodía muchísimo. Lo mismo me pasaba con el sol; entonces ponía unas cuantas hojas de ítamorreal al sereno y al otro día me limpiaba los ojos. El ítamorreal es lo mejor que hay para eso. Hoy lo que venden en las boticas es ítamorreal. Lo que pasa es que lo meten en los pomitos y parece otra cosa. Según se pone viejo uno, lo de los ojos se quita. Hace muchos años que no padezco de esas ardentías.

La hoja de palo de macagua me servía para fumar. Con ella yo hacía tabacos bien enrolladitos y apretados. El tabaco era uno de mis entretenimientos. Después que salí del monte no fumé más tabaco, pero mientras estuve de cimarrón lo fumaba a todas horas.

Y tomaba café. El café lo hacía con guanina achicharrada. Tenía que moler la hoja con el lomo de una botella. Después de que esa hoja quedara bien disuelta, la colaba y ya era café. Siempre le podía derramar un poquito de miel de abejas de la tierra para darle gusto. Con la miel de abejas el café servía para el fortalecimiento del organismo. En el monte uno andaba siempre fortalecido.

La debilidad viene en los pueblos, porque la gente cuando ve la manteca se vuelve loca para arriba de ella. A mí nunca me ha gustado porque debilita. El que coge mucha manteca se pone gordo y medio bobalicón. La manteca perjudica mucho la circulación y engarrota a la gente. Uno de los mejores remedios que hay para la salud es la miel de abejas. Esa se conseguía fácil en el monte. Dondequiera había de la tierra. Yo la encontraba muy abundante en los palos del monte, en los júcaros huecos o en las guásimas. La miel me servía para hacer canchánchara. La canchánchara era un agua sabrosísima. Se hacía con agua de río y miel. Lo mejor era tomarla fresca. Esa agua era más saludable que cualquier medicina de hoy; era natural. Cuando no había un río cerca, yo me metía bien adentro y me daba a buscar una *casimba*. En el monte

hay casimbas hasta para hacer dulce. Corrían loma abajo y traían el agua fresca y más clara que yo he visto en mi vida.

La pura verdad es que a mí nunca me faltó nada en el monte. La única cosa que no podía hacer era el sexo. Como no había mujeres, tenía que quedarme con el gusto recogido. Ni con las yeguas se podía pisar porque relinchaban que parecían demonios. Y cuando los guajiros oían ese alboroto venían enseguida y a mí nadie me iba a poner los grillos por una yegua.

La candela no me faltó nunca. En los primeros días que me pasé en el monte llevaba fósforos. Después se me acabaron y tuve que meterle mano a la yesca. La yesca era una ceniza negra que yo guardaba en un mechón de lata que vendían los españoles en las tabernas. Sacar fuego era fácil. Nada más que había que rallar en el mechón con una piedra hasta que saliera la chispa. Esto yo lo aprendí con los isleños cuando era esclavo. Los isleños nunca me gustaron; eran muy mandones y muy *equítricos*. Los gallegos eran mejores y se llevaban más con los negros.

Como a mí siempre me ha gustado gobernarme, me mantenía aislado de ellos. De todos. Hasta de los bichos me aislaba yo. Para que los majases no se me acercaran, encendía un palo gordo y lo dejaba así toda la noche. Los majases no se acercaban porque se creían que la candela era el diablo o un enemigo de ellos. Por eso digo que me sentía bien de cimarrón. Ahí me gobernaba yo solo y me defendía igual. Usaba cuchillos y machetes de media cinta o Collin, que eran como los de la guardia rural. Esas armas las usaba para chapear el monte y cazar animales. Y las tenía preparadas por si me quería sorprender algún ranchador. Aunque eso era difícil, porque yo me pasaba la vida caminando. Caminaba tanto bajo el sol que la cabeza se me iba poniendo caliente y para mí que colorada. Entonces me entraban unas calenturas fuertes que se me quitaban acurrucándome un poco o con

yervas frescas en la frente, con hojas de llantén casi siempre. El problema es que no tenía sombrero, por eso es que la cabeza se me calentaba así. Yo me hacía la figuración de que el calor se me metía por dentro y me ablandaba los sesos.

Cuando esa calentura se me pasaba, a veces me duraba muchos días, me metía en el primer río que veía sin hacer ruido y salía como nuevo. El agua del río no me hacía daño. Yo creo que lo mejor que hay para la salud es el agua del río, por lo fría. Esa misma frialdad es buena porque lo pone a uno duro. Los huesos se sienten fijos. El agua de lluvia me daba un poco de catarro que se me quitaba con cocimiento de cuajaní y miel de abejas. Para no mojarme me cubría con yaguas. Doblaban las yaguas por encima de un caballete que hacía con cuatro horquetas y formaba un rancho. Esos ranchos se conocieron mucho después de la esclavitud y en la guerra. Se parecían a los de *vara en tierra*.

Lo que más yo hacía era caminar y dormir. Cuando llegaban las doce del día o las cinco de la tarde, oía el *fotuto* que sonaban las mujeres para llamar a los maridos. Sonaba: «fuuuu, fu, fu, fu». Por la noche dormía a pierna suelta. Por eso estaba tan gordo. No pensaba en nada. Todo era comer y dormir y vigilar. A mí me gustaba ir a las lomas de noche. Las lomas eran más tranquilas y más seguras. Difícilmente llegaban allí ranchadores y animales jíbaros. Yo llegué casi hasta Trinidad. Desde arriba de esas lomas veía el pueblo. Y el mar.

Mientras más me acercaba a la costa más grande se iba poniendo. Yo siempre me figuré que el mar era un río gigante. A veces lo miraba fijamente y él se ponía blanco de lo más raro y se me perdía en los ojos. El mar es otro misterio grande de la naturaleza. Y es muy importante, porque se puede llevar

a los hombres, tragárselos y no devolverlos más. Esos son los naufragios que les llaman.

De lo que sí me acuerdo bien es de los pájaros del monte. Eso no se me ha olvidado. Me acuerdo de todos. Los había lindos y feos como carajo. Al principio me metían mucho susto, pero después me acostumbré a oírlos. Ya yo creía que ellos me cuidaban. El cotunto era el más jodedor. Era un pájaro negro negrísimo, que decía: «tu, tu, tu, tu, tu, tu, te comiste el queso que estaba ahí». Y repetía eso hasta que yo le contestaba: «¡Fuera!», y se iba. Yo lo oía *clarítico*. Había otro que le contestaba también, hacía: «cu, cu, cu, cu, cu, cu», y parecía un fantasma.

El sijú era uno de los que más mortificaba. Siempre venía por la noche. ¡Lo más feo del monte era el bicho ese! Tenía las patas blancas y los ojos amarillos. Tronaba algo así como: «cus, cus, cuuuus».

La lechuza cantaba triste, pero era bruja. Buscaba ratones muertos. Esa hacía: «chuá, chuá, chuá, kui, kui», y salía volando como una luz. Cuando yo veía una lechuza en mi camino y sobre todo cuando ella iba y venía, por ese lugar yo no seguía, porque con eso ella me estaba avisando que tenía un enemigo cerca o la muerte misma. La lechuza es sabia y extraña. Me acuerdo de que los brujos la respetaban mucho y trabajaban con ella, con la *sunsundamba*, que es como ella se llama en África. Probablemente la lechuza se haya ido de Cuba. Yo no la he vuelto a ver. Esos animales cambian de tierra.

El mismo gorrión vino de España y ha hecho una cría aquí grandísima.

Y el *tocoloro*, que es medio verdoso él. El tocoloro lleva en el pecho una faja punzó que es igual a la del rey de España. Decían los mayores que él era el mensajero del rey. Yo lo que sé es que el tocoloro no se podía ni mirar. El negro que matara a uno de esos pájaros estaba matando al rey. Muchos

negros vide yo coger látigo por matar tocoloros y gorrones. A mí me gustaba ese pájaro, porque cantaba como si saltara, decía: «co, co, co, co, co, co».

La que sí era del coño de su madre era la ciguapa. Silbaba igualito a un hombre. A cualquiera se le enfriaba el alma oyéndola. No quiero pensar las veces que me fastidiaron esos bichos.

En el monte me acostumbré a vivir con los árboles. Ellos también tienen sus ruidos, porque las hojas en el aire silban. Hay un árbol que es grande como una hoja blanca. De noche parece un pájaro. Ese árbol para mí que hablaba. Hacía: «uch, uch, ui, ui, ui, uch, uch». Los árboles también echan sus sombras. Las sombras no hacen daño, aunque por las noches uno no debe pasar por encima de ellas. Yo creo que las sombras de los árboles son como el espíritu de los hombres. El espíritu es el reflejo del alma. Ese se ve.

Lo que sí los hombres no estamos dados a ver es el alma. No podemos decir que ella tenga tal o cual color. El alma es una de las cosas más grandes del mundo. Los sueños están hechos para el contacto con ella. Los congos viejos decían que el alma era como una brujería que uno tenía por dentro. Ellos decían también que había espíritus buenos y espíritus malos; o sea, almas buenas y almas malas. Y que todo el mundo las llevaba. A mi entender hay quien tiene el alma en el sentido de la brujería nada más. Otras personas la tienen en el sentido natural. Yo prefiero esa, la natural, porque la otra tiene pacto con el diablo. Puede suceder que el alma se vaya del cuerpo. Eso es cuando una persona se muere o cuando está dormida. Ahí es donde el alma se sale con las suyas y empieza a recorrer el espacio. Lo hace para descansar, porque tanto litigio a todas horas no hay quien lo aguante.

Hay personas a quienes no les gusta que los llamen cuando duermen, porque son asustadizos y se pueden morir de pronto. Eso pasa porque el alma en el sueño se va para afuera. Lo deja a uno vacío. Yo a veces paso escalofríos por la noche, en el monte era igual. Entonces me protejo bien, porque ese es el aviso que Dios le manda a uno para que se cuide. El que padece de escalofríos tiene que rezar mucho.

El corazón es muy distinto. Él nunca se va de su puesto. Con uno ponerse la mano en el lado izquierdo puede comprobar que está latiendo. Pero el día que se para se queda listo cualquiera. Por eso no hay que confiar en él.

Ahora, lo más importante en esa materia es el ángel. El ángel de la guarda. Ese es el que lo hace avanzar o retroceder a uno. Para mí el ángel está por arriba del alma y del corazón, siempre al pie de uno, cuidándolo a uno y viéndolo todo. Por nada del mundo se va. Yo he pensado mucho sobre estas cosas y todavía las veo un poco oscuras. Todos estos pensamientos vienen cuando uno está solo. El hombre piensa a todas horas. Hasta cuando sueña es como si estuviera pensando. Hablar de esos pensamientos no es bueno. Hay el peligro de que venga la decadencia. No se puede confiar mucho de la gente. ¡Cuántas personas no le preguntan a uno para saber bien y después partirle el carapacho! Además, eso de los espíritus es infinito, como las cuentas, que nunca se acaban. Nadie sabe su fin.

La verdad es que yo no confío ni en el Espíritu Santo. Por eso, de cimarrón no estuve con nadie. Nada más que oía a los pájaros y a los árboles y comía, pero nunca conocí a nadie. Me acuerdo de que estaba tan peludo que los frijoles se me encarolaron. Aquello era de meter miedo. Cuando salí a los pueblos, un viejo llamado Ta Miguel me peló con una tijera grande. Me dio una tusada que parecía yo un caballo fino. Con

esa lana tumbada me encontraba extraño. Sentía una frialdad tremenda. A los pocos días me volvió a crecer el pelo. Los negros tienen esa tendencia. Yo nunca he visto a un negro calvo. Ni uno. La calvicie la trajeron a Cuba los gallegos.

Toda mi vida me ha gustado el monte. Pero cuando se acabó la esclavitud dejé de ser cimarrón. Por la gritería de la gente me enteré de que había acabado la esclavitud y salí. Gritaban: «Ya estamos libres». Pero yo como si nada. Para mí era mentira. Yo no sé... El caso fue que me acerqué a un ingenio, sin recoger calderos ni latas ni nada, y fui sacando la cabeza poquito a poco hasta que salí. Eso fue cuando Martínez Campos¹¹ era el gobernador, porque los esclavos decían que él había sido el que los había soltado. Así y todo pasaron años y en Cuba había esclavos todavía. Eso duró más de lo que la gente se cree.

Cuando salí del monte me puse a caminar y encontré a una vieja con dos niños de brazos. La llamé de lejos y cuando ella se acercó yo le pregunté: «Dígame, ¿es verdad que ya no somos esclavos?». Ella me contestó: «No, hijo, ya somos libres». Seguí andando por mi cuenta y empecé a buscar trabajo. Muchos negros querían ser amigos míos. Y me preguntaban qué yo hacía de cimarrón. Y yo les decía: «Nada». A mí siempre me ha gustado la independencia. La salsa y la escandalera no sirven. Yo estuve años y años sin conversar con nadie.

11 Arsenio Martínez Campos, capitán general de la isla de Cuba. Fue jefe del ejército español en 1868 durante la guerra de los Diez Años. Permaneció hasta el año 1878, en que se declaró el fin de la guerra con el Pacto del Zanjón.

LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD

LA VIDA EN LOS INGENIOS

Con todo ese tiempo en el monte ya yo estaba medio embrutecido. No quería trabajar en ningún lugar y sentía miedo de que me fueran a encerrar. Yo sabía bien que la esclavitud no se había acabado del todo. A mí me preguntaba mucha gente lo que yo hacía y querían saber de dónde yo era. Algunas veces les decía: «Yo soy Esteban y fui cimarrón». Otras veces les decía que había trabajado en el ingenio tal y que no encontraba a mis parientes. Ya yo tendría como veinte años. Todavía no había dado con mis parientes. Eso fue más tarde.

Como no conocía a nadie, anduve muchos meses de pueblo en pueblo. No pasé hambre, porque la gente me daba comida. Uno nada más que decía que no tenía trabajo y siempre alguien le tiraba a uno su bobería. Pero así nadie podía seguir. Y me di cuenta de que el trabajo había que hacerlo para comer y dormir en un barracón por lo menos. Cuando me decidí a cortar caña, ya había recorrido bastante. Toda la zona del norte de Las Villas yo la conozco bien. Esa es la parte más linda de Cuba. Por ahí empecé a trabajar.

El primer ingenio donde trabajé se llamaba Purio. Llegué un día con los trapos que llevaba y un sombrero que había recogido. Entré y le pregunté al mayoral si había trabajo para mí. Él me dijo que sí. Me acuerdo que era español, de bigotes, y se llamaba Pepe. Aquí hubo mayorales hasta hace poco. Con la diferencia de que no golpeaban como en la esclavitud. Aunque eran de la misma cepa: hombres agrios y bocones. En esos ingenios después de la abolición siguieron existiendo barracones. Eran los mismos que antiguamente. Muchos estaban nuevos, porque eran de mampostería. Otros, con la lluvia y los temporales, se habían caído. En Purio el barracón estaba fuerte y como acabado de estrenar. A mí me dijeron que fuera a vivir allí. Cuando llegué me acomodé enseguida. No era tan mala la situación. A los barracones les habían quitado los cerrojos y los mismos trabajadores habían abierto huecos en las paredes para la ventilación. Ya no había el cuidado de que nadie se escapara, ni nada de eso. Ya todos los negros estaban libres. En esa libertad que decían ellos, porque a mí me consta que seguían los horrores. Y había amos, o mejor dicho, dueños que creían que los negros estaban hechos para la encerradera y el cuero. Entonces los trataban igual. Algunos negros para mí que no se habían dado cuenta de las cosas, porque seguían diciendo: «Mi amo, la bendición».

No salían del ingenio para nada. Yo era distinto en el sentido de que no me gustaba ni tratar a los blanquitos. Ellos se creían que eran los dueños de la humanidad. En Purio yo vivía casi siempre solo. Podía de Pascuas a San Juan tener mi concubina. Pero las mujeres han sido siempre muy interesadas y en aquellos años no había cristiano que pudiera mantener a una negra. Aunque yo digo que lo más grande que hay son las mujeres. A mí nunca me faltó una negra que me dijera: «Quiero vivir contigo».

Los primeros meses de estar en el ingenio me sentía extraño. Estuve extraño así como tres meses. Me cansaba de nada. Las manos se me pelaban y los pies se me iban reventando. A mí me parece que era la caña lo que me ponía así; la caña con el sol. Como tenía ese estropeo, por la noche me quedaba a descansar en el barracón. Hasta que la costumbre me hizo distinto. A veces se me ocurría salir por la noche. La verdad es que había bailes por los pueblos y otros entretenimientos, pero yo nada más que buscaba el juego con las *gallinas*.

El trabajo era agotador. Uno se pasaba las horas en el campo y parecía que el tiempo no se acababa. Seguía y seguía hasta que lo dejaba a uno molido. Los mayores siempre agitando. El trabajador que se paraba mucho rato era sacado de allí. Yo trabajaba desde las seis de la mañana. La hora no me molestaba, porque en el monte uno no puede dormir hasta muy tarde por los gallos. A las once del día daban un descanso para ir a almorzar. El almuerzo había que comerlo en la fonda del batey. Casi siempre de pie, por la cantidad de gente amontonada. A la una del día se regresaba al campo. Esa era la hora más mala y la más caliente. A las seis de la tarde se acababa el trabajo. Entonces cogía y me iba al río, me bañaba un poco y después regresaba a comer algo. Tenía que hacerlo rápido porque la cocina no trabajaba de noche.

La comida costaba como seis pesos al mes. Daban una ración buena, aunque siempre era lo mismo: arroz con frijoles negros, blancos o de carita y tasajo. En algunos casos mataban a un buey viejo. La carne de res era buena, pero yo prefería y prefiero la de cochino; alimenta más y fortalece. Lo mejor de todo era la vianda: el boniato, la malanga, el ñame. La harina también, pero el que tiene que comer harina a pulso todos los días se llega a aburrir. Allí la harina no faltaba.

Algunos trabajadores tenían costumbre de irse a la mayor-domía del ingenio para que le dieran un papel que les autorizaba a coger la comida cruda y llevarla al barracón. Cocinaban en sus fogones. Los que tenían su mujer fija comían con ella. A mí mismo me ocurría que cuando tenía *canchanchana* no iba a pasar los calores y la sofocación de la fonda.

Los negros que trabajaban en Purio habían sido esclavos casi todos. Y estaban acostumbrados a la vida del barracón, por eso no salían ni a comer. Cuando llegaba la hora del almuerzo, se metían en el cuarto con sus mujeres y almorzaban. En la comida era igual. Por la noche no salían. Ellos le tenían miedo a la gente y decían que se iban a perder. Siempre estaban con esa idea. Yo no podía pensar así, porque si me perdía, me encontraba. ¡Cuántas veces no me perdí en el monte sin hallar un río!

Los domingos todos los trabajadores que querían podían ir a sacar la *faína*¹. Eso quería decir que uno en vez de quedarse reposando iba al campo, chapeaba, limpiaba o cortaba la caña. O, si no, se quedaba en el ingenio limpiando las canoas o raspando las calderas. Era nada más que por la mañana. Como ese día no había que hacer nada especial, los trabajadores iban siempre y ganaban más dinero. El dinero es una cosa muy mala. El que se acostumbra a ganar mucho se echa a perder. Yo ganaba como los demás. El sueldo venía saliendo en unos veinticuatro pesos, contando la comida. Algunos ingenios pagaban veinticinco pesos.

1 «... el sueño fue uno de los más graves problemas del ingenio. Especialmente en aquellas fábricas que mantenían como tesis que los negros podían resistir 20 horas diarias y ponían a trabajar de noche en la casa de calderas a hombres que habían pasado 10 horas cortando y alzando caña al sol. A estas tareas extras le dieron el inofensivo nombre de faena. Algunos ingenios obligaban a sus esclavos a realizar faenas y contrafaenas. Un negro que cumplía su trabajo normal, la faena y la contra-faena, empleaba unas 22 horas en esta labor. En premio se le dejaba dormir 6 horas al día siguiente y después tornaba a la misma jornada de 20 a 22 horas» (M. Moreno Fraginals, *op. cit.*, p. 166).

Todavía quedaban muchas tabernas cerca para gastar la plata. En Purio había dos o tres. Yo iba allí a tomar un trago a cada rato, o si tenía necesidad de comprar algo también iba. En verdad las tabernas no eran lugares muy buenos. Casi todos los días se formaban broncas por envidias o por celos de mujeres. Por las noches se hacían fiestas. A esas fiestas podían ir todos los que quisieran. Se hacían en los bateyes. Había espacio para bailar y los mismos negros cantaban las rumbas. El guasabeo era de baile y de jaladera. Yo nunca me metí en eso, quiero decir, de lleno. Lo veía todo cuando sentía deseos; si no, me quedaba descansando. El tiempo se iba volando. A las nueve en punto había que retirar los cajones de la rumba, porque tocaban el Silencio, el campanazo más grande que había, para ir a dormir. Si por los negros hubiera sido, se hubieran quedado siempre bailando hasta por la madrugada. Yo sé bien cómo es eso para ellos. Todavía uno va a un baile y seguro que el último que se va es un negro. En mi caso particular, no digo que el baile y la rumba no me gusten, lo que pasa es que a mí me ha dado por ver las cosas de lejos. Por la mañana la gente se levantaba estropeada. Pero seguían la marcha como si nada.

En los ingenios de esa época se podía trabajar fijo o de paso. Los que trabajaban fijo tenían la obligación de una hora marcada. Les hacían un contrato por meses. Así, vivían en los barracones y no tenían que salir del ingenio para nada. A mí me gustaba ser fijo, porque de la otra manera la vida era muy agitada. Los que se dedicaban al trabajo por su cuenta nada más que tenían que llegar a un campo de caña y hacer un ajuste. Podían coger un lote de dos o cuatro besanas y ajustarlo según la cantidad de yerbas que hubiera. Los terrenos esos por aquellos años se ajustaban a treinta o a cuarenta

pesos. Y el trabajo de la limpia se hacía en quince o dieciséis días. Esos trabajadores eran muy vivos. Podían descansar a cada rato, ir a tomar agua y hasta metían a sus mujeres en el yerbazal para cogérselas. Después que pasaban los días y el terreno estaba bien limpio, venía el mayoral a recibirlo. Si encontraba alguna chapucería, ellos tenían que repasarlo. Volvía el mayoral y si estaba complacido iban con su dinero a pasear por los pueblos, hasta que volviera a crecer la yerba. Si se les acababa el dinero rápido, buscaban la manera de ir a otro ingenio para trabajar allí. Andaban siempre de *habitantes*. Vivían en los mismos barracones, pero en cuartos más chiquitos. Casi nunca se llevaban a sus mujeres a los cuartos. Las veían por las noches, porque ellos sí tenían el permiso para salir después de la faina.

Con los que trabajábamos fijos pasaba distinto. Nosotros no podíamos salir por la noche, porque a las nueve teníamos que estar alerta a la campana del Silencio. Los domingos eran los días en que yo salía por la tarde y me demoraba bastante. Había noches en que llegaba después de las nueve. Y no me pasaba nada. Me abrían y me decían: «¡Anda, que llegas tarde, cabrón!».

Los barracones eran un poco húmedos, pero así y todo eran más seguros que el monte; no había majases. Todos los trabajadores dormíamos en hamacas. Eran muy cómodas y uno se podía acurrucar bien durante el frío. Muchos de esos barracones estaban hechos de sacos. Lo único que fastidiaba de los barracones eran las pulgas. No hacían daño, pero había que estarlas espantando toda la noche con escoba amarga. La escoba amarga acaba con las pulgas y con las niguas. Nada más que había que regar un poco en el suelo. Para mí que todos esos bichos nacieron en Cuba por la venganza de los indios. La tierra cubana está *maliciada* por ellos. Se están cobrando las muertes; Hatuey y toda su banda.

En Purio, como en todos los otros ingenios, había africanos de varias naciones. Pero abundaban más los congos. Por algo a toda la parte norte de Las Villas le dicen «de la conguería». También en esa época existían los filipinos, los chinos, los isleños y cada vez había más criollos. Todos ellos trabajaban en la caña, guataqueaban, chapeaban, aporcaban. Aporcar es arar con un buey y un narigonero para remover la tierra igual que en la esclavitud.

La cuestión de la amistad no cambiaba. Los filipinos seguían con su instinto criminal. Los isleños no hablaban. Para ellos nada más que existía el trabajo. Eran zoquetes todavía. Como yo no me emparentaba con ellos me cogieron rabia. De los isleños hay que cuidarse, porque saben mucho de brujería. A cualquiera le dan un planazo. Creo que ellos ganaban más que los negros, aunque antes decían que todo el mundo ganaba igual. El mayordomo del ingenio era quien se ocupaba de los pagos. Él llevaba todas las cuentas. Era español también y viejo. Los mayordomos eran viejos, porque para las cuentas hay que tener mucha experiencia. Él le pagaba a todos los trabajadores del ingenio. Después que el dueño revisaba las liquidaciones, el mayordomo avisaba que fuéramos a cobrar. Era por orden. Uno a uno íbamos entrando en la oficina o en la bodega, según. Había quien prefería coger todo el dinero en efectivo. Otros, como yo, preferíamos que el mismo mayordomo le entregara un vale por víveres al bodeguero para ir a comprar con cuentas. El propio bodeguero nos entregaba el dinero. Una mitad en comidas y tragos y la otra en efectivo. Así era mejor, porque uno no tenía que estar yendo a la oficina esa para que lo revisaran de arriba abajo. Yo he preferido siempre la independencia. Además los bodegueros eran simpáticos: españoles retirados del ejército.

Por esos años pagaban en moneda mexicana o española. Las monedas mexicanas eran de plata, grandes y brillosas; les

decían carandolesas. Había fracciones de monedas de veinte centavos, de cuarenta y de a peso. Yo me acuerdo de una que era española y la llamaban Amadeo I. El que cogía en sus manos una moneda de esas no la gastaba; la guardaba como señuelo, porque Amadeo I fue rey de España. Eran de plata pura como las isabelinas, que valían cincuenta centavos. Casi todas las demás eran en oro. Había escudos de dos pesos, doblones, que valían cuatro pesos, centenes, con un valor de cinco treinta, las onzas y las medias onzas.

Esas eran las monedas que más corrían en Cuba hasta la coronación de Alfonso XIII. Yo me las aprendía de memoria para que no me engañaran. Era más fácil que ahora, porque todas tenían la cara de un rey o de una reina o un escudo. El rey Alfonso XIII hizo que empezaran a llegar pesetas y pesos en plata. La calderilla era de cobre y las había de a centavo y de a dos centavos. Vinieron más monedas, como el real fuerte. El real fuerte valía quince centavos. Si se suma bien, con veinte reales fuertes se llega a tres pesos. Eso es positivo como quiera que uno cuente. Todavía hay gente que tiene pegada la maña de contar con esas monedas. Parece que se creen que la humanidad no avanza. Aunque a uno le gusten las costumbres viejas, no se puede pasar la vida diciéndolo como una matraquilla.

Yo me encontraba mejor antes que ahora. Tenía la juventud. Ahora puedo tener de vez en cuando mi canchanchana, pero no es lo mismo. Una mujer es una cosa muy grande. La verdad es que lo que a mí me han gustado en la vida han sido las mujeres. Antiguamente, estando ahí mismo en Purio, yo hacía así y cogía para el pueblo los domingos. Siempre por la tarde, para no perder la faina de la mañana. Y a veces sin tener que llegar a los pueblos me conseguía una mujer. Yo era muy atrevido; a cualquier prieta linda le sacaba conversación y ellas

se dejaban enamorar. Eso sí, yo siempre les decía la verdad. Que yo era trabajador y me gustaba la seriedad. Uno no podía andar de chulo con las mujeres como ahora. ¡Qué va! Las mujeres de aquella época valían igual que los hombres. Trabajaban mucho y no les gustaba nada eso de los hombres ambulantes y vagos. Si yo cogía confianza con una mujer podía hasta pedirle dinero. Ahora, ella se fijaba bien si a mí me hacía falta o no. Y si me hacía falta, me daba todo lo que yo pedía. Si no, me mandaba a *freír espárragos*. Esas eran las mujeres de antes.

Cuando un hombre se veía apretado de mujeres iba los domingos a las fiestas. Fiestas que se hacían en el pueblo más cercano al ingenio. Se daban bailes en las calles y en las sociedades. Aquellas calles se llenaban de gentes bailando y retozando. Yo iba nada más que a pescar gallinas, porque el baile nunca me ha gustado. Jugaban a la baraja y hacían competencias de caballos. Ponían dos palos en un extremo y de un lado a otro atravesaban una soga. De esa soga colgaban una argolla por donde el jinete tenía que meter un palito o púa, como le llamaban. Si lo lograba se ganaba el premio. Casi siempre el premio era pasearse con el caballo por el pueblo. Y ser el más orgulloso. Para eso venían muchos jinetes de otros pueblos cercanos. A mí me gustaba pararme en los terrenos donde competían para ver los caballos. Lo que no me gustaba era que la gente iba a armar mucho brete y fajatiña. Por cualquier cosa se despertaba el mal genio en esas competencias. A los negros eso no les llamaba mucho la atención. Lo veían y todo, pero... ¿qué negro tenía un buen caballo?

El mejor entretenimiento era la lidia de gallos. Se celebraba los domingos en todos los pueblos. En Calabazar de Sagua, que era el más cercano al Purio, había una valla de gallos muy grande. Las vallas eran todas de madera. Las pintaban de rojo y blanco. El techo lo hacían de tabla con cartones gordos para tapar las rendijas. Las peleas eran sangrientas. Pero no

había un hombre de aquella época que no fuera a verlas. La sangre era un atractivo y una diversión, aunque parezca mentira. Servía para sacarles dinero a los *colonos*, que entonces estaban empezando a hacerse ricos. También apostaban los trabajadores. El gallo era un vicio; todavía lo es. A la vez que uno se metía en una valla ya tenía que seguir jugando. Los cobardes no podían entrar a esos lugares. Ni los ruines. En las peleas cualquiera se volvía loco. La gritería era peor que la sangre. El calor no se resistía. Así y todo los hombres iban a verse con la suerte. El negro y el blanco podían entrar y jugar. El asunto era tener los centenes para apostar. ¿Y qué negro tenía...?! Aparte de los gallos y la borrachera no había más nada. Era mejor irse con una gallina al monte y recostarse.

Cuando llegaba el día de San Juan, que es el 24 de junio, hacían fiestas en muchos pueblos. Para ese día se preparaba lo mejor. En Calabazar lo celebraban y yo iba para ver. No había hombre o mujer que no preparara su mejor ropa para ir al pueblo. Las telas de esos años eran distintas a las de hoy. Los hombres por lo general se vestían con camisas de rusia o de listados. Esas camisas de listados eran muy elegantes y se abrochaban con botones de oro. Se usaba también el dril jipijapa, el almud, que era una tela negra como el azabache, y la alpaca, muy brillante. Decían que era la más cara. Yo nunca la usé. La jerga gruesa y de color grisoso era bastante corriente. Con ella se hacían los mejores pantalones. La usé mucho por lo encubridora.

A los hombres de antes les gustaba vestir bien. Yo mismo si no tenía ropa no iba al pueblo. Y eso que los cimarrones teníamos fama de ser salvajes. Por lo menos eso es lo que decía el vulgo. Si uno se pone a comparar la ropa de antes con la de ahora, no se explica cómo antes, en tiempo de calor, la gente no se asaba.

Lo de las mujeres era el colmo. Parecían escaparates ambulantes. Yo creo que todo lo que encontraban se lo colgaban. Usaban camisón, saya, sayuelas, corsé, y por arriba, el vestido ancho con tiras y lazos de colores. Casi todo el vestuario era de holán de hilo. También se ponían polisón. El polisón era como una almohadita del ancho de una nalga. Ellas se amarraban eso a la cintura y se lo dejaban caer por detrás para que las nalgas les temblaran. Tener polisón era como tener carne postiza. Algunas se ponían los pechos de rellenos. No sé qué negocio preparaban, pero parecían de verdad. Yo sabía que era trapo y todo, pero ver una mujer así, paradita de puntas, era algo muy grande. En la cabeza, las que tenían poco pelo, se ponían casquetes. Los peinados eran más lindos que ahora. Y naturales. Ellas mismas se peinaban y el pelo siempre se lo dejaban largo, porque esa moda vino de España. De España, porque de África *nananina*. Las mujeres que se pelaban corto a mí no me gustaban; parecían muchachos. Eso de los pelados cortos salió cuando empezaron a poner casas de peinados en Cuba. Antes, ni por cuento. Las mujeres eran lo principal en las fiestas. Se hacían más religiosas que nadie. De ahí venía la cubridera esa. Todo lo que llevaban era bueno. Ellas lo hacían saber. Aretes de oro y pulseras, zapatos de todas clases, de becerro, y botas con tacones que tenían en la punta una latica para protegerlas. Los zapatos llevaban botonadura. Había un tipo de botas que se llamaban polacas; se abotonaban a un solo lado. Los hombres se ponían botines con elásticos en el tobillo. Pero esos eran los que tenían dinero. Yo, por ejemplo, nada más que tenía un par de zapatos de piel bajitos y mis vaquetas.

Las fiestas de San Juan eran las más conocidas por esa zona. Dos o tres días antes del 24, los niños del pueblo se ponían a hacer los preparativos. Adornaban las casas y la iglesia con pencas de guano. Los mayores se preocupaban de los bailes

en los casinos. Ya en ese entonces había sociedades de negros, con cantina y salón para baile. Cobraban la entrada para los fondos de la Sociedad. Yo a veces llegaba a esos lugares, me quitaba mi sombrero de guano y entraba. Pero me iba enseguida por el molote de gente. Los hombres de campo no se acostumbraban al baile tan encerrado. Además, las gallinas salían y ahí era donde había que atraparlas. Cuando veía que una hembra salía, me acercaba y la invitaba a beber o comer algo. Siempre había mesones para vender empanadas, longanizas, tamales, sidra y cerveza. A esos mesones les dicen ahora kioscos. La cerveza que vendían era de marca T, española. Costaba veinticinco centavos y era diez veces más fuerte que la moderna. Al buen tomador le gustaba mucho por lo amarga. Yo me tomaba unas cuantas y me sentía de lo más sabroso.

La sidra también era muy buena y se consumía mucho. Sobre todo en los bautizos. Dicen que la sidra es agua de oro, sagrada.

El vino Rioja era muy popular. Yo lo conocí desde la esclavitud. Venía a valer veinticinco reales el garrafón; o sea, dos pesos cincuenta centavos. La copa costaba un medio o un real; dependía del tamaño. Ese vino mareaba a cualquier mujer. Había que ver a una hembra de esa mareada, jalando para el monte.

Aunque aquella era una fiesta religiosa, porque altares había hasta en los portales de las casas, yo nunca me ponía a rezar. Ni vide tampoco muchos hombres que rezaran. Ellos iban a beber y a buscar mujeres. Las calles se llenaban de vendedores de frituras de maíz, de empanadas de dulces, de toronjas, de coco y de refrescos naturales.

Era costumbre en aquellas fiestas bailar la caringa. La caringa era baile de blancos; se bailaba en parejas con pañuelos en las manos. Hacían grupos para bailarlo en el parque o en las calles.

Parecía como si fueran unas comparsas. Brincaban muchísimo. Tocaban con acordeones, güiros y timbales. Y decían:

Toma y toma y toma caringa
pa' la vieja palo y jeringa.
Toma y toma y toma caringa
pa' lo viejo palo y cachimba.

Además, bailaban el zapateo, que es el baile primitivo de Cuba, y la tumbandera. El zapateo era muy lucido. Ese baile no era tan indecente como los africanos. Los bailadores no se tocaban los cuerpos ni de roce. Se bailaba en casas de familia o en el campo. No tenía que ser en día especial. Lo mismo se bailaba el zapateo el 24 de junio que el día de Santiago. Para bailar el zapateo las mujeres se vestían con holán de hilo muy fino y se ponían puchas de flores en la cabeza; de flores finas, nada de silvestres. Se adornaban los vestidos con tiras bordadas y llevaban pañuelos rojos y blancos. Los hombres también se ponían pañuelos y sombreros de paja. Las mujeres se paraban frente a los hombres y empezaban a taconear, con las manos en las faldas. Y los hombres las miraban y se reían. Y daban vueltas alrededor de ellas con las manos detrás. A veces la mujer recogía el sombrero del hombre del suelo y se lo ponía. Eso lo hacían por gracia. Muchos de los hombres que veían ese gesto de las mujeres tiraban sus sombreros y ellas los iban recogiendo para ponérselos. A las mujeres bailadoras les daban regalías. Estas regalías consistían en dinero y flores. Antes las flores gustaban mucho. Dondequiera había flores. Hoy no se ven como en aquellos días de las fiestas. Yo me acuerdo que todas las casas estaban adornadas con flores. En un alambrito amarraban las puchas y las colgaban en las barandas de los portales. Las mismas familias tiraban las flores a la calle, a todo el que pasaba. Aquí había una rosa,

muy grande ella, que le decían la rosa de Borbón. Esa y la azucena eran las que más se vendían. La azucena es blanca y huele fuerte.

En la Colonia Española se vendían las mejores flores, claveles y rosas. Allí les daba por bailar la jota. La jota era para los españoles exclusivamente. Ellos trajeron ese baile a Cuba y no dejaron que nadie lo bailara. Para verlo, me paraba en los portales de la Colonia y miraba para adentro. La verdad es que la jota era bonita por los disfraces que se ponían para bailarla. Y por el sonido de las castañuelas. Levantaban los brazos y se reían como unos bobos. Así se pasaban toda la noche. Algunas veces los mismos españoles veían que la gente se apiñaba en las ventanas para mirar y entonces salían y le daban a uno vino, uvas y queso. Yo tomé mucho vino español con el cuento de pararme en el portal.

La tumbandera era otro baile popular. Ese también desapareció. Los blancos no lo bailaban porque decían que era chusmería de negros. A mí la verdad es que no me gustaba. La jota era más fina. La tumbandera era parecida a la rumba. Muy movida. La bailaban siempre un hombre y una mujer. Se tocaban dos tamborcitos parecidos a las tumbadoras. Pero mucho más chiquitos. Y con maracas. Ese se podía bailar en las calles o en las sociedades de color.

Las fiestas de hoy no tienen el lucimiento de antes. Son más modernas o yo no sé... El caso es que uno se entretenía mucho por aquellos años. Yo mismo, que iba nada más que a ver, me divertía. La gente se disfrazaba con distintos vestuarios de colores escandalosos. Se ponían caretas de cartón y de tela que representaban diablos, monos y mascaritas. Si un hombre quería vengarse de otro, por cualquier razón, se disfrazaba de mujer, y cuando veía pasar a su enemigo le daba un fuetazo y echaba a correr. Así no había quien lo descubriera.

Para las fiestas de San Juan se organizaban varios juegos. El que más yo recuerdo era el de los patos. El juego de los patos era un poco criminal, porque había que matar a un pato. Después de muertecito el pato, lo cogían por las patas y lo llenaban de sebo. El pato brillaba. Luego lo colgaban de una sogá que amarraban en dos palos, enterrados a cada extremo de la calle. Iba más gente a ver ese juego que al baile. Después de que al pato lo tenían guindando de esa sogá, iban saliendo los jinetes. Salían de una distancia de diez metros. Y echaban a correr. Tenían que coger velocidad, si no no valía, y cuando llegaran al pato arrancarle la cabeza con todas sus fuerzas. Al que lograba llevársela le regalaban una banda punzó y lo nombraban presidente del baile. Como presidente recibía otros regalos particulares. Las mujeres se le acercaban enseguida. Si tenía novia, a ella le ponían otra banda y la nombraban presidenta. Por la noche iban juntos al baile a presidir. Eran los que primero salían a bailar. A ellos también les tiraban flores.

Por la mañana, a eso de las diez, le daban candela al *Júa*. El *Júa* era un muñeco de palo parecido a un hombre. Lo guindaban con una sogá en el medio de la calle. Ese muñeco era el diablo en persona. Los muchachos le daban candela, y como estaba forrado de papeles, prendía enseguida. Uno veía esos papeles de colores en el aire quemándose, y la cabeza y los brazos... Yo vide eso muchos años, porque después siguió la costumbre. El día de San Juan todo el mundo iba a bañarse al río. El que no lo hacía se llenaba de bichos enseguida. Si había alguien que no podía ir al río, como una vieja o un niño muy chiquito, se metía en una batea. Una batea no era lo mismo que un río, pero tenía agua y esa era la cuestión. Mientras más agua se echara uno por arriba, más despojado salía. Yo tenía una negra de canchanchana que era como los gatos para el agua. Así y todo, el día de San Juan se metía con ropa en el río.

Como los santeros también daban sus fiestas ese día, yo dejaba un lugarcito por la noche y me iba para allá. Me paseaba por varias casas, saludaba a la gente y a los santos y me iba a descansar. Había la costumbre de que los ahijados les llevaran centenes a sus padrinos. Y cualquier otra cosa que ellos pidieran. Para un negro lo más grande que había era el padrino o la madrina, porque ellos eran los que le habían dado santo. Las fiestas en las *casas de santo* eran muy buenas. Ahí nada más que iban negros. Los españoles no eran amigos de eso. Después de que pasaron los años la cosa cambió. Hoy uno ve un babalao blanco con los cachetes colorados. Pero antes era distinto, porque la santería es una religión africana. Ni los guardias civiles, los castizos, se metían en eso. Ellos pasaban y cuando más hacían una pregunta: «¿Qué es lo que hay?». Y los negros contestaban: «Aquí celebrando a San Juan». Ellos decían San Juan, pero era *Oggún*. *Oggún* es el dios de la guerra. En esos años era el más conocido en la zona. Siempre está en el campo y lo visten de verde o de morado. *Oggún Arere, Oggún Oké, Oggún Aguanillé*.

A las fiestas de santo había que ir con mucha seriedad. Si uno no creía mucho, tenía que disimular. A los negros no les gustaban los intrusos. Nunca les han gustado. Por eso yo iba de lo más tranquilo, oía el tambor; eso sí, miraba a los negros y después comía. Nunca dejé de comer en una fiesta de santo. Lo que sobraba siempre era la comida. Y había de todo tipo. La que más me gustaba era la harina amalá. Esa comida era la que le daban a Changó. Se hacía con harina de maíz y agua. Cuando el maíz se hervía, lo pelaban y le quitaban la cáscara. Lo echaban en el pilón y pila que te pila hasta que se desbarataba. Después ese amalá se envolvía en hojas de plátano en forma de bolas. Se podía comer con azúcar o sin ella.

Hacían *calalú*, que se comía casi igual que el yonyó. El yonyó era como un *quimbombó*. Se preparaba con bleto y especias de

todo tipo. Bien sazonado era riquísimo. El yonyó como mejor sabía era comiéndolo con las manos. Comían el guengueré, que se hacía con una hojita de guengueré, carne de res y arroz. Había dos clases de guengueré: el blanco y el *moraúzco*. Pero el más sabroso era el blanco, por lo suave de comer.

También comían masango, que era maíz *sancochado*. Yo creo que los congos comían eso igual.

El *cheketé* era la bebida principal de los santeros. Siempre la daban en las fiestas. Era como decir un chocolate frío. Lo hacían con naranja y vinagre. Los niños lo tomaban mucho. Se parecía al atol, que se hacía de sagú: yuquilla que se rallaba y salía igual que el almidón. Se tomaba en cucharadas, pero el que era muy glotón se empinaba la vasija. De esas comidas, la más rica era el ochinchín, que se hacía con berro, acelga, almendras y camarones sancochados. El ochinchín era comida de *Ochún*.

Todos los santos tenían su comida, Obatalá tenía el ecrú de frijoles de carita. Y otras más que yo no recuerdo.

Muchas de esas comidas eran dañinas. La calabaza, por ejemplo, no se podía comer, porque había santos que no se llevaban con ella. Todavía hoy la calabaza no se come. Yo mismo ni me metía en el monte a buscarla, porque el que se enredaba en un yerbazal de calabaza se reventaba todito. Las piernas no las podía apoyar por mucho tiempo.

Tampoco comía ajonjolí, porque me salían verdugones y granitos. Si los santos se empeñaban en que uno no comiera, por algo sería. ¡Yo, ni para chistear con eso! Hoy es y ni por lo que dijo el cura como nada de eso.

Hay que respetar las religiones. Aunque uno no crea mucho. Por aquellos años el más pinto era creyente. Los españoles todos creían. La prueba es que en los días de Santiago y de

Santa Ana, en Purio no se trabajaba. El ingenio se recogía. Paraban las calderas y el campo se quedaba hueco. Daba la idea de un santuario. Los curas iban por la mañana y empezaban a rezar. Rezaban largo. Yo aprendí poco. Casi ni ponía asunto. Y es que los curas nunca me han entrado por los ojos. Algunos eran hasta criminales. Gozaban de las blancas bonitas y se las *comían*. Eran carnívoros y *santuarios*. Ellos tenían un hijo y lo hacían ahijado o sobrino. Se los escondían debajo de la sotana. Nunca decían: «Este es mi hijo».

A los negros los atendían. Si alguna mujer paría, tenía que llamar al cura antes de los tres días de nacida la criatura. Si no lo hacía así, se buscaba tremendo pleito con el dueño del ingenio. Por eso todos los niños eran cristianos.

Pasaba un cura y había que decirle: «La bendición, padre». Ellos a veces ni lo miraban a uno. Así son muchos españoles, isleños; gallegos, no.

Los curas y los abogados eran sagrados en aquella época. Se respetaban mucho por el título. Hasta un bachiller era algo muy serio. Los negros no eran nada de eso; curas, menos. Yo nunca vide un cura negro. Eso era más bien para los blancos y descendientes de españoles. Hasta para ser sereno había que ser español. Con todo y que los serenos nada más que son para cuidar. Ganaban seis pesos al mes. En Purio había uno gordo que era español. Tocaba la campana para la faina y el Silencio. No hacía más nada. La vida más cómoda que había era esa. A mí me hubiera gustado ser sereno. Era mi aspiración, pero en Purio nunca salí del campo. Por eso tenía los brazos como trinquetes. El sol de la caña es bueno, a pesar de todo. Si he vivido tanto por algo es.

Hasta la vida en los ingenios cansaba. Ver la misma gente y los mismos campos todos los días aburría. Lo más difícil era acostumbrarse mucho tiempo al mismo lugar. Yo tuve que salir de Purio, porque la vida allí se pasmó un poco.

Me dio por caminar para abajo. Y llegué al central San Agustín Ariosa, al lado del pueblo de Zulueta. Al principio no quería quedarme, porque yo prefería caminar. Iba a ir hasta Remedios, pero resultó que en el mismo central me eché una canchanchana y me quedé. Esa mujer me gustaba. Era bonita y azulada; una mulata de esas azuladas que no creen en nadie. Se llamaba Ana. Por ella me quedé a vivir allí. Pero con el tiempo me aburrí. La Ana esa me traía espanto con sus brujerías. Todas las noches era la misma historia: espíritu y brujos. Entonces le dije: «No quiero más nada contigo, bruja». Ella cogió su camino y no la vide más. Luego encontré otra que era negra; negra prieta de la tierra. Esa no era bruja, pero tenía un carácter muy desenvuelto. A los dos o tres años de estar arrimado a ella, la dejé. Se me quiso hacer demasiado alegre. No era ella sola la alegre. En cuanto uno llegaba a un ingenio a trabajar las mujeres se acercaban. Nunca faltaba una que quisiera vivir con uno.

En el Ariosa estuve un rato largo. Cuando llegué allí me preguntaron los trabajadores: «Oye, ¿de dónde tú vienes?». Yo les dije: «Yo soy liberto de Purio». Entonces ellos me llevaron al mayoral. Él me dio trabajo. Me puso a tumbiar caña. No me resultó raro; ya yo era experto en eso. También guataqueaba el campo.

El ingenio era mediano. El dueño era de apellido Ariosa, español puro. El ingenio Ariosa fue uno de los primeros que se convirtió en central, porque le entraba una línea de vía ancha que traía la caña a la casa de calderas. Allí era como en todos los demás ingenios. Había apapipios y adulones de los mayorales y de los amos. Ellos siempre interrogaban a los nuevos trabajadores para saber cómo pensaban. Eso era por el odio que ha existido siempre entre una parte y la otra, por la ignorancia. No es por otra cosa. Y los negros libertos por lo general eran muy ignorantes. Se prestaban para todo. Hasta

se dio el caso de que si un individuo estorbaba, con unos centenes lo mataban sus propios hermanos.

Los curas influían en todo. Cuando ellos decían que un negro era resabioso, había que cuidarlo, si no ya había alguien preparado para en cualquier oportunidad llevárselo.

En Ariosa la religión era fuerte. Había una iglesia cerca, pero yo nunca fui porque sabía bien que los verdaderos sembradores de la inquisición en Cuba eran los curas, y eso lo digo porque los curas apoyaban ciertas y determinadas cosas... Con las mujeres ellos eran diablos. Convertían la sacristía en un prostíbulo. Cualquiera que haya vivido en el Ariosa sabe los cuentos. Hasta los propios barracones llegaban esas historias. Me sé unas cuantas. Otras las vide personalmente.

Los curas metían a las mujeres en subterráneos. En huecos donde tenían verdugos preparados para asesinarlas. Otros subterráneos estaban llenos de agua y las pobres se ahogaban. Eso me lo han contado muchas veces.

Yo vide curas con mujeres muy coquetas que después decían: «Padre, la bendición». Y se acostaban con ellas. En Ariosa se hablaba de otras cosas, cómo era la vida que hacían en las iglesias y en los conventos. Los curas eran como los demás hombres, pero tenían todo el oro. Y no gastaban. Nunca vide yo a un cura en una taberna divirtiéndose. Ellos se encerraban en las iglesias y ahí sí gastaban. Todos los años hacían recolectas para la iglesia, para los trajes y las flores de los santos.

A mí me parece que la cuestión de los trapiches no les llamaba la atención. Nunca se llegaban hasta las máquinas. Tenían miedo de asfixiarse o quedarse sordos. Eran delicados como nadie.

En aquellos años las maquinarias eran de vapor. Yo mismo entré una vez a los trapiches y cuando me fui acercando a la

moledora empecé a toser. Tuve que salir enseguida, porque mi cuerpo no estaba acostumbrado a ese calor. El campo es distinto, con la yerba y la humedad esa que se pega a la piel.

El mejor trabajo que hice en Ariosa fue en el trapiche. Cerca de allí, porque pude salir del campo. La verdad es que me gustó. Yo tenía que botar la caña de la estera. Eso se hacía adentro, por donde todavía corría la brisa. La estera tenía un largo como el de una palma. Traían la carreta llena de caña y la ponían culateada a la estera. Así se descargaba. Cuatro o seis hombres recibíamos la caña de las carretas y la íbamos colocando en las esteras. Cuando la caña estaba toda botada, la estera se echaba a andar con correas y llegaba hasta la moledora. En la moledora descargaba la caña y luego regresaba a recoger más cantidad. No se podía perder tiempo en ese trabajo, porque los mayores vigilaban.

Era un trabajo descansado. En el mezclador se trabajaba cómodo también. Se gozaba más. Ahí la cosa era de llenar los carritos. Eran unos carritos que iban vacíos a los tachos y allí se llenaban de azúcar fresca. Cuando quedaban llenos se mandaban al mezclador. Si los tachos se vaciaban, los fregaban con chorros fuertes de agua. El mezclador era un aparato grande con unos ganchos y una canal donde se depositaba el azúcar. Esa azúcar la disolvían en el mezclador y ya disuelta iba a refinarse a la centrífuga, que era una máquina nueva en Ariosa. A veces pasaban dos días y uno no tenía que mover un dedo, porque los tachos venían a botar cada veinticuatro horas. El pito avisaba con un ruido que volvía sordo a cualquiera. Cuando él avisaba había que prepararse para recoger la *templa*. Nosotros le decíamos *templa* a las veces que el tacho botaba.

Yo hice esos trabajos en el Ariosa. Nunca me quedé dormido. El que se quedaba dormido era castigado. Y si el mayor se ponía furioso, lo echaba para la calle. Cuando llegaba

la noche me iba al barracón y me dormía enseguida. No sé qué cansa más, si el monte, los trapiches...

En aquella época yo soñaba bastante, pero nunca soñaba con visiones. El sueño viene por la imaginación. Si uno se pone a pensar mucho en una mata de plátano, y la mira, mañana o pasado sueña con ella. Yo soñaba con el trabajo y con las mujeres. El trabajo es malo para soñar. Da espanto y después, al otro día, uno se cree que está soñando todavía, y ahí es donde se coge un dedo o se resbala.

Las que son buenas para los sueños son las mujeres. Yo estuve *metido* con una negra mora que no me salía de los sueños. Con esa gallina yo me pasaba la vida en cosas raras. Ella no me hacía caso. Todavía la recuerdo a cada rato. Y me acuerdo de Mamá. Mamá era una negra vieja medio traidora ella. Entraba a los cuartos de los hombres y decía: «Buenas por aquí». Miraba bien y luego se iba a contarle al mayoral lo que había visto. Perra y traidora. Todo el mundo le tenía miedo por la lengua suelta. Ella tenía varios hijos mulatos. Al padre nunca lo mencionaba. Para mí que era el mayoral. La ponían siempre a trabajar liviano. Servía la comida y lavaba ropa: camisas, pantalones y mamelucos de niños. Los mamelucos eran pantaloncitos de rusia con unas tiras para sujetarlos a los hombros. Los niños de aquellos años se ponían nada más que esa ropa. Se criaban salvajemente. A lo único que les enseñaban era a guataquear y a sembrar viandas. De instrucción nada. Cuero sí les daban, y mucho. Después, si seguían faltando, los hincaban y les ponían granos de maíz o sal en las rodillas. La zumba era el castigo más frecuente. Venían los padres y con un *rascabarriga* o con un chicote de sogá les daban hasta sacarles sangre. El rascabarriga era un chucho fino que salía de un árbol y nunca se partía, aunque el niño soltara las tiras del pellejo. Yo creo que tuve hijos; a lo mejor muchos, o quizás no. Creo que nunca los hubiera castigado así.

En las bodegas vendían chuchos colorados de cuero de buey torcido. Las madres se lo amarraban a la cintura, y si el niño se ponía malcriado, le daban por dondequiera. Eran castigos salvajes heredados de la esclavitud. Los niños de ahora son más majaderos. Antes eran tranquilos y la verdad es que no se merecían esos castigos. Ellos han cambiado por el sistema de los golpes. Un niño de aquella época se pasaba el día correteando por los bateyes o jugando a las bolas españolas. Unas bolitas de cristal que tenían todos los colores. Se vendían también en las bodegas. Jugaban seis o diez niños en dos bandos. Hacían dos rayas en la tierra y tiraban por turno las bolitas. Al que le cayera más cerca de las rayas, ganaba. Entonces volvía a tirar, y si tocaba alguna otra bola del bando opuesto, se la apuntaban.

También se jugaba el tejo y las hembras se entretenían haciendo muñecas de trapo o jugando a la sortija con los varones. Los varones dejaban caer la sortija en las manos de la hembra que más le gustaba. Así pasaban horas. Sobre todo por la tarde, de seis a ocho o a nueve, en que se iban a dormir. En el Ariosa tocaban el Silencio todavía, a la misma hora de antes: nueve en punto rayando.

A cada rato había niños huidos. Daban *perro de muerto* en las casas para no trabajar. Y se escondían. Muchas veces lo hacían huyéndole al trabajo o a los castigos de los mismos padres. Ya en esos años los niños no recibían la doctrina cristiana. Pero algunos padres habían heredado esa manía y los llevaban a la iglesia. La Iglesia era muy importante para los españoles. Se la inculcaban a los negros todos los días. Pero ni los Fabás ni yo íbamos nunca. Los Fabás eran brujeros los dos. Uno se llamaba Lucas y el otro, Ricardo o Regino. Yo me amisté con Lucas. Ellos habían sido esclavos

del ingenio Santa Susana, que quedaba entre Lajas y Santo Domingo. Ese ingenio era propiedad del conde Moré; Lucas me hablaba mucho de ese conde. Decía que era uno de los españoles más crueles que él había conocido. Que no creía en nadie. Él daba órdenes y había que cumplirlas. Los propios gobernadores le tenían respeto. Una vez el gobernador Salamanca² lo mandó a prender, porque les pagaba a los negros con fichas marcadas con la T de la Santísima Trinidad. El conde cogía dinero en oro y plata y pagaba con papelitos. Era un ladrón a mano armada. Pero el rey de España se enteró de ese trasiego y mandó al gobernador a que investigara bien. Entonces Salamanca salió disfrazado para el ingenio. Llegó y se sentó a comer en la bodega. Nadie sabía que ese hombre era el gobernador. Lo apuntó todo en una libreta. Y cuando se cercioró bien de los horrores que hacía el conde, lo llamó y le dijo: «Llegue hasta la Casa de Gobierno». A lo que Moré contestó: «La misma distancia hay de su casa a la mía. Venga usted». Pero Salamanca no fue. Le mandó a la guardia civil y lo trajeron esposado a La Habana. Lo encarceló y a los pocos meses el conde murió preso. Entonces los condes y vizcondes buscaron la forma de vengarse del gobernador. Se amistarón con el médico de Salamanca para que él lo envenenara. Y Salamanca fue envenenado como en el año noventa por una nacencia que tenía en la pierna. En vez de curarlo, el médico le echó veneno y el gobernador murió a los pocos días. Lucas me contó esto porque él lo vio; fue en el mismo año en que él llegó al Ariosa con Regino.

Lucas era muy brujo y muy dado al maní. Era buen bailador. Él siempre me decía: «¿Cómo tú no aprende a jugá

2 Manuel Salamanca y Negrete, capitán general de la isla de Cuba desde marzo de 1889 a febrero de 1890.

maní?». Y yo le decía: «No, porque el que me dé una trompada a mí le doy un machetazo». Este Lucas sabía mucho. Era un tipo *chévere*. Jugaba maní para tener un atajo de mujeres. A las mujeres les gustaba que el hombre fuera bailador. Cuando un hombre era un buen manicero, las mujeres decían: «¡Coño, a mí me gusta ese hombre! Y se lo llevaban para los cañaverales y a gozar, porque la paja de caña calientica, en tiempo de frío sabe muy bien. Ese negocio de irse a gozar al campo era muy conocido. Se aprovechaba el viaje de la carreta del ingenio al terreno de corte. En ese tiempo se tumbaba a cualquier mujer y se metía dentro de la caña. No había que buscar tanto acotejo como ahora. Cuando una mujer se iba con uno, ya ella sabía que tenía que regarse en el suelo.

Lucas era un hombre bueno, pero le gustaban demasiado las mujeres. A veces él y yo reuníamos a un grupo para jugar al monte por la noche, en el barracón. Poníamos una lona en el suelo y ahí nos sentábamos a jugar. Nos pasábamos la noche jugando. Pero yo me iba cuando veía que tenía cuatro o seis pesos de mi parte. Y si perdía mucho, me largaba. Yo no era como ese tipo de gente que por *plante* se quedaban toda la noche jugando para perder. Además, los juegos siempre terminaban mal. Las discusiones venían de todas maneras. Los hombres eran muy egoístas. Siempre ha sido igual. Y si uno perdía y no estaba conforme, armaba un lío de siete suelas. Como he sido siempre separatista, me alejaba.

En Ariosa había dos negros que me conocían de muchacho. Un día le dijeron a Lucas: «Este vivía como un perro en el monte». Y yo los vide después y les dije: «Oigan, los que vivían así eran ustedes que recibían cuero». Y es que toda esa gente que no se huyó creía que los cimarrones éramos animales.

Siempre ha habido gente ignorante en el mundo. Para saber algo hay que estar viviéndolo. Yo no sé cómo es un ingenio por dentro si no lo miro. Eso es lo que les pasaba a ellos. Lucas me decía igual, porque me conocía bien. Era mi único amigo de verdad.

En Ariosa no le daban trabajo a cualquiera. Si veían a un hombre muy figurín, con sombrerito de pajilla, no le hacían caso, porque decían que era un chulo. Para conseguir trabajo era mejor ir a esos ingenios un poco ripiado, con sombrero de guano o jipijapa. Los mayores decían que al figurín no le gustaba agachar el lomo. Y en Ariosa había que trabajar duro. La vigilancia era constante. Por nada lo catalogaban a uno. Yo me acuerdo de un criminal, el que se llamaba Camilo Polavieja. Polavieja era gobernador por los años noventa. Nadie lo quería. Él decía que los trabajadores eran bueyes. Tenía el mismo pensamiento de la esclavitud. Una vez les mandó a dar componte a los trabajadores que no tuvieran cédula. La cédula era un papelito, como un vale, donde escribían las señas del trabajador. Había que tenerlo arriba siempre. Y el que no lo tuviera recibía unos buenos mochos en el lomo con vergajo, que era *pisajo* de res seco. Eso era el componte. Siempre lo daban en el cuartel, porque al que cogían sin la cédula lo llevaban allí. Costaba veinticinco centavos y había que sacarla en el Ayuntamiento. Todos los años se renovaba.

Además del componente, Polavieja hizo otros horrores. Remachó negros por millar. Era soberbio como un buey. Hasta con sus tropas era así. Los mismos soldados lo decían. Una vez le dio por mandar negros a la isla de Fernando Poo. Aquello era un castigo fuerte, porque esa isla era desierta. Era una isla de cocodrilos y tiburones. Ahí soltaban a los negros y no se podían ir. A Fernando Poo mandaban a ladrones, chulos, cuatreros y rebeldes. A todo el que llevara un tatuaje lo embarcaban. Se entendía que el tatuaje era señal

de rebeldía contra el gobierno español. Los *ñáñigos* también iban a esa isla, y a otras que se llamaban Ceuta y Chafarinas. Polavieja mandaba a los *ñáñigos* porque él decía que eran anarquistas. Los trabajadores que no estaban complicados con el ñañiguismo ni con la revolución se quedaban en Cuba. Las mujeres tampoco iban. Esas islas eran de hombres nada más.

Polavieja obligaba a las mujeres a llevar su cartilla. La cartilla era parecida a la cédula. A todas las mujeres les daban una en el Ayuntamiento. Era su identificación.

Por aquellos años las mujeres recibían mucha atención médica. Al mismo Ariosa iba un médico todos los lunes y las reconocía. Un médico español, fulastre, sin fama. En los médicos españoles no confiaba nadie. La brujería era la que seguía curando a la gente. Brujeros y médicos chinos eran los más mentados. Aquí hubo un médico de Cantón que se llamaba Chin. Chin se metía en los campos a curar a la gente de *guano*. Yo estaba una vez en el pueblo de Jicotea y lo vide. No se me olvidó más. Allí lo llevaron los Madrazos, que eran familia de dinero. Chin era regordete y bajito. Vestía con una camisa de médico medio amarilla y con sombrero de pajilla. Los pobres lo veían de lejos, porque él cobraba muy caro. Yo no dudo que él curara con yerbas de esas que se meten en pomos y se venden en las boticas.

En Cuba había muchos chinos. Eran los que habían llegado contratados. Se iban poniendo viejos con el tiempo y dejaban el campo. Como yo salía a cada rato del ingenio, los vide mucho. Sobre todo en Sagua la Grande, que era la mata de ellos. A Sagua iban muchos trabajadores los domingos. De todos los ingenios se reunían allí. Por eso es que yo vide teatro de chinos. Era un teatro grande, de madera, muy bien construido. Los chinos tenían mucho gusto para las cosas

y pintaban con colores muy vivos. En ese teatro hacían murumacas y se encaramaban unos arriba de otros. La gente aplaudía mucho y ellos saludaban con elegancia. Lo más fino que había en Cuba eran los chinos. Ellos lo hacían todo con reverencias y en silencio. Y eran muy organizados.

En Sagua la Grande tenían sociedades. En esas sociedades se reunían y conversaban en su idioma y leían los periódicos de China en alta voz. A lo mejor lo hacían para joder, pero como nadie los entendía, ellos seguían en sus lecturas como si nada.

Los chinos eran muy buenos comerciantes. Tenían sus tiendas que vendían cantidad de productos raros. Vendían muñecas de papel para los niños, perfumes y telas. Toda la calle Tacón en Sagua la Grande era de chinos. Allí tenían, además, sastrerías, dulcerías y fumaderos de opio. A los chinos les gustaba mucho el opio. Yo creo que ellos no sabían que eso hacía daño. Se lo fumaban en pipas largas de madera, escondidos en sus tiendas para que los blancos y los negros no los vieran. Aunque en aquellos días no perseguían a nadie por fumar opio.

Otra cosa que a ellos les atraía era el juego. Los más grandes inventores del juego eran y son los chinos. Jugaban en las calles y en los portales. Yo recuerdo un juego que le decían el botón y otro que llegó hasta hoy que es la charada. A Sagua la Grande iban negros y blancos a jugar con ellos. Yo nada más que jugaba al monte.

Los chinos alquilaban una casa y se reunían en ella los días de fiestas. Ahí jugaban hasta que se cansaban. En esas casas ponían a un portero para que atendiera a los jugadores y para evitar fajatiñas. Ese portero no dejaba entrar a los guapos.

Yo cada vez que podía iba a Sagua. Me iba en tren o a pie. Casi siempre iba a pie, porque el tren era muy caro. Yo sabía que los chinos tenían fiestas en los días grandes de su

religión. El pueblo se llenaba de gente para verlos festejar. Hacían todo tipo de murumacas y figuraciones. Yo nunca pude ir a esas fiestas, pero oí decir que se guindaban de la trenza y bailaban moviendo todo el cuerpo en el aire. Hacían otro engaño acostados en el suelo con una piedra de amolar sobre la barriga. Otro chino cogía una mandarria, daba un mandarriazo y la barriga se quedaba sana. Entonces el chino se paraba, brincaba, se reía y el público empezaba a gritar: «¡Otra vez!». Otros quemaban papeles, como los titiriteros de Remedios, y los botaban en el suelo. Cuando ese papel estaba hecho cenizas, se agachaban y de las cenizas sacaban cintas de colores. Eso es positivo, porque a mí me lo contaron muchas veces. Yo sé que los chinos hipnotizaban al público. Ellos siempre han tenido esa facultad. Es el fundamento de la religión de China.

Después, se dedicaron a vender viandas y frutas y se echaron a perder. A los chinos se les ha quitado aquella alegría del tiempo de España. Ahora uno ve a un chino y le pregunta: «¿Voy bien?». Y él dice: «Yo no sabe».

Aunque estuve unos cuantos años en Ariosa, las cosas se me han olvidado un poco. Lo mejor que hay para la memoria es el tiempo. El tiempo conserva los recuerdos. Cuando uno quiere acordarse de las cosas del tiempo nuevo, no puede. Sin embargo, mientras más atrás uno mire, más claro lo ve todo. En Ariosa había muchos trabajadores. Yo creo que era uno de los ingenios más grandes de esos años. Todo el mundo hablaba bien de él. El dueño era renovador y hacía muchos cambios en los trapiches. Algunos ingenios daban muy mala comida, porque los bodegueros no se ocupaban. En Ariosa era distinto. Ahí se podía comer. Si los bodegueros se despreocupaban de la comida, el dueño venía y les decía que pusieran más atención.

Había ingenios que estaban como en la esclavitud; es que los dueños se creían que eran amos de negros todavía. Eso pasaba mucho en ingenios apartados de los pueblos.

Cuando llegaba el tiempo muerto venía la calma. Toda la situación cambiaba en el ingenio y en los bateyes. Pero nadie se quedaba sin hacer algo. El tiempo muerto era largo y el que no trabajaba no comía. Algo había que hacer siempre.

Yo era muy dado a buscar mujeres en esos meses. Y caminaba por los pueblos. Pero regresaba a los barracones por la noche. En tren podía ir a Sagua la Grande, a Zulueta y a Rodrigo. Iba, pero no era amigo de conocer mucha gente en esos pueblos. Total, en verdad, mi vida era el ingenio. Lo que más hacía en el tiempo muerto era guataquear caña, porque era lo que más conocía. Unas veces me daba por hacer los desorillos, que era guataquear igual, pero en las guardarrayas, para que en caso de candela no ardiera la caña. También se sembraba caña nueva y había que darle una mano de guatacas para que cogiera en tierra sana. Se aporcaba la caña con un solo buey y un yugo chiquito. El buey se metía por dentro del surco de caña. El arado lo llevaba un gañán. Y el narigonero, un niño de ocho o nueve años, llevaba al buey para que no se desviara.

En tiempo muerto había menos obligaciones y menos trabajo. Naturalmente, venía el aburrimiento. Yo mismo salía a los pueblos cuando tenía centenes. Si no, qué diablos iba a buscar a ningún lado. Me quedaba en los barracones y era mejor.

Las mujeres seguían en lo mismo. Para ellas no existía el tiempo muerto. Seguían lavando la ropa de los hombres, zurcían y cosían. Las mujeres de aquella época eran más trabajadoras que las de hoy.

Las mujeres tampoco sentían el tiempo muerto. La vida de ellas era la cría de gallinas o de cochiniticos. Los conucos siguieron existiendo, pero en pocos lugares. Para mí que con la

libertad, los negros se despreocuparon de los conucos. El que conservaba el suyo, se pasaba el tiempo muerto atendiéndolo. Yo nunca hice conucos, porque no hice familia.

Otra cosa muy corriente eran los gallos; la crianza de gallos para las peleas. Los dueños de ingenios tenían esa manía de tiempos atrás. No era una manía, era casi un vicio. Querían más a los gallos que a las personas.

En tiempo muerto había trabajadores, igual negros que blancos, que se ocupaban de cuidarles los gallos al dueño. Los colonos también tenían sus gallitos, pero no eran poderosos como para tener gallos caros, de raza. Los galleros ganaban mucho dinero en las apuestas. Se jugaban una pata de gallo en ocho y diez onzas. Si el gallo se lastimaba en la pelea, el cuidador tenía que curarlo enseguida. Para eso tenía que conocer bien a los gallos, porque ellos eran muy delicados. A veces, en la misma pelea, un gallo se lastimaba fuerte, y lo cogían medio muerto. Entonces había que soplarlo por el pico para que soltara los cuajarones de sangre y reviviera. Lo echaban en la pista de nuevo y mientras el gallo estaba peleando no se perdía la pelea. El gallo para perder tenía que huirse o caerse muerto. Ese era el único final.

Yo iba mucho a las peleas en las vallas cercanas al Ariosa. Me gustaba ir a ver eso, aunque siempre he pensado que es criminal. No se me olvida que a las vallas yo iba con una cachimba de barro que había comprado en la bodega del ingenio. Creo que me había costado un medio, más o menos. La rellenaba con andullo y me ponía a fumar para pasar el rato. El que se aburría era porque quería mucho jelengue de fiestas y *parrandas*.

Antiguamente, a los esclavos que morían los enterraban en los cementerios del ingenio. Pero cuando pasaban unos días

empezaban a oírse voces, como quejidos, y unas luces blancas se veían cruzar por arriba de las fosas. Esa aglomeración de muertos que había antes en los ingenios trajo mucha brujería. Por eso, cuando finalizó la esclavitud, los llevaban al pueblo, al cementerio grande. Los mismos compañeros los llevaban. Los cargaban entre cuatro. Cogían dos palos duros de caña brava o de guayacán. Cada palo era agarrado por dos hombres para sostener bien el peso del muerto. Encima de estos guayacanes ponían la caja, que las hacía un carpintero del ingenio. Una caja de madera barata y floja, de pino. Los candeleros se hacían de cepas de plátano ahuecadas, donde se metían las velas. Se ponían cuatro velas igual que ahora. A los muertos los tendían donde mismo vivían. Si vivían en bohíos los tendían allí, si no, en los barracones.

Antes no había costumbre de llevarlos a la funeraria. En muchas ocasiones se dio el caso de muertos que revivieron. Y es que los enterraban antes de tiempo. De ahí nació la idea de esperar veinticuatro horas para enterrarlos. Ese sistema es moderno. Aun así no ha dado resultados, porque veinte veces he oído decir que ha habido muertos que después de estar cubiertos de tierra se han levantado flacos y enfermos y han seguido gritando.

Aquí mismo hubo una epidemia de cólera en que esos casos se dieron. A todos los que veían un poco matungos, se los llevaban en la carreta y los enterraban. Después salían caminando como si nada. La gente se asustaba.

Cuando un trabajador se moría, el ingenio se llenaba de gente. Todo el mundo le hacía el honor y las reverencias. Había compañerismo y respeto. Un muerto antes era algo muy grande. Toda su familia venía a caballo de otros ingenios o pueblos lejanos. No se paraba el trabajo, pero la gente se desanimaba. Yo mismo me enteraba de una muerte y no podía estarme tranquilo.

Al que se moría lo ponían figurín. Y lo enterraban así. Todo lo que esa persona usaba se lo ponían. Hasta los zapatos de vaqueta se los encasquetaban. Ese día hacían comida en abundancia. Por la tarde daban viandas, arroz y carne de puerco. Bebida blanca y cerveza marca T. Por la noche daban queso blanco criollo y amarillo, español. Además, repartían café a cada rato. Café como el que a mí me gustaba. El único que sabe bien. En jícara cimarrona que se criaban nada más que para eso.

Si el muerto tenía familiares, ellos se ocupaban de estos preparados. Si no, los mismos amigos y sus mujeres se reunían y hacían el cumplido. Cuando la familia del muerto era fina, daban café en escudillas. Después que todo el mundo comía y hablaba, se llevaban el muerto, sin más *musarañas*, para la fosa. Para el cementerio principal. Y yo digo que lo que hay es que no morirse, porque a los pocos días nadie se acuerda de uno, ni los mejores amigos. Es mejor no darles tanto cumplido a los muertos, como se hace ahora, porque la verdad que todo eso es hipocresía. Lo mismo antes que ahora. A mí, denme la fiesta en vida.

Lo más curioso en esa época era el enamoramiento. Cuando un joven pretendía a una muchacha usaba mil trucos. Antes no se podían hacer las cosas así, abiertas. Había misterio. Y trucos; trucos de todo tipo. Yo mismo, para enamorar a una mujer decente, me vestía de blanco y pasaba por el lado de ella sin mirarla. Lo hacía unos cuantos días. Hasta que me decidía a preguntarle algo. A las mujeres les gustaba ver a los hombres vestidos de blanco. Un negro como yo, de blanco, era llamativo. El sombrero era la prenda de agarre, porque uno hacía mil gestos con él. Se lo ponía, se lo quitaba, saludaba a las mujeres, y les preguntaba: «Bueno, ¿y cómo le va?».

Los novios, si tenían parientes, sobre todo la novia, se enamoraban con granitos de maíz o piedrecitas. Ella estaba en la baranda del bohío y él pasaba y le decía: «psss, psss...» o chiflaba. Cuando ella miraba, él sonreía y le tiraba las piedrecitas poquito a poco. Ella respondía recogiendo las piedrecitas y guardándolas. Si no las conservaba, era señal de que lo despreciaba. Una mujer de esas, zoquetonas y engreídas a lo mejor devolvía las piedras.

Los novios se veían después en un velorio o en una sitiería, en cualquier fiesta o en las parrandas. Si ella había aceptado las pretensiones, ese día se lo decía a él: «Oye, mira, aquí tengo todavía los granitos de maíz que tú me tiraste». Entonces él la cogía por la mano o la besaba. Ella preguntaba: «¿Vas a ir a mi casa?». Él le decía que sí y se iba. Al otro día ya estaba en la casa hablando con los padres. Ella fingía, porque todas las mujeres lo hacen, que no lo conocía. Y entonces decía: «Voy a pensar, Fulano». Días antes del casamiento había preparado la casa. En ese jelengue ayudaba la madre de ella. Ya tenían una docena de taburetes, una cama grande, un baúl mundo y los avíos de cocina. Todavía los pobres no conocían el escaparate. Los ricos sí, pero sin luces. Escaparates grandes, como caballos de cedro.

La costumbre era que los padres de ella y los padrinos del matrimonio le dieran al novio media docena de gallinas, una cochinata grande, una novilla, una vaca de leche y el vestido del matrimonio que lo hacían de cola, porque a la mujer no le podían ver los tobillos. La mujer que enseñaba el tobillo no era religiosa, ni decente. El hombre era el que mantenía el hogar, el jefe de la casa. Ella recibía órdenes y al principio no trabajaba; como no fuera un lavadito para alguna familia. Después que estaban fijos, viviendo en su casa, empezaban a recibir visitas y a comentar sobre la fiesta de la boda y los dulces y la cerveza. Todos los días, por la mañana, venía la

madre de ella o el viejo, a darle una vuelta a la casa. Esa era la obligación.

También podía venir el cura. Aunque los curas se preocupaban más de visitar a los ricos. Los santuarios esos lo que buscaban era la cogioca. Cuando una persona se iba a casar tenía que pagar unos seis o siete pesos. Pobres y ricos pagaban. En la capilla se casaban los pobres, los trabajadores del ingenio. Esa capilla quedaba por detrás. Y en la iglesia, en el centro, por la vía del altar mayor, se casaban los ricos. Ahí tenían bancos y cojines, mientras que los pobres se sentaban en banquetas de palo que había en la capilla o sacristía, como también le llamaban.

La gente, por lo común, no entraba a la capilla, se quedaba por fuera y esperaba a que salieran los novios. Al hombre que se casaba con viuda le tocaban el fotuto y le sonaban en la cara latas viejas para burlarse de él. Se lo hacían porque el viudo, como le decían, venía pareciéndose a un albañil; estaba tapando un hueco hecho por otro. Mientras más bravo se ponía el hombre, más latas y fotutos le sonaban. Si él decía: «Bueno, muchachos, a tomar», entonces se callaban la boca y aceptaban la convidada. Eso era lo que hacían los hombres de experiencia. Pero un muchachón de estos que se enamoraba de una viuda y no sabía nada de la vida, se enfurecía y se creía que era un animal. Así se hacía odiar por los compañeros.

El buen carácter es importante en todo. Cuando uno vive solo no hace falta. Pero como uno siempre está rodeado de gente, lo mejor es ser agradable; no caer mal. Esas viudas eran muy descaradas. Había una en Ariosa que se casó con un hombre de allí. Cuando a él le empezaron a tocar el fotuto, ella se hizo la avergonzada y escondió la cara. Eso lo hacía fingiendo. Un día se fue con otro para los matorrales y la cogieron. Cuando volvió, nadie le hizo amistad.

Los matrimonios ambulantes daban más resultados. Las mujeres eran libres y no tenían que vérselas con sus padres. Trabajaban en el campo. Ayudaban a chapear o a sembrar. Y se iban con uno cuando querían. Los hombres *tarambanas* siempre andaban en ese tipo de matrimonio. Hoy una, mañana otra. Creo que así es mejor. Siempre anduve suelto. No me casé hasta después de viejo; soltero estuve en muchos sitios. Conocí mujeres de todos los colores. Soberbias y buenas. En Santa Clara tuve una negra vieja, después de la guerra. ¡Se hizo tantas ideas conmigo...! Me llegó a pedir que me casara con ella. Le dije un no redondo. Eso sí, nos juntamos y ella me decía: «Yo quiero que tú heredes mi casa». Era dueña de una casona de muchos cuartos en el barrio del Condado, en la calle San Cristóbal.

Pocos días antes de morir, me llamó y me dijo que yo lo iba a tener todo. Me hizo una escritura para dejarme el *cabildo*; en esos años la casa era un cabildo lucumí, porque la madre de ella había sido famosa santera en Santa Clara. Cuando murió, yo fui a legalizar la propiedad. Entonces me encontré con tremendo brete. Dio por resultado que el padrino de ella quiso apoderarse de la casa. Me hizo eso porque la mujer que él tenía entonces vivía en la casa; era la que cuidaba el cabildo. Pero cuando yo me enteré de la maraña, corrí y lo arreglé todo. Me dirigí a unos amigos que tenía en el Gobierno Provincial. Por fin me quedé con la casa. Era más grande de lo que yo me figuraba. No había alma que viviera en ella. Y menos sola. Era una casa llena de espíritus y de muertos; estaba maliciada. Se la vendí a un tal Enrique Obregón, que era un viejo garrotero. Después me di a pasear con el dinero. Me lo gasté todo con mujeres salpiconas. Eso ocurrió después de la guerra, cuando yo era maduro ya.

Si saco la cuenta de todas las mujeres que me cogí en el Ariosa, los hijos me sobran. Ahora, yo no conocí a ninguno. Por lo menos las mujeres que vivieron conmigo en el barracón no parieron nunca. Las otras, las mujeres de monte, venían y me decían: «Este hijo es tuyo». Pero ¿quién iba a estar seguro de eso? Además, los hijos eran un problema grande por aquellos tiempos. No se les podía dar instrucción, porque no había las escuelas que hay hoy.

Cuando un niño nacía había que llevarlo al juzgado a los tres días para dar cuenta. Lo primero era dar el color de la piel. Un niño venía muy fácil. Las mujeres de antes no pasaban los trabajos que pasan las de hoy. Cualquier vieja de campo era mejor partera que las de estudio. Nunca vide que a ellas se les murieran niños. Los sacaban con las manos llenas de alcohol y les cortaban el ombligo que les sanaba enseguida. Las viejas esas, parteras, adivinaban el día y la hora en que una mujer iba a parir. Y eran medio curanderas también. El empacho lo curaban en un pestañear. Curaban con *flor de camino*. La cogían seca y la hervían. Con un paño fino la colaban y a las dos o tres tomas el empacho desaparecía. Curaban todas las enfermedades. Si al niño se le pegaba el sapillo, que era una enfermedad *malevosa* en las encías, cogían yerba de monte, la machucaban y después se la daban ya colada en cocimiento. Eso les mataba la enfermedad enseguida. Los médicos ahora les han cambiado el nombre a esos males. Les dicen infección o erupción. Y resulta que tardan más en curarlos que antes. Y eso que no existían las inyecciones ni las placas.

La medicina era la yerba. Toda la naturaleza está llena de remedios. Cualquier planta es curativa. Lo único que todavía muchas no se han descubierto. Yo quisiera saber por qué los médicos no van al campo a experimentar con las plantas. Para mí que como ellos son tan comerciantes no quieren

salir diciendo que tal o cual hoja cura. Entonces lo engañan a uno con medicinas de pomo, que total cuestan muy caras y no curan a nadie. Antiguamente no podía comprar esas medicinas. Y por eso no iba al médico. Un hombre que ganaba veinticuatro pesos al mes no podía gastarse ni un centavo en un pomo de medicina.

En Ariosa ganaba veinticuatro pesos, aunque creo que alguna vez me estuvieron pagando veinticinco, como en Purio. Eso de los pagos era elástico. Dependía de cómo era el hombre en el trabajo. Yo era *largo* y me llegaron a pagar veinticinco. Pero había infelices que se quedaban ganando veinticuatro y hasta dieciocho pesos al mes. Los sueldos incluían la comida y el barracón. A mí eso no me convencía. Siempre estuve claro en que esa vida era propia de animales. Nosotros vivíamos como puercos, de ahí que nadie quisiera formar un hogar o tener hijos. Era muy duro pensar que ellos iban a pasar las mismas calamidades.

El Ariosa tenía mucho movimiento. A cada rato venían técnicos, se ponían a recorrer el campo y luego iban a la casa de calderas. Ellos miraban el funcionamiento del ingenio para eliminar los desperfectos. Cuando se anunciaba alguna visita, enseguida el mayoral ordenaba que la gente se vistiera de limpio y ponía la casa de calderas brillante como un sol. Hasta el olor desagradable desaparecía.

Los técnicos eran extranjeros. Ya por esa época aquí venían ingleses y americanos. Las máquinas eran de vapor desde hacía años. Primero fueron chicas; luego llegaron otras mayores. Las máquinas chicas fueron desechadas porque eran muy lentas. En esas máquinas no había picadoras, por eso no le sacaban todo el zumo a la caña. En los trapiches viejos la mitad del guarapo se iba en el bagazo. Eran muy flojos.

Lo más importante era la centrífuga. Esa máquina se conocía aquí desde hacía como cuarenta años. Llegué al Ariosa y me la encontré allí. Ahora, había ingenios que todavía no la tenían, como el Carmelo, la Juanita y San Rafael.

La centrífuga es una poceta redonda adonde baja la miel para que el azúcar quede seca. Si un ingenio no tenía centrífuga, tenía que hacer moscabado, que es una azúcar prieta desleída. El refresco que se sacaba de ese azúcar era muy bueno. Alimentaba igual que un bistec. La máquina grande de Ariosa tenía tres mazas. Estaban la picadora, la moledora y después la demoledora. Cada una tenía su función. La picadora nada más que picaba la caña, la moledora sacaba el azúcar como hecha guarapo, y la remoledora dejaba el bagazo seco y listo para llevarlo a los hornos a levantar vapor. Los hombres que trabajaban en esas máquinas eran los que estaban en mejor situación en el ingenio. Se figuraban mejores que los demás. Sentían repugnancia hacia los hombres de campo. Ellos les decían a los cortadores de caña «cueros», que quería decir algo así como áspero. Se pasaban la vida criticándolos. Si tenían callos en las manos, les decían: «Cuidado, que me lastimas». Y no les daban la mano por nada del mundo. Se crearon una mentalidad muy perjudicial. Sembraron el odio y las diferencias. Dormían aparte. Igual maquinistas, que tacheros, que maestros de azúcar, que pesadores; todos tenían sus casas en el batey. Y bien cómodas. Algunas eran de mampostería, aunque en Ariosa abundaban más las de madera con adornitos en el techo. El trato de esos hombres era incorrecto. Después se fueron dando cuenta de muchos cambios y trataron de ser distintos. Pero a mí me parece que el peor siempre fue el que trabajaba debajo del sol. Ese era el más sacrificado y el más jodido. Tenía que jugar barracón todas las noches.

La verdad es que el adelanto causa admiración. Cuando yo veía todas esas máquinas moviéndose a la vez, me admiraba.

Y de veras parecían ir solas. Yo nunca antes había visto tanto adelanto. Las máquinas eran inglesas o americanas. De España no vide ninguna. Ellos no sabían cómo se hacían. Los más revueltos con esa novedad eran los colonos. Se alegraban más que nadie, porque mientras más producción había en la casa de calderas, más caña les compraba el ingenio.

Los colonos de esa época eran nuevos todavía. No se puede decir que tenían grandes sembrados de caña. Cualquier *sitiero* tenía su colonita con diez o quince besanas sembradas de caña. A veces aprovechaban y sembraban caña hasta en los alrededores del batey, a tres o cuatro cordeles. Los colonos eran unos infelices todavía. No tenían tierra suficiente como para hacerse ricos. Eso vino después. Lo que sí eran unos hijos de puta; más bravos y tacaños que los mismos hacendados. Los colonos apretaban duro en el sueldo. Regañaban a los trabajadores todos los días. Y eran más escatimadores que los dueños de ingenio. Si había una tierra que valía cuarenta pesos trabajarla, ellos pagaban veinte, o sea, la mitad. Y a veces había que conformarse, porque tenían sus contubernios. Aunque unos a otros no se podían ver. Los trabajadores casi nunca tenían mucho trato con los colonos. Ellos iban al campo y todo, pero nadie les hablaba. Hasta para cobrar el sueldo había que recurrir al bodeguero. Era mejor así. Los colonos, por aquella época, no tenían mayordomos, porque eran unos *surrupios* casi todos. Empezaron a crecer después cuando el alza del azúcar. Algunos se llegaron a imponer. Llegó la ambición de la caña y por poco no dejan ni monte en Cuba. Talaron los árboles de cuajo. Se llevaron caobas, cedros, jiquís; bueno, todo el monte se vino abajo. Eso fue después de la independencia. Ahora uno coge por el norte de Las Villas y a lo mejor dice: «En este lugar no hay monte». Pero cuando yo estaba huido aquello metía miedo. Todo era espeso como una selva.

Se cultivó caña, pero se acabó con la belleza del país. Los culpables de eso fueron los colonos. Casi no hubo excepción de colonos que no fueran *diente de perro*. Únicamente se puede sacar a Baldomero Bracera. Él abrió una colonia con el nombre de Juncalito en la ciénaga del valle de Yaguajay. Secó en poco tiempo todo el terreno. Eso le dio mucho prestigio y se hizo grande. Baldomero tenía más crédito que el dueño del ingenio Narcisa, un tal Febles, adonde pertenecía su colonia. El Febles ese sí que era un tirano; se fajaba a trompadas con los trabajadores y después los seguía tratando como si nada. Era muy mala paga. Un día un trabajador llegó y le dijo: «Págueme». Febles lo mandó a meter en los hornos. El hombre se achicharró. Nada más que quedaron los mondongos, y fue como se supo del crimen. A Febles ni lo tocaron. Por eso, cuando había un hombre como Baldomero la gente lo quería y lo respetaba. Si tenía que despedir a alguien se lo decía en su cara. Una de las cosas más grandes que hizo Baldomero fue traer a Narcisa la máquina de halar caña. Esa máquina ya la tenían en otros ingenios, pero a Narcisa no había llegado, porque Febles no tenía suficiente crédito. Entonces Baldomero le prestó dinero y mandó a buscar la máquina. A los pocos días ya Narcisa tenía máquina de halar caña. Yo la vide y me acuerdo de ella porque tenía el número uno pintado en grande. Baldomero era un colono serio. Un buen comerciante. Attendía sus negocios con cabeza. Daba dinero para obras públicas y para el comercio. No pagaba mal. El pueblo de Yaguajay sintió mucho la muerte de ese hombre. Yo nunca trabajé con él, porque estaba en Ariosa, pero lo vide y oí muchos cuentos acerca de su vida y de su desenvolvimiento. Baldomero era la excepción.

Nadie se imagina cómo estaba la candela por aquellos años. La gente se pasaba la vida hablando de revueltas. La guerra se iba acercando. Pero para mí que todavía la gente no estaba

segura de cuándo empezaba. Muchos decían que a España le quedaba poco; otros, se callaban el pico o metían la cabeza en un orinal. Yo mismo no decía nada, aunque me gustaba la revolución y admiraba a los hombres valientes y arriesgados. Los más populares eran los anarquistas. Estaban dirigidos desde España, pero querían que Cuba fuera libre. Ellos eran algo así como los ñáñigos, porque estaban muy juntos y para todo tenían sus contubernios. Eran valentones. La gente se pasaba la vida hablando de ellos. Los anarquistas, después de la guerra, se impusieron en Cuba. Yo no los seguí más. De lo que sí nosotros no conocíamos era del anexionismo ese del que se habla ahora. Lo que nosotros queríamos, como cubanos, era la libertad de Cuba. Que se fueran los españoles y nos dejaran tranquilos. No se decía más que «Libertad o Muerte», o «Cuba Libre».

Mucha gente se alzó y se buscó *fandango* con eso de la independencia. Se iban a las lomas y estaban allí haciendo ruidos unos cuantos días, luego bajaban o los cogían presos. La guardia civil era del carajo para arriba. Con esos hombres no se podía meter nadie. Al que se llevaban preso se la arrancaban. Los negros protestamos también. Esa era protesta vieja, de años. A mí me parece que los negros protestamos poco. Todavía estoy en esa creencia. Recuerdo la revuelta de los hermanos Rosales. De Panchito y Antonio Rosales. Uno de ellos era periodista y tenía su imprenta en Sagua la Grande, porque ellos eran de allá. Enseguida se corrió la voz de que los Rosales comían candela y atacaban al gobierno español. De ahí se les pegó la simpatía del pueblo. Yo me interesé en ellos. Un día, estando en Sagua de paseo, vide a Francisco. En cuanto lo vide, me di cuenta de que ese no creía en nadie. Era elegante y portentoso, pero se llevaba a cualquiera en la golilla. Francisco era cuatrero y bandolero. Creo que él se dedicaba a la barbería. Después los vide a los

dos en Rodrigo. Ellos iban allí a cada rato. Iban a levantar vapor, claro. Esos mulatos se hicieron importantes. Se hacían pasar por blancos, pero ¡qué va! A Antonio lo fusilaron en Sagua. El gobierno español lo prendió y lo fusiló. Después no se oyó hablar más de ellos. A mí que no me digan que esos eran revolucionarios. Ellos peleaban duro, pero no sabían por qué. Bueno, nosotros tampoco sabíamos por qué, pero no hacíamos bandolerismo. Al menos, la gente de Ariosia era decente y seria. El que quería se hacía cómplice de los bandoleros y de los cuatreros. Pero eso era por el gusto de cada cual y la conveniencia. Nadie obligaba a nadie a robar. Lo malo se le pega al que es malo. Yo estuve en la guerra con unos cuantos degenerados y salí limpiquito. Aunque, para decir verdad, los bandoleros no eran asesinos. Si tenían que matar a alguien, lo mataban. Pero lo que se dice asesinos, eso no.

Aquí hubo muchos bandoleros antes de la guerra. Algunos se hicieron famosos. Se pasaban la vida en el campo, detrás de la gente de dinero y los colonos. Manuel García fue el más nombrado de ellos. Todo el mundo lo conocía. Y había gente que decía que él era revolucionario. Yo sé de otros muchos bandoleros. Entre ellos, Morejón, Machín, Roberto Bermúdez y Cayito Álvarez. Cayito era un animal. Guapo como ninguno. A cualquiera en Las Villas se le puede preguntar sobre Cayito. Estuvo en la guerra también. Sobre él se han dicho muchas mentiras; inventos de la gente.

Morejón era un miserable. Podía robar una fortuna, que él no tenía la costumbre de Manuel, de darle de comer a los pobres. Yo nunca supe que él hubiera dado dinero para la revolución. Morejón se escondía mucho. Era un poco cobardón y precavido, le gustaba el robo. Toda su vida fue bandolero. Morejón robaba el dinero de una forma natural. No hacía

escándalos. Creo que nunca secuestró a nadie, sino que paraba a la gente en el camino y les decía: «Dénme todo lo que tienen arriba». Se llevaba los centenes y se iba. Yo nunca oí decir que él amenazara a nadie. A lo mejor era calladito, pero criminal.

Las Villas era la mata de los bandoleros. Allí pululaban. El que más y el que menos hacía sus secuestros. Otros tenían la facilidad de coger el dinero mansito. Por esa zona norte de Las Villas había muchas familias adineradas. Agüero las saqueó a casi todas. Fue el que más robó. Se llevaba hasta las gallinas y los cochiniticos. Su vicio era cogerlo todo. Decían que él salía gritando cuando robaba. Le corrían atrás y la guardia rural le echaba cercos, pero él siempre tenía la habilidad de escabullirse. Agüero entraba a los ingenios como Pedro por su casa. Él tenía el truco de disfrazarse, porque los bandoleros se hacían pasar por billeteros, por trabajadores y por guardias rurales. Una vez Agüero entró en Ariosa. Dicen que hizo un asalto grande. Yo no lo vide. Llegó allí despacio, caminando como caminaban los guardias rurales y vestido de guardia. Preguntó por el dueño del ingenio. En la bodega le dijeron: «Camina para arriba, la casa está cerca». Cuando llegó a la casa del vizcaíno, que era el dueño, volvió a preguntar y lo hicieron pasar. Ahí fue donde Agüero lo encañonó y le pidió una suma grande de dinero. La cuestión fue que el vizcaíno se lo tuvo que dar todo y nunca pensó que había sido Agüero el ladrón. Ese día iba muy bien disfrazado y hablando como un español. Lo primero que Agüero le pidió al vizcaíno fue que mandara a retirar la guardia de escolta, que no hacía falta. Y el vizcaíno de bobo le dijo al guardia: «Váyase».

Las malas lenguas dicen que el propio Máximo Gómez, el general, le cogió dinero a Agüero para la revolución. Yo no lo dudo. El único que nunca aceptó dinero de los bandoleros fue Martí, el patriota de Tampa, el hombre más puro de Cuba.

El *paisanaje* era sano y le tenía mucho miedo a los bandoleros. Por eso fue que un compadre de Agüero lo entregó a la guardia rural. Parece que lo obligaron a que lo entregara. Ya lo de ese hombre era demasiado. La ambición lo hacía devorar ingenios.

Uno de los secuestros más grandes de Remedios fue el de los Falcón. Esa era una de las familias más raras de Las Villas. Formaron una variedad de líos del carajo. En esa familia había celos, odios, hipocresías; todo lo que se junta en la cabeza cuando la gente no tiene corazón. Entre ellos hubo uno que no tenía nada; se llamaba Miguel, Miguel Falcón. Era natural de Remedios. Ese don Miguel se casó con una buena mujer. Ella no sabía la clase de calaña que él era. La mujer había enviudado del hermano de Modesto Ruiz, que por entonces era el alcalde del pueblo. La viudez la cogió con sus hijas ya crecidas. Así y todo don Miguel se enganchó a ella, porque la verdad es que esa manceba tenía gracia y lucía joven todavía. Todos la llamaban por Antoñica, aunque su nombre real era Antonia Romero. Su familia era de honor. En todo Remedios se les respetaba. Pues el caso es que, durante el gobierno de Polavieja, don Miguel planeó un secuestro a Modesto Ruiz³. Modesto no era malo, pero nadie sabía por qué tenía tanto dinero. Entonces un tal Méndez, que yo creo que era español, estaba de teniente coronel de los *voluntarios* de Vueltas. Méndez tenía la confianza de Polavieja. Y don Miguel lo sabía mejor que nadie. Por eso se aprovechó de él para organizar el secuestro de Modesto. Lo que no sabía

3 En José A. Martínez Fortún y Foyo, *Cronología remediana* (Remedios, s/e, 1937) se consigna el secuestro de don Modesto Ruiz y se da como fecha de tal acontecimiento el año 1889.

Polavieja era que Méndez tenía una cuadrilla de bandoleros. Y mucho menos que el mismo Méndez era el más bandolero y degenerado de todos.

Un día, don Miguel fue a verlo y le dijo: «Tenemos que sacarle diez mil pesos a Modesto». Y Méndez le dijo: «¡Arriba!». Entonces se reunieron dos o tres más y aprovecharon los paseos que daba Modesto a su finca La Panchita. En uno de esos viajes lo agarraron y se lo llevaron al monte y allí lo obligaron a decir dónde estaba el dinero. Claro que en este brete no daba la cara don Miguel, para que Modesto no lo fuera a reconocer. Yo creo que estuvo como dos semanas secuestrado por la cuadrilla sanguinaria de tal Méndez. Él dijo enseguida lo del dinero y ellos se lo llevaron todo. Dejaron a Modesto trancado en una casa y amarrado por los pies. Hasta que le ordenaron a un mulato de la cuadrilla que lo matara y lo enterrara bien, con la cabeza y todo. El mulato fue a ver a Modesto y hablaron. Modesto no hacía más que decirle: «Si usted me suelta, yo lo gratifico». El mulato, medio lastimoso, le dijo: «Yo lo suelto si usted me promete que me va a sacar del país». Modesto dijo que sí y el mulato lo soltó. Al otro día, don Miguel Falcón se enteró de todo y fingió estar alegre. Organizó una fiesta de comelata para recibir a Modesto en su casa. Modesto fue y recibió todos los honores. Pero el brujo andaba suelto y Modesto dijo para dentro de sí que eso no quedaba ahí.

Empezó a averiguar bien y cuando tenía todos los argumentos reunidos se dirigió al mismo Polavieja. Ya Méndez, el asesino, había mandado a matar al mulato, que no salió de Cuba ni un carajo. Polavieja, que sentía repugnancia por los bandoleros, mandó a buscar a Méndez y le hizo consejo de guerra. Méndez fue fusilado en la ciudad de La Habana. A don Miguel lo prendieron unos días y luego lo deportaron a Ceuta, que era una isla rodeada de diablos. Allí murió al poco tiempo. Vino la verdad a relucir, y todo el mundo se

quedó pasmado. Nadie imaginaba la maquinación de esos bandoleros. Antonia, la pobre, quedó lela. Sobre todo cuando se enteró de que su propio marido había querido matar a Modesto, su cuñado, para que las hijas de ella cogieran la herencia del tío, además de los diez mil pesos que ellos se iban a repartir. No sé si a los demás de la cuadrilla los cogieron, lo veo difícil, porque la guardia de aquellos tiempos no era tan despierta como la de ahora. Eran sanguinarios, pero brutos. Antonia Romero fue una mujer entera. Se abochornó. No se le cayó el ánimo. A las hijas tampoco. Cuando entró la guerra, Antonia empezó a colaborar. Cosió ropa y cocinó. Repartió medicina y fue al monte. Llegó a coger grado revolucionario. Fue teniente coronel de la independencia.

Hay quien pinta a los bandoleros como benefactores. Dicen que ellos eran nobles, porque robaban para los pobres. A mí me parece que el robo, como quiera que uno lo mire, es robo. Y los bandoleros no tenían reparo en robarle a cualquiera. Lo mismo a un rico que a un medio rico. Para ellos lo importante era tener guano arriba. Y eso sí, nunca les faltaba. A veces tenían que guarecerse en casa de los guajiros y coger su platico de boniato para no quedarse con hambre. De ahí viene esa frase de que los bandoleros eran benefactores. Claro, si los guajiros les ofrecían villas y castillos, ellos tenían que pagar con algo. Cuando robaban una buena suma, iban y se la repartían. Por eso los guajiros se hacían tan amigos de los bandoleros. No llegaban a bandoleros, pero eran sus amigos. El guajiro siempre ha sido servicial. Veían a un bandolero en su caballo y la mujer decía: «Vamos, hombre, a tomar un buchito de café». Ahí es donde se bajaba el bandolero y aprovechaba la confianza para amistarse con la familia. Los mismos bandoleros a veces cogían a las guajiritas y se las llevaban. Esos

eran los secuestros más corrientes. Todavía no he conocido a nadie más mujeriego que esos tipejos. Lo arriesgaban todo por ver a una mujer. La guardia civil se aprovechaba de las visitas que ellos hacían a las mujeres y les tiraban ahí mismo una emboscada. Así cazaron a muchos bandoleros, porque en el campo no había quien los cogiera. Eran sueltos como un lince y los mejores jinetes. Además, no había quien conociera la manigua tan bien. Muchos decían que eran revolucionarios y querían la libertad de Cuba. Otros se apodaban autonomistas. Todo eso lo hacían por parejería. Ningún asesino iba a ser patriota. Lo que sí eran muy incendiarios. Llegaban a donde estaba un hacendado y le preguntaban: «Bueno, ¿y el guano qué?». Si el hacendado decía que no daba nada, ellos amenazaban con incendiar los campos. Y no era cuento. A veces uno veía la candela subida y era por culpa de ellos.

La costumbre que tenían era salir de noche. Todas las fechorías eran a esas horas. Por el día descansaban. Esa vida era peligrosa, porque el gobierno español les tenía odio. La Isla se estaba llenando de bandoleros. Ya había en todas las provincias.

El más popular era Manuel García, que ahora le dicen «el Rey de los campos de Cuba». Hasta hablan de él por radio. Yo no lo vide nunca, pero sé que recorrió muchos lugares. La gente hace los cuentos.

Manuel no perdía una oportunidad. Dondequiera que él veía centenes hacía la zafra. Esa valentía le ganó muchos amigos, y muchos enemigos. Yo creo que eran más los enemigos. Dicen que no era asesino. No sé. Lo que sí es positivo es que tenía un *ángel* buenísimo. Todo le salía bien. Fue amigo de los guajiros; amigo de verdad. Cuando ellos veían que la guardia española se aproximaba al lugar donde estaba Manuel, sacaban los pantalones y los tendían en una soga con la cintura para abajo. Esa era la señal para que Manuel se alejara. Por eso vivió tanto tiempo con el robo.

Fue el más atrevido de los bandoleros. Lo mismo detenía un tren que lo descarrilaba. Cobraba contribuciones. Para qué contar... Lo de Manuel llegó a tal punto que no cortaba ya ni las líneas telegráficas, porque él decía que estaba seguro de que nadie lo iba a coger. Salamanca y Polavieja lo combatieron como a nadie. Otro general que vino aquí, llamado Lachambre, iba a capturar a Manuel. Pero Manuel lo que hacía era reírse de él y amenazarlo con cartas donde le decía que lo iba a colgar. Lachambre era guapo, pero nunca pudo dar con Manuel. Y eso que los españoles tenían las armas mejores y el número de hombres mayor.

La cuadrilla de Manuel García usaba rifles de dieciocho tiros. Eran buenos, por lo menos mejores que los *trabucos* de otros bandoleros. Era una cuadrilla bien provista. Tenían cocineros, ayudantes y de todo lo demás. Nunca les faltaba tabaco, ni chocolate caliente, ni viandas, ni carne de puerco.

Manuel García dio mucha lata en Cuba, en La Habana sobre todo. A él le gustaba esa vida. Y no tenía vergüenza de decirlo. Primero estuvo de cuatrero en el monte, robando bueyes para vender. Luego se puso a robar dinero y a secuestrar.

Creo que Manuel había nacido en Quivacán. Ahí mismo se había casado con Rosario, que fue su mujer siempre. Ella estuvo presa en la isla de Pinos y la gente lo comentaba mucho. Vicente García, hermano de Manuel, fue bandolero como él. Creo que también pertenecía a su cuadrilla. Pero no fue tan famoso. Yo oí hablar mucho de Osma, que era el ayudante principal de Manuel; un negro *rebencúo* que luego se pasó para la *Guerrilla de la Muerte*. Operó con esas guerrillas en muchos lugares. En Las Villas había muchas de ellas. Osma mataba a boca de jarro, con un trabuco grande de bronce y madera. La gente hablaba de Osma como si fuera brujo. A mí no me consta. Ahora, yo creo que tiene que haber habido algo de eso, porque esa cuadrilla, para caminar como caminaba, necesitaba su *trabajo de palo*.

Manuel García no alcanzó la guerra de Independencia. O mejor dicho, no luchó en ella. Dio mucho dinero; eso sí. Como cincuenta mil pesos por lo menos. Máximo Gómez lo recibió como caído del cielo. Su muerte ha quedado muy oscura. Cuando un hombre es así, grande como él, es difícil saber quién lo mató. Manuel tenía muchos enemigos, porque en cada familia que él se metía, se los buscaba. Secuestró a un tal Hoyo y luego los parientes anduvieron detrás de Manuel. Pero nada. Manuel conocía el monte palmo a palmo.

A mí me han dicho los viejos que conocieron a Manuel personalmente, que las mujeres fueron su perdición. Pero yo sé que a él lo mataron por dar dinero a la revolución. Un traidor que se hacía pasar por revolucionario lo esperó un día en el monte y le dijo que encandilara un tabaco para reconocerlo. Manuel, confiado, fue a la cita a cumplir con lo prometido. Llevaba miles de pesos. Cuando se fue acercando, el traidor llamó a la guardia civil para que le tiraran. Y lo hicieron un colador. Esa es la muerte de Manuel García.

Otra gente le da otra forma al asunto. Los *vueltabajeros* dicen que Manuel murió porque fue a verse con una manceba en la Mocha. Que iba todas las noches a cogérsela. Un día, la muy verraca, fue al cura de pueblo y le dijo: «¡Ay, padre, yo me acuesto con Manuel García!». Y el cura la denunció a las autoridades. A los pocos días, Manuel entró en la casa de esa mujer, abrió la talanquera y la dejó así. Al poco rato salió y la talanquera se había cerrado. A él le pareció raro y se sorprendió. Cuando fue a abrirla de nuevo le gritaron: «¡Manuel García!». Él miró y allí mismo los guardias civiles lo mataron.

Yo he oído otra historia distinta: que el sacristán de la parroquia de Canasí lo mató en una bodega y que luego la cuadrilla de Manuel macheteó al sacristán en el monte. Todo eso está oscuro y no hay quien diga la verdad. Ahí,

como en la muerte de Maceo, hay gato encerrado. A la gente le cuesta trabajo decir las cosas claras. Por eso yo digo que los brujos serán brujos y todo, pero no se callan las verdades. Le dicen a uno quién es su enemigo y cómo se lo puede quitar de arriba. En Ariosa, los únicos que hablaban claro eran ellos. Y si uno le pagaba, más. Mucha gente les cogía miedo. Se ponían a decir que se comían a los niños, que les sacaban el corazón y un montón de porquerías más. Cuando uno oye todo eso no se debe atemorizar. Debe cerciorarse de todo. Los que hablan así es porque algo les pica.

No soy partidario de la brujería, pero tampoco digo sandeces por gusto. Más miedo le tengo a otras cosas que a la brujería. Ni siquiera a los bandoleros les temía. También es que yo era pobre, pelado de verdad y nadie me iba a secuestrar. Y había que ver lo que caminaba. Paseaba hasta cansarme.

Los montes cansan cuando uno está en ellos todos los días. Mucho más si uno trabaja de sol a sol. Porque ese mismo sol se queda incrustado y tupe. Por el día, cuando yo estaba en la caña, el sol se me metía por la camisa y me llegaba adentro. El calor era bravo.

Ahí sudaba todo. Sin embargo, cuando uno va a pasear, el sol parece más noble. Se enfría un poco, o le parece a uno que se enfría.

Pero volviendo a lo del miedo. El miedo a los brujos, eso es bobería, y el miedo a los bandoleros, igual. Lo que sí era muy serio y ahí todo el mundo estaba de acuerdo, era la guardia española y los capitanes de Partido. Estando ahí en Ariosa, yo recuerdo a un capitancito de esos que era la candela. No me acuerdo de su nombre, porque la verdad es que sin saberlo ya fastidiaba bastante. Con decir: «Ahí viene el capitán de Partido», era suficiente. Bueno, era como decir: «Ahí viene

el diablo». Todo el mundo le huía. Si veían algún problema o se olfateaban algo nada más, lo empezaban a coger con uno. Cuando los negros comenzaron a revirarse contra España, los capitanes esos se dieron gusto. Un negro revolucionario no podía existir. A ese le daban muerte enseguida. Todavía si era blanco, bueno... Yo sé que es mejor ni acordarme de esa época. No hay nada peor que un vergajo de español zoquete. ¡Y tener que quedarse uno con el bembo cerrado!

Al que se comportara de una forma indebida, lo mandaban a limpiar las caballerizas de la guardia civil. La guardia iba siempre a caballo, aunque una parte hacía servicio de infantería. Los que cogían el caballo eran los más forzudos. En la guardia civil no había ese hombre patato, chiquito, ¡qué va!, ahí no había eso, como tampoco había hombres buenos. Todos eran el *fenómeno colorado*. Duraron tanto porque parece que aquella época no daba muchos hombres rebeldes, como ahora. Antes, un hombre revolucionario era una cosa rara. La gente era demasiado noble, más noble de la cuenta. Nadie era capaz de rebelarse ante un capitán. Primero preferían morir.

Hubo un negro colorado que sí hizo historia en Cuba. Se llamaba Tajó. Vivía en el Sapo. Ese Tajó un día desarmó dos parejas de guardias civiles a la vez. Siempre estuvo fuera de la ley. De prófugo y de asaltador hasta que empezó la guerra. Tajó era diente de perro. La mujer que a él le gustaba, se la llevaba. Y cuidado con quejarse. Si por alguna casualidad el padre de la mujer venía a reclamarla, Tajó sacaba el machete para meterle miedo y el pobre hombre se retiraba. Así era de *salao*. Siempre se salió con las suyas. A las mismas hijas se las comía. Todo el mundo estaba enterado de eso, aunque no hicieron nada. Las pobres hijas se pasaban la vida metidas en la casa y no salían ni para coger sol. Parecían fantasmas de

tanta encerradera. En los sitios la gente no sabía cómo eran ellas, si bonitas o feas, nada; él las quería para su gusto nada más. Nunca vide a esas niñas; sé que es positivo porque todo el mundo lo contaba. A Ariosa llegaban las noticias como la espuma. Había quien decía que Tajó, después de comerse a las hembras de los pueblos por ahí, las mataba y la enterraba en un bibijagüero. Eso está exagerado, aunque de ese cabrón no dudo nada. Sus entretenimientos eran criminales; un tipo de hombre que no pensaba en divertirse, ni en el juego. En nada que no fuera para daño. En la guerra me tocó acatar sus órdenes. Por culpa de Máximo Gómez, que fue quien lo nombró jefe de un escuadrón.

Volviendo a las mujeres; es cierto que ese era el tema principal. Aunque de una forma distinta. Uno iba a hablar con los amigos, o con los conocidos, mejor, y ellos le contaban a uno todo lo que hacían con las mujeres. Yo nunca fui partidario de contar mis cosas. Cada hombre debe aprender a ser reservado. Ahora, estos hombres chismosos le decían a uno tranquilamente: «Oye, Fulano, tú sabes que mañana me voy a llevar a Fulanita». Y si era conmigo, yo me hacía el que no oía nada, para conservar la distancia. A mí esos chismes nunca me han gustado. Para eso me quedo con el juego, que es un entretenimiento más sano.

En Ariosa se jugaba dominó con jugadores buenos. El dominó era un poco difícil. Había que tener la cabeza clara. Jugábamos a la convidada y al tin-tin-tin, que tenía que ser oculto. Si la guardia lo cogía a uno en eso, la mano de vergajazos que daba era de padre y muy señor mío. Como yo me aburría con esas marañas del dominó, me iba al batey u oía a los viejos y a los jóvenes, cuando les daba por contar visiones.

Todos los hombres tienen sus visiones y muchos se las callan. Para mí las visiones son ciertas y hay que respetarlas. No cogerles miedo, sino respetarlas. Yo he visto muchas distintas. Algunas me han llamado la atención. Otras me las han contado; como aquella de un amigo mío que era una brasa de candela que le salía por el brazo derecho. Era peligrosa, porque si salía por el izquierdo traía la muerte segura. Hay quien piensa mucho en las visiones. Y se pone a esperar medio embelesado a que vengan. Entonces ellas no vienen. De ahí es que mucha gente no cree.

Los videntes ven casi todos los días. Los que no son videntes también pueden ver, pero con menos frecuencia. Yo mismo no me puedo llamar vidente, aunque he visto cosas raras. Por ejemplo, una luz que salía caminando al lado mío y cuando llegaba a lugares donde había dinero enterrado se paraba a recogerlo. Luego desaparecía. Eran muertos que salían con la misión de recoger dinero. Otros salían en forma de luces; lo hacían por la cuestión de las promesas. Se me pegaban al lado, igual, y no me lo decían, pero yo sabía que lo que buscaban era que yo les pagara una promesa en la iglesia. Nunca cumplí ese mandato. Y las luces me salían a cada rato. Ya no me salen, porque uno está medio retirado y las luces esas son propias del campo.

Otra visión era la de los güijes. ¡Ave María, los güijes cada vez que salían eran la comidilla! Yo no vide ninguno, pero los negros tenían una inclinación hacia ellos natural. Los güijes salían en los ríos a todas horas. Cuando lo sentían a uno, se escondían, se escurrían en las orillas. Salían a coger sol. Eran negritos prietos con las manos de hombres y los pies... los pies nunca supe cómo eran, pero la cabeza sí la tenían aplastada como las ranas. Asimismo. Las sirenas eran otra visión. Salían en el mar. Sobre todo, los días de San Juan. Subían a peinarse y a buscar hombres. Ellas eran muy zalameras. Se ha

dado el caso muchas veces de sirenas que se han llevado a los hombres, que los han metido debajo del mar. Tenían preferencia con los pescadores. Los bajaban, y después de tenerlos un cierto tiempo, los dejaban irse. No sé qué *preparo* hacían para que el hombre no se ahogara. Esa es de las cosas raras de la vida. De lo que queda oscuro.

Las brujas eran otra rareza de esas. En Ariosa yo vide cómo cogían a una. La atraparon con ajonjolí y mostaza, y ella se quedó plantada. Mientras haya un granito de ajonjolí en el suelo, ellas no se pueden mover. Las brujas para salir dejaban el pellejo. Lo colgaban detrás de la puerta y salían así, en carne viva. Aquí se acabaron, porque la guardia civil las exterminó. No dejó ni rastro de ellas. Todas eran isleñas. Cubanas no vide ninguna. Volaban aquí todas las noches, de Canarias a La Habana en pocos segundos. Todavía hoy, que la gente no es tan miedosa, dejan una luz encendida en las casas donde hay niños chiquitos para que las brujas no se metan. Si no, eso sería el acabose, porque ellas son muy dadas a los niños.

Otra visión positiva es la de los jinetes sin cabeza. Jinetes que salían a penar. Metían un miedo espantoso. Un día yo me topé con uno y me dijo: «Ve allí a recoger centenes». Yo fui medio enfriado y cuando saqué me encontré carbón nada más. Era un muerto *bromero* que no tenía cruz. ¡Y me cago en su madre mil veces, porque más nunca me salió! Esos muertos eran tremendos. Después dicen que los muertos, que qué sé yo, y total, son más jodedores que los vivos.

En los ingenios estaba toda la hechicería. Los filipinos se mezclaban mucho en las cosas de brujos. Se acercaban a los negros y hasta se acostaban con negras y todo. Siempre fueron criminales. Si alguno moría, lo enterraban junto a un negro y después salía con unas ropas rojas a meter miedo. Estas visiones más bien las veían los viejos. Los jóvenes, la verdad es que veían poco. Todavía hoy, un joven no está facultado para ver.

Las voces tampoco las oían los jóvenes. Las voces del campo. Uno iba por un camino, por la noche, y sentía un grito o un ronquido. Yo, acostumbrado a eso, no me *atemoraba* mucho. Ya estaba hecho para oírlos. Ahí mismo, en Santa Clara, decían que en el vertedero de puercos de los Álvarez se sentían ronquidos por la noche. ¡Vaya, eso me lo han contado a mí! Yo nunca vide esas figuras. Siempre me ha parecido, aunque otra gente diga lo contrario, que son espíritus que debían algo, una misa o una rezada. Después que cumplen la misión, desaparecen. El que mira de reojo, pierde.

Todo eso es espiritual y hay que darle el frente sin cobardía. Los vivos son más peligrosos. Yo nunca he oído decir que el espíritu de Fulana le entró a palos a Mengano. ¡Pero cuántos vivos no se están halando los pelos todos los días! Esa es la cosa. Hay que entenderlo así. Ni más ni más. Si el muerto se acerca a uno, no huir, preguntar: «¿Qué quiere usted, hermano?». Él contestará o lo llevará a uno a un lugar. Nunca virarles la cara. Después de todo, no se puede decir que son enemigos.

La gente de antes les tenía cierto miedo a los muertos. Los mismos chinos se asustaban y abrían los ojos; la piel se les ponía flaca cada vez que un paisano se moría. No hacía el hombre más que estirarse y ahí salían los chinos corriendo y lo dejaban solo. Solito, solito. El muerto no decía nada. ¿Qué iba a decir?! Cuando pasaban unas horas, ellos se reunían, encargaban a un cubano para que lo atendiera y lo enterrara. Entonces se iban para su cuarto y para mí que cocinaban, porque salía en seguida un olor riquísimo, que no era opio. Ese miedo yo no me lo puedo explicar. No sé en qué consiste.

Los congos eran distintos en su materia. Ellos no les temían a los muertos. Se ponían serios y callados, pero sin miedo. Cuando un congo moría no se podía llorar. Había que rezar mucho y cantar bajito, sin tambores. Luego se llevaban al muerto para el cementerio, que estaba al lado del ingenio,

y allí lo dejaban enterradito a cuerpo limpio. Por allá no había cajas para meterlos. Al menos, no se usaban. Yo creo que es mejor irse así y no encerrado, sin poder hacer nada en toda la oscuridad esa. En el lugar donde lo enterraban quedaba una lomita y sobre esa lomita colocaban una cruz de madera de cedro para que el negro tuviera protección. Los congos decían que un muerto no se podía quedar con los ojos abiertos. Ellos se los cerraban con esperma y quedaban pegaditos. Si los ojos se abrían era mala señal. Siempre lo ponían boca arriba. No sé por qué, pero a mí me parece que es por la costumbre. Los vestían con zapatos y todo. Si el muerto era *palero* tenía que dejar su prenda a alguien. Casi siempre, cuando un paisano de estos se enfermaba, dejaba dicho quién lo podría heredar. Entonces la prenda se quedaba en manos de esa persona. Ahora, que si esa persona no podía sobrellevar la prenda, tenía que tirarla en el río para que la corriente se la llevara. Porque al que no entendía una prenda heredada se le torcía la vida. Esas prendas se reviraban como carajo. Mataban a cualquiera.

Para preparar una prenda que camine bien, hay que coger piedras, palos y huesos. Eso es lo principal. Los congos, cuando caía un rayo se fijaban bien en el lugar; pasados siete años, iban, excavaban un poquito y sacaban una piedra lisa para la cazuela. También la piedra de la tiñosa era buena por lo fuerte. Había que estar preparado al momento en que la tiñosa fuera a poner les huevos. Ella ponía dos siempre. Uno de ellos se cogía con cuidado y se sancochaba. Al poco rato se llevaba al nido. Se dejaba ahí hasta que el otro huevo sacara su pichón. Entonces el sancochado, seco así como estaba, esperaba a que el aura tiñosa fuera al mar. Porque ella decía que ese huevo iba a dar un pichón también. Del mar traía una virtud. Esa virtud era una piedrecita arrugada que se ponía en el nido al lado del huevo. La piedrecita tenía un brujo muy fuerte.

A las pocas horas salía el pichón del huevo sancochado. Eso es positivo también. Con esa piedrecita se preparaba la prenda; así que no era de jugar el asunto. Una prenda de esas no la podía heredar cualquiera. Por eso morían los negros congos tan tristes.

Hay gente que dice que cuando un negro moría se iba para África. Eso es mentira. ¡Cómo va a irse un muerto para África! Los que se iban eran los vivos, que volaban muchísimo. Una raza brava que los españoles no quisieron traer más, porque no era negocio. Pero los muertos, ¡qué va! Los chinos sí, ellos morían aquí, por lo menos eso contaban, y resucitaban en Cantón. Lo que les pasaba a los negros, que es lo mismo ayer que hoy, es que el espíritu se iba del cuerpo y se ponía a vagar por el mar o por el espacio. Igual que cuando una babosa suelta el caracol. Ese caracol encarna en otro y otro y otro. Por eso hay tantos. Los muertos no salen, así como muertos. Salen como figuras de espíritus. En Ariosa salía uno que se llamaba Fulanito Congo; digo, Faustino. Tomaba aguardiente como un animal. Salía porque tenía dinero enterrado en botijas. Antes se enterraba el dinero en esa forma; los bancos no existían. Dos españoles que estaban zanjeando un día, encontraron la botija y se hicieron ricos. Después Faustino no salió más. Más bien lo que él hacía con salir era cuidar su botija. Parece que esos españoles eran amigos de él. Y él les quiso dar ese beneficio. Muchas monedas se quedaron regadas y la gente se tiró a recogerlas. Los españoles huyeron. Si no, hubieran tenido que darle el cincuenta por ciento al gobierno. Como Faustino no volvió a salir, la gente se olvidó de él, pero yo me acuerdo bien cómo era. Lo que no hago es ponerme a pensar mucho en eso, porque agota.

El pensamiento agota. Hoy mismo hay gente que no cree en salidera de muertos, ni nada de eso. Y es que no han visto nada. Los jóvenes que no creen es porque no han visto. Sin embargo, se agotan igual; piensan en otras cosas del tiempo moderno, de los pueblos del mundo, de las guerras y de todo lo demás. Gastan el tiempo en eso y no se recrean. Otros se ponen a nadar en vicios y en trucos. Entre los vicios y la manera de ponerse a pensar se acaba la vida. Aunque uno se lo diga no hacen caso. Y no creen. Ni oyen.

Yo le hice el cuento del diablillo una vez a un joven y me dijo que eso era mentira. Pero aunque parezca mentira es cierto. Un hombre puede criar un diablillo. Sí señor, un diablillo. Un congo viejo del ingenio *Timbirito* fue quien me enseñó a hacerlo. Se pasaba las horas hablando conmigo. No hacía más que decirme que yo tenía que aprender a trabajar palo, porque era serio y reservado. Había que oírlo en los cuentos. Lo había visto todo; lo de aquí abajo y lo de arriba también. En verdad que era un poco cascarrabias, pero yo lo entendía. Nunca le dije: «Usted no sabe de lo que habla». Ni me reí de él. Ese viejo era como un padre para mí. Pero, bueno, volviendo a lo del diablillo. Él me enseñó a hacerlo. Un día que yo estaba de paso por allí, me sentó solo en un lugar, me miró y empezó a decirme: «Criollo, camina allá donde yo te diga, que yo te va a regalá a ti una cosa». Yo me figuraba que era dinero o algún *macuto*, pero nada de eso. Siguió con su habladuría medio enredada: «Usté, criollo, son bobo», y me señaló un pomo que se sacó del bolsillo. «Mire, usté ve eso, con eso usté consigue tó en cosa». Ahí fue donde yo me di cuenta de que era de brujería el asunto. Aprendí a hacer el diablillo, a criarlo y todo. Para eso hay que tener más corazón que nada. Un corazón duro como un pescado. No es difícil. Se coge un huevo de gallina con miaja; tiene que ser con miaja, porque si no, no sirve. Se pone al sol dos

o tres días. Después que está caliente se mete debajo del sobaco tres viernes seguidos. Y al tercer viernes nace un diablillo en vez de un pollito. Un diablillo color camaleón. Ahora, ese diablillo se mete en un pomito chiquito y transparente, para que se vea para adentro, y se le echa vino seco. Luego se guarda en el bolsillo del pantalón, bien seguro para que no se escape, porque esos diablillos tienen tendencia de peleadores. Se mueven mucho por la colita.

Así se consigue lo que uno quiere. Claro que no se puede pedir todo de un tirón. La cosa es poco a poco. Llega un tiempo del año en que hay que botar al diablillo, porque es bastante lo que se ha caminado con él. Entonces se lleva al río por la noche y se tira allí, para que la corriente lo arrastre. Eso sí, el brujo que lo lleva no puede pasar por ese río otra vez. Si veinte veces pasa por allí, veinte veces le cae todo lo *judío* arriba.

Lo bueno es hacer todos esos trabajos los martes, por lo menos yo lo he oído así. Cuando un brujo quería trabajar palo, palo monte judío sobre todo, escogía los martes. Los martes son los días del diablo, por eso son tan malos. Parece que el diablo tenía que escoger un día y se decidió por ese. A la verdad que cada vez que yo oigo esa palabra, martes, así nada más: martes, me erizo por dentro, siento al demonio en persona. Si iban a preparar una cazuela bruja de mayombe judío, la hacían los martes. Así tenía más fuerza. Se preparaba con carne de res y huesos de cristianos, de las canillas principalmente. Las canillas son buenas para los judíos. Luego se llevaba a un bibijagüero y se enterraba allí. Siempre los martes.

Se dejaba en el bibijagüero dos o tres semanas. Un día, martes también, se iba a desenterrar. Ahí era donde venía el juramento, que consistía en decirle a la prenda: «Yo voy a hacer daño y a cumplir contigo». Ese juramento se hacía a las doce de la noche, que es la hora del diablo. Y lo que el congo

iba a jurar era contrato con él. Complicidad con *endoqui*. El juramento no era juego ni cuento de camino. Había que cumplirlo bien, si no hasta se podía morir uno de repente.

Mucha de la gente que muere así, sin enfermedad, es por castigo del diablo. Después de hecho el juramento y desenterrada la prenda, se llevaba para la casa, se colocaba en un rincón y se le agregaban los otros ingredientes para alimentarla. Se le daba pimienta de Guinea, ajo y ají guaguo, la cabeza de un muerto y una canilla tapada con un paño negro. Ese preparado del paño se ponía arriba de la cazuela y... ¡cuidado el que mirara para ahí! La cazuela, así como llegaba a la casa no servía, pero cuando se le ponían todos los agregados, era de espantar al demonio. No había trabajo que no se pudiera hacer. También es verdad que la cazuela tenía su piedra de rayo y su piedra de aura, que eran nada menos que judías.

Yo vide hacer cada trabajos con eso, terribles. Mataban gente, descarrilaban trenes, incendiaban casas, bueno... Cuando uno oye hablar de judío tiene que quedarse sereno y respetar. El respeto es el que abre las puertas de todo. Así era como yo me enteraba de las cosas.

Ese congo de Timbirito me ha contado a mí mucho de sus encuentros con el diablo. Él lo veía cada vez que quería. Yo pienso que el diablo es un aprovechado. Para hacer daño y darse gusto, obedece cuando lo llaman. Pero que no lo llamen para el bien, porque ¡*ñinga*! El que quiera tener complot con él que coja un martillo y un clavo grande. A mí me lo contó ese viejo. Un martillo y un clavo nada más. Se busca una ceiba joven en los descampados y en el tronco se dan tres martillazos fuertes para que él los oiga. En cuanto el muy cabrón oye ese llamado, viene. Viene tranquilito y guapetón, como el que no quiere las cosas. A veces se viste elegante como los hombres. Nunca llega de diablo. No le conviene meter miedo, porque él es raro y temible al natural.

Llega rojo todo como una llama de candela, con la boca llena de fuego y una lanza en forma de garabato en una mano. Cuando llega se le puede hablar normalmente. Lo que sí hay que tener mucha claridad en lo que se dice, porque para él los años son días. Y si uno le promete que va a hacer un trabajo en tres años, él entiende tres días. El que no sabe ese truco está perdido. Yo lo sabía desde la esclavitud. El diablo calcula en forma distinta al hombre. Tiene otro proceso. Nadie se presta más para el daño que él. No sé ahora cómo estará, pero antes ayudaba en todo. Proporcionaba todas las facilidades para las evoluciones.

Cualquiera podía acudir a él. Muchas gentes de la aristocracia lo llamaron. Condes y marqueses. De los mismos que decían que eran cristianos y masones. A mí nunca me han metido cuento con eso de la masonería. Donde hay secreto, hay brujo. Y nadie más celoso que los masones. Yo no dudo que ellos tengan al diablo en su religión. Aunque lo del diablo de los congos lo aprendieron por los mismos viejos. Los viejos enseñaban a los condes y a los marqueses a trabajar palo. Y les decían: «Mientras tú trabaja mayombe, tú son dueño e tierra». Los condes cumplían todo lo que los viejos les mandaban. Cogían tierra de los cuatro vientos, la envolvían en paja de maíz, y hacían cuatro montoncitos a los que amarraban cuatro patas de gallina y los llevaban a la cazuela, para que se les cumpliera el pedido. Si había algo flojo, *asobaban* la cazuela con escoba amarga, y a caminar se ha dicho. Aquellas cazuelas cogían una fuerza tremenda. Se reviraban y repudiaban a cualquiera.

Los congos usaban muchos tipos de resguardos. Un palito cualquiera o un hueso podían ser buenos resguardos. Yo usé algunos estando en Ariosa. En la guerra también. Llevaba uno que me ayudó mucho. Nunca me mataron gracias a él.

Me hirieron una sola vez, pero fue en un muslo y se me curó con alcanfor.

El mejor de los resguardos se hace con piedrecitas. Rellenando una bolsita de cuero fino y colgándosela del pescuezo basta. Lo que no se puede hacer es abandonarla. Hay que darle comida a cada rato como a las personas. La comida la ordena el dueño de la prenda, que es quien pone los resguardos. Casi siempre se alimentan de ajo y ají guagua. También se les da a beber aguardiente y se les riega un dedito de pimienta de Guinea. El día que un negro brujo de esos entregaba un resguardo, lo miraba a uno bien fijo y le chocaba las manos, apretaba bien fuerte y las tenía un rato juntas. Primero uno le daba la seguridad al brujo de que no iba a hacer nada malo con él. Y de que de sexo nada, mientras uno lo llevara arriba.

El resguardo es una cosa delicada. El hombre que se acuesta con una mujer, y lleva un resguardo, falla. Seguro que se le tuerce el camino largo tiempo. Además, las mujeres aflojan. Después de que uno hace sus cosas con ellas, si quiere volver a ponerse el resguardo, tiene que restregarse las manos con ceniza para apaciguar y espantar lo malo. Si no, el mismo resguardo se rebela.

Las mujeres lo aflojan todo, desde los resguardos hasta las cazuelas. Por eso tienen sus formas especiales. Ellas pueden ser brujas, pero no trabajar con cazuelas de hombres. Hay algunas que son más fuertes que los hombres, más bravas. Yo creo que ellas sirven más bien para las limpiezas y los refrescamientos. Nadie mejor que las mujeres para refrescar.

No me acuerdo de cuál fue la que me enseñó lo de las latas de carbón, pero sé que fue hace muchos años. Es lo mejor para refrescar. Nada más hay que coger una lata grande de aceite de carbón y llenarla de yerbas y agua. Esas yerbas se consiguen en los jardines de la gente rica. Se mezclan todas, la albahaca, el apasote, el piñón de botija, se meten en la lata

con un poco de azúcar y sal. Se lleva la lata a una esquina de la casa, y a los dos días se riega por todos los rincones. El agua coge peste, pero refresca. Al poquito rato se siente un fresco suave que entra por las puertas. Es lo más saludable que hay. También, si uno quiere, se puede bañar con él. Quitándole la sal y el azúcar.

El baño debe ser a las doce del día, con el sol en medio de la Tierra. Siete baños son suficientes para una buena limpieza. Antes los baños eran todos los días. Los congos se valían de ellos para la salud. Eso se llamaba *gangulería*, aunque la gente diga que es espiritual.

El espíritu está por debajo del brujo. Yo no prestaba mucha atención a lo que me decían los viejos. Nada más que hacía unas cuantas cosas, para no quedar mal. Los hombres como yo no somos muy dados a la brujería, porque no tenemos paciencia. A mí me gustaba mucho la maldad y la jodedera. Y así no se puede llevar la brujería. Me gustaba ver y oír para desengañarme. Lo que me fastidiaba era que me dijeran que tal o cual cosa no se podía tocar o conocer. Entonces yo me ponía subido y quería salirme con las mías.

Una vez hice una maldad que cada vez que me acuerdo me da grima. ¡Grima! Resulta ser que voy a casa de un santero y empiezo a registrar los cuartos, los escaparates, las soperas, todo. El santero me ve y no me dice nada. Pero a mí se me ocurre ir al último cuarto, donde estaban los tambores y los paños blancos y las soperas y los santos. Me meto allí y empiezo a darme banquete de plátanos indios, panetelitas dulces de almíbar y cocos. Cuando salgo, ya medio atarugado, me topo con el santero y él me mira y me pregunta: «¿Qué pasa?». Yo no le digo nada y él sigue su camino. Pero que parece que eso mismo me hizo temblar las piernas y temblaba y temblaba

como si estuviera enfermo. Bueno, me tuve que ir. La verdad es que esa tembladera no tenía razón, porque el santero no me pilló. Si me hubiera pillado, entonces sí. La comida que se le pone a los santos no se debe ni tocar. Pero cuando el hambre reclama, uno no es dueño de sí. Entre los congos eso no se podía hacer ni por juego. Un congo lo veía a uno metiendo el jocico en lugares impropios y ¡cuidado!, que hasta daño le podían echar. Los congos tienen más fortaleza que los lucumises. Son de cabeza más dura. Trabajan material. Todo es a base de palos, huesos, sangre, árboles del monte...

Para los congos el árbol es una cosa muy grande. De él nace todo y en él se da todo. Es como un dios. Se le da de comer, habla, pide, se le cuida. Ellos lo consiguen todo de la naturaleza, del árbol, que es el alma de ella. La brujería tiene que auxiliarse de los árboles y de las yerbas. En todos los ingenios de la esclavitud había sus matorrales y sus buenos árboles. Por eso a los congos les era propicio el lugar. En Ariosa había grandes terrenos sembrados y lugares silvestres también. En esos montes crecía y crece la brujería. Salen espíritus y luces y todas las cosas que yo he visto desfilar y que luego, con el tiempo, se me han ido borrando de la cabeza. Cosas que uno mismo no sabe cómo son, ni qué forma tienen. Los misterios, vamos a decir. Lo más emocionante que he visto en mi vida ha sido lo de los congos viejos que se volvían animales, fieras. Eso sí era del carajo para arriba.

Eran tan malos que a uno se le erizaban los pelos y la carne se le ponía de gallina. A veces decían que Fulano, el palero, había salido del batey como un gato o un perro. O si no, alguna negra salía halándose los pelos y gritando: «¡Ay, auxilio, vi un perro del tamaño de mi marido!». Ese perro podía ser el marido en persona, en persona de perro quiero decir.

Yo creo que no vide esas cosas, pero nada más que los cuentos asustaban bastante. Y en aquellos años la gente se

pasaba la vida haciendo cuentos. De pensar que un perro con rabia podía ser un congo viejo rebencúo, a cualquiera se le paraban los pelos. Después, eso no se ha vuelto a ver en Cuba. Al menos nadie me ha salido con un cuento parecido. Yo a veces pienso que eso pasaba porque aquí había muchos africanos. Hoy no hay africanos en Cuba. Y la gente nueva tiene mucha indiferencia hacia la religión. Se creen que la vida es nada más que comer y dormir y mucho guano. Por eso estamos así. Guerras para acá y guerras para allá. Hay que tener una fe. Creer en algo. Si no, estamos jodidos.

El que no cree en milagros hoy, cree mañana. Pruebas hay todos los días. Unas más fuertes que otras, pero todas con razón. Hay momentos en que uno no se siente muy seguro y pierde los estribos. Se llega a la desilusión. En esos momentos no hay santos, ni milagros, ni Juan de los Palotes. Pero ellos pasan enseguida. El hombre vive y piensa en la serenidad.

Cuando uno está por dentro como caliente, como con una hinchazón, trabado que no puede ni mover la quijada, entonces no piensa, y si lo hace, piensa para mal. El peligro nace ahí. En esos momentos. Para aliviar esa situación hay que tener agua fresca en algún lugar. Con dos o tres semanas basta para refrescar la atmósfera. El agua fresca es muy buena. Para mí que desconggestionaba el cerebro. Llegaba arriba sin gastarse. Si el agua se gasta mucho, hay que volver a llenar el vaso. Eso quiere decir que está trabajando bien. En los barracones cada cual tenía su vasito de agua y su yerba colgada de la pared. Nadie era bobo. Yo nunca vide la casa de los dueños por dentro, pero seguro que ellos tendrían lo suyo también. Bastante creyentes eran.

El catolicismo siempre cae en el espiritismo. Eso hay que darlo por sentado. Un católico solo no existe. Los ricos de antes eran católicos pero hacían caso, de vez en cuando, a la brujería.

Los mayores, ni hablar. Tenían el ojo puesto a los negros brujos del miedo que les tenían. Sabían bien que si los brujos

querían, les podían partir el carapacho. Hoy mismo hay mucha gente que le dice a uno: «Yo soy católico y apostólico». ¡Qué va!, ese cuento que se lo hagan a otro. Aquí el que más y el que menos tiene su librito, su regla. Nadie es puro así de llano. Todas las religiones se han mezclado aquí en esta tierra. El africano trajo la suya, la más fuerte, y el español también trajo la suya, pero no tan fuerte. Hay que respetarlas todas. Esa es mi política.

Las religiones africanas tienen más entretenimientos. Uno baila, canta, se divierte, pelea. Están el maní, el palo, la *quimbumbia*. Cuando caía el sol se iban formando los grupos. Quimbumbia y brujo eran lo mismo. Casi siempre se usaban tambores. Los mismos tambores de jugar palo. La quimbumbia era asunto de congo. Aquí hubo un tiempo en que dos grupos de negros brujos se dividían para porfiar. Sembraban, bien sembradita, una mata de plátanos en el centro del círculo. Entonces cada brujo le iba haciendo trabajos a la mata para que pariera. Pasaban frente a ella y se arrodillaban, le sonaban tres o cuatro buches de aguardiente, y el que lograra que la mata pariera, ahí mismo ganaba. El ganador se comía la fruta y, si quería, la repartía a su gente.

Al rato, para festejar, tocaban tambores y bailaban. Al que ganaba le decían *gallo* y lo embullaban a bailar. Cada vez que esos grupos iban a jugar quimbumbia se buscaban una mano de palitos de manigua cargados y los amarraban. Hacían mazos de cinco palitos para fortalecerse. Para mí que esta quimbumbia no era tan judía. Había otra que sí era de *rompe y raja*. Se hacía pelando bien a un gallo vivo y luego matándolo. Las plumas todas y las tripas las llevaban a una cazuela grande para cocinarlas. Ya cocinado el gallo se lo empezaban a comer, y los huesos que iban quedando los echaban en la cazuela; huesos de gallo, que son los más fuertes.

Ese gallo, comido así como estaba, le tomaba el pelo a cualquier cristiano, porque después que uno se lo había tragado, salía de la cazuela, cuando menos la gente se lo figuraba. Salía en medio de la bulla y el ronquido de los cueros. Parecía que estaba enterito. Y lo estaba.

Esa quimbumbia se jugaba los martes, porque era judía de las verdaderas. Con ese gallo se hacían veinte maromas de brujos. Ya él se había lucido de valentón.

La quimbumbia se jugaba casi siempre de noche. Por aquella época, claro está, no había electricidad y los ingenios se alumbraban con *chismosas* de hojalata. La quimbumbia se alumbraba con eso, aunque en brujo la oscuridad es buena. Los espíritus no bajan con luz. Son como los albinos, que nada más ven por la noche.

La primera electricidad que existió fue en Santa Clara. En la misma ciudad. La mandó Marta Abreu, la benefactora. En Ariososa no hubo hasta... bueno, no me acuerdo, pero fue después del Caracas. Caracas estrenó la luz eléctrica en esa zona de Lajas. En el ingenio más grande de Cuba. Los dueños eran millonarios, por eso compraron la luz. Eran de apellido Terry. Yo no sé bien dónde me paraba, si arriba de un árbol o de un techo. Lo que sí veía las luces del Caracas, que eran una maravilla.

En el barracón me alumbraba con chismosas. Se las compraba al bodeguero. Me imagino que a los otros dueños les daría un poco de envidia ver ese alumbramiento y ese lujo en Caracas. Es que los Terry eran aristocráticos; muy finos. Iban a Francia todos los años. El mayor de ellos era don Tomás Terry. Lo vide mucho de lejos. No era hombre de época por las ideas que tenía. Emilio, el hijo, era por el estilo. Pero don Tomás era mejor. Todo el personal lo quería. Y él se amistaba con los negros congos para su bien. Los ayudaba bastante. Llegó a dar dinero para que los congos fundaran sus cabildos. Los trataba bien. La gente decía que él se divertía con los

negros viéndolos bailar. En Cruces hubo un cabildo congo fundado por don Tomás y otro en Lajas. Yo vide los dos y estuve en ellos. Iba a buscar mujeres. ¡Había cada negra prieta! Ahora, al que se ponía con groserías lo sacaban de allí como a un volador. Esas negras se daban su lugar.

Me acuerdo de que en el cabildo de Cruces había una fotografía de don Tomás Terry. ¡Ojalá todos los hombres de la esclavitud hubieran sido como él y como sus hijos! Yo no sé de ellos. Deben de estar en Francia. Paseando y viviendo como millonarios que son.

El Ariosa era distinto. No era miserable ni mucho menos, pero no tenía el lujo y la presencia del Caracas. La casa de calderas se alumbraba con faroles grandes de gas. Y el batey en tiempo de zafra, porque en tiempo muerto era la boca de un lobo. A la entrada del barracón siempre dejaban una lucecita encendida. Así era todo. Por eso los hombres se aburrían y nada más que pensaban en las mujeres. La obsesión mía era esa y es. Yo sigo pensando que las mujeres son lo más grande de la vida. Cuando a mí se me metía una mujer por los ojos había que verme. Era el mismo diablo. Mansito, pero preparado. Las mujeres de Remedios tenían fama de mancebitas lindas. Para verlas lo mejor era ir a las fiestas que se daban allí todos los años. Yo creo que fui como a diez fiestas de esas. ¡Allí vide cada una! Eran fiestas religiosas y divertidas. Las dos cosas. Más religiosas, pero...

Todas las fiestas tienen su relajo; si no, no son fiestas. La seriedad en Remedios era por la religión. Aquel fue siempre un pueblo muy religioso y muy serio. Todas las casas tenían altares con santos hembras y machos. Unos feos, otros lindos. Los remedianos tenían fama de celebrar buenas fiestas en Semana Santa. Se pasaban casi toda la semana con luto, muy

serios y callados. No le permitían a nadie entrar al pueblo a caballo y mucho menos ponerse espuelas. Esos días eran de recogimiento. Los trenes no podían pitar. El silencio era de cementerio. El Jueves Santo no se podía barrer la casa, porque los blancos decían que era lo mismo que barrerle la cabeza a Dios. No se podía uno bañar con agua, porque el agua se volvía sangre. ¡Para qué contar! No se mataban aves ni puercos. Era el luto de ellos, de los blancos, y decían el que los comía era un pecador y merecía castigo. Pero yo vide a muchos campesinos en esos días atracarse de lechón.

Había muchas costumbres raras en Remedios, sobre todo en los días de Semana Santa. Bastante bien las conozco, porque a mí ese pueblo me gustaba y yo iba a cada rato. Ariosa quedaba pegadito. Recuerdo una costumbre que obligaba a los primos que se fueran a casar a pagarle una dispensa a Dios. Estaban mal vistos los casamientos entre primos y por eso tenían que pagar, para no caer en pecado. Claro que ese sistema les convenía a los curas. Ahí ellos tenían otra cogioca más. También es verdad que eso de casarse entre primos es feo, pero cuando a un hombre se le mete una mujer por los sesos, no hay Dios que lo contenga.

Una cosa que se hacía en secreto, por esos días, era jugar al dominó o a las barajas. El Sábado de Gloria, en que se rompía el recogimiento, la gente jugaba en los portales. Los demás días tenían que esconderse. El juego de bolos estaba tan prohibido que ni en secreto lo jugaban. En Remedios había dos o tres boleras grandes sin uso. Con las barajas se hacían rifas. Se compraban dos barajas. El que las compraba las firmaba con su nombre o con alguna seña en el respaldo. El mismo que tiraba la baraja recogía el dinero. Luego se cogía un cuchillo y se levantaba la baraja. Si era el número siete el que salía, se llevaba la rifa. Eso del número siete nadie lo sabe, es un misterio, como el número tres, y el ocho, que

es muerto. En silencio y en secreto se jugaba mejor. Era más llamativa la cosa. Los blancos ricos no jugaban nada de eso en Semana Santa. Ellos decían que había duelo total por la desaparición de Cristo. A mi entender, engañaban a la gente. Yo sé que Cristo es el hijo de Dios. Que vino de la naturaleza. Pero eso de la muerte está oscuro todavía. La verdad es que a él lo he visto muchas veces, pero nunca lo conocí.

Durante la Semana Santa se trabajaba en todos los ingenios. Menos el lunes, el martes y el Sábado de Gloria, hasta las diez de la mañana, en que había resucitado Cristo. Los dueños esperaban a que Cristo subiera para volver a aprovecharlo a uno. Había quien después de la Resurrección se ponía a jugar brujería. En Remedios empezaba la fiesta a esa hora. El Sábado de Gloria era el día más divertido del año. Se quemaba el Júa como en las fiestas de San Juan. El Júa era un muñeco grande y gordón que se colgaba de una soga y se le daban palos. Luego se achicharraba bien hasta hacerlo desaparecer porque él demostraba el daño y la traición a Jesús. El Júa venía siendo el enemigo de los cristianos, el que había asesinado a Cristo, como decían los blancos. Asesinó a Cristo en una guerra de judíos. Todo eso me lo contaron una vez, pero a mí se me ha pasado un poco por los años. Lo que yo sé es que él existió y que fue el asesino de Cristo. Eso sí es positivo.

Yo no he visto pueblo más dado a las costumbres que Remedios. Allí todo era por manía. ¡Y cuidado con incumplirlas! Durante las fiestas el deber de todos los remedianos era ir y divertirse. Y en Semana Santa el que no andaba creyendo en religión se le tomaba por traidor. O decían que tenía a Satanás detrás. Naturalmente que eso era entre ellos, porque a los campesinos no les decían nada. Ellos iban a la iglesia y a las fiestas por lo que tenían de religiosos. Los padres obligaban a los hijos a rezar y cantar en las misas, por las calles. Uno veía a esos hombres grandes cantando y daba risa de lo

mal que lo hacían. Se paseaban las calles vestidos de negro, con velas y libritos en las manos. Las mujeres ricas llevaban en la cabeza unas cosas grandes como un peine que se abría y tenía agujeritos. Lucían bonitas.

Antes los hijos no se gobernaban por sí solos. A los veinticinco años era que podían decidir algunas cosas. Los padres los tenían bajo su dominio. Por esa razón todos iban a la iglesia y rezaban. Así pasaba igual en el pueblo que en los campos.

Había un tipo allí que no era muy amigo de la iglesia. Se llamaba Juan Celorio. Él reunía a los niños cada vez que había fiestas y también los domingos, para entretenerse. Era asturiano y dueño de un bodegón. Cuando los niños llegaban, él, para atraérselos, les daba dulces, café con leche, pan con mantequilla y todo lo que ellos pedían. Les hablaba mucho. Les decía que en vez de ir a la iglesia había que divertirse. Los padres se enfurecían con él y no lo podían ver ni pintado. Celorio tenía buen carácter. Los chiquitos cada vez que tenían una salida se iban a verlo para comer. Entonces Celorio les daba latas, hierro, picos, rejas y tarros de buey. Unos tarros que se picaban en la punta y se rellenaban de cera en la boca. Se adornaban con plumas de guanajo y se sonaban por la misma punta. El escándalo era *vigueta*. Así, con aquellos ruidos y aquellas latas, Celorio organizaba procesiones por el pueblo. Mucha gente se unió a ellas. El que más y el que menos buscaba divertirse. Ahí empezaron las famosas parrandas.

Otras cosas extrañas vide yo en Remedios en los Sábados de Gloria. Aquel pueblo parecía un infierno. Nunca se llenaba tanto. Lo mismo se topaba uno con un rico que con un pobre. Y todo el mundo en las calles. Las esquinas eran colmenas.

La villa se ponía alegre, llena de luces, de farolas, de serpentinas... Llegaban los titiriteros y se ponían a bailar y hacer maromas. Yo los recuerdo perfectamente. Los había gitanos, españoles y cubanos. Los cubanos eran muy malos. No tenían

la gracia y la rareza de los gitanos. Daban funciones en los parques o en los salones. En los parques era más difícil ver lo que hacían, porque la gente formaba un cordón alrededor de ellos y los tapaba completamente. Cantaban y chillaban. Los niños se volvían locos de contento con esos muñecos que caminaban y se movían por hilitos. También había titiriteros que se disfrazaban de muñecos, con trajes de cuadros de colores o de rayas y sombreros. Saltaban, daban caramelos, comían todo lo que la gente les daba y se acostaban en el suelo para que les pusieran en el estómago una piedra grande que uno del público partía en dos con una mandarina. Al momento el titiritero se paraba y saludaba. Todo el mundo pensaba que había dejado las costillas en el suelo, pero de eso nada. Ellos sabían mucho para el engaño. Llevaban tantos años con sus trucos que no se les iba una.

Hacían todo lo habido y por haber. Así se ganaban la vida. Eran simpáticos y se llevaban bien con todo el mundo. Un titiritero comía papeles encendidos y al poco los sacaba de la boca convertidos en cintas de colores. La candela se volvía cintas. La gente gritaba de asombro porque aquello no tenía explicación.

Los gitanos eran los mejores. Eran cómicos y serios. Cuando salían de sus funciones eran serios y no les gustaba mucho la confianza. Usaban los trajes más guarabeados. Los hombres eran un poco sucios. Se ponían chalecos y pañuelos amarrados en la cabeza, cubriéndoles la frente. Pañuelos rojos sobre todo. Las mujeres se vestían con sayones largos y coloreados. En los brazos se adornaban con manillas y los dedos se los cubrían todos con sortijas. El pelo lo tenían negro como azabache, estirado y largo hasta la cintura. Le brillaba al natural. Los gitanos venían de su país. Yo la verdad es que no me acuerdo de qué país, pero era un país lejano. Hablaban español, eso sí. No tenían casas. Vivían con el sistema de los toldos de campaña.

Con cuatro palos y una tela gruesa hacían su cobija. Total, ellos dormían en el suelo, comoquiera.

En Remedios acampaban en solares vacíos o en el portalón de alguna casa desolada. Allí estaban pocos días. Nada más que iban a las fiestas. La vida de ellos era así: corredera y tragos. Cuando les gustaba algún lugar, querían quedarse y metían a toda la comitiva con niños y animales. A veces tenía que venir la policía del gobierno a botarlos. Entonces no formaban escándalos. Cargaban sus palos y sus cajones y a coger rumbos nuevos.

Eran despreocupados hasta para la comida. Bueno, cocinaban en el suelo. A mí me simpatizaron siempre. Como los brujos, adivinaban la suerte. La adivinaban con barajas. Las mujeres salían a trabajar en la adivinación y casi obligaban a la gente a oírlas. Y convencían, porque sabían mucho de tanto caminar mundo. Los gitanos tenían monos, perritos y pájaros. A los monos los enseñaban a bailar y a estirar la mano para pedir quilos. Eran monos flacos, faltos de comida. Los perritos también bailaban y se paraban en dos patas.

Yo creo que todavía hay gitanos de esos en Cuba. De caminantes que son, puede que anden perdidos por ahí. Por los pueblos chiquitos.

Otro entretenimiento de Semana Santa eran las rifas. Los Sábados de Gloria, claro está. Rifaban pañuelos, colonias, pomadas de rosas y máquinas de coser. Pañuelos baratos y colonias apestosas. Yo nunca me puse colonias para no enfriarme. Hay gente que no tiene el espíritu para eso. Las máquinas de coser no se las sacaba nadie. Eran la carnada para los tontos. La gente iba y ponía los números, pero nunca yo vide a nadie llevarse una máquina. Y pasaban horas detrás de aquellos mostradores esperando la máquina. Me entraba

soberbia al ver cómo se iban, gastándolo todo y sin la máquina. Si por mí hubiera sido habría acabado con esas rifas. Sobre todo por los infelices que luego andaban pidiendo el agua por señas.

Eso se daba en Semana Santa y lo propiciaban los mismos religiosos. Todavía hoy las rifas son un engaño de siete suelas. Y entre los curas más. Yo fui hace más de diez años a una iglesia que queda cerca de Arroyo Apolo, donde hay muchas matas de mamoncillos, con todos los veteranos en caravana. Nos habían invitado los curas. Uno de ellos, el que dio la misa, quiso atraerse a los veteranos con palabras de Cristo y otras boberías. Llegó a decir en la misma misa que a los comunistas había que exterminarlos y que eran hijos del demonio. Me encabroné, porque por aquellos años yo estaba afiliado al Partido Socialista Popular; por las formas que tenía y por las ideas. Sobre todo por las ideas que eran para bienestar de los obreros. Más nunca volví a esa iglesia. Y al cura no lo vide tampoco. Pero me enteré por un viejo chismoso, que se hacía pasar por amigo mío, de que el cura había dado una fiesta en el patio de la iglesia y había hecho una rifa grande. Empezó a rifar cosas y todos los veteranos se sacaron pañuelitos, mediecitas y mucha porquería más. Yo me di cuenta de que era el mismo truco de antes. Que las rifas seguían siendo engañosas. Por eso no creo en ninguna.

En las fiestas del Sábado de Gloria hacían ensaladillas. Ya las ensaladillas no existen, pero antes en todas las fiestas las había. Eran divertidas, porque en ellas se veían las cosas más extrañas del mundo. Las ensaladillas se hacían con unos palos cualesquiera y un toldo, con un decorado al fondo. Muchas veces sin decorado. Llegaban unos cómicos y se ponían a bobear. Hacían de monos para el público. Cantaban décimas, improvisaban cuentos, chistes, bromas, adivinanzas... De todo lo que se les ocurría. Era otro engaño para recoger dinero. Cuando se

hacían en un salón, la gente tenía que pagar. Entraban negros y blancos por igual.

A los cubanos siempre les ha gustado hacer ensaladillas en los teatros. En La Habana yo fui a un teatro una vez y me parece que vide hacer ensaladillas. Era una comedia entre un negro y un blanco. Nada, que para mí eso es hacer el papel de mono. Comoquiera que lo vistan...

Remedios era el pueblo de las costumbres de los tiempos viejos. Allí se daban las cosas que tenían más años. Llamaba la atención ver cómo, en los días del Corpus, salían los negros de los cabildos vestidos de diablitos con colorines pintorreteados en la ropa, capuchones que les cubrían la cara y cascabeles en la cintura. Esos diablitos eran como espantapájaros para los niños. Salían de los cabildos congos. No eran ñañigos, porque en Remedios no hubo ñañiguismo. Eran diablitos de la conguería.

Los negros en Remedios tenían dos sociedades: la de recreo, al doblar de la calle Brigadier González, y la de cuestiones religiosas. En las dos se reunían. Para la Semana Santa ensayaba en la de recreo una orquesta compuesta toda de negros. Esa orquesta tocaba danzones y danzas. Antes la danza gustaba mucho. Los negros la bailaban en la calle o en los salones.

No siempre la orquesta tocaba para negros. A veces iba a la «Tertulia», que era la sociedad de blancos, y amenizaba allí un poco. Los músicos recibían buena paga. Yo nunca bailé con orquestas. El placer mío eran las mujeres. Desde que llegaba al pueblo me ponía a olfatear y sacaba el jamo. Agarraba buena presa siempre.

La gente de Remedios, como la de otros pueblos de esa zona, desayunaba temprano. A eso de las seis y media o las siete ya estaba lista la mesa. El desayuno de los pobres era

todavía más temprano, y si eran de las afueras, mucho más. Los pobres desayunaban café y boniato. Un boniato riquísimo que se asaba con ceniza a la manera africana. El almuerzo se hacía de once a once y media. En las buenas mesas no faltaban el pan, la mantequilla y el vino. No había la costumbre de tomar agua. Todo era vino, vino y vino.

La cena era a las ocho y media o a las nueve. Era la comida más fuerte del día. La gente del pueblo se acostaba a las doce, pero en el campo, a las ocho o a las nueve todo el mundo ya estaba rendido. Los señoritos se podían levantar a las diez de la mañana; ahora, un campesino que tenía que pegar el lomo en la tierra para comer, se levantaba cuando más a las cinco de la mañana. El café se tomaba mucho. En las casas de familia no faltaban unas cafeteras grandes, prietas, de hierro, donde se hacía el café. Se tostaba en las casas. El que no tenía molino tenía pilón. El café de pilón es el que más me gusta a mí, porque no pierde el aroma. A lo mejor es idea mía, pero una idea es una idea. Antes de que se extendieran los cafetales, el café se vendía en boticas. Luego se vendía en la calle por particulares. Se convirtió en un gran negocio. Yo conocí gente que se dedicaba a eso nada más. Vendían café sin tostar.

Allí gustaba mucho el agualoja. Lo vendían en la calle los agualojeros. Se hacía de agua, azúcar, miel y canela. Sabía a gloria. ¡Yo me daba cada *jartadas*! Las lucumisas viejas lo hacían riquísimo. No escatimaban nada. También lo vendían las conguitas.

Cada vez que un africano hacía algo, lo hacía bien. Traía la receta de su tierra, del África. De lo que a mí más me gustaba, lo mejor eran las frituritas, que ya no vienen por vagancia. Por vagancia y por chapucería. La gente hoy no tiene gusto para hacer eso. Hacen unas comidas sin sal y sin manteca, que no valen un comino. Pero antes había que ver el

cuidado que ponían, sobre todo las negras viejas, para hacer chucherías. Las frituritas se vendían en la calle, en mesas de madera o en platones grandes que se llevaban en una canasta sobre la cabeza. Uno llamaba a una lucumista y le decía: «Ma' Petrona, Ma' Dominga, venga acá». Ellas venían vestiditas todas de holán de hilo o de rusia, muy limpias, y contestaban: «El medio, hijito». Uno le daba un medio o dos y a comer frituritas de yuca, de carita, de malanga, buñuelos... veinte cosas más. A todas esas comidas les decían *granjerías*. Los días de fiesta salían más vendedores a la calle que en otros días. Pero si uno quería comer chucherías siempre había una vieja en un rincón con su anafe listo.

El ponche lo vendían igual en la calle que en la bodega. Más bien en la calle, los días de fiesta. Aquel ponche no se me podía olvidar. No tenía naranja, ni ron, ni nada de eso. Era a base de yemas de huevo puras, azúcar y aguardiente. Con eso bastaba. Se hacía metiendo todos los ingredientes en un depósito de barro o en una lata grande y batiéndolos con una maza de madera en forma de piña, a la que se le daba vueltas con las manos. Se removía bien y se tomaba. No se le podía echar claras, porque lo cortaba. A medio vendían el vaso. ¡Baratísimo! En los bautizos era muy corriente el ponche. Entre los africanos no faltaba nunca. Lo tomaban para alegrarse, aunque la verdad es que los bautizos antiguamente eran alegres de por sí. Se convertían en una fiesta.

Los africanos tenían la costumbre de bautizar a sus hijos a los cuarenta días de nacidos. Entonces para ese día empezaban a recoger medios y más medios. Los niños tenían sus padrinos. Y los padrinos eran los llamados a llevar medios al bautizo. Cambiaban centenes, doblones y demás monedas por medios. Cuando ya estaban abarrotados de medios, empezaban a hacer unas cinticas de colores verde y punzó para amarrárselas a los medios, que tenían un huequito en el

centro. Las muchachas eran las dadas a ensartar esas cintas. El día del bautizo llegaban muy risueños los padrinos con los bolsillos repletos de medios. Bolsillos parados como los de las esquifaciones. Después del bautizo y la comelata se iban al patio y allí llamaban a los niños, que salían corriendo como diablos. Cuando estaban todos reunidos, los padrinos tiraban los medios al aire y los pillines se volvían locos tratando de agarrarlos. Esa era otra gracia de aquella época. En Remedios se daba siempre. De ahí viene la frase: «Padrino, el medio». Yo fui padrino dos veces, pero no me acuerdo de mis ahijados. Todo se revuelve en la vida y unos se acuerdan de unos y otros no se acuerdan de otros. Así es. Contra eso no se puede hacer nada. La ingratitud existe y existe.

Lo más lindo que hay es ver a los hombres hermanados. Eso se ve más en el campo que en la ciudad. En la ciudad, en todos los pueblos, hay mucha gente mala; ricos de estos que se creen los dueños del mundo y no ayudan a nadie. En el campo es distinto. Ahí todo el personal tiene que vivir unido, como en familia. Tiene que haber alegría.

Yo me acuerdo de que en toda esa zona de Las Villas la gente se ayudaba mucho. Los vecinos se tenían como hermanos. Si alguno necesitaba ayuda, porque se quería mudar o sembrar algo, o enterrar a algún pariente, enseguida la tenía. Las casas de guano, por ejemplo, se podían levantar en dos días. Y eso era posible por la ayuda de la gente que se reunía en una junta para trabajar. Le cobijaban la casa a cualquiera en pocas horas. O, si no, lo ayudaban a arar. Cada vecino traía su yunta de buey. Rompían la tierra; primero al hilo y luego cruzada. Lo hacían así para que la tierra diera frutos. A esa operación la llamaban cruzar la tierra. Durante la siembra era igual. La hacían en unión para que el pobre hombre no se

cansara y dejara el trabajo. Ellos sabían que un hombre solo al principio no podía hacerlo todo. Los sitieros le daban al nuevo vecino sus semillas. Después de que él las sembraba, tenía que limpiar la tierra. Entonces todos le daban un aporque a las plantas para que tuvieran tierras suaves y parieran. La tierra apretada no pare, tiene que estar bien movida.

Todo eso se hacía en señal de amistad. Había una gracia, un chiste, que era un poco pesado, pero a la gente le gustaba. Un campesino se ponía a vigilar los cochinos de otro campesino. Cuando aquello, los cochinos de cada cual se marcaban por las orejas con las letras de cada dueño. Si conseguía agarrar un cochino que no fuera de él, lo mataba y hacía una fiesta a la que invitaba a todos los amigos. Se reunían allí y al cochino asadito lo colocaban arriba de la mesa en una bandeja de cedro con la boca llena de flores silvestres. La cabeza con la oreja marcada se ponía bien a la vista, y ahí era donde el verdadero dueño del cochino se daba cuenta del papelazo que estaba haciendo, porque todos se estaban comiendo una propiedad suya. Eso era una gracia. Gracia y no ponerse bravo. El más contento tenía que ser el dueño del animal.

Yo veo eso como una prueba de amistad. Hoy la gente no se comporta así. Hay la envidia y los celos por dondequiera. Por eso a mí me gusta la vida solitaria. No me meto con nadie, para que no se metan conmigo. Ni siquiera antes yo andaba en grupos. Siempre fui solo. De vez en cuando una canchanchana me seguía y yo la dejaba. Pero eso de pegarse a la gente para toda la vida no va conmigo. Con lo viejo que estoy no tengo enemigos, y los que tengo ni me hablan para no buscarse pleito.

En Remedios conocí a mucha gente. Por los años noventa me pasaba la vida allá. Iba del Ariosa al pueblo en un santiamén.

Conozco las costumbres y sé cómo es la gente. Sé cómo piensan cuando lo miran a uno. La gente rica era la que menos se ocupaba de los chismes. Con sus músicas y sus bailes se pasaban las horas. Y con su dinero, claro.

Las mujeres del pueblo tocaban el arpa en las salas, con las ventanas abiertas para que todo el mundo las viera. Después vino el piano. Pero primero fue el arpa. A mí no me llamaba la atención. Y mirar para adentro siempre me pareció tan feo, aunque esa era la costumbre. Yo prefería los tambores y las danzas. Las danzas de las orquestas del pueblo. Pero como para los negros el arpa era nueva, ellos se paraban en la ventana y miraban y miraban. El caso es que todas esas familias, los Rojas, los Manuelillo, los Carrillo, vivían en lo suyo. Negocios, fiestas y dinero. Del chisme no se ocupaban. El pobre sí, porque vivía más unido y más... El rico es rico y el pobre es pobre.

Eso es todo lo que vide en Remedios. Muchos negros no iban a las fiestas porque eran viejos y algunos de nación. Yo me daba mis vueltas por aquello de las mancebas. ¡Qué negras! Después cogía el camino, por la noche, con el machete al cinto para que no me saliera nadie al paso. No habiendo lluvia llegaba enseguida al ingenio. Si me cansaba en el viaje, me acostaba a dormir en los cañaverales hasta que las piernas me dieran para seguir la marcha. La caña es fresca por la madrugada.

Al otro día me daba por contar. Me reunía con algunos viejos y les contaba. Prefería a los viejos que a los jóvenes. Siempre los prefería. Los prefiero todavía. Quizás porque yo soy viejo ahora... pero no, antes, de joven, pensé igual. Ellos escuchaban mis cuentos. Lo que yo les contaba de las fiestas, del Júa, de los refrescos y de los juegos. Me preguntaban si había respeto y seriedad. A mí me daba vergüenza contarles algunos detalles sucios y me callaba. Claro que me quedaba la espina. ¡Quién iba a decirle a un viejo de esos que uno era

capaz de irse con una negra a un manigual! Igual que lo oían a uno, había que oírlos a ellos. Atenderlos con los ojos y con las orejas. Eran sinceros para todo. Tranquilamente le decían a uno: «Niño, tú no oye, tú no atiende ná, tú coge camino pa' tu casa, ¡anda!». Había que irse hecho un bólido. Aunque ellos eran de poco hablar, les gustaba que cuando hablaban los atendieran. Hablaban de la tierra, de África, de animales y de aparecidos. No andaban en chismes ni jaranas. Castigaban duro al que les dijera una mentira. Para andar con esos viejos había que estar callado y respetuoso. Un muchacho se burlaba de un viejo y el viejo le decía: «Oye, según va bajando el sol, así vas a ir caminando tú». Y efectivamente, porque la forma era la misma de la esclavitud: coger la tierra de las pisadas del muchacho y echarlas dentro de una cazuela hasta puesto el sol. Así aniquilaban los viejos a los burlones. Es que los viejos eran candela. Sabían hasta dónde el jején puso el huevo. Llegaba uno a ellos y le resolvían todo, sin dinero o con él. Pero cuando uno les pedía algo, ellos decían: «Tú ve y haz este trabajo, y cuando tú tiene problema resuelto, tú viene a mí y paga». Había que cumplir con esas palabras. Siempre, antes de la consulta, se pagaban veinticinco centavos; eso era aparte del otro pago, que era mayor. El que no cumplía con el pago mayor, que era secreto, estaba oscuro, le daban una puñalada a los pocos días, le tarreaban la mujer o lo botaban del trabajo... Siempre algo le ocurría. Con el viejo de nación no se podía jugar. Hoy mismo, un palero joven no es tan exigente; sin embargo, un negro viejo tiene otra forma, es más serio, más recto, más...

El entretenimiento de los viejos era hacer cuentos. Chistes y cuentos. Hacían cuentos a todas horas, por la mañana, por la noche, siempre tenían el ánimo de contar sus cosas. Eran tantos cuentos que muchas veces no se podía prestar atención porque mareaban. Yo fingía que estaba oyendo, pero la

verdad era que todo el final lo tenía revuelto en la cabeza. En los barracones del Ariosa había dos o tres negros de nación. Creo que una vieja gambá que había allí era arará. No estoy seguro. Los otros eran congos. Existía una diferencia entre los africanos y los criollos. Los africanos entre sí se entendían; los criollos casi nunca entendían bien a los africanos. Los oían cantar, pero no los entendían bien. Me defendía con ellos, porque la vida entera me la pasaba oyéndolos. A mí me querían bien.

Todavía hoy me acuerdo de Ma' Lucía. A Ma' Lucía la conocí fuera de Ariosa. No sé si fue en Remedios o en Zulueta. El caso fue que más tarde la vide mucho en Santa Clara. Yo iba allí a fiestar. Con Ma' Lucía tuve buenas relaciones. Era negra prieta, un poco alta, de nación lucumí. Desde que la conocí se dedicaba a la santería. Tenía una porción de ahijados, de lo nombrada que era. Ma' Lucía era cuentera. Se pasaba las horas tocándose las ropas, el vestido blanco, la blusa de hilo, por presumida. Se hacía un peinado alto que ya hoy no se ve. Ella decía que era africano. Hacía dulces y amalá. Los vendía en las calles o en los bateyes de los ingenios cuando salía de corrida. Hizo dinero.

Llegó a comprar una casa en Santa Clara, ya después de la guerra. Esa casa ella se la dejó a una hija. Un día me llamó y me dijo: «Tú son bueno y callao, yo va a contá a ti un cosa». Entonces empezó a contar historias africanas de todas clases. A mí casi todas las historias y los cuentos me fallan en la memoria, los confundo, los revuelvo y entonces no sé si estoy hablando de un elefante o de una jicotea. Esa es la edad. Aunque hay otras cosas que yo recuerdo bien. Pero la edad es la edad y no está puesta así, por gusto.

El asunto es que Ma' Lucía me contaba de unas costumbres africanas que yo nunca vide aquí. Ella tampoco, por eso se acordaba. Me decía que en su tierra los hombres nada más que

tumbaban montes y las mujeres tenían que limpiar la tierra y recoger los frutos. Luego, hacer las comidas para la familia, que era muy grande. Decía que su familia era más grande que una dotación. Para mí que eso era porque en África las mujeres parían y paren todos los años. Yo una vez vide una fotografía de África y todas las negras tenían las barrigas infladas y las tetas al aire. La verdad es que en Cuba yo no recuerdo ese espectáculo. Al menos en los barracones era todo lo contrario. Las mujeres se vestían con muchas telas y se cubrían los pechos. Bueno, para no perderme con los cuentos de Ma' Lucía... Lo del elefante era muy extraño; cuando ella veía un circo de esos que andaban por los pueblos, de los que traían elefantes y monos, decía: «Usté, criollo, no sabe qué son lifiante, ese que usté ve aquí en circo no son lifiante, lifiante mi tierra son mayore, y come corazón de palma». Yo no podía contestar. Eso sí, me parecía muy exagerado, porque luego decía que los elefantes de su tierra pesaban veinte o veinticinco arrobas. Los muchachos nos teníamos que echar a reír, aunque ocultándonos de ella. Muchas cosas eran mentiras, pero otras eran verdades. Bueno, yo digo que eran mentiras para mí, porque ellos lo creían de verdad. ¡Dios libre decirle a una vieja de esas que estaba equivocada!

Me acuerdo del cuento de la jicotea y el sapo. Ella me lo contó como cien veces. La jicotea y el sapo tenían una porfía grande hacía muchos años. El sapo había engañado a la jicotea, porque le tenía miedo. Él creía que ella era más fuerte que él. Cogió una jicarita de comida y se la puso a la jicotea. Casi se la dio en la boca. La jicotea, al ver la jicarita llena de comida, se dio gusto. Comió hasta atragantarse. Ni por la mente le pasó que el sapo se la había puesto a propósito. Ella era muy ingenua. De ingenua a cada rato la engañaban. Luego, así, llena y satisfecha, se puso a andar por el monte buscando al sapo, que estaba metido en una cueva. Cuando el sapo la vio, le

dijo de lejos: «Aquí estoy, jicotea, mira». Ella miraba y no veía nada. Se cansó y se fue. Llegó a un montoncito de paja en un seco y se acostó a reposar. El sapo la agarró dormida y la envenenó orinándola. Ella se durmió de lo llena que estaba, por eso él la pudo agarrar. Esa lección sirve para que la gente no sea avariciosa. Hay que dudar de todo el mundo. Un enemigo de uno puede brindarle comida para engañarlo.

Ma' Lucía me seguía contando del sapo. Les tenía miedo, porque decía que tenían un veneno mortal en las venas; que no tenían sangre sino veneno. La prueba está que cuando uno le hace daño a un sapo, le da un palo o le tira una piedra, él se venga siguiendo el rastro de la persona y envenenándola por la boca o por la nariz. Sobre todo por la boca, porque casi todo el mundo duerme con ella abierta.

Del tigre me decía que era un animal traicionero, que saltaba árboles por arriba para agarrar a los hombres por el cuello y matarlos. A las mujeres las cogía por ahí mismo como los orangutanes. Aunque esos eran peores. Según Ma' Lucía, un orangután conocía a las mujeres por el olor y las cogía mansitas. Ellas no podían moverse. Todos los monos son así. Es como si fueran hombres con rabo y mudos.

Cualquier mono se enamora de una mujer. Aquí en Cuba se han dado casos. Yo he oído hablar de dos mujeres de familias ricas que se dormían con los monos. Dos hermanas. Una de ellas era de Santa Clara. La otra no me acuerdo, pero tenía cría, porque yo vide esos monos como señores en su casa. Fue un día que yo llegué allí no sé ni para qué y me encontré a un mono sentado en una silla del portal. Por eso todo lo que los viejos contaban no era mentira, lo que pasaba era que nosotros no habíamos visto las cosas y dudábamos o nos reíamos. Hoy, después de tanto tiempo, yo me pongo a pensar y la verdad es que llego a la conclusión de que el africano era un sabio en todas las materias. Hay quien dice que ellos eran del monte

y se comportaban como los animales. No falta un blanquito por ahí que lo diga. Yo pienso distinto porque los conocí. De brutos no tenían un pelo. A mí me enseñaron muchas cosas sin saber leer ni escribir. Las costumbres, que son más importantes que los conocimientos. Ser educado, no meterse en problemas ajenos, hablar bajito, respetar, ser religioso, buen trabajador... todo eso me lo inculcaron a mí los africanos. Me decían: «A la hoja de malanga le cae el agua pero no se moja». Eso para que yo no me buscara pleitos. Que oyera y estuviera enterado para poderme defender, pero que no hablara demasiado. El que habla demasiado, se enreda. ¡A cuántas gentes no tienen que caerles bichos en la boca por la lengua tan suelta!

Por suerte yo he sido callado. A mí no se me olvidan las palabras de los viejos. ¡Qué va! Y cuando oigo a la gente hablando de bozalones me echo a reír. ¡Vamos a ver quién es el bozalón! Les decían bozales por decirles algo, y porque hablaban de acuerdo con la lengua de su país. Hablaban distinto, eso era todo. Yo no los tenía, en ese sentido, como bozales; al contrario, yo los respetaba. Un negro congo o lucumí sabía más de medicina que un médico. ¡Que el médico chino! Sabían hasta cuando una persona iba a morir. Esa palabra, bozales, era incorrecta. Ya no se oye, porque poco a poco los negros de nación se han ido muriendo. Si queda alguno por ahí tiene que estar más viejo que yo veinte veces.

Cada negro tenía un físico distinto, los labios o las narices. Unos eran más prietos que otros; más colorauzcos, como los mandingas, o más anaranjados, como los musungos. De lejos uno sabía a qué nación pertenecían. Los congos, por ejemplo, eran bajitos. Se daba el caso de un congo alto, pero era muy raro. El verdadero congo era bajito y trabado. Las congas igual. Los lucumises eran de todos los tamaños. Algunos

más o menos como los mandingas, que eran los más grandes. Yo no me explico esa rareza. Es un misterio del que no cabe duda. ¿Cómo puede haber unos hombres más grandes que otros!? Dios sabe.

Los lucumises eran muy trabajadores, dispuestos para todas las tareas. Hasta en la guerra hicieron un buen papel. En la guerra de Carlos Manuel⁴. Aun sin estar preparados para pelear, se metían en las columnas y echaban candela. Luego, cuando esa guerra se acabó volvieron a trabajar, a seguir esclavos. Por eso se desilusionaron con la otra guerra. Pero pelearon igual. Nunca yo vide a un lucumí echando para atrás. Ni lo oí haciendo alardes de guerrero. Otros negros de nación sí decían que la guerra era una tontería y que no resolvía nada. Tenían ese pensamiento por el fracaso. Ahora, la mayoría de ellos echó cuerpo en la independencia. Yo mismo sé que la guerra mata la confianza de los hombres, se mueren hermanos al lado de uno y nada se puede hacer. Luego vienen los acaparadores y se cogen los puestos. De todos modos hay que fajarse. El que se acobarda y se arrinconar pierde la dignidad para siempre. Estos viejos, con el recuerdo de la otra guerra fresco todavía, se metieron en la independencia. El papel que hicieron fue bueno, pero sin entusiasmo. Ellos sí habían perdido el entusiasmo. No la fuerza ni la valentía, pero sí el entusiasmo. Además, ¿quién diablo sabía a qué se iba a lanzar!

La empresa era grande, pero oscura. Había mucha oscuridad con la nueva guerra. Se oían rumores de que España caía, de que Cuba sería libre. La pura verdad es que quien se lanzó fue a jugarse la última carta de la baraja. Por eso no se puede hacer una crítica de los viejos, diciendo que no eran

4 Carlos Manuel de Céspedes, notable revolucionario iniciador de la guerra de los Diez Años. Declarado Padre de la Patria.

osados. Sí lo eran. Es más, tenían mayor responsabilidad que los criollos. Todo el mundo sabe que hubo criollos guerrilleros. De los viejos no se puede sacar uno guerrillero. Esa es la mejor prueba. Pelearon con Carlos Manuel y dieron una lección de patriotismo. No voy a decir que sabían a lo que iban. Pero iban. Cuando hay *jodienda* no se puede andar vacilando. Lo que hay que hacer es echar cuerpo. El cubano de aquellos años, del sesenta y ocho, no estaba preparado para pelear. Tenía la fuerza por dentro, pero las manos limpias. Era más difícil hallar un arma que una aguja en un pajar. Así y todo cogían una puya de jiquí y hacían un puñal. Con ese puñal se enfrentaban al enemigo que traía armas de fuego. Lo preparaban por lo general los congos. Al que se lo clavaban lo dejaban tieso. A mi entender, esos puñales tenían brujería en la punta. Los españoles veían a un negro con un puñal de esos y salían echando un pie. También usaron piabodes en la guerra de los Diez Años.

En la independencia había armas. La lucha se hacía más de igual a igual. Por eso la ganamos. Había piabodes, bulldoz, grueso calibre, tercerolas y algunos rifles. El grueso calibre casi no se usó, porque escaseaba el parque. El rifle Winchester se usó mucho, y el trabuco, que era el arma preferida de los bandoleros. Los negros de nación, igual que los criollos, aprendieron a usar esas armas y se fajaron como demonios. En esta guerra tenían más recursos.

Siempre que veo a un negro de estos en mi memoria, lo veo fajado. Ellos no decían a qué iban ni por qué. Nada más se fajaban. Para defender la vida, claro. Cuando alguien les preguntaba que cómo se sentían, ellos decían: «Cuba Libre, yo son un liberá». Ninguno quería seguir bajo el dominio español. A eso se le puede poner el cuño. Ninguno quería verse en los grillos otra vez, ni comiendo tasajo, ni cortando caña por la madrugada. Por eso se iban a la guerra. Tampoco querían

quedarse solos, porque un negro viejo que no iba a la guerra se quedaba solo y no podía vivir. Se morían de tristes. Los negros de nación eran simpáticos, jaraneros, cuenteros, pillos. ¡Qué iban a empotrarse en un barracón sin hablar con nadie!

Muchos entraron en las filas siguiendo a los hijos o a los nietos. Se pusieron al servicio de los jefes, que eran criollos. Hacían guardias por las madrugadas, velaban, cocinaban, lavaban, limpiaban las armas... Todos esos menesteres eran propios de ellos. Ningún bozal fue jefe en la guerra. En el escuadrón mío, que mandaba Higinio Esquerra, había tres o cuatro de ellos. Uno se llamaba Jaime, otro Santiago; eran congos los dos. No me acuerdo cuál de ellos, creo que el más viejo, se pasaba la vida diciendo: «Nosotro no tené miedo guerra. Nosotro acostumbra. En África nosotros guerrea mucho». Es que allá ellos tenían bandos peleadores, se disputaban los hombres y las mujeres. Se mataban en esas disputas. Era como pasaba aquí en los barrios de La Habana, en Jesús María, en Belén, en Manglar... Los ñañigos se tajaban entre sí con la costumbre africana. Es lo mismo. Y no se puede decir que eran salvajes, porque esa costumbre la seguían los blancos también, los que se metieron en el ñañiguismo.

Si los africanos no sabían a qué iban, los cubanos tampoco. La mayoría, quiero decir. Lo que sucedía era que aquí había una revolución, un *salpafuera* en el que todo el mundo cayó. Hasta el más pinto. La gente decía: «¡Cuba Libre! ¡Abajo España!». Luego decían: «¡Viva el rey!». ¡Qué sé yo! Aquello era el infierno. El resultado no se veía por ninguna parte. Quedaba un solo camino, y era la guerra.

Al principio nadie explicó la revolución. Uno se metía de porque sí. Yo mismo no sabía del porvenir. Lo único que decía era: «¡Cuba Libre!». Los jefes fueron reuniendo

a la gente y explicándoles. Hablaban en todos los batallones. Primero decían que estaban orgullosos de ser cubanos y que el Grito de Baire⁵ nos había unido. Arengaban a la pelea y estaban seguritos de que íbamos a ganar. ¡La cantidad de gente que se creyó que aquello era una fiesta para coger honores! Cuando vieron el fuego echaron para atrás. Traicionaron a sus hermanos. Muchos hubo de esa calaña. Otros se mantuvieron firmes. Una cosa que levantó el ánimo fue el discurso de Maceo en Mal Tiempo. Dijo: «Ahora se trata de una guerra para la independencia. Cada soldado cuando termine cobrará treinta pesos».

Nada más que yo le oí eso. Y fue verdad. Terminó la guerra y a mí me pagaron novecientos ochenta y dos pesos. Todo lo que Maceo decía era cierto. Él fue el hombre más grande de la guerra. Él dijo que nadie saldría perdiendo, porque íbamos a quedar libres. Y así mismito fue. Al menos yo no perdí. Ni la salud. Tengo un balazo en un muslo y todavía me levanto el pantalón y veo la mancha negra. Pero hubo quien ni siquiera salió del monte. Del caballo para abajo de la tierra.

A decir verdad, la guerra hacía falta. Los muertos se iban a morir igual y sin provecho para nadie. Yo quedé vivo de casualidad. Parece que mi misión no se había cumplido. Los dioses lo mandan a uno con cada tarea... Hoy mismo yo cuento todo esto y me echo a reír. Pero estando en la candela, viendo muertos por dondequiera y balas y cañones y el cojón bendito... Entonces era distinto. Hacía falta la guerra. No era justo que tantos puestos y tantos privilegios fueran a caer en manos de los españoles nada más. No era justo que las mujeres para trabajar tuvieran que ser hijas de los españoles. Nada de eso era justo. No se veía un negro abogado, porque

5 Grito que anunció el comienzo de la guerra de Independencia. Fue dado en el pueblo de Baire —en la actual provincia Granma— el 24 de febrero de 1895.

decían que los negros nada más que servían para el monte. No se veía un maestro negro. Todo era para los blancos españoles. Los mismos criollos blancos eran tirados a un lado. Eso lo vide yo. Un sereno, que lo único que hacía era pasear, decir la hora y apagar la mecha, tenía que ser español. Y así era todo. No había libertad. Por eso hacía falta la guerra. Yo me di cuenta cuando ellos, los jefes, explicaron el asunto. La razón por la cual había que fajarse.

LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

LA VIDA DURANTE LA GUERRA

Vine a incorporarme a la guerra el tres o el cuatro de diciembre del noventa y cinco. Yo estaba en el Ariosa, al tanto de todo. Un día me reuní con unos amigos, los más viejos del ingenio, y les dije que teníamos que levantar cabeza. Entonces nos metimos de lleno. La primera persona que se fue conmigo se llamaba Juan Fábregas. Era un negro guapo y decidido. Casi no tuve que decirle nada; él adivinó lo que yo me traía entre manos. Salimos del ingenio por la tarde y caminamos hasta encontrar una sitiería. Allí enganchamos los primeros caballos que había amarrados a unos árboles. No era un robo. Me ocupé de decirle al sitiero en buena forma: «Hágame el favor de darme la montura completa». Me la dio y enseguida se la puse al caballo, con frenos y espuelas. Iba completo para la pelea. No llevaba armas de fuego, pero un machete era bastante para aquellos tiempos. Caminé duro por los caminos reales. Casi llegué a Camagüey.

Cuando me topé con las fuerzas mambisas, grité y ellos me vieron, a mí y a los que iban conmigo. Desde ese día me di

por entero a la guerra. De primera y pata me sentí raro, medio confundido. Es verdad que todo aquello era un arroz con mango. Ni siquiera estaban formados los escuadrones ni designados los jefes. Aun en esas condiciones, había disciplina. Nunca faltaba un soldadito zoquetón o un bandolero. Pero eso era igual en la del sesenta y ocho, según me lo han contado.

Desde Camagüey vine bajando con las columnas hasta Las Villas. Ya era distinto, porque cuando se está unido hay más confianza. Fui haciendo amigos para no caer mal y llegando ya a Mal Tiempo todos me conocían, por lo menos de vista. Fábregas era más equilibrado que yo en eso de las amistades. Él se ganó las tropas enseguida. Hacía cuentos y jodía como carajo. Antes de Mal Tiempo no hubo ningún combate en el que yo estuviera enredado.

Mal Tiempo fue lo primero que yo vide de la guerra. Fue el primer infierno que sufrieron los españoles en Cuba. Mucho antes de llegar allí los jefes sabían lo que iba a ocurrir. Lo avisaron para prepararnos. Y así fue. Cuando llegamos todo el mundo llevaba el diablo en el cuerpo. El machete era el arma de batalla. Los jefes nos decían: «Al llegar, levanten machete».

Maceo dirigió el combate. Desde el principio estuvo a la cabeza. Máximo Gómez lo ayudó y entre los dos llevaron la pelea. Máximo Gómez era valiente, pero reservado. Tenía mucha maraña en la cabeza. Yo nunca confié en él. La prueba la dio más tarde. La prueba de que no era fiel a Cuba. Pero eso es harina de otro costal.

En Mal Tiempo había que estar unidos y al que remangara la camisa y levantara el machete había que seguirlo. Mal Tiempo duró como media hora, pero fue bastante para causar más muertes que un infierno. Allí cayeron más españoles que en todas las batallas que se libraron después. El combate empezó por la mañana. Era un campo liso y abierto: un llano. El que estaba acostumbrado a pelear en lomas pasó sus apuros allí. Mal

Tiempo era un caserío chiquito. Estaba rodeado de arroyos, cañas y muchas cercas de piña. Cuando la matanza terminó nosotros veíamos las cabecitas de los españoles, por tongas, en las cercas de piña. Pocas cosas he visto yo más impresionantes.

Al llegar a Mal Tiempo, Maceo ordenó que la pelea fuera de frente. Así se hizo. Los españoles desde que nos vieron se enfriaron de pies a cabeza. Pensaban que nosotros veníamos armados con tercerolas y máuseres. Pero ¡ninga!, lo que nosotros hacíamos era que cogíamos palos de guayabo del monte y nos los poníamos debajo del brazo para asustar. Se volvieron locos cuando nos vieron y se tiraron a luchar. No duró aquella avanzada ni un tilín. Al instante nosotros estábamos cortando cabezas. Pero cortando de verdad. Los españoles eran unos cagados para los machetes. A los rifles no les tenían miedo, pero a los machetes sí. Yo levantaba el machete de lejos y decía: «Ahora, cabrón, que te la arranco». Entonces el soldadito almidonado daba la vuelta rápido y se iba volando. Como yo no tenía instinto criminal, lo dejaba. Así y todo tuve que cortar cabezas. Mucho más cuando veía que uno de ellos se abalanzaba hacía mí. Algunos eran valientes, los menos, a esos sí había que eliminarlos. Por lo regular yo les pedía el máuser; les decía: «Arriba». Ellos me contestaban: «Oye, pillín, si por el máuser lo haces, cógelo». Me tiraron muchos máuseres en mis narices. Es que eran muy cobardes.

Otros lo hacían porque eran inocentes, muy jovencitos. Los quintos, por ejemplo, tenían dieciséis o dieciocho años. Venían fresquitos de España; nunca habían peleado. Cuando se veían enfrascados en un lío, eran capaces de quitarse hasta los pantalones. Yo me topé con muchos en Mal Tiempo. Después también, porque ellos pelearon en la guerra. Para mí que sobraban en España y por eso los mandaron.

El batallón más bravo que peleó en Mal Tiempo fue el de Canarias. Iba bien equipado. Cayeron casi todos, por el

mismo miedo al machete. No obedecían a su jefe. Se tiraban al suelo espantados, dejaban los fusiles y hasta se escondían detrás de los árboles. Con todo y esa *blandunguería* fueron los que más echaron cuerpo. La técnica que usaron fue muy lista, pero una vez que nosotros se la destruíamos, estaban fracasados. Ellos hacían lo que le llaman cuadros. Los cuadros eran estrategias que se formaban en bloques, para tirar desde unos hoyos que hacían en la tierra. Se hincaban ahí y formaban una línea de bayonetas. En algunos casos les salieron bien; en otros, no.

Mal Tiempo fue la derrota de esa técnica. Los primeros momentos fueron difíciles. Luego, sin cuadros organizados, no les quedó más remedio que tirar por la libre. Les daban bayonetazos a los caballos nuestros y a los jinetes los fulminaban a tiros. Parecían locos. Estaban disparados. Aquello fue un revolico horroroso. El miedo fue el enemigo mayor.

A la verdad que los cubanos nos portamos bien. Yo mismo vide a muchos mambises que iban para arriba de las balas. Las balas eran algodones para nosotros. Lo importante era el ideal, las cosas que había que defender, como todo eso de lo que hablaba Maceo, y hasta lo que decía Máximo Gómez, aunque nunca lo cumplió. Mal Tiempo *jamaqueó* a los cubanos, les abrió el espíritu y la fuerza.

A mí en Mal Tiempo me quisieron matar. Fue un galleguito que me vio de lejos y me apuntó. Yo lo cogí por el cuello y le perdoné la vida. A los pocos minutos lo mataron a él. Lo que hice fue quitarle las municiones, el fusil y no recuerdo si la ropa. Creo que no, porque la ropa nuestra no estaba tan mala. Ese gallego me miró y me dijo: «Ustedes son salvajes». Luego echó a correr y lo liquidaron. Claro, se creían que nosotros éramos salvajes, porque ellos eran mansitos. Además, venían aquí a otra cosa verdaderamente. Se hacían la figuración de que la guerra era un juego. Por eso cuando la malanga

se puso dura, empezaron a echar para atrás. Llegaron a pensar que nosotros éramos animales y no hombres. De ahí que nos llamaran mambises. Mambí quiere decir hijo de mono y de aura. Era una frase molesta, pero nosotros la usábamos para cortarles la cabeza. En Mal Tiempo se dieron cuenta de eso. Tanto fue así, que lo de mambí se convirtió en león. En Mal Tiempo, mejor que en ningún lugar, quedó demostrado. Allí hubo de todo. Fue la matanza más grande de la guerra. Pasó así porque estaba dicho ya. Hay cosas que no se pueden cambiar. El curso de la vida es muy complicado.

Mal Tiempo fue necesario para darles valor a los cubanos y a la vez para el fortalecimiento de la revolución. El que peleó allí salió convencido de que podía enfrentarse al enemigo. Maceo lo dijo muchas veces en el camino y en los llanos. Y es que Maceo estaba seguro de la victoria. Siempre daba esa idea. Él no se viraba, no se aflojaba. Era más duro que un guayacán. Si Maceo no hubiera peleado allí, las cosas hubieran sido distintas. Nos hubiéramos despeñado.

Los españoles decían que él y su hermano José eran unos criminales. Eso es mentira. Él no era partidario de las muertes. Mataba por el ideal, pero yo nunca le oí decir que había que arrancarle la cabeza a nadie. Otros hombres sí lo decían y lo hacían todos los días. También era verdad que la muerte era necesaria. Nadie puede ir a la guerra y cruzarse de brazos, porque hace el papel de maricón.

Maceo se portó como un hombre entero en Mal Tiempo. Iba al frente siempre. Llevaba un caballo moro más bravo que él mismo. Parecía que no tropezaba con nada. Después que rompió el fuego de los españoles, que estaban tirados en el suelo con las bayonetas preparadas, se acercó al escuadrón donde yo estaba y ahí fue donde lo vide mejor. Ya el fuego había bajado un poco. Se oían tiros todavía. Maceo era alto, gordo, de bigotes y muy hablador. Daba órdenes y luego era

el primero que las cumplía. Yo no lo vide dar un planazo a ningún soldado. ¡Eso nunca! Ahora, a los coroneles que se portaban revirados sí los cogía por el lomo a cada rato. Él decía que los soldados no eran culpables de los errores.

Además de Maceo y Gómez, en Mal Tiempo hubo otros hombres muy guapos. Quintín Banderas era uno de ellos. Ese era negrito como el carbón, pero con unos bríos que únicamente Maceo. Quintín había peleado en la otra guerra, la del sesenta y ocho. Tenía el espíritu para eso. A lo mejor le gustaba. Era un hombre resentido. A mí me han dicho que iba a las guerras para luchar por los negros. Bueno, también la gente habla mucha bobería. De todas maneras, los negros eran sus simpatizadores. Yo mismo le tenía mucha confianza. Lo vide varias veces. En Mal Tiempo y después. A Mal Tiempo él llegó tarde y con poca gente. Había tenido otros encuentros antes. Allí se apareció con dos mulas, dos mujeres y unos cuantos hombres, muy pocos. Los españoles le tenían pánico. Ni en pintura lo querían ver. Siempre les jugaba la cabeza, se les escapaba, se burlaba de ellos y al que cogía frío, se la cortaba. Le preguntaba: «¿Cómo te llamas?», y cuando el español iba a decir su nombre él le contestaba: «Te *ñamabas*», y le cortaba la cabeza.

Banderas tuvo un problema con Máximo Gómez en Mal Tiempo. Yo no sé por qué fue, pero toda la tropa lo notó. Luego tuvieron otro, y otro y otro más. Una vez Banderas iba de regreso de Mal Tiempo con sus hombres y tuvo que fajarse en el combate de La Olayita, cerca de Rodrigo. Perdió casi toda su tropa. Hizo resistencia grande, pero salió mal. La culpa fue de una cañada que había allí, los caballos se atascaron, se formó un fanguero inmenso, un... Entonces lo acusaron, no sé quién, de que él iba a presentarse al español.

La acusación era por el odio que había contra los negros. Es verdad que había negros guerrilleros y apapipios, pero de Banderas nada más que se podía dar virtudes. Máximo Gómez lo quiso poner a las órdenes de Carrillo, que no era general ni la cabeza de un guanajo. Después se aclaró el asunto por Maceo, y Quintín volvió a pelear con su tropa.

Yo he visto hombres valientes, pero como él únicamente Maceo. Pues en la República pasó muchos trabajos. Nunca le dieron una buena oportunidad. El busto que le hicieron estuvo tirado en los muelles muchos años. El busto de un patriota. Por eso la gente está revuelta todavía; por la falta de respeto hacia los verdaderos libertadores. Al que le cuenten lo del busto cree que es mentira. Y sin embargo, yo lo vide. Ahora no sé dónde estará. A lo mejor lo volvieron a poner.

Yo le haría diez bustos a Banderas. Uno por cada batalla. Se los merece. En Mal Tiempo él liquidó un *cojonal* de canarios. Yo creo que a la mitad de los españoles aquellos los tumbó Banderas. ¡Y cayeron!, ¡cientos cayeron! Todo el campo estaba lleno de cadáveres, los trillos, las guardarrayas, todo. Los mismos mambises cargaron carretas y carretones de muertos para Cruces. Yo no hice esa operación. Bastante tenía yo con los que caían a mi lado, desguazados.

Después del triunfo nos preparamos para seguir andando. Ahora con más ánimo que nunca. Me acuerdo de que íbamos todavía desorganizados y a cada rato había discusiones y faja-tiñas por el mando. No se habían formado los escuadrones. En realidad, nosotros estábamos a la deriva. Lo que abundaba era el espíritu de pelea, pero la organización estaba por el suelo. Maceo y Gómez eran los mayores cabecillas. Ahora, no podían embridar a todo el personal. Me hago idea de que el primer lugar adonde llegamos fue al ingenio Las

Nieves. Allí cogimos armas y pertrechos. Seguimos enseguida a *envuelta* de La Olayita, donde peleamos junto con Banderas en el atascadero aquel del arroyo. Las fuerzas enemigas se apostaron cómodamente allí. Los caballos nuestros se resbalaron, los muy cabrones, y se formó la de San Quintín.

Luego llegamos a El Mamey. Se peleó duro en El Mamey. Hubo unión en esa pelea. Los españoles nos hicieron alguna resistencia, pero les dimos otra lección. Seguimos a otros ingenios. Ya nos estábamos acercando a Matanzas. Todavía sin jefes fijos. Pasamos por los ingenios España y Hatuey. Nos llevamos un montón de armas. Por esos días, Máximo Gómez y Cayito Álvarez empezaron a nombrar jefes y a formar escuadrones ambulantes. Fue un momento duro. No todo el mundo caía feliz con su jefe. Nadie se reviró por decencia, pero tocaron cada jefecitos, de rompe y raja. A mí me cayó Tajó, el asaltador, el bandolero. Yo lo conocía bien. Me molestó acatar sus órdenes, pero no quedaba otro camino. En la guerra no se pueden pensar las cosas, hay que obedecerlas. Tajó clavó su campamento en la loma El Capitolio, una lomita boba que está entre Jicotea, San Diego y Esperanza. El campamento estaba al lado de una ceiba. Detrás había una manigua y abajo un placer limpio, peinado. No era muy grande, aunque sí lo tenían bien provisto. Llegar allí era difícil. Había que subir la loma entre yerbazales y matojos. Nunca un español se atrevió. Tajó se pasaba las horas diciendo: «Aquí no hay un español que suba. ¡Que no lo hay, coño!». Daba vueltas y se reía. Tenía más malicia que todos nosotros juntos. Quería hacer del campamento un frente. Nosotros, claro está, conocíamos todas las salidas y las entradas al campamento. Una de las entradas más fáciles era por la puerta de la finca. Una puerta que le decían «la puerta colorada». Por ahí entrábamos nosotros y también los amigos y las amigas de Tajó.

Tajó hizo mucha amistad con un tal Daniel Fuentes. Ese hombre era cubano y fingía ser el práctico de los españoles en la zona. Eran viejos amigos del tiempo de la paz. A mí el tipo nunca me gustó. Yo me pasaba la vida diciéndoselo a Juan Fábregas, el de Ariosa que se alzó conmigo. Juan era muy sereno y nunca me contestó. Pero yo seguía en la duda. Primero pensé que Tajó se quería entregar. Luego me di cuenta de que no, que lo que pasaba era que el Daniel ese le contaba a Tajó todas las piruetas de los españoles. Esa era la razón por la cual nunca nos descubrieron, ni nos hicieron fuego.

Cada vez que una guerrilla o una columna enemiga iba a pasar, Daniel avisaba. A mí no me gustaba él, porque ese tipo de hombre se vira para cualquier lado. Hoy está conmigo y mañana con el otro. A Tajó no me atrevía a decírselo nunca, porque yo le conocía bien la cabeza. Siempre me parecía que estaba planeando algo malo. Los ojos de él me lo decían todo. Cuando yo veía a la vigía que se iba de su puesto y que nadie hablaba, ya yo sabía que Daniel Fuentes se había soltado la lengua. Tajó mismo daba la orden de quitar la vigía. Toda la tropa esperaba en silencio; y de lejos veíamos pasar a los españoles, almidonados, en sus caballos moros. De todas maneras, era difícil que nos vieran. El campamento nuestro estaba limpio, ni basuras había siquiera. Todo el mundo dormía en el suelo. Otros soldados se hacían sus campamentos con ranchos de yerba de guinea y yaguas.

Tajó tenía otros confidentes. Entre ellos estaba Felipe el Sol, que luego fue confidente de Cayito Álvarez y quizás de alguien más. Yo repudio a esos hombres. Son como muñecos que no tienen cabeza. Pues Felipe el Sol nos salvó la vida varias veces. Así y todo yo no confiaba en él. Su entretenimiento era pasearse por la tropa y hacer alardes de bribón. Nadie le hacía caso. Y yo ni lo miraba. También me pasaba los días diciéndole a Fábregas que ese era un cabrón.

Mientras yo estuve con Tajó no hubo bajas. Entré y había unos cuarenta hombres. Cuando salí eran el mismo número. Los escuadrones ambulantes no eran muy cargados, por eso se llamaban ambulantes. Además, no tenían un puesto fijo. Todo el personal allí era muy avisado. Probablemente, como no teníamos disciplina militar, ni conocimientos de guerra, hacíamos tantos disparates. Llegábamos a escaparnos todas las noches, unos dos o tres hombres, a veces hasta con el consentimiento del capitán, de Tajó. Y nos íbamos a las fincas más cercanas, donde robábamos cochinos grandes, de tres o cuatro arrobas. La finca de los Madrazos era la más grande y la mejor, porque tenía una cría especial de cochinos. Salíamos tarde, allá a las diez de la noche. Íbamos a caballo y a caballo cogíamos los cochinos, que eran bastante jíbaros. Andaban sueltos. No los tenían para cebar. Les caíamos atrás al primero que veíamos. Para nosotros eso era un juego, y desde arriba del caballo, después que lo habíamos cansado, le dábamos un machetazo fuerte en una pata. La pata volaba y el cochino no podía seguir corriendo. Nos tirábamos rapidísimos y lo agarrábamos por el cuello. Lo malo de eso era que el cochino sangraba y chillaba mucho.

Por estos chillidos nos hicieron una emboscada una vez. No nos cogieron, pero el susto fue grande. A la otra noche nos lanzamos de porque sí al mismo lugar. Íbamos más de cuatro. Nadie nos vio, o al menos se hicieron los engañados. Seguimos yendo y robábamos cada vez más. Nunca volvimos a oír un disparo. Yo creo que nos tenían miedo. Veían que todos los días iba gente distinta, y en grupo y nos cogían miedo.

Estuve con Tajó unos meses. Un día no pude más y me fui. Ya lo que él se traía era demasiado. Los trucos y las patrañas eran diarias. Robaba bueyes, ganado, vendía yuntas a cualquiera,

bueno... un desastre. Tajó era un cuatrero con traje de libertador. Muchos hubo así.

Ese día a que yo me refiero, José, el hermano de él que peleó en la guerra a su lado, vino un poco raro y me dijo: «Oye, Esteban, tú no vayas a decir nada, pero acompáñame a enterrar a Cañón». Cañón era un muchachito valiente del grupo. Me quedé frío cuando oí aquello. A lo único que atiné fue a preguntarle: «¡Pero cómo!, ¿Cañón está muerto?». Él me dijo que sí y que no preguntara tanto. Luego el muy sinvergüenza me quiso explicar: «Cañón robaba mucho, chico. Con un ladrón así no se puede...».

Me encontré a Cañón ahorcado. La sogá era más gorda que mi brazo. Me pareció mentira todo. Yo sabía que Cañón era decente. A los dos días vine a darme cuenta de que todo era por culpa de la mujer. Una mujer que venía a verse con Cañón todas las noches. Tajó se enamoró de ella, aun teniendo la suya, por eso mató a Cañón. Yo corrí adonde estaba Juan y le dije: «Juan, me voy de aquí. Cayito está en El Plátano, a poca distancia». Juan no me falló. Siguió conmigo a El Plátano y allí nos pusimos a las órdenes de Cayito Álvarez. A los tres meses de mi huida me enteré de que Tajó se había entregado a los españoles; a la autonomía esa que tanto nombraban. No se podía esperar de él otra cosa. Tan vaina fue que después de presentarse se escapó y volvió a las filas libertadoras. ¡Qué trastadas, Dios mío!

Con esos hombres se hizo la guerra. Para mal o para bien, pero se hizo. Le quitaron los grados de capitán y él siguió igual; de soldado raso a capitán hay poca diferencia. Lo acusaron de muchos delitos. ¡Se le formó un *casquillo reformado lateral* del carajo!

Cuando terminó la guerra yo lo vide en El Sapo, una finquita donde él vivía, cerca de La Esperanza. Tendría entonces como sesenta años. Lo saludé y él me saludó y me mandó pasar. No me recordó nada de mi huida. Él sabía que yo le

conocía la pata de donde cojeaba. Me regaló un gallo fino, que yo vendí más tarde.

Tajó tiene que haberse muerto. El infierno es poco para él, pero ahí debe estar. Un hombre que se cogió a las hijas tantas veces, que no las dejó ni tener marido. Y que hizo tanta basura en la guerra, tiene que estar en el infierno.

Con Cayito fue algo por el estilo. Al principio me di cuenta. Ahora, según pasaron los días, todo se fue aclarando. Cayito era coronel. Se puede decir que guapo y decidido. Todo su regimiento tenía una compostura recia. Una disciplina especial, muy dura por parte de Cayito. Yo pienso que no era la mejor. A veces la mano blanda hace falta. Esos hombres que se creen más poderosos que Dios, fallan; él falló. El primer día que yo llegué allí me di cuenta qué tipo era ese Cayito. ¡*Carne de callo!* Un sargento llamado Félix se dirigió a él y le dijo: «Coronel, aquí hay hombres de Tajó, el fulastre». Cayito nos miró de arriba abajo, nosotros firmamos el papel de inscripción y no dijimos nada. Yo, fijándome en todo. Oí que Cayito decía: «Ya yo me lo esperaba de Tajó. Hacía tiempo que yo sabía que él iba a caer. Eran muchos *chivos* unos detrás de otros».

En esas palabras estaba todo dicho. ¡Y en qué forma! Con aquella frialdad del que ve un crimen y lo apaña. Nada, que me tocó la mala. De un ladrón a otro ladrón, de un asesino a otro asesino. Cualquiera que haya peleado con Cayito puede dar fe. Le arrancaba la cabeza al primero que lo desobedecía. Si por él hubiera sido, esta Isla sería un cementerio.

En aquel regimiento nadie andaba torcido. Cuando Cayito pasaba por el lado de algún soldado y lo miraba un poquito nada más, ese soldado estaba horas y horas temblando. Muy poca diferencia había entre Cayito y Tajó. Muy poca. Los dos fueron elementos asesinos que se colaron en la guerra. Deben de haberse conocido bien. Al menos Cayito hablaba de Tajó a cada rato; para mal, claro.

Con todo y lo que diga la gente, Cayito era más sereno que el otro. Tajó era un aventurero de más arresto. A Cayito le gustaba la estrategia y a Tajó la violencia. Yo lo sé bien porque con los dos estuve. Con Cayito hubo más combate; o mejor dicho, más encuentros de a cuerpo limpio. Verdaderamente, con ninguno de los dos la cosa fue tan dura. Lo peor para mí fue Mal Tiempo; lo más trágico. De los encuentros que tuvimos con las tropas españolas hay dos un poco importantes. Aunque eso de importante es muy elástico. Digo importantes porque hubo fuego y peligro y nos salvamos el pellejo. Para otros libertadores quizás eso haya sido un juego. Pero uno siempre recuerda lo de uno, donde la cabeza y la vida estaban en un hilo.

Uno de esos encuentros lo dirigió el propio Cayito. Él dirigía firme, pero soberbio. Cuando había peligro cerca, se tocaba los bigotes, como si se los estuviera enroscando. Era una manía de él; propia de la gente de carácter.

No salía del campamento para nada. Eso le valió el calificativo de cobarde entre algunos que no lo conocían. Todavía hay gente que habla mal de Cayito. Gente ignorante, que habla mal en el sentido de la valentía. De él se pueden decir muchas cosas, menos que era encerrado. Bueno, hay quien dice que era bajito, gordito y trigueño. Se ve que no lo conocieron, porque era alto, flaco y rubio. Por eso no hay que hacer caso a la gente. El invento es otra manía mala. Yo me pasaré la vida quejándome de él; de que era un asesino y un bandidero. No un cobarde. Pocos hombres, a *la hora de los mameyes*, echaron cuerpo como él. Siempre derrotó a los españoles con su estrategia, con bombas. Y en efecto, colocaba unas cuantas en la vereda a la entrada del campamento y las hacía explotar cada vez que se acercaba alguna guerrilla. Esas explosiones espantaban a los soldados rápidamente. Se iban los caballos echando humo en los cascos. Me acuerdo que en el primer

combate que yo hice con Cayito él uso esas bombas. Bombas con alambres de bobinas que se extendían dos o tres cordeles. El centinela avisaba si veía venir a alguien. Con un tiro al aire era suficiente. El que tenía el aparato brincaba y cogía la manigueta, se preparaba y le daba un apretón a aquello. A los pocos segundos parecía que el mundo se iba a acabar. Los hombres gritaban, soltaban los caballos, medio desguzados, las piernas colgaban de los árboles y las cabezas en pedazos se regaban por el terreno, para aparecer secas a los pocos días. Hasta había peste, porque los muertos cuando no se entierran levantan una peste horrible. Las bombas eran muy temidas por los españoles. De ahí que Cayito ganara éxitos en la guerra.

La pelea esta vez fue fácil. Habíamos liquidado a un grupo de quintos que se acercaban a curiosear. La segunda pelea fue más difícil. Ahí se jugaron todas las cartas. Venía un convoy de no sé qué lugar para Manicaragua. El convoy venía cargado y el único paso que tenía era el nuestro. A toda costa había que cruzar por El Plátano. Un confidente avisó que venía y Cayito llamó a la tropa, dijo: «Ahora hay que pelear como leones». Allí nadie se *atemoró*. Al contrario, las ganas de pelear aumentaron. Cayito siguió dando órdenes. Puso una línea de fuego grande y se acercó a la infantería. Miró a la gente y salió caminando para el campamento. Iba riéndose. A los pocos segundos se oyeron los gritos. Cayito gritaba como un salvaje. El convoy quedó atrapado, arrestamos a los soldados y nos cogimos las armas, la comida: el arroz, la manteca, el tocino, el jamón, todo. Días y días estuvimos comiendo a cuerpo de rey. No solo nosotros, las mujeres también, las de los jefes. El propio Cayito tenía la suya cerca. Se llamaba María y vivía en un bohío bastante decente, por cierto. Muchas veces fui yo mismo a llevarle la comida.

Los soldados españoles quedaron presos allí. Nadie les hablaba. Algunos querían matarlos, pero había no sé qué orden que prohibía la muerte de los prisioneros de guerra. Cayito no compartía esa disposición. Él los hubiera liquidado enseguida. Les decía a voz en cuello: «Ustedes se merecen la muerte, cabrones». Ellos calladitos, porque eran soldaditos jóvenes y nos tenían miedo. No les dimos comida, pero a los tres días los soltamos. Con una o dos parejas los mandamos al pueblo.

Más nunca hubo encuentros en El Plátano. Parece que Cayito los espantó. El espíritu de ese hombre era algo muy grande. Tenía más fuerza que todo su regimiento. Nadie se le rebeló nunca. Sin embargo, muy pocos desconocían los horrores que él hacía. El pueblo de Cruces sabía bien que él mataba a sus propios soldados. A su suegro, que era su suegro, lo mató para llevarse a su mujer. Se la llevó a ella y lo mató a él. Ahora, hay gente que ve eso como una gracia. Para mí era un crimen.

Una vez Cayito hizo un entierro en El Plátano. Él tenía la manía de esconder dinero, botijas con oro. El entierro se ha quedado oscuro. Nadie lo ha podido sacar. Y es que Cayito fue con el ayudante, enterraron el dinero y él, con sus mismas manos, mató al ayudante. Hay quien dice que lo enterró allí mismo. Yo no sé. La cosa fue que a los pocos días él andaba medio preocupado. Se puso serio y cabizbajo. A mí me dijeron que era porque él creía que uno de sus hombres había visto el lugar del entierro. Hubo días de intranquilidad en el campamento. Yo mismo pensaba: bueno, si a este se le ocurre creer que yo lo vide enterrar el dinero y al ayudante, me zumba a mí para el hoyo igual.

Cuando pasaron los días fue que vino la calma. Un mulato jabao cogió cepo de campaña en esos días, pero fue por otras razones. El cepo de campaña era un castigo del diablo. Él se lo aplicaba a todo el que no estuviera con sus ideas.

A mí me dieron cepo de campaña una vez. Fue un oficial a quien yo le hice una maldad. Abandoné la guardia sin avisarle y me castigó. Me llamó y me dijo: «Óigame, Esteban, usted es un indisciplinado». Yo le contesté, porque no me iba a quedar callado. La verdad es que no me acuerdo qué le dije. Me formó la maraña enseguida. El muy abusador llamó a dos ayudantes y me amarró las manos con una sogá, si no me escapó. Luego me cruzó una tercerola por dentro de las piernas para que quedaran inmóviles. Me tuvo así un día entero. Yo vi las estrellas del dolor. Y pensándolo bien, no salí tan mal. Al soldado que abandonaba la guardia le decían *plateado*, o sea, traidor, y muchas veces lo ahorcaban. Yo me salvé, pero me estoy acordando de su madre todavía.

Luego él y yo nos estuvimos acechando. La cogió conmigo, porque me veía revirado. Cada vez que podía me retenía en el campamento. Él sabía que mi gusto era irme por las noches a robar cochinos y ganado. Yo era práctico en esas operaciones. Cayito mismo lo sabía.

Pues el oficial ese me retenía a cada rato para fastidiarme. Y me fastidiaba bastante, porque para mí no salir era una prisión. Creo que lo que más hice en la guerra fue eso: atrapar ganado. Como no se podía sembrar, atrapábamos ganado. De alguna forma había que buscarse la comida. Al que hacía ese trabajo lo consideraban mucho. Cayito un día me llamó y me dijo: «Negro, tú nos traes la comida, incorpórate a mi escolta». Yo ni le contesté. Fui y empecé a cumplir nuevas órdenes. Más directas que antes. Entonces salía todas las noches y venía con cada terneros y con cada cochinos, que eran una maravilla. Unos jíbaros, otros mansos. Siempre alguien me acompañaba. Un hombre solo no podía con aquella faina.

Había lugares donde se podía sembrar. En Las Villas, ni por broma. Camagüey era un lugar tranquilo. Allí casi no se peleó. Los soldados sembraban al sol y hacían hasta hortalizas.

Hubo finca y caserones de gente rica adonde no se acercó nunca un soldado español. Fue la provincia que menos peleó. En Las Villas era distinto. Allí los españoles quemaban las casas de los revolucionarios y tenían grandes zonas de terreno invadidas por sus guerrillas. Y no es cuento de camino, porque yo lo vide con mis ojos.

Lo más que podía hacer un libertador en Las Villas era robar ganado, recoger malanga, retoños de boniato, bledos, verdolagas, en fin... La harina de mango se hacía cocinando la masa de mango sin la semilla. Se le agregaba limón y ají guaguao. Esa era la comida de la guerra. Lo demás era bobería. ¡Ah!, mucho agua de curujey. La sed era constante. En la guerra el hambre se quita, la sed no.

Los caballos se ponían flacos. Envejecían más rápido. A ellos no se les podía dar agua de curujey. Llevarlos a algún arroyo era la solución. La verdad es que uno de los problemas mayores de la tropa era el agua. Pasaba igual en todas. Por eso los jefes buscaban la manera de hacer campamento cerca de un río. Yo sé de casos en que los guardias se iban de su puesto, se escapaban para buscar agua. Luego, cuando volvían, recibían cepo de campaña. Eso no lo hice nunca, pero no me faltaron las ganas.

En la tropa había de todo. Hombres buenos y hombres canallas. Yo tenía pocos amigos. Juan y Santiago eran los más allegados, porque se habían ido de Ariosá conmigo. Aunque yo no simpatizaba mucho con Santiago. Él era un poco sanguinario y rebencúo. A mí no me faltó el respeto nunca, pero me ocultó muchas cosas. Yo me enteraba de los trucos de él por su propio hermano. Santiago era torpe. Gritó: «¡Cuba Libre!» hasta reventarse. Un día se cansó de Cayito y sin decirnos nada, ni a su hermano ni a mí, se largó. Al poco tiempo

nos enteramos que había cometido la estupidez de entregarse a los españoles en el pueblecito de Jicotea. Cuando llegó allí, ellos mismos lo acusaron de haber matado a un gallego que estaba cortando yerba en el monte. Aquello lo cogió en frío y no tuvo palabras para defenderse. Enseguida lo condenaron a muerte. Le dieron un tiro en la frente y lo colgaron en la solera de una casa de palmas, a la que le pegaron candela. Eso sirvió de escarmiento para muchos cubanitos que andaban vacilando. Yo siempre me acuerdo de este caso. Lo que me da es soberbia.

Como Santiago había muchos. De ahí que ni se podía confiar en los amigos. Si a él lo hubieran obligado a hablar, seguramente que lo hubiera dicho todo. Pero ni a eso le dieron oportunidad.

Lo mejor para la guerra es la desconfianza. Para la paz, igual, aunque en la guerra es más necesaria. De los hombres hay que desconfiar. Eso no es triste, porque es verdad. Hay hombres buenos y hombres canallas. Ahora, lo difícil es saber una cosa o la otra. Yo me he confundido muchas veces en mi vida.

Cayito Álvarez no creía ni en la madre de los tomates. Hacía muy bien. Él tenía enemigos. Casi todos sus hombres en el fondo eran sus enemigos. Veían lo que él hacía, su bandolerismo, sus asesinatos, y naturalmente, tenían que odiarlo. En la guerra hubo muchos hombres puros, que odiaban en silencio, con el odio más grande.

Mientras operé con él lo fui observando. Era de los hombres que no se ponían jubilosos con recibir nuevos ingresos. Cuando venía alguien a incorporarse, él lo llamaba y hablaba con él. A veces le decía que se fuera a otra fuerza. Eso lo hacía cuando veía que el hombre no era de confiar. A él lo que le interesaba eran hombres que callaran sus crímenes y sus fechorías. Yo lo digo ahora con libertad, pero allí estaba casi preso.

Cayito llegó al punto de rechazar grupos. A veces pasaba que un jefe caía y el grupo se quedaba sin mando, entonces tenía que meterse en otro regimiento. En El Plátano ocurrió mucho eso. Llegaban hombres y nosotros los deteníamos. Unas veces se quedaban, otras, se tenían que ir con la música a otra parte. Al grupo que llegaba nosotros le dábamos el alto: «¡Alto, avance el jefe de la fuerza!». Avanzaba uno solo, se identificaba, y si era una fuerza grande la que venía, se mandaba a buscar al jefe de día, que era el autorizado por el Estado Mayor para hacerlo pasar. Todo el mundo estaba preparado adentro por si acaso. Hacían líneas de fuego hasta que había entrado la fuerza nueva. Según pasaban los minutos, la tensión iba bajando, se daban la mano los amigos, a veces se encontraban familiares, y esa era la forma de entrar al regimiento.

Si los jefes estaban de acuerdo, los mandaban a inscribirse y ya pertenecían al grupo. Así entraron muchos hombres a pelear con Cayito. Yo creo que en otros lugares y con otros jefes era igual. A nadie lo iban a dejar entrar de porque sí. La guerra era algo muy serio y no todo el mundo era leal. Yo oí decir que en un escuadrón de Matanzas se colaron unos guerrilleros que se hacían pasar por mambises. Aquello terminó feo y sangriento. De ahí las medidas para evitar esos enredos.

Entre los propios capitanes y coroneles había división. Por envidia, por hipocresía y por odio. Esa división trajo muchas muertes para Cuba, mucha sangre. No todo el que fue a la guerra llevó el corazón. Algunos, cuando vieron la mecha encendida, echaron para atrás, se aflojaron; los mismos coroneles. La muerte de Maceo debilitó el ánimo de pelea. En esos días una parte considerable de los jefes se entregaron a España. Eso era lo último que un hombre podía hacer,

lo más bajo. ¡Entregarse a España en la manigua de Cuba! ¡El colmo!

Pues el mismo Cayito lo quiso hacer. El muy hijo de puta se lo tenía guardado, aunque ya muchos se lo sospechaban. Yo mismo, la verdad. Pero como él era tan animal, tan feroz, nadie comentaba para no verse en la pata de los caballos. Ya me figuro yo al infeliz que por aquellos días hubiera lanzado un rumor. Creo que con la boca, a mordidas, el muy animal de Cayito se lo hubiera comido. Por suerte todo el mundo se calló el asunto; la procesión iba por dentro. Felipe el Sol fue quien lo denunció todo. Él estaba para eso. Yo no lo vide ni lo oí ese día, pero sí sé que fue adonde estaban Leonardo Fuentes y un tal Remigio Pedroso, de la escolta de Cayito, y les dijo: «El hombre se va a entregar. Lo sé de buena tinta». Ellos, como eran de corazón duro y revolucionarios, se prepararon bien. Fueron adonde estaban algunos hombres de confianza, lo que nosotros llamábamos leales, y les comunicaron la noticia. Todo el mundo patitieso, pero listo.

Esperaron unos días a que volviera Felipe el Sol. Por fin, a la semana se apareció para decir que las columnas españolas se iban a acercar al otro día por la mañana para recoger a Cayito y a algunos de sus leales. Ahí nos reunimos un grupo y decidimos nombrar a Remigio para que matara a Cayito en un momento determinado. En eso se apareció Remigio con los ojos cuadrados y nos dijo: «Cayito me llamó aparte y me dio la orden de que les informara a ustedes que él se iba a entregar. Yo me quedé callado y le prometí cumplir. Además, me dijo que a él le iban a dar una suma de quince mil pesos, que iba a repartir, y que él quedaba reconocido como coronel del ejército español. Yo le felicité y aquí estoy para ponerme a lo que ustedes digan». Nosotros, después de oír aquello, decidimos que Remigio de todas maneras era el que tenía que matar a Cayito.

Remigio aceptó. A las siete de la mañana iban a llegar los españoles. Remigio a esa hora estaba listo, y en vez de anunciar que Cayito se iba a entregar tenía que llevarlo a una mata de mango, que todavía debe de estar allí, y matarlo.

El día amaneció claro. El general Duque debía de estar aproximándose; él era el que mandaba la columna española que recibiría a Cayito en la autonomía. Otros coroneles cubanos se habían entregado ya. Cayito no se iba a entregar solo. De otros regimientos llegaron a entregarse con él Vicente Núñez y Joaquín Macagua. Los tres se reunieron a una distancia grande de El Plátano. La escolta de Cayito lo siguió. Yo, como es natural, iba en ella. Remigio estaba preparado hacía rato. Condujo a Cayito y a los otros dos coroneles a la mata de mango. Allí reunidos los cogimos en frío. Hay quien dice que el que mató a Cayito fue Leonardo Fuentes, un moreno de su escolta. Otros dicen que el propio Remigio, como había quedado resuelto. La verdad que eso sí es difícil de comprobar. Cayito recibió tres balazos, los tres mortales. Los matadores se habían escondido detrás de unos matorrales. Cuando oyeron a Cayito hablando traiciones junto con los otros dos coroneles, le hicieron un colador el pecho.

Ahí acabó Cayito. Luego vienen los mentirosos y los inventores y dicen que él hizo resistencia y que fue un león. ¡Nada de eso! Cayó enseguida y no pudo ni suspirar. Los españoles se enteraron de que había habido lío en el campamento y no mandaron ninguna columna ese día. Al otro día por la mañana llegó Felipe el Sol. Venía a averiguar bien. Felipe, como era el confidente de los cubanos, lo suponía todo. Entonces regresó llorando como un fingido adonde estaba el general Duque y le comunicó con lágrimas la muerte de Cayito. Felipe tenía facilidad para esos trabajos.

Los españoles salieron para el campamento. Ya muchos de los hombres de Cayito se habían marchado. Otros se quedaron

escondidos hasta ver qué pasaba. Yo lo vide todo y luego *espanté el mulo*. Los españoles llegaron y plantaron la bandera. Se bajaron de los caballos y uno sacó un papel y dijo: «Ha muerto un oficial por querer honrar la bandera española». Esa es la verdad. El que diga otra cosa está equivocado. La guerra tiene esas cosas, por eso yo digo que mata la confianza de los hombres.

Pensándolo bien, Cayito no hizo más que seguir el ejemplo de otros jefes. Entregarse por aquella época no era traición para ellos. Más bien se decía que como Maceo había muerto, la lucha estaba fracasada. A lo mejor Cayito se entregó por la muerte de Maceo. Él lo admiraba. Pero no, Cayito era carne de callo: traidor.

Todavía hay gente que habla de Cayito. Lo quieren ver dondequiera. Eso es porque no lo conocieron. Si llegan a conocerlo, no estarían con él en la punta de la lengua. Yo me refiero a las luces esas que salen por la noche en el monte. Y a los jinetes sin cabeza. Dicen muchos que ese es el espíritu de Cayito, que sale a cuidar el dinero que tiene escondido. A lo mejor es Cayito. No quiero ni pensar en él. ¡Que sea otro!

Un día, un negro viejo vino a decirme que él veía luces y que esas luces eran el espíritu del bandolero Cayito Álvarez. Vino asustado. Yo lo miré y me callé la boca. Total, de nada lo iba a convencer. Por dentro sí pensé: bueno, este verraco no lo conoció vivo ni luchó con él; si lo hubiera tenido al lado en vida no le cogería miedo muerto. Como él era feroz era vivo.

Después de la muerte de Cayito un grupo grande de nosotros, los de su regimiento, partimos en dirección a un punto llamado Tranca a *poner tirante*. Allí nos cogió la noche. En la Morota, un barrio chiquito cerca de La Esperanza, dormimos al día siguiente. No habíamos llegado a El Plátano, donde estaban acampadas la infantería y la escuadra de máuseres,

que era toda de negros bravos. Cuando llegamos se formó un gran alboroto. Todos los hombres, como seiscientos, nos preguntaban qué había pasado. Nosotros les contamos la muerte de Cayito, de Macagua y de Núñez. Ellos quedaron fríos. Hubo contentura, pero mucha confusión.

Nos organizamos bien y los jefes que quedaban dieron la orden de que saliéramos a unirnos al brigadier Higinio Esquerza. Ya yo había oído hablar de él. Todos los jefes eran nombrados, y el que más y el que menos sabía cómo eran, qué trato daban a los soldados y otros pormenores. El chisme sobre mujeres y sobre si este o el otro era un bandolero o un hombre serio se daba a todas horas. De ahí que cuando nos dieron la orden, todo el mundo pensó para dentro de sí: ahora con otro bandolero. Yo no andaba en eso, la verdad. Después de todo, un bandolero podía haberse regenerado.

No hice más que verle la cara a Higinio y me di cuenta. No era hombre de muchas palabras. La acción le gustaba más. En cuanto llegamos nos preguntó algunas cosas. Yo no me di a contestar, porque no me sentía con derecho. Lo vide templado y decidido. La patilla le salía fuerte, porque él era muy blanco: un hombre rústico como hay miles, delgado y alto. Enseguida tomó las riendas de nosotros. Con una seguridad que más o menos todo el mundo se quedó pasmado.

Lo primero que hizo fue formarle un consejo de guerra al cuñado de Cayito, un tal Espinosa que nosotros cogimos prisionero, porque el muy maricón se iba a presentar. Espinosa no pensó que Higinio lo iba a tratar así. A lo mejor él creyó que aquello era una fiesta. Me acuerdo de que lo último que pidió Espinosa fue que le entregaran su reloj de plata, lindísimo, a la madre. Higinio mismo cogió el reloj y se lo mandó. Él tenía esas cosas: entre col y col, una lechuga.

Luego, por la tardecita, echó un discurso y arengó a las tropas. Eso lo hacía para dar estímulo. Explicó la verdad de

todo. Dijo que Cayito era un traidor y que otros hombres más había mezclados en ese asunto. La gente se miró de arriba abajo. Muchos allí sabían que había gato encerrado. Higinio leyó los papeles confidenciales de Cayito. Los leyó públicamente. Nunca vide yo más silencio. Sobre todo el silencio fue cuando él empezó a nombrar a la gente complicada. Dio los nombres claritos; santo y seña de cada cual. Muchos coronelitos fueron nombrados en aquella lista. Coronelitos que no llegaron a entregarse por miedo.

La clase de tropa nuestra sirvió de ejemplo; eso lo sabe todo el que peleó en la guerra. Por eso fue que se aguantó la revolución. Yo estoy seguro de que casi todas las tropas hubieran hecho igual en esa situación. Nosotros tuvimos coraje y pusimos a la revolución por arriba de todo. Esa es la verdad. Sin embargo, muchos coronelitos y otros oficiales se cagaban fuera de la taza todos los días. Hacían cosas que ni los niños.

Para ganar el respeto de un brigadier había que ser un hombre muy limpio y muy sereno. El brigadier era áspero, trataba a la gente a secas, pero no permitía traiciones. Yo lo respetaba bastante, porque él tenía algo de nobleza. Mandó un grupo de nosotros, una comisión, adonde estaba el general Máximo Gómez. Él decía que esa comisión iba con hombres leales y valientes; los hombres que habían levantado cabeza cuando lo de Cayito. Es verdad, en esa comisión iba gente de batalla, los que no se rajaron. Pero era una comisión chica, ahí debieron haber ido más. Los que fueron se podían contar con los dedos: Primitivo del Portal, teniente; Leonardo Fuentes, capitán; Zúñiga, comandante; Hugo Cuéllar, cabo, y Remigio Pedroso, subteniente. Llegaron a ver a Máximo Gómez, que por ese tiempo estaba en el campamento La Campana. Máximo Gómez los saludó y conversó con ellos. Después a cada uno le dieron un grado mayor por la acción que habían hecho. A mi entender la tropa merecía otra medalla,

porque fue la que se reviró. Aunque a todos nosotros no nos podían condecorar: éramos muchos.

A los pocos días llegaron los oficiales con sus nuevos grados y hubo que recibirlos. Todavía yo no estoy convencido de que Máximo Gómez supiera bien cómo fue la muerte de Cayito. Para mí que le contaron una parte nada más, lo que les convenía. Cada uno de ellos quería hacer su paripé. Además, ellos creían que la muerte de Cayito era por racismo. Oficiales de otros batallones, quiero decir, porque el que estuvo allí adentro sabía cómo había sido el *potaje*. Pero a la hora de decidir, todos los oficiales eran uno solo. Decían: «Sí, sí, sí».

Al terminar la guerra mucha gente oí yo que decían, y dicen a estas alturas: «Los negros eran contrarios a Cayito, ellos lo mataron». Hay que quedarse callado o contar la verdad. Pero como a uno muy poca gente le cree, pues uno se calla. Y si no se calla se complica, o se complicaba, mejor dicho, porque hoy nadie le aguanta la boca a la gente.

Higinio no dudó nunca de la traición de Cayito. Él conocía bien las razones. Bueno, él, esa es la verdad, cada vez que podía decir que la tropa nuestra era ejemplar, lo decía. Con todo y eso, nosotros nunca confiamos en él completamente. Higinio respetaba a quien lo respetara, y hacía bien. Uno tiene que respetar a todo el mundo. Ahora, al que no quiera respetarlo a uno, mandarlo al carajo. No confiamos, desde el día que nos enteramos de que él había sido bandolero. Eso acabó con la duda, pero no se lo echamos en cara. Él se portó como un patriota siempre. Es lo que pasa con las mujeres malas y con los chulos y los ladrones; uno se cree que son los peores y no es cierto. Los peores son los mosquitas muertas.

Con Higinio peleamos poco. Lo único grande fue Arroyo Prieto. Lo demás era entretenerse. En Arroyo Prieto peleamos

unas cuantas horas y ganamos. Fue una *charamusca* seria. No tuvimos más de dos o tres bajas. Higinio se defendía bien en la guerra. Cogió camino enseguida.

A Higinio le gustaba pelear un poco. El que no peleaba era como el que no pinchaba ni cortaba. ¡Qué va! Esa guerra llamada, con dos o tres tiritos salteados era peor que un combate encendido. ¡Peor!

Pocas veces me disgusté con los oficiales. Estando con Higinio en El Vizcaíno me llegó una orden a mí personalmente. La orden decía que desde esa hora en punto yo tenía que someterme a las disposiciones del coronel Aranda, como asistente de él. A mí la orden me cayó mal. Al momento me dirigí a Higinio y le dije en claro: «Mire, yo no vine a la guerra a ser asistente de nadie». ¡Qué coño iba yo a ponerle las polainas y limpiarle los zapatos! Higinio me miró de frente y no me contestó. Dio una vuelta y yo salí disparado de allí, de su lado. El resultado fue quince días de imaginaria. La imaginaria era una guardia de castigo. Había que pasarse la vida vigilando y dándole vueltas al campamento. El que estaba de imaginaria no podía guiñar un ojo. Era el infierno mismo aquellas postas con aguaceros, fango, churre, mosquitos, bueno... Si por roña alguien no cumplía la imaginaria, le daban cepo de campaña. De contra que uno iba a pelear, a arriesgar el pellejo, le ponían castigos.

El tal Aranda fue presidente del Consejo de Veteranos después de la guerra. Yo lo vide mucho. Pero él no se acordaba de mí. Por lo menos, nunca me saludó. A mí entender se metió en la guerra para que no le cogiera la *guásima*, porque era un criminal. Mató a su mujer para apoderarse de los bienes de ella. Aranda se buscó otro asistente. Y a mí no me volvieron a llamar para ese trabajo. Higinio y yo no hablamos más nunca. Perdí el caballo, las riendas, la montura... todo

se lo dieron al que iba a hacer de asistente de Aranda. A mí me dejaron pelado.

A los pocos días, Corojito, el que había sido nombrado asistente, se paseaba por el campamento haciendo alardes con el caballo. No era más que un mulato *guatacón*. A mí eso me daba *jiña*, y un día cogí y me fui al pueblo de Jicotea. Iba con permiso, a buscar vianda. Fui con Juan Fábregas, que había estado conmigo en toda la guerra. Juan y yo acordamos hacer una operación en el fuerte de los españoles, para sacar dos caballos y llevárnoslos. Al llegar cerca vimos que aquello, la entrada y la cerca, estaban llenas de perros. Nos quitamos la ropa para que los muy cabrones no olfatearan. La dejamos en una romana que había como a tres o cuatro cordeles de allí. Teníamos que cargar con esos caballos para no terminar la guerra a pie.

Caminamos poco a poco y al llegar a los alambres vimos al guardia. Parece que como éramos oscuros y estábamos desnudos no nos vio. Seguimos para adelante y entramos por la misma puerta, pegados a la garita. El guardia estaba dormido. Agarramos dos caballos y a pelo salimos huyendo. Ni las velas nos hicieron falta. Mucha gente robaba con velas para espantar a los perros. Yo digo que esos animales no sirven de centinelas. Los gansos sí. Si en un fuerte cualquiera había gansos nadie se atrevía a llegar. Los gansos se usaban mucho en las casas particulares en tiempo de España, porque ahora han desaparecido.

Llegamos al campamento y todo el mundo azorado nos preguntaba: «Negros, ¿de dónde sacaron ustedes esos caballos?». Juan dijo: «Del fuerte». Nadie contestó. A lo mejor no lo creyeron. La cosa es que yo seguí la guerra con ese caballo. No le puse nombre, ni lo cuidé tanto como al anterior. Era un caballo dorado muy lindo, lindísimo. En el ingenio Caracas, después de la guerra, me dieron cuarenta monedas por él.

Yo no sé qué se hizo del caballo de Juan. Lo que sí fui notando es que él cogía mucho brío con él. No se estaba tranquilo.

Juan cambió de la noche a la mañana. Un día me di cuenta que faltaba. La gente vino y me dijo: «Oye, tu socio se entregó». Yo no hice caso. Creí que él se había ido a cazar jutías. Pasaron los días y yo no lo veía asomar por ninguna parte. Entonces me llegó la noticia de que él se había presentado a los españoles. Para decir verdad, aquello me enfrió de pies a cabeza. Luego me entró rabia. Rabia y fortaleza a la vez. Seguí en la guerra por honor. Y más nunca vide a Fábregas. Lo busqué al final de la guerra, pero no lo encontré.

A las pocas semanas de la ida de Juan, salimos en dirección a Santa Rosa, una finca grande donde había un cuartel general. Allí se unió a nosotros Martín Morúa Delgado. A ese sí lo vide bien. Era trigueño, medio jabao él y muy alto. No peleó. Fue teniente sin haber cogido el machete. Pero era un hombre de librería. Se pasaba la vida en los archivos del cuartel. Arregló los estantes y ordenó los papeles. Era hombre de esos. La guerra para él era con palabras.

Después que pasaron los años se hizo famoso y hasta provocó la revuelta de negros en Alto Songo. Fue el hombre más inteligente que llegó al Congreso. Y el más grande. Algunos blancos decían que él era guerrillero. Esos blancos eran americanos. Tenían la sangre vendida. Lo acusaban de guerrillero por la cuestión de la piel; del color de la piel.

Los verdaderos guerrilleros eran hombres de monte y estúpidos. A mí no se me puede venir con el cuento de que un hombre de letras se hacía guerrillero. Guerrillero había igual blancos que negros, esa era la verdad. Había guerrilleros españoles, isleños y cubanos. Chinos no conocí a ninguno.

La táctica de los guerrilleros era distinta a la de las tropas libertadoras. A ellos les salía fuego por los ojos. Y eran hombres llenos de veneno, de entrañas podridas. Cuando veían un

grupito de mambises les caían arriba a cogerlos; si los cogían, los mataban sin más. Los españoles que peleaban de frente no mataban así, a sangre fría. Tenían otro concepto. Tampoco voy a decir que peleábamos de igual a igual. Ellos llevaban parque, buena montura, riendas, espuelas, todo el ajuar... Nosotros andábamos a pelo. A las guerrillas les daban todas esas cosas, de ahí que los guerrilleros se creyeran superiores.

Nunca yo vide gente más odiosa. Todavía, a estas alturas, quedan algunos en esta Isla. Hay que ver que el tiempo ha pasado. Aun así quedan, y no lo miran a uno con buena vista. Yo conozco a uno que se pasa la vida tocando guitarra. Es negro, gordo y barrigón. Cada vez que yo le paso por el lado, él baja la cabeza y sigue tocando. Yo no lo miro para evitar jodienda. Ahora, el día que se ponga con boberías, le doy un boconazo que no va a hacer el cuento.

Antes de la guerra yo conocí a muchos guapos; guapos de pueblo que vivían del truco. Eran hombres ambulantes y los sábados y domingos se fajaban y alardeaban y buscaban odios, y se emborrachaban... Casi todos esos hombres, negros y blancos, fueron guerrilleros. No tenían otra salida. Sabían que la guerra no era cosa de juego y buscaban la comodidad. León era uno de ellos, fue práctico de las guerrillas y había sido amigo íntimo, uña y carne, de Valentín el Verdugo, el que mató a medio mundo en el garrote. Esos eran los guerrilleros. Por eso el que me diga a mí que Morúa era guerrillero es un traidor y un mentiroso.

Cuando me pongo a pensar en estos hombres sin madre, mientras uno estuvo peleando con hambre, metido en el fango, y en toda la podredumbre de la guerra, me dan ganas de guindarlos. Lo más triste es que en Cuba nunca se castigaron guerrilleros. El propio Máximo Gómez los quiso igualar. Dicen que eso era por conveniencia. Pero yo digo la verdad, a mí no me convence esa palabra de conveniencia. Yo le hubiera dado

paredón a esos hombres como ha hecho la Revolución aquí con los asesinos del gobierno anterior. Paredón limpio.

Y no acabo de entender, nunca lo entendí, por qué Máximo Gómez dijo en la Quinta de los Molinos, al acabarse la guerra, que en Cuba no había vencidos ni vencedores. Esa fue la frase. Yo la oí, porque estuve presente en ese discurso. Cayó mal a toda la tropa. Eso quería decir que los guerrilleros eran igualados con los invasores. Hubo quien se resistió a esa frase.

Isidro Acea, el coronel, que era negro como el totí, cogió su coche y fue a la manifestación después que Gómez había dicho esas palabras. Llegó caliente, porque ese negro no creía en nadie. Era guerrero de nacimiento. Metió el coche en la Quinta de los Molinos y cuando la gente vio que era él empezaron a gritar. Hay quien dice que fueron los negros los que gritaron. Eso no es cierto. Ahí gritaron todos los patriotas. Isidro entró con la voz de: «Abra paso». Y llegó a la tribuna donde estaba Mario Menocal. Todos los generales y el pueblo lo respetaban, porque era valiente y bruto. Se acercó a Menocal y le dijo: «Esa gente que está allá afuera va a pasar adentro».

Había unas rejas que no dejaban el paso libre y Acea le prometió al pueblo que iba a entrar. Menocal lo miró sorprendido y no contestó. Máximo Gómez seguía en su discurso. Acea levantó la voz y le dijo a Menocal: «¿Qué hubo, la gente pasa o no pasa? Si no pasa, te la arranco». Entonces Menocal tuvo que dar la orden de que la gente entrara. El molote fue horroroso. Todo el mundo se abalanzó a la tribuna. A Isidro Acea lo cargaron en hombros, porque había humillado a los jefes principales. Máximo Gómez terminó el discurso y la gente no le hizo mucho caso. Ese día él falló con la frasecita de «ni vencidos ni vencedores».

A los guerrilleros había que exterminarlos. Pensándolo bien, el coronel Acea era un poco guapetón. Y como a mí

esos hombres alardosos nunca me han gustado, ese día yo me tragué las palabras de Gómez y no me reviré contra él. Me pareció un abuso aquello de Isidro. Pero en la guerra uno nunca sabe quién va a lanzarse primero. Todo el personal que estaba oyendo el discurso quedó sorprendido con la llegada del coronel. Me acuerdo bien de ese asunto, porque en esos días yo había llegado a La Habana con las tropas. Hacía ya como una semana que yo estaba en la capital. Era la primera vez que venía. Al principio me parecía extraño, luego me acostumbré, pero nunca me gustó de verdad. El campo sí, y el monte sobre todo.

La Habana en esos días de ganada la guerra era una feria. Los negros se divertían comoquiera. A mí me sorprendió esa población negra que había en La Habana. Dondequiera que uno miraba veía un negro. Con la alegría y contentura de terminada la guerra, las mujeres salían a la calle. ¡Para qué contar! Yo creo que me cogí más de cincuenta negras en una semana. Casi todas las mujeres de los guerrilleros se juntaban con los libertadores. A mí se me acercó una y me dijo: «Quiero que me lleves, mi marido era guerrillero». A esa la dejé, porque ya estaba pasada de años. Pero cada vez que una sardina me cruzaba por al lado, yo lanzaba el jamo y la atrapaba. Ni palabras tenía para gastarme. Las mujeres se me daban maduritas. Lo veían a uno con el traje de libertador y el machete y parece que eso les gustaba.

Como yo era muy fiestero me las quería llevar enseguida para el otro fandango. Muchas iban directamente. Otras me halaban para los barrios del muelle, donde había una fuente y una calle con farolas y barcos de carga que se veían cerquita. Por ahí había más rumba que en ningún otro lugar; rumba de cajón y tambor. Tocaban en unos cajoncitos chiquitos y con

tambores que se ponían entre las piernas. Todas las calles y las casas por dentro estaban llenas de taburetes. La gente se sentaba; los viejos y los jóvenes bailaban hasta que se caían desplomados. Los solares de ñañaños estaban encendidos.

Hubo tiros, puñaladas, jaladera, broncas de todos colores. Las *tabonas* no se callaban. Alguna gente que no estaba satisfecha por la forma en que los cubanos se gobernaban, cantaban aquello de Santa Eulalia, que parecía una oración:

Santa Eulalia está mirando
a los cubanos gobernar
y le causa sentimiento.
¡Ay, Dios!, la reina está llorando.

Yo me sentía contento. Nunca pensé que la guerra se podía terminar. Me pasaba igual que en el monte, cuando la abolición. Esas cosas no eran fáciles de creer. En la guerra yo me había acostumbrado a estar desnudo, viendo bayonetas casi todos los días y huyéndoles a las guerrillas. Cuando me dijeron que se había dado el armisticio², me quedé como si nada. No lo creí. En La Habana me convencí completamente. El mundo parecía que se iba a acabar. A Máximo Gómez lo aplaudían en las calles y le besaban el chaleco. No había un solo cubano que no gritara: «¡Viva Cuba Libre!».

Se daban las manos en las calles, sin conocerse, se tiraban los sombreros y los pañuelos... Yo no puedo describir eso porque lo viví mucho. Fueron momentos míos que no se conservan claros. Más me acuerdo yo de la ropa, de los sombreros, de las modas que trajeron los americanos... Ellos decían que los hombres debían andar con la cabeza descubierta. Alguna gente les hizo caso. A mi gusto eso nunca fue. Yo no me he quitado

2 Alto al fuego dado en el año 1898.

el sombrero nada más que a la hora de dormir. La cabeza debe andar bien cubierta siempre. Yo entiendo que es una falta de respeto andar exhibiendo el cráneo por ahí. A los americanos les importaba un pito. Para ellos cualquier cosa venía bien. Sobre todo para los turistas, que eran unos cuatreros.

La capital tenía un manejo muy raro. Uno veía las cosas más chillonas y más vulgares. Para el novato esto era lo mejor del mundo. De tanta diversión se ponían bobos, entretenidos; la borrachera y todo lo demás... Yo me solté bastante con las gallinas. Así y todo tuve calma. ¡Vamos, que no me revolví! En pocos días no se podía confiar de nadie. Me hospedé en una casa de madera que era de unos conocidos míos. Hubo libertadores que durmieron en casas ajenas por varios días. Toda la ciudad abrió las puertas. La Habana de aquellos años era hospitalaria. Pero a mí con cuentos de farolitos y tomadera y mujeres baratas no hay quien me agarre. No me gustó, y esto es una cosa oficial mía, el manejo, el proceso de la gente de la capital. Los mismos chulos eran repugnantes; tipos que vivían del aire y de la cogioca. En La Habana, porque en otros lugares el chulo no se hubiera dado.

En el campo las leyes son más estrictas, las leyes de los hombres que no ven fantasmas. Aquí, en la ciudad, los chulos tenían mano abierta. Paseaban, chiflaban, jodían... Se vestían con unas camisetas que llevaban dos letras: HR. Eran de hilo fino y duraban por lo fuerte. Los zapatos que usaban eran buenos también, pero feos; de cuero de venado o de alfombras. Muchos les decían pantuflas, que es un nombre español.

De pillos que eran se amarraban un pañuelo rojo en el cuello para impresionar. A las putas las freían a palos. Les daban golpes por dondequiera. Eso fue lo primero que yo vide cuando me bajé del tren en esta ciudad: chéveres, con las

camisas amarradas a la cintura y el cuchillo francés, dándoles golpes a las mujeres de la vida. Ellos no se habían mirado bien al espejo. Si lo hubieran hecho, a lo mejor se hubieran quitado esa manía de arrastrar las chancletas y abusar de las putas. Los únicos que les pusieron frenos a esos fueron los americanos. Los mandaban a no sé qué lugar fuera de La Habana, o los ponían a picar piedras en la calle. Picaban bajo el sol, con ronchas en la piel, ¡los muy hijos de mala madre!

Por eso esto no me gustaba. Claro, había que conocer la vida aquí. Nosotros los libertadores encontrábamos las cosas raras y nuevas, pero a lo mejor ellos hubieran dicho que el campo era un infierno. Lo que más les dolió fue el jaque mate de los americanos. Parece que pensaron que esa gente venía aquí por gusto. Luego se comprobó que no, que lo que ellos querían era cogerse lo mejor del pastel. La población dejaba que las cosas pasaran. Hubo gente que se alegró de que los americanos *cogieran la sartén por el mango*. Y decían, todavía hoy hay quien dice, que lo mejor de toda la guerra era la intervención americana.

En aquellos días ocurrió un asunto con un cura, que para mí que fue de los demonios. Ese cura pasó el bochorno más grande que yo he conocido. Con sotana y todo, los americanos le dijeron que él era un descarado y lo pusieron a picar piedras en La Habana, en las calles del centro, por ahí por donde está hoy el Palacio de los Presidentes.

Toda la gente vieja sabe eso. Y saben que los americanos fueron los culpables. Yo fui a verlo, porque por mi madre que me parecía mentira. Me levanté temprano y salí disparado para la plazoleta donde me habían dicho que estaba trabajando el cura. Lo vide enseguida bajo el sol con la sotana pegada al cuerpo. Como los curas eran lo más delicado que había, me quedé frío. Pero era el mismo, con santo y seña. Así que no hay cuento ahí, ni fantasma. Las mujeres que

pasaban y veían al cura se hacían la cruz en la cara, porque no lo creían. Yo me pellizqué el brazo para asegurarme. Luego del cura no se supo más. Ahora yo opino que ese tiene que salir ahí, en espíritu, para vengarse.

Con los negros no se metían mucho. Les decían: «Nigre, nigre». Y entonces se echaban a reír. Al que les celebraba la gracia, ellos lo seguían fastidiando. Al que no, lo dejaban tranquilo. Conmigo no se metieron nunca; la verdad del caso es que yo no los tragaba. Nunca jaraneé con ninguno. Cada vez que podía les zafaba el cuerpo. Al terminar la guerra empezó la discusión de si los negros habían peleado o no. Yo sé que el noventa y cinco por ciento de la raza negra hizo la guerra. Luego ellos empezaron a decir que el setenta y cinco. Bueno, nadie les criticó esas palabras. El resultado fue que los negros se quedaron en la calle. Guapos como fieras y en la calle. Eso era incorrecto, pero así fue.

En la policía no había ni un uno por ciento de negros, porque los americanos sacaron la palabra esa de que cuando el negro cogiera fuerza, cuando se educara, era dañino a la raza blanca. De modo que al negro lo separaron completamente. Los cubanos de la otra raza se quedaron callados, no hicieron nada y ahí quedó el asunto, hasta hoy en día, que es distinto, porque yo he visto blancos con negras y negros con blancas, que es más delicado, por la calle, en los *cafeses*, dondequiera.

Morúa y Campos Marquetti³ trataron de arreglar el problema y les dieron algunos puestos en el gobierno a los negros. Puestos de serenos, porteros, carteros... Aun así, cuando se disolvió el ejército, los libertadores negros no pudieron

3 Generoso Campos Marquetti, representante de la Cámara del Partido Liberal en 1912. Secundó a Martín Morúa Delgado en la resolución dictada por este en que prohibía la existencia en Cuba de partidos racistas.

quedarse en la ciudad. Regresaron al campo, a la caña, al tabaco, a cualquier cosa, menos a las oficinas. Más oportunidades tenían los guerrilleros con todo y haber sido traidores. La verdad es esa, sin discusión. El mismo general Maceo hubiera tenido que colgar a mucha gente en el monte para haber podido mandar en algo.

Después la mayoría de la gente dice que los americanos eran lo más podrido. Y yo estoy de acuerdo; eran lo más podrido. Pero hay que pensar que los blancos criollos fueron tan culpables como ellos, porque se dejaron *mangonear* en su propia tierra. Todos, los coroneles y los limpiapisos.

¿Por qué la población no se rebeló cuando lo del *Maine*? Y nada de cuentos de camino, aquí el más pinto sabía que el *Maine* lo habían volado ellos mismos para meterse en la guerra. Si ahí la gente se hubiera revirado, todo hubiera sido distinto. No hubieran ocurrido tantas cosas. Pero a la hora de los mameyes nadie echó cuerpo ni palabra. Máximo Gómez, que para mí que sabía algo, se calló y murió con el secreto. En mi interior yo pienso así y que me caiga muerto si digo mentira.

Antes yo me sabía más cosas, más trucos que han quedado oscuros en la historia. Lo hablaba con mis amigos a solas. Hoy las cosas se me han revuelto demasiado. A pesar de todo, lo principal no se me olvida y eso que puedo contar con los dedos de las manos las veces que yo he hablado esas cosas con alguien. Una vez me puse a decir que lo de los americanos en Santiago de Cuba era un *paquete* y que ellos no habían tomado aquello de por sí. Pues hubo quien se peleó conmigo para no enredarse. Lo bueno que tiene esto es que hoy se puede hablar de todo. Y la verdad es que en Santiago el que se fajó fue Calixto García. Los americanos bombardearon la zona siendo

el jefe allí un español llamado Vara del Rey. Calixto García atacó a las tropas de Vara del Rey por tierra y las derrotó.

Entonces los americanos izaron la bandera para dar a conocer que ellos habían tomado la ciudad. Aquello fue un revoltillo terrible. Vara del Rey, con quinientos hombres, mató a un montón de americanos. Lo peor de todo fue que el jefe de la tropa americana dio la orden de que no entrara a la ciudad ni un cubano. Eso fue lo que levantó la presión allí. Los cubanos, al no poder entrar al pueblo, le cogieron jiña a los americanos, y Calixto García tuvo unas palabras duras con ellos. A decir verdad, yo prefiero al español que al americano; pero al español en su tierra. Cada uno en su tierra. Ahora, al americano no lo quiero ni en la suya.

En la guerra, el español les decía a las mujeres: «Oye, Pancha, tu padre me está tirando tiros, pero toma la comida, recoño». No eran tan sangrientos. Lo de los americanos sí que era el colmo. Abrían un hoyo y tiraban la comida dentro. Todo el pueblo conoció eso, lo vivió. Wood, Teodoro Roosevelt, el otro, que no me acuerdo ya ni cómo se llamaba; en fin, la partida de degenerados esos que hundieron este país.

En Cienfuegos⁴, allá por el año mil ochocientos noventa y nueve, un grupo de mambises tuvo que *cargarle al machete*

4 Pablo L. Rousseau y Díaz de Villegas, *Memoria descriptiva, histórica y biográfica de Cienfuegos*, s/c, Cienfuegos, s/a, p. 269. Versión parcial del hecho: «El día 24 de junio a las cuatro de la tarde, cuando era mayor la animación de la ciudad con motivo de celebrarse la fiesta de San Juan, bajo el nuevo régimen establecido, tres soldados empleados en la Comisaría de Guerra del ejército americano, promovieron un escándalo en una casa del mal vivir situada en el extremo oeste de la calle Santa Clara. La policía municipal trató de arrestar a los alborotadores en el momento en que pasaba por el lugar el capitán Fenton, quien detuvo el coche haciendo subir a los tres soldados antes mencionados, a pesar de la oposición de la policía, alejándose después rápidamente. »En este momento, un soldado de los que iban en el coche disparó sobre un policía que trató de detener a los que conducían el vehículo, cayendo dicho policía atravesado por el disparo que le hizo su agresor. Mientras esto ocurría, un piquete de

a unos cuantos soldados americanos que, de pillos que eran, querían cogerse a todas las criollas como si fueran carne de mercado. No respetaban ni a su madre, yo creo. Llegaban a las casas y veían a una mujer linda en la ventana o en la puerta, y se le acercaban, y le decían: «Foky, foky, Margarita», y para adentro. Eso lo viví yo en Cienfuegos. Con el cuento del foky, foky, se dieron una jodida vigueta. Nosotros nos enteramos del asunto y fuimos para allá a vigilarlos. Ellos vestían de amarillo, planchaditos, pero borrachos casi siempre. Claudio Sarría, que había sido sargento, dio la orden de cargar al machete. Y fuimos como fieras para allá.

Vigilamos y efectivamente, un grupito se puso a fastidiar en una calle cerca del muelle. Se metían con las mujeres, les tocaban las nalgas y se reían. Yo creo que en la guerra no sentí tanto fuego por dentro como aquel día. Les fuimos para arriba y a machete limpio les hicimos salir de allí. Unos cogieron para el muelle, adonde estaba el barco, a refugiarse. Otros se fueron a las lomas del Escambray como voladores de a peso. Más nunca fastidiaron a una mujer en el pueblo.

Cuando salían iban con un oficial y entraban en los cafeses como muchachos de escuela. A mí eso no se me ha pasado

soldados americanos que acababa de llegar al paradero del ferrocarril, abandonó la custodia que conducía el pago de los soldados cubanos y rompió el fuego contra la ciudad, atrincherados en la cerca del paradero, dando muerte al vecino señor Pablo Santa María, que pasaba en coche, con sus tres niños, por el Paseo de Arango. Fue establecida la calma poco tiempo después de haber dado principio estos sucesos, que ocasionaron, además, algunas lesiones a diferentes personas por la intervención del Mayor de la ciudad y del general Esquerra, jefe de la Guardia Rural, los que exponiendo su vida se dirigieron al lugar donde estaban haciendo fuego los soldados americanos, estimulándolos a que cesaran en sus descargas. Los hechos relatados dieron motivo a una protesta general contra la conducta de los promovedores de estos conflictos».

[Consignamos este hecho, que aquí se relata en versión parcial, por su importancia histórica, ya que hasta donde alcanza nuestro conocimiento fue el primer encuentro armado entre cubanos y norteamericanos, en respuesta a la conducta insolente y desfachatada de los últimos. M. Barnett.]

nunca, porque ese día todos los que participamos en el encuentro nos estábamos jugando el pellejo. Sin embargo, después han hecho cosas peores y la gente se ha quedado mansita.

Los americanos se cogieron a Cuba con engatusamientos. Es verdad que no hay que echarles la culpa de todo. Fueron los cubanos, los que los obedecieron, los verdaderos culpables. Ahí hay muchos terrenos que investigar. Yo estoy seguro de que el día en que se descubra toda la maraña que hay oculta, se va a acabar el mundo. Se tiene que acabar, porque ahora mismo es y ellos han metido la mano dondequiera.

Los coronelitos cubanos, cuando terminó la guerra, le dieron mano abierta a McKinley para que hiciera con esta Isla lo que él quisiera. Ahí donde está el central Santa Marta había unas tierras del marqués de Santa Lucía. Esas tierras, según yo me enteré, él las había dejado para los libertadores. El caso es que las tierras se las repartieron los americanos con Menocal. ¡El negocio más sucio de toda la guerra!

Menocal se calló la boca y dispuso a sus anchas. Ese era más americano que el mismo McKinley. Por eso nadie lo quería. Fue patriota de negocio, no de manigua.

Y como eso un millón de cosas más que no tienen cuándo acabar. Antes yo pensaba más en todo, pero luego me tenía que poner la mano en la cabeza, porque me entraban calenturas. Yo soy un poco pensativo a veces. Aunque por gusto no pienso las cosas. Ellas vienen a mí y para sacármelas tiene que pasar un terremoto.

Lo que más me ha salvado es que me he callado, porque no se puede confiar. El que confía mucho se hunde solo. Cuando terminó la guerra, que todas las tropas llegaron a La Habana, yo empecé a observar a la gente. Muchos se querían quedar cómodos, suavечitos en la ciudad. Bueno, pues esos que se quedaron salieron peor que si hubieran regresado al monte. Peor, porque empezó el tira y encoge, el engaño y las

mentiras. «Negro, tú vas a ser rico aquí». Y ¡ninga! Ese era el primero que se moría de hambre. Por eso cuando los jefes dijeron: «Ya se terminó la guerra, hay que trabajar», yo cogí mi bulto y fui a la terminal de trenes al lado de la muralla de La Habana. No se me ha olvidado todavía. Allí mismo me embarcaron para Las Villas. Yo lo pedí. Las Villas es la mejor parte de Cuba y como yo nací allí...

A los guerrilleros los dejaron en las oficinas, porque eran hombres de cuentas y boberías de esas, o tenían una hija bonita o dinero. Yo me volví al campo sin un kilo en el bolsillo. Me licencié temporalmente.

Cuando llegué a Remedios encontré algunos conocidos míos, luego partí para Cruces y empecé a laborar en el central San Agustín Maguaraya. En la misma cosa. Todo parecía que había vuelto para atrás. Me metí a trabajar en la estera. Después fui al mezclador, donde se estaba más cómodo y se ganaban treinta y seis pesos al mes. Vivía solo en un barracón de guano, hasta que me dieron ganas de echarme una canchanchana. Me la eché, también por un tiempo, porque la cosa estaba apretada. Luego la solté y me volví a quedar solo.

En Maguaraya no hice amigos. Los guapetones y los malcriados no me han gustado nunca. Allí nadie gastaba confianza conmigo. También es verdad que yo no jaraneaba. Cada uno va a la plaza con su canasta.

Trabajaba todo el día y cuando llegaba la noche me iba a descansar y a sacarme las niguas, que son los bichos más dañinos del mundo. Recorrí casi todos los pueblos de Las Villas. Fui vendutero, sereno, ¡el acabóse! Aprendí todos los oficios para que nadie me anduviera con cuentos.

Un día llegué a La Habana y ya se había muerto Máximo Gómez. Cuando un hombre se muere la gente se olvida

rápido de él. Lo único que oí decir es que salía a cada rato en la Quinta de los Molinos y que la quinta tenía brujo.

Pasé por un parque y vi que lo habían montado en un caballo de bronce. Seguí para abajo y como a la media legua tenían a Maceo montado en otro caballo igual. La diferencia estaba en que Gómez miraba para el norte y Maceo para el pueblo.

Todo el mundo tiene que fijarse en eso. Ahí está todo. Y yo me paso la vida diciéndolo, porque la verdad no se puede callar. Y aunque mañana yo me muera, la vergüenza no la pierdo por nada. Si me dejaran, ahora mismo salía a decirlo todo. Porque antes, cuando uno estaba desnudo y sucio en el monte, veía a los soldados españoles que parecían *letras de chino*, con las mejores armas. Y había que callarse. Por eso digo que no quiero morirme, para echar todas las batallas que vengan. Ahora, yo no me meto en trincheras ni cojo armas de esas de hoy. Con un machete me basta.

GLOSARIO

A boca de jarro: Próximo. A boca tocante. Actuar sin medir consecuencias de la acción. Sin rodeos.

Alafia: Expresión que indica que las cosas marchan bien. Se usa particularmente en el sistema de adivinación de los cocos entre los lucumís.

Ángel: Gracia o dote divina.

Apapipios: Denunciantes, chotas, soplones.

Asobaban: Golpeaban.

Atemoraba: Atemorizaba.

Atemoró: Atemorizó.

Blandunguería: Debilidad.

Bromero: Bromista.

Cabildo: Agrupación de negros esclavos y sus descendientes, organizados de acuerdo al mismo origen tribal, que servían a fines sociales y benéficos. En los cabildos se intentaba reconstruir las tradiciones africanas, se efectuaban ritos, se cantaba y bailaba. Se iniciaron a fines del siglo XVII y algunos se prolongaron hasta bien entrada la época republicana.

Cafeses: Cafés.

Calalú: Comida yorubá. Se hace con harina y carne de cerdo.

Es el plato favorito de Changó.

Canchanchana: Concubina.

Cargarle al machete: Levantar el machete en señal de pelea.

Caringa: Baile de origen africano, muy extendido en la provincia de Las Villas. Para Esteban Pichardo era «canción usada por la gentualla, que suele bailarse también». Hoy en desuso.

Carne de callo: Mala persona.

Casas de santo: Templos donde se practica la santería.

Casimba: Recipiente natural de agua fresca.

Casquillo reformado lateral: Lío, problema.

Cazuela: Receptáculo de barro donde se concentran los atributos mágicos de las fuerzas sobrenaturales que se adoran en los ritos congos.

Changó: Deidad yorubá. Dios del rayo y de los truenos, del amor, la virilidad, la música.

Charamusca: Pelea.

Cheketé: Bebida yorubá. Se hace con naranja agria y vinagre. Es bebida ritual.

Chévere: Bueno. Simpático.

Chismosas: Lámparas de lata que alumbran quemando petróleo, corrientes en el campo.

Chivos: Trucos. Fraudes.

Clarítico: Muy claro.

Cochinatico: Cerdos pequeños.

Cogieron la sartén por el mango: Tomaron la iniciativa o el mando.

Cojonal: Montón de personas o de cosas.

Colonos: Nombre que se da al agricultor que se dedica al cultivo de la caña de azúcar. El que posee tierras dedicadas a este cultivo.

Coloraúzco: Tirando a colorado.

Comían: Poseían sexualmente.

Compaginación: Trato, acuerdo.

Dar revés: Dar golpes.

Diente de perro: Mala persona.

Disparaban la mecha: Realizaban un trabajo duro.

Dulones de amo: Aduladores del amo.

Eleggua: Deidad yorubá. Dios de los caminos y del destino.

Emboba: Palabra conga que significa «majá». También se usa como forma del verbo hablar.

Endoqui: Diablo congo.

Enkangues: Palabra conga que significa «hechizos».

Envuelta: Hacia.

Equíticos: Tacaños, mezquinos.

Escondida: Escondido. Juego de los escondidos.

Espanté el mulo: De espantar el mulo. Irse de un lugar rápidamente.

Esquifación: Vestuario que se entregaba a los esclavos para su uso durante el año.

Faina: Faena.

Fajatiña: Peleas.

Fandango: Lío, problema.

Fenómeno colorado: Algo malo. Mala persona.

Flor de camino: Estiércol.

Fotingo: Ano.

Fotuto: Caracol que se usa en el campo como bocina. Se le atribuye un origen indígena.

Freír espárragos: Irse lejos.

Gallinas: Mujeres.

Gallo: El que se destaca en algo. El principal.

Gangulería: Trabajo congo o hechizo que se hace para obtener algún beneficio.

Granjería: Comida de varias clases. Principalmente, dulces.

Guano: Dinero.

Guardiero: Guardián o portero en los ingenios, cafetales y haciendas.

Guásima: Árbol usado para ajusticiar por colgamiento. La Justicia.

Guatacón: Adulón.

Guerrilla de la Muerte: Tropa formada por cubanos que peleaban a favor de España.

Habitantes: Tipos deambuladores, desamparados o sin importancia.

Jabaos: Meztizos de blanco y negro. De color amarillento y pelo claro.

Jamaqueó: Estremeció.

Jartadas: Hartadas.

Jelengue: Barahúnda.

Jiña: Rabia. Soberbia.

Jirigáis: Riñas.

Jocico: Hocico.

Jodienda: Lío. Problema.

Júa: Muñeco que representa todo lo malo (de Judas).

Judío: Lo malo.

Juntos: Unidos.

La hora de los mameyes: La hora crucial.

Largo: Buen trabajador.

Letras de chino: Expresión de limpieza y orden.

Listo para la fiesta: Mal. Sin remedio, sin salvación.

Lucumí: Denominación popular y arbitraria que se dio en Cuba a los negros provenientes de Nigeria y probablemente de otras regiones sudanesas, sobre todo del golfo de Guinea.

Macuto: Envoltorio, amuleto congo.

Majases: Majaes.

Malevosa: Maligna.

Maliciada: Maleada.

Mangonear: Dominar.

Mayombe: Espíritu malo. También nombre que se le da a uno de los grupos o sectas de la Regla de Palo. Jugar mayombe equivalía, además, a trabajar con brujería con fines utilitarios.

Metido: Enamorado.

Monte: Juego de azar, prohibido.

Moraúzco: Tirando a morado.

Musaraña: Trasego, arreglo.

Musundi: Nación o pueblo del Congo de donde vinieron esclavos durante la trata.

Nananina: Nada.

Ngulo: Palabra conga: cerdo.

Nutricia: Nutritiva.

Ñamabas: Llamabas.

Ñáñigos: Los miembros de la secta Abakuá, sociedad de origen africano, exclusiva de hombres, que se conserva en Cuba en las provincias de La Habana y Matanzas.

Ñinga: Negación. Excremento.

Obatalá: Deidad yorubá. Dios de la paz y la creación del universo.

Ochún: Deidad yorubá. Diosa del oro y la sexualidad.

Oggún: Deidad yorubá. Dios de la guerra, la selva y las herramientas.

Oggún Aguanillé: Deidad yoruba. Advocación de Oggún. Representa al guerrero.

Oggún Arere: Deidad yorubá. Advocación de Oggún. Representa al herrero.

Oggún Oké: Deidad yorubá. Advocación de Oggún. Representa la loma.

Paisanaje: Generalmente se aplica a los chinos. Aquí se extiende a toda la población civil.

Palero: Práctica de los ritos congos o Regla del Palo.

Paquete: Mentira. Argumentación sin fundamento.

Paripé: Simulación.

Parrandas: Fiestas. En pueblos como Bejucal, Caibarién, Remedios y Placetas se celebran con este nombre fiestas callejeras alrededor de la Navidad o San Juan.

Partido: Jurisdicción. Territorio gobernado por un juez pedáneo en la Colonia.

Patuá: *Patois*.

Perro de muerto: Molestar visitando las casas y pidiendo comida.

Pisajo: Miembro genital del toro o del buey.

Plante: Alarde.

Plateado: Desertor del ejército libertador en la manigua.

Poner tirante: Guarecerse.

Potaje: Problema.

Prenda: Receptáculo mágico donde radican los poderes o fundamentos de la religión conga o Regla de Palo.

Preparo: Fórmula o trabajo mágico.

Quimbombó: Comida yorubá. Planta popular en Cuba, con la cual se hace un plato favorito de los africanos y hoy de la

población cubana en general. El quimbombó queda como un caldo viscoso al cual se le añaden viandas y carne de gran variedad.

Quimbumbia: Juego congo acompañado de baile. También, juego de niños en que se utilizan dos palitos, uno de los cuales se hace saltar y golpea para ver a qué distancia llega. El que logre lanzarlo más lejos gana.

Ranchadores: Rancheadores. Hombres dedicados a perseguir negros cimarrones.

Rancho: Vivienda rústica.

Rascabarriga: Rama muy fuerte y flexible que sirve de látigo.

Rebencúo: De mal carácter. Torpe, terco, violento.

Rompe y raja (De rompe y rasga): De armas tomar. Valentón.

Salao: Malo. Maldito.

Salpafuera: Confusión, lío.

Sancochado: Salcochado.

Santuario: Condición de santo. Que tiene que ver con los santos.

Separatistas: Sectarios o individualistas.

Sitieros: Dueños o habitantes de un sitio o hacienda pequeña.

Surrupios: Personas carentes de posición económica o prestigio en la sociedad.

Tahonas: Rumbas callejeras surgidas en distintos barrios habaneros.

Templa: Guarapo contenido en un tacho. Templa es cada una de las veces en que este contenido se extrae.

Timbirito: Triunvirato. Ingenio de ese nombre.

Tocoloro: Tocatorio.

Trabajo de palo: Trabajo mágico para lograr algún beneficio en la Regla de Palo.

Trabucos: Armas de fuego rústicas con cabo de madera.

Vara en tierra: Pequeño bohío con techo de dos aguas y sin horcadura. Sirve para almacenar herramientas y aperos agrícolas, y para guarecerse de las tempestades.

Vide: Del verbo ver. Vi (arcaísmo).

Vigueta: Grande. Complicado.

Volanta: Carruaje de lujo usado antiguamente en Cuba, tirado por caballos.

Voluntarios: Tropas auxiliares del ejército español integradas por peninsulares residentes en Cuba.

Vueltabajeros: Habitantes de la zona occidental de la Isla.

Yemayá: Deidad yorubá. Diosa de las aguas del océano y de la maternidad.

Zapateo: Baile muy extendido por la Isla en el siglo XIX y principios del XX. Típico de los campesinos blancos. Hoy en desuso.

LOS CAMINOS
DEL *CIMARRÓN*

PARA LLEGAR A ESTEBAN MONTEJO: LOS CAMINOS DEL *CIMARRÓN*

¿Cómo empezar esta historia y que no parezca un acto de vanidad? Es muy difícil. Tengo que distanciarme y convertirme, yo mismo, en uno de los personajes de mis novelas. ¿Y cómo convertirme en uno de los personajes de mis novelas? Es más difícil aún, pero trataré de hacerlo.

Antes de hablar de cómo surgió *Biografía de un cimarrón* tengo, necesariamente, que hacer un poquito de historia. La historia de cómo llegué yo a aquello que se llamó El Barracón. El Barracón no era más que un equipo dirigido por Juan Pérez de la Riva, el historiador y demógrafo, en la Biblioteca Nacional de Cuba, específicamente en la Colección Cubana. Ahí había unos cubículos y en esos cubículos, visitados por muchísimos historiadores e investigadores, se gestó el equipo donde participaban Argeliers León, que era el director del Departamento de Música de la Biblioteca; Juan Pérez de la Riva, que trabajaba también como investigador; Manuel Moreno Fragnals; Isaac Barreal, María Teresa Linares y yo. No recuerdo si alguien más. Luego se incorporaron otras personas, pero ese

era el núcleo. Después se amplió con Alberto Pedro y Zoila Lapique. Con ese equipo hicimos la investigación para el libro *El barracón*.

Yo trabajaba entonces como secretario de Argeliers León. Estoy hablando del año 1960, porque en 1961 se creó el Instituto de Etnología y Folklore. Como yo fui de los primeros que ingresamos en aquel barracón, Argeliers me llevó luego al Instituto de Etnología y Folklore que formó parte de la Academia de Ciencias. Fue el primer instituto creado por la Academia de Ciencias.

Tenía la experiencia de haber trabajado en los archivos con los papeles de la Colección Cubana. Veía, husmeaba allí, olfateaba entre aquellos viejos manuscritos, entre aquellos documentos y recibía también las enseñanzas de Juan Pérez de la Riva, de Argeliers, de Fragonard, de todos los que trabajaban en la Colección Cubana de la Biblioteca. Así que fui con algunas ideas a la Academia de Ciencias y entré como investigador científico. Mi primer carné en la Academia decía: «Miguel Barnet. Investigador científico».

Yo había terminado mis estudios secundarios y había empezado a estudiar Ciencias Sociales en la Universidad de La Habana, pero a la vez tenía vínculos muy estrechos con Argeliers, con quien trabajaba. Visitaba con mucha frecuencia la casa de don Fernando Ortiz y don Fernando siempre me fustigaba, me decía que en la universidad se aprendía a leer quizás lo que no se debía leer, queriendo decir que los textos de las asignaturas de Ciencias Sociales eran textos muy anacrónicos, pasados de moda. Me dio a leer a los antropólogos brasileños y norteamericanos.

De todos modos, empecé en la universidad la licenciatura en Ciencias Sociales, pero no la terminé porque preferí entrar en aquel centro que era para mí un laboratorio, ya que, además de las investigaciones, me servía también como

lugar de estudio. Es decir, era un centro docente realmente. Allí recibimos muchos cursos, recibimos seminarios, en fin, fueron los años en que estuve en la Academia de Ciencias, años en que descubrí el camino de Damasco, para decirlo de una forma poética.

Un primer contacto con la etnología cubana, es decir, con los científicos que se dedicaban a la etnología cubana, fue en el seminario de folklore que organizó Argeliers León en el Teatro Nacional antes de que pasara a la Biblioteca. Ya en el año sesenta yo lo conocía, pues nos habíamos encontrado en una exposición que él organizó en la calle Prado, una exposición de instrumentos cubanos, en época de la dictadura, en el año 1958. Recuerdo que fui a la exposición y me quedé maravillado al ver aquella colección tan variada de instrumentos, sobre todo de tambores y sonajeros de las culturas de origen africano en Cuba. Allí vi tambores yorubá, arará, iyésá; también sonajeros, instrumentos de hierro, de metal, y me quedé muy impresionado con todo aquello porque, para decir verdad, ese no era mi mundo. Tenía dieciocho años, pero me di cuenta de que allí había una riqueza extraordinaria. Y así fue como empecé, orientado y asesorado por Argeliers León, a estudiar la obra de Fernando Ortiz, a quien finalmente conocí en el año sesenta.

Mi primer contacto fue en aquel seminario, después en la Biblioteca Nacional, donde se creó el *team* llamado El Barracón y después la Academia de Ciencias. Leí bien todas esas entrevistas porque, como había trabajado en el libro *El barracón*, de Pérez de la Riva, tenía una inclinación hacia el tema muy fuerte y, por otra parte, una inquietud muy grande, porque había entrevistado para *El barracón* y para otras investigaciones a algunos viejos que habían sido mambises, aunque ningún esclavo.

Y entonces este hombre, cuya foto aparecía en el periódico con unos ojos grandes, muy expresivos, decía llamarse Esteban

Montejo y había sido no solamente esclavo, sino también cimarrón. Me llamó la atención que un hombre confesara en 1963 que había sido cimarrón, cuando yo tenía entendido que no quedaba ningún sobreviviente y que los cimarrones, ya en el año sesenta y pico del siglo XIX, no se veían; ya el fenómeno del cimarronaje estaba prácticamente desvanecido, casi no existían cimarrones. Y, sin embargo, Esteban Montejo confesaba que había sido cimarrón en ese período.

Me llamó profundamente la atención esa entrevista banal y, sobre todo, aquella mirada tan incisiva, tan profunda de los ojos de Esteban Montejo. Inmediatamente y sin consultar a nadie en la Academia de Ciencias, porque no estaba dentro de mis proyectos —yo estaba cuando eso en mi proyecto colectivo, haciendo trabajos sobre la historia de las danzas folklórica y tradicional en Cuba, y entrevistando algunos informantes que también lo habían sido de Fernando Ortiz, como Nieves Fresneda, Trinidad Torregrosa, Marcelino Ordaz, Basilia, Emilio O’Farrill y otros sobre el tema de la santería propiamente—, me dije: «Bueno, voy a ir a ver a este hombre».

Cogí la guagua un buen día y me fui para el Hogar del Veterano. No hice más que entrar a aquel edificio y me encontré, sentado en un taburete y reclinado a un árbol, a Esteban Montejo vestido con una chamarreta color caqui y con su sombrero puesto, sombrero que casi nunca se quitaba. Me di cuenta de que era él. Se produjo de inmediato, no sé si por química o por *rapport*, una comunicación. Él se percató de mi presencia y yo lo identifiqué enseguida. Ni siquiera entré a ver a la responsable de bienestar social ni a nadie allí del Hogar del Veterano, no hizo falta. Empecé la entrevista con él y desde ese día de 1963, no recuerdo si fue en el verano o en el invierno, hasta el 10 de febrero de 1973, en que él falleció, fui al Hogar del Veterano religiosamente todas las semanas,

a verlo, a llevarle tabacos, botellas de aguardiente, dulce de coco y cajas de cigarros.

Entrar a Esteban Montejo, entrar a esa Arcadia, a ese mundo de Esteban, fue realmente muy difícil. Todavía en aquellos años, con todo y el fragor de la Revolución y las ideas políticas y de avanzada, él me miraba con recelo y con desconfianza, y también con reticencia. Esteban Montejo era una incógnita, era un enigma, pero yo tenía que ganármelo y me lo gané con paciencia y con persistencia.

Hablé mucho de cosas triviales con él, de sus problemas actuales. No traté en las primeras conversaciones de revelarle mi verdadero proyecto —porque tampoco yo sabía cuál era mi proyecto—, todo estaba en el aire, era algo indefinido. Deseaba hacer algo con él, pero no sabía que iba a hacer la novela-testimonio. No sabía que iba a hacer *Biografía de un cimarrón*. Sabía que era un informante en potencia que me iba a enriquecer de muchas maneras. Y así empecé a ganarme a Esteban Montejo.

Ya a finales del año, me acuerdo que fue en el mes de diciembre, en una de las visitas que le hice, él me preguntó: «¿Usted tiene un calendario en su casa?». Le respondí: «Sí, yo tengo un calendario en mi casa». «Busque en un calendario, busque al dorso, para que vea las efemérides y para que vea qué santo es el que se conmemora el 26 de diciembre». Yo fui para mi casa, miré en el calendario y vi al dorso que el 26 de diciembre es el día de San Esteban. Con eso él me estaba diciendo que el 26 de diciembre que se aproximaba era el día de su cumpleaños. Y eso fue para mí un signo, fue una clave que permitió una confianza mayor y así fui entrando poco a poco en ese mundo que luego pude plasmar en el libro. Después de todo, sus mecanismos de defensa y los míos no eran tan diferentes. Cada uno por razones distintas era un solitario, y por qué no, un cimarrón. Y eso nos identificó a la larga. No fue el tarot, no fue la astrología, fue la vida la que nos unió.

Cuento algo de todo esto en el prólogo a la primera edición de la Academia de Ciencias, en 1966, y que es la razón de esta entrevista, porque ya hace más de cuarenta años que el libro viene dando lata, viene haciendo ruido. Ya el libro tiene sesenta y cuatro ediciones en muchos países del mundo, en muchas lenguas y realmente ha sido un emblema de mi vida y también una puerta que me ha abierto otras muchas puertas para otros libros y para mi trabajo profesional. Cuento, efectivamente, algunas cosas ahí en ese prólogo y lo hago de una manera quizás un poco más académica, más fría que como lo estoy haciendo ahora, porque han pasado treinta años desde que escribí ese prólogo, pero sigo pensando lo mismo de Esteban. Sigo pensando que realmente fue un actor único, insustituible, irrepetible, de la historia de Cuba. Por eso Graham Greene escribe que el libro es un libro único y que por primera vez esta palabra tiene un sentido pleno porque un libro así, con una historia así, no se puede repetir y porque el cimarrón Esteban Montejo fue el último de los cimarrones sobrevivientes de Cuba, de América y seguramente del mundo.

Tuve la sensibilidad, el olfato, la intuición de llegar a Esteban sin saber concretamente qué me iba a ofrecer él, qué iba a salir de esa relación, pero sospechaba que iba a ser un encuentro fructífero. No fui a ver una pieza de museo, no fui a ver a un anciano centenario; fui a buscar eso que no estaba en los libros de Historia en relación con el tema del negro en Cuba y con la esclavitud. Esa magia, esa resonancia que no estaba en los libros de Historia, que no estaba en los documentos, que no se proyectaba en las academias, en las universidades; y sabía que a través de él iba a encontrar muchas cosas valiosas, tesoros, y que él iba a ser mi guía para entender muchas coordenadas y muchos misterios de la historia de la esclavitud.

Aquel 26 de diciembre de 1963 cometí el error de comprar en una tienda de La Habana un sombrero de pajilla. Era bonito. Me costó caro en aquellos años. Recuerdo que fue en una tienda en la calle Neptuno y estaba ahí junto a otros ya viejos, amarillentos, cansados. Pero en 1963, cuando nadie usaba sombrero excepto los viejos, yo compré aquel sombrero y se lo llevé. No sé por qué a él no le gustó aquel sombrero en aquella caja. Era de pajilla, muy bonito, con una cinta negra. Él la abrió, me lo agradeció, lo puso a su lado, pero en diez años que lo traté nunca supe a dónde había ido a parar ese sombrero porque solo le conocí a Esteban Montejo uno: el sombrero del primer día en que yo lo vi allí, reclinado a aquel árbol a la entrada del Hogar del Veterano. Entonces me di cuenta de que a él había que darle otro tipo de obsequio y le llevaba dulce de coco, cigarros, tabaco y aguardiente. Eso sí le gustaba.

Creo que comencé las entrevistas a principios del año 1964 y la idea inicial, luego de algunos encuentros con él, fue la de hacer un trabajo que complementara aquel libro sobre los barracones de Juan Pérez de la Riva. Es decir, que hablara de la vida interna del barracón, de qué ocurría allí, de cuáles eran las relaciones interétnicas, de cuáles eran las relaciones sexuales, de cuáles eran las comidas, de cómo era verdaderamente la vestimenta, la esquifación que les daban a los esclavos, cómo se relacionaban los esclavos con la enfermería, cómo vivían los mayores, los contramayores, qué era un negro semental y qué significaba dentro de las relaciones sociales internas del barracón.

Todo eso me interesaba para hacer un apéndice que complementaría el libro de Juan Pérez de la Riva. Pero empecé a entrevistar a Esteban y ahí fue donde mi vena de poeta se sintió tocada y me di cuenta, ya en las primeras entrevistas, de que Esteban Montejo daba para mucho más, que Esteban

Montejo era una vida importante, anónima, de la historia de Cuba y había que rescatarla.

Mi único mérito fue adelantarme, o si no, al menos, ver lo que otros no vieron nunca, lo que no habían visto, lo que no habían descubierto en otros hombres llamados «sin historia», gente increíble, anónima, que eran el sedimento de la historia y de la cultura cubanas. Yo lo vi, me di cuenta de eso quizás por la formación que ya iba adquiriendo como etnólogo, por mi vocación de poeta y por mi intuición; ese es mi único mérito.

Después organicé el libro; pero ¿cómo lo organicé?, ¿cuándo me decidí a hacerlo?, ¿qué modelo seguí? Organicé el libro, en mi mente, un día que regresaba del Hogar del Veterano para mi casa, en la guagua. Era un viaje largo porque el Hogar del Veterano estaba en La Víbora y yo vivía en ese momento en la calle 10 en El Vedado. Un viaje largo, que me permitía pensar, meditar, y organicé un libro linealmente. Una historia cronológica, pero cuya cronología estaba marcada, no por fechas históricas, sino por hechos y acontecimientos sociales que estaban dentro de la leyenda, dentro de la mitología, dentro de un sistema de valores muy diferente al sistema que habían empleado tradicionalmente los historiadores. Me basaba en los hechos, repito, que habían dejado una marca poética en la gente. Y dije: esta va a ser la organización del libro si algún día lo hago y la verdad es que me lo callé, trabajé a hurtadillas, con pies de gato.

Estuve yendo al Hogar del Veterano, justificando muchísimo mis horas, las horas que me otorgaba el Instituto de Etnología y Folklore, para hacer estas entrevistas con Esteban Montejo, para el supuesto libro que iba a ser complemento de *El barracón*, pero ya iba gestando en mi cabeza, en una confabulación secreta entre Esteban y yo, la *Biografía de un cimarrón*.

Cogí una caja de zapatos, la empecé a llenar de fichas y cuando vi que tenía una gran cantidad y que algunas no las

podía leer porque mi caligrafía era muy enrevesada y muy fea —yo mismo ni la entendía—, me dije: «Tengo que pedir prestada la grabadora de la Academia de Ciencias». En ese momento existía solo una grabadora en el Instituto de Etnología y era una enorme grabadora Tesla, que no sé si pesaba veinte o treinta libras. Todavía siento el peso de aquel aparato con el que me montaba en las guaguas para ir a entrevistar a Esteban Montejo.

Él le hizo mucho rechazo a la grabadora, mucho rechazo, pero un día, en la barbería del Hogar, Esteban se estaba pelando y yo entré allí con la grabadora, la conecté y el barbero y los otros viejitos veteranos que se reunían allí oyeron la voz de Esteban y se entusiasmaron tanto, se pusieron tan eufóricos oyendo la voz de Esteban, que él se sintió halagado en su vanidad. Tomó conciencia de que él era un hombre con una vida importante y que este joven blanco venía a entrevistarle. Con el tiempo era él quien me pedía, cuando yo no quería usar el equipo porque me bastaba con los apuntes, que conectara la grabadora. Me decía: «Vamos a la barbería, conecta la grabadora». Y muchas de las entrevistas que le hice a Esteban, fundamentales para el libro, se las hice allí en la barbería del Hogar del Veterano, en medio de las risas, de los comentarios de todos aquellos viejos que se reunían en aquel lugar, inolvidable para mí. La barbería, donde se contaban todas las historias, todos los chismes de los amores que todavía sostenían aquellos viejitos, algunos centenarios, con mujeres más jóvenes que los explotaban.

El 26 de julio de 1964 se hizo un acto en el Hogar del Veterano para conmemorar esta fecha nacional y yo le regalé una bandera cubana a Esteban, porque la bandera del Hogar en ese momento estaba ajada y manchada. Le regalé la bandera a Esteban y hay que ver la alegría que le produjo poder desplegar esa bandera, con la cual nos hemos retratado y de la

cual existen muchas fotografías porque fue una contribución suya al Hogar del Veterano. Creo que ese fue el regalo que más apreció de todos los pequeños regalos que le hice.

Cuando ya yo tenía en mi casa y en las gavetas de mi buró en la Academia de Ciencias una cantidad enorme de fichas para el supuesto libro, llegó a Cuba Ricardo Pozas, el antropólogo mexicano. Pozas fue uno de los antropólogos que impartieron cursos en la Academia de Ciencias. Nos dio un curso de Métodos de Investigación Científica y nos enseñó mucho de la cultura indoamericana, sobre todo de la cultura xochitl de Chiapas. Logré hacer una gran amistad con Ricardo y fuimos a ver a los yucatecos de Madrugá, hicimos algunas excursiones, hablamos mucho, en fin, nos hicimos amigos y le fui contando a Pozas, que era el autor hacía ya veinte años de ese clásico de la antropología moderna que es *Juan Pérez Jolote: un relato etnográfico*, lo que estaba haciendo yo con este hombre anciano, excimarrón, exesclavo, y llevé a Pozas al Hogar del Veterano. Se quedó muy impresionado con el lenguaje de Esteban; aunque era un lenguaje parco, no es el lenguaje que aparece luego en el libro, era un lenguaje cortado, muy sentencioso, muy poético y Pozas se quedó entusiasmado con la personalidad de Esteban.

Me afirmó en la idea de hacer un libro de manera que este material no estuviera dedicado solo a complementar el libro *El barracón*. La idea era hacer mi propio libro, un relato etnográfico. Y así fue como se llamó: *Biografía de un cimarrón: un relato etnográfico*. Después lo calificué de novela-testimonio para ser honesto conmigo mismo, con la metodología que había empleado y con la proyección del contenido. Puedo decir que Pozas me alentó mucho a hacer la obra, y a pesar de lo que han dicho algunos críticos que se refieren a Truman Capote cuando hablan de mi obra o a Oscar Lewis, realmente el modelo que seguí —aunque lo modifiqué, lo amplié en

sus perspectivas, en sus propósitos— fue su *Juan Pérez Jolote*. Siempre digo esto porque creo que es un merecido homenaje a una figura de la antropología contemporánea mexicana que ha dejado una huella muy profunda en todos sus estudiantes, un verdadero maestro.

Luego llegó a Cuba la antropóloga Calixta Guiteras, que había trabajado durante muchos años en México, y ella fue también un acicate para la elaboración de esta obra. Ella leyó el prólogo, leyó el libro. En ese momento yo sostenía unas relaciones muy personales con Margarita Dalton, la hermana de Roque Dalton. Ella trabajaba con nosotros en el Instituto de Etnología y entre Calixta Guiteras y Margarita me ayudaron en la idea de cómo gestar, cómo hacer el libro, para que no se pareciera a nada de lo que se había hecho anteriormente y, sin embargo, pudiera cumplir el propósito que yo deseaba: llenar el vacío, las lagunas que había en la historia de Cuba de algunos aspectos que aparecen reflejados en el libro, como dije ya, las relaciones interétnicas, la vida sexual en los barracones y otras cuestiones. Margarita leyó todo el texto cuando lo terminé, Calixta también. Recuerdo que Margarita me decía: «Hay muchos *yo*, quita algunos». Me limpió, me desbrozó. Calixta me dio algunas orientaciones para el prólogo, para el vocabulario, porque, verdaderamente, la *Biografía de un cimarrón* es un libro que surge como una obra con su aparato complementario, es decir, que nace ya como edición crítica, porque tiene su prólogo, tiene múltiples citas, tiene un vocabulario muy peculiar de términos y frases cubanas. En realidad es una edición que nace ya crítica y eso quizás es también una novedad, un modesto aporte a la postmodernidad.

Actué con cautela, actué con cuidado, hasta con pudor, porque a mí me pagaban en el Instituto de Etnología para realizar fundamentalmente trabajos colectivos y estaba en ese momento haciendo un trabajo sobre la danza; pero Argeliers

León, hombre extraordinariamente sensible y generoso, se dio cuenta de la importancia de este proyecto y me alentó a seguir. Así fue como empecé a hacer el libro y, cuando ya lo tenía terminado, lo metí en una gaveta porque tenía terror, terror pánico. Incluso cuando me preguntaban: «Bueno, ¿ya hiciste la entrevista con el cimarrón?», yo decía: «Sí, sí, ya está terminado, pero está ahí; es como un reporte, es como... No sé, como un informe de un trabajo posible, para un futuro; no creo que esté completo en sí mismo, merece más desarrollo...».

Estaba preocupado, no sabía cómo iba a caer aquello. Entonces se lo di a Argeliers; él lo leyó y se entusiasmó. Lo leyó Isaac Barreal y se entusiasmó. Ya Calixta había hecho comentarios favorables del libro y el toque de gracia, por así decirlo, se lo dio el presidente de la Academia de Ciencias, Antonio Núñez Jiménez, que era y es un hombre apasionado de la historia y un humanista. Cuando tomó aquel manuscrito en sus manos, lo leyó devorándolo y bajó de su despacho y me fue a ver. Yo era un joven investigador —tenía veinticuatro años, veinticinco cuando terminé el libro— y me dijo algunas cosas, elogios del libro, pero me hizo un señalamiento; me preguntó: «Y este cimarrón, ¿nunca se metió a vivir en una cueva? Si estuvo dieciséis años de cimarrón, me extraña que no haya vivido en una cueva». Efectivamente, yo no había reparado en eso. Nunca le había preguntado a Esteban Montejo si él se había metido en una cueva.

Cuando volví a los pocos días al Hogar del Veterano, de nuevo con aquella grabadora que pesaba veinte libras, me dice Esteban Montejo —y esto podrá parecer fantasía, invención, no sé, pero para mí es una realidad muy golpeante—; me dice Esteban Montejo, entre otras cosas, después que habíamos hablado como una hora: «Usted sabe que a mí se me olvidó hablarle de mi experiencia en las cuevas del Guamuhaya en

Trinidad». Yo me quedé perplejo, se me erizaron los pelos y ahí surgió una página del *Cimarrón* que quiero mucho: la vida de Esteban Montejo en las cuevas del sur de la provincia de Las Villas.

Mucho antes de que el libro se publicara, en febrero de 1966, llevé a Esteban Montejo a la Academia de Ciencias. Fue muy bien acogido, toda la gente del equipo de Argeliers lo recibió con muchos halagos y Esteban celebró allí algunos cumpleaños; por lo menos sé que celebró desde los 106 hasta su 111 cumpleaños.

Biografía de un cimarrón salió en 1966 y, de entonces acá, Esteban Montejo para mí es algo que está en lo más profundo de mi memoria y mi corazón y diría más: es una presencia que me acompaña. Cuando se me ha olvidado un 26 de diciembre, cuando no le he hecho un homenaje por la mañana con un pensamiento hacia él, me lo ha recordado el hecho de que ese día también coincide con el cumpleaños de Alejo Carpentier. Entonces me viene de nuevo Esteban Montejo y recuerdo mis diálogos con él y aquel gran *rappport*, aquella comunicación que se produjo entre nosotros y que parece que nunca va a acabar.

Esteban era una personalidad muy subyugante; era una personalidad fuerte pero tierna y, como casi toda la gente muy severa en apariencia, tenía un fondo muy delicado. Era un hombre de gran sensibilidad, de gran intuición y de grandes ocurrencias también.

Recuerdo algunas cosas muy curiosas, recuerdo cuando Peter Weiss, el dramaturgo alemán, llegó a Cuba y me pidió conocer a Esteban Montejo. El libro se había publicado en Alemania, era conocido y Esteban era ya una figura popular, al menos en el mundo de la gente que estaba interesada en Cuba, en la antropología, en el tema de la esclavitud. Pues llega Peter Weiss y le empieza a hacer una entrevista. Él mira

a Peter Weiss y le dice: «¿Pero usted habló ya con Miguel?», porque él me decía Miguel, no Barnet. Y Peter Weiss le dice: «Bueno, yo vine con Miguel, ¿qué pasa?».

Yo le traducía a Peter Weiss con mucha pena, pues Esteban y yo, tengo que confesarlo, habíamos llegado a un acuerdo. Después que salió el libro, algunos historiadores, algunos periodistas fueron a verlo para hacerle entrevistas, e incluso hubo uno que quería hacer la segunda parte del *Cimarrón*, y yo le dije a Esteban que se cuidara de estos personajes. No todo el mundo iba con una buena intención ni tampoco con un proyecto serio y él se tomó eso al pie de la letra. No le dio entrada a Peter Weiss hasta que le dije: «Este es un amigo, usted puede hablar con él, dígame lo que usted quiera, él no lo va a manipular, él no va a utilizar nada de esto en contra suya». Y así fue. Recuerdo que Weiss le hizo una pregunta muy alemana, una pregunta muy ontológica. Le dice: «Esteban, en sus ciento y pico de años, ¿cuándo cree usted que fue más feliz?». «Cuando yo era cimarrón», respondió. Y Weiss le dice: «Pero ¿cómo cuando usted era cimarrón, si usted estaba perseguido, si usted a veces había días en que no tenía qué comer, estaba totalmente solo...?». Y Esteban le dijo: «Sí, es verdad, pero yo era joven». Luego le habló de las brujas de Canarias, que volaban de Cuba a Canarias con las axilas untadas de potasa; le habló de cómo silbaban las hojas del maíz en el viento.

Peter Weiss salió a la calle en un estado de éxtasis y nunca creyó, aun cuando yo le insistía e insistía, que aquella frase de Esteban: «Por cimarrón no conocí a mis padres, pero eso no es triste porque es la verdad», fuera una frase de Esteban, y no mía. Él me decía: «No, eso lo puso usted». Yo le decía: «No, Peter, no». Pero él no me creyó. Esa frase de contenido estoico, sentenciosa, ha sido el *leitmotiv* del libro.

Esteban era, repito, una personalidad tan aplastante, tan convincente, que a veces yo mismo me sorprendía con las

cosas que decía. Incluso hay historias, hay anécdotas que no incluí en el libro porque hubieran podido parecer producto de mi fantasía y más aún, inverosímiles, porque él tenía una gran imaginación. Y hay que pensar en esto también. Si yo apliqué mi imaginación, recreé y fabulé un poco el lenguaje de él, siempre tratando de ajustarme a la verdad histórica o a la verosimilitud histórica, como diría Unamuno, él tenía también una gran imaginación y, sobre todo, un poder de recreación verdaderamente fabuloso.

El momento en que él me describe cómo sale del monte, con los pelos encaracolados y le pregunta a una anciana: «Señora, ¿es verdad que ya somos libres?». Cuando él me hace esa historia, esa anécdota tan conmovedora, me dije: «Tengo que reflejarlo en el libro tal cual, con ese realismo».

Recuerdo que en una ocasión, estando en una conferencia en Berlín con Juan Rulfo y Elena Poniatowska, yo leí esa parte del libro y el auditorio quedó muy impresionado con aquello, porque hay que ver que ese hombre había hecho una pregunta tan trascendental y se la había hecho con una naturalidad y hasta con ingenuidad a aquella señora que caminaba por los trillos. Traté de reflejar ese lenguaje, traté de llevar a las páginas la entonación de ese lenguaje, los altibajos, los matices del lenguaje de Esteban Montejo y, desde luego, puse mucho de mi cosecha. Pero yo sé que el alma de Esteban Montejo está en ese libro. No hay más que ver las hojas manuscritas en papel gaceta, que me pidió la Biblioteca Nacional y que están allí a buen recaudo. No hay más que ver que esas hojas, esas trescientas hojas, apenas tienen tachaduras. Son unos borradores limpios porque la grabación salió así, fluida. Antes de ponerme a escribir, me había compenetrado tanto con Esteban y con su lenguaje, que el libro salía solo.

Cada libro tiene su historia, cada libro tiene su libro. Camilo José Cela escribió un prólogo muy ocurrente, muy

ameno, con todas las aventuras y desventuras del personaje Pascual Duarte; Michel Tournier ha escrito *El viento paráclito*, un libro grande e interesantísimo sobre cómo escribió él sus novelas. Yo no pretendo eso, pero sí quiero contarles ya, no la repercusión que ha tenido el libro en el mundo académico, en el mundo, digamos, intelectual, sino algunos avatares del libro que tienen mucha magia.

Gracias a él establecí correspondencia con algunas personas que, desde que *Cimarrón* se publicó, comenzaron a escribirme. Correspondencia que en muchos casos se ha visto interrumpida por mi exceso de trabajo y por responsabilidades que he asumido, pero aun así esas personas que leyeron el libro, sobre todo en Cuba, y que les llevó un mensaje, me continúan escribiendo. Y yo querría en esta entrevista hacerle un homenaje, digamos que emblemático, simbólico, a una persona que me escribe mensualmente, una lectora de Sancti Spíritus, Rosa Castañeda, una amiga, una contertulia literaria.

Con esto quiero decir que el libro trasciende al libro, o trasciende al hecho de ser un objeto, con una escritura que se lee por entretenimiento, o por búsqueda de conocimientos, o por cualquier otra razón. Se convierte en un talismán de comunicación entre los seres humanos y ahí es donde adquiere su sentido de utilidad y se completa su mensaje.

Esta es una de las cosas que yo he heredado de *Biografía de un cimarrón* y de otros libros míos también, por qué no decirlo, de *Canción de Rachel*, de *La vida real*, de *Gallego*, pero, especialmente, de *Cimarrón*.

El hombre cubano, el ser humano que vive en esta Isla, tenía necesidad de que le dijeran estas cosas que se dicen en el libro, que van más allá de ser un relato etnográfico sobre la vida de un cimarrón, que van a cuestiones de la historia de Cuba, a cuestiones filosóficas, a interpretaciones —en el lenguaje de un cimarrón— de las contradicciones en las

que hemos vivido nosotros desde que esta tierra comenzó a expresarse como nación.

Esteban es también un gran misterio. Mucha gente, cuando el libro salió, lo cuestionó; otros lo alabaron, lo elogiaron.

Algunos historiadores, incluso, comentaron a espaldas mías que yo había inventado un cimarrón, que Esteban Montejo no existía o que en esa época ya los cimarrones no existían —me refiero a los años 1860, 1870—, que ya habían desaparecido los cimarrones y tuve que hacer una labor de búsqueda en los archivos. Una de las cosas que me cuestionaron era la edad de Esteban Montejo: no fueron muchas personas, tres o cuatro, sobre todo del mundo académico, de la universidad, del Archivo Nacional. Y yo fui con el investigador Pedro Deschamps Chapeaux al Archivo Nacional y allí encontramos partidas de cimarrones de esos años. Cimarrones que se incorporaron a la guerra de los Diez Años. Me empecé en ir al ingenio Flor de Sagua y allí encontré la fe de bautismo de Esteban Montejo Mera del 26 de diciembre de 1860. La verdad es que no la pude fotocopiar porque el párroco de allí no tenía fotocopiadora ni por ningún entorno de allí la había, pero la copié a mano, la traje y se la mostré a algunas personas, entre ellas a José Luciano Franco. Allí está, para los que quieran algún día verla, la fe de bautismo de Esteban Montejo Mera, que como él decía, su verdadero segundo apellido es Mesa, pero se lo cambiaron y le pusieron en vez de la *s*, la *r* y él lo dejó así, por negligencia o por indiferencia. Le daba lo mismo tener un apellido que otro; si era esclavo, qué más le daba un apellido español; si no conoció a sus padres, si se vino a enterar de quiénes eran sus padres muchísimos años después.

Y esta anécdota que voy a contar aquí es muy conmovedora; por lo menos para mí, más que conmovedora fue estremecedora y todavía me quedo atónito cuando pienso que yo fui

quien le reveló a Esteban Montejo el nombre de su padre y de su madre, aparecidos en la fe de bautismo que él nunca había revisado. Y desde luego, su padre no tenía apellido castellano, su madre tampoco. Su padrino se llamaba Gin Congo; su madrina, Susana Lucumí. Así, tranquilamente, nombres que venían de la etnonimia, de la etnia, que no respondían a ninguna línea sanguínea.

Y a mí me costó mucho trabajo decirle esto. No sabía cómo abordarlo, cómo decírselo, pero se lo dije. Realmente enterarse de esto a los ciento y pico de años no constituyó un hecho importante en su vida. Yo digo que los viejos no lloran o no saben llorar porque han sufrido tanto, tienen el pellejo tan curtido, que ya nada los puede desgarrar. Él lo tomó como una noticia y nada más.

Mucho de la idiosincrasia del hombre cubano está en el carácter de Esteban Montejo. En sus mecanismos de defensa, en sus mecanismos cimarrones de defensa. Pensar que este hombre me describía la diversa cantidad de castigos que les daban a los esclavos. Y en algunas ocasiones, describiéndome estos castigos, en vez de llorar, se reía, se reía como un escape. Yo sabía que era una risa que venía de una memoria trágica, pero eso me sirvió de mucho para poder interpretar bien su personalidad y para considerar que la personalidad de Esteban Montejo dice mucho del hombre cubano.

Me gustaba ese tono, me gustaba esa ironía porque se alejaba mucho del engolamiento, del empaque de algunos historiadores que daban aquellas conferencias magistrales con aquella solemnidad, como si uno estuviera obligado a escuchar, detrás de esas palabras, el Himno Nacional.

Un día grande para los dos, inolvidable, fue cuando le llevé la primera edición del libro, con una carátula rústica de color morado fuerte, de la Academia de Ciencias. Le entregué el libro y le dije: «Aquí está el libro que habla de su vida»,

y lo único que hizo fue mirarme y reírse con aquella sonrisa que exhibía un solo diente grande, pero saludable. Me dijo: «Pero seguro que ahí no está todo». Efectivamente, no estaba todo, no podía estar. La vida cotidiana, las vicisitudes que estaba atravesando, su familia, los problemas que le trajeron sus hijos y sus nietos, que, dicho sea de paso, empezaron a llegar como una plaga de langostas cuando el libro se publicó y Esteban se convirtió en un personaje de la literatura, no estaban presentes.

Pues sí, empezaron unos a asomar las cabezas, otros la oreja peluda; el caso fue que me vi en un gran rollo porque sobre todo, dos de ellos, varones, querían que yo le pagara derechos de autor a Esteban Montejo. Bueno, aquello fue la historia de nunca acabar, pero Esteban siempre fue solidario conmigo, estuvo de mi parte.

Con ellos no tuve problemas judiciales de ningún tipo, pero cuando iba al Hogar del Veterano me esperaban en la esquina, me preguntaban cuánto les iba a pagar por el libro. Sin embargo, su esposa, al menos la última esposa a quien yo conocí, una señora de unos ochenta y pico, casi noventa años, fue extraordinariamente decente. Con ella no había tenido hijos y ella también estuvo de mi parte y me decía que esos hijos no estaban reconocidos y que esos nietos tampoco y que, por lo tanto, yo hiciera caso omiso de eso y no me preocupara. Y así fue.

Sin embargo, un día se me apareció en la Academia de Ciencias un señor muy bien plantado, de buen porte, ya de unos setenta y pico de años, y me dijo ser el abogado que representaba a Esteban Montejo. Era un mulato insolente, canoso. Le pregunté qué deseaba y me dijo: «Bueno, Esteban está pasando por momentos difíciles en el Hogar del Veterano, no hay esto, no hay lo otro, y pienso que usted debe ayudarlo económicamente, pero él no va a querer recibir el

dinero directamente de sus manos. Yo, como abogado suyo, estoy en el deber de entregarle cualquier aporte que usted quiera». Por supuesto, le dije que sí, que viniera dentro de unos días, cuando yo tuviera algún dinero para darle y fui a ver a Esteban. Cogí una guagua rauda y democrática, me fui para el Hogar del Veterano y le conté la anécdota, con tan buen tino, con tan buena suerte que ya tarde, al oscurecer, cuando ya me iba, se aparece el hombre con un cartapacio de papeles. Cuando me vio, se quedó atónito. Entonces lo emplacé y le dije: «Mire, vamos a hablar con Esteban para dilucidar esta cuestión». Y cuando Esteban lo ve aparecer al lado mío —ya él conocía del chantaje— no puedo contar los improprios que le dijo. Dijo: «Saquen a este sinvergüenza de aquí...». En fin, fue implacable y volvió a tomar partido por mí.

Teniendo en cuenta esa toma de partido, esa identificación que existió siempre entre él y yo, fue que me decidí a hacer el libro en primera persona. En principio tenía un montón de fichas, ya organizadas, producto de una larga investigación de archivos, en periódicos del siglo XIX, en obras importantes de la historia de Cuba como *El ingenio*, las obras completas de Fernando Ortiz y de Ramiro Guerra, pero fue esa simbiosis, esa identificación, la que me alumbró y me inclinó a hacer la obra en primera persona. ¿Para qué? Para dejar libre al personaje. Para que el lector se encontrara frente a frente con un hombre que se explica, que se expone de lleno, a corazón abierto, a su fuerza de convicción, mientras que el autor oculto, discreto, disfruta, como una especie de mirón, de ese encuentro frente a frente entre su personaje y el lector. A mi entender esa es la única perspectiva que ofrece todas las posibilidades de lo fantástico, sin atentar contra una decisión previa del realismo. En esta dirección, creo que cualquier intervención mía muy directa hubiera podido debilitar el poder comunicativo de la visión de Esteban Montejo.

En otras palabras, que el lector no sea un ente pasivo, sino activo, que participe. No el lector hembra de quien hablaba Julio Cortázar.

Yo mismo, cuando escuchaba las grabaciones en aquella vieja Tesla, sentía que aquel personaje, aquella voz, tenía una resonancia y se convertía en un gran coro consigo mismo, e incluso con quien la ponía a hablar, es decir, con el autor.

Siempre hay complicidad. Esa complicidad del escritor con el lector tiene que ser la piedra de toque de cualquier obra. El escritor contribuye —y mucho más en este caso, el escritor de un género como este que yo he definido como novela-testimonio—, contribuye, repito, a crear un personaje a partir de la realidad pero inventándole pasado, presente y futuro a fin de hacerlo, no más verdadero, porque la verdad es relativa, pero sí más verosímil.

El procedimiento puede ser generalizado, de forma que cualquier imagen o cualquier idea esté dotada de una retroactividad y le arranque al lector una exclamación como esta: «Yo sabía eso ya», o «Lo hubiera pensado», o «Me imaginé que era así». Es decir, que más que crear, más que inventar, el escritor lo que hace es recrear, reinventar, es como un reflector, digamos, que va iluminando esos pliegues interiores, esas zonas oscuras, haciendo aparecer figuras que habían estado ahogadas en lo opaco, haciéndolas aparecer con una luminosidad propia.

Y este es el mérito de la novela-testimonio, porque la novela-testimonio es un relato que va en movimiento y está a mitad de camino entre la historia, la filosofía, la sociología, la poesía. Toma prestado de todas estas corrientes, pues lo que transmite realmente es una evocación y una fábula. ¿No tendrá esto que ver con el discurso contemporáneo de la postmodernidad? ¿Habré sido yo un adelantado o, simplemente, un ingenuo con suerte?

Yo partí de la etnología, de conceptos y presupuestos etnológicos y sociológicos, pero traté de que ese roce con la literatura pura no perdiera, o mejor, que en ese roce con la literatura pura no se perdieran energías y que la obra con sus personajes y sus paisajes se viera cargada de sustancias nutritivas. Cuando un vendedor de periódicos, en una esquina habanera, me dijo que le había gustado el libro porque no parecía una novela, lo tomé como el mejor elogio, el más profundo.

La Academia de Ciencias no estaba preparada desde el punto de vista editorial para hacer una edición de lujo con un diseño elegante. Era una editorial incipiente y la edición salió muy rústica, de un color morado obispo que escogí para que fuera bien sobria, con unas letras grandes que decían «*Biografía de un cimarrón*, Academia de Ciencias», el nombre del autor, la fecha 1966 y nada más. Esas letras planas, así, le daban algo frío al libro, algo de carácter científico. Quizás es lo que yo en aquel momento pretendía. Pero aun en esa edición rústica, el libro, puedo decirlo sin exageración, con objetividad, fue un acontecimiento editorial. La revista *Bohemia* hizo un dossier con textos de Alejo Carpentier, Onelio Jorge Cardoso, Lisandro Otero, Juan Pérez de la Riva, Manuel Moreno Fragonals; todos, sin excepción, elogiaban el libro. El titular de *Bohemia* decía: «Un libro sin precedentes en la literatura cubana». Cada una de las personas que escribió sobre mi libro estaba arriesgándose, porque estaba escribiendo sobre la obra de una persona desconocida, de un joven que tenía veinticinco años, que apenas se conocía en algunos medios culturales. Yo había publicado ya *La piedra fina y el pavo real* en la editorial de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (Uneac) y me conocían muy poco, realmente. Después surgieron otras críticas muy elogiosas de Luisa Campuzano, de Ángel Luis Fernández, de Loló de la Torriente, de Salvador Bueno. En fin, aquello fue una avalancha que me

cayó arriba como una lluvia de estrellas. Yo quedé perplejo, en verdad. Fue como si me hubieran dado un mazazo en el cerebro, pero mi reacción fue la del hombre que utiliza su instinto de salvación y me recuperé, me recuperé de aquello tratando de buscar mucha serenidad, mucho equilibrio para que no se me fueran los humos a la cabeza y me empeñé inmediatamente en hacer otro libro totalmente distinto, y así, tres años después, surgió *Canción de Rachel*.

De todas esas críticas, de todos esos acercamientos a mi obra, indiscutiblemente que la de Alejo Carpentier fue la más importante, la que más trascendió. Alejo recibió el manuscrito, lo leyó y un buen día su secretaria, María Angélica Álvarez, me llamó y me dijo que Carpentier quería hablar conmigo. Me sorprendí porque nos conocíamos de vista, habíamos coincidido en alguna que otra reunión de la Uneac, pero no éramos amigos. Cuando entré al despacho de Alejo Carpentier, recuerdo que él estaba de pie, me recibió con el manuscrito —el libro aún no se había publicado— abierto y me dijo: «¿Usted sabe lo que ha hecho?». Y yo le dije: «Bueno, ¿a qué usted se refiere, qué he hecho yo?». Dijo: «Ha escrito una obra muy importante, es un libro muy hermoso y yo lo veo como el complemento testimonial de *El reino de este mundo*». Cuando me dijo eso, yo no sabía si era en serio o si era en broma; sabía que Alejo era muy sardónico, pero no me imaginé que me fuera a hacer ese daño. Estaban allí Ambrosio Fornet y Edmundo Desnoes de testigos, estaba la propia María Angélica Álvarez y todos me felicitaron y así aquella puerta enorme, aquella puerta gigantesca que tenía en el dintel el nombre de Alejo Carpentier, se me abrió para siempre.

Don Fernando Ortiz también leyó el libro. Él lo juzgó, me hizo algunas observaciones, porque él no podía leer, yo fui quien se lo leyó. El libro le gustó mucho, pero él no podía escribir ya. Don Fernando estaba muy vencido y no pudo hacer

nada, aunque en lo personal recibí siempre un gran estímulo de él.

Así fue el comienzo en Cuba de la *Biografía de un cimarrón*. El libro también tiene una historia fascinante en el exterior, porque en 1967, apenas a un año y medio de que se publicara, llegó a La Habana —a un encuentro que preparó la Casa de las Américas, el Encuentro con Rubén Darío— la editora de libros extranjeros de Gallimard, Ugné Karvelis, una lituana residente en Francia. Ugné contribuyó mucho al despegue del *boom* de los años sesenta y se hizo muy amiga mía. Era una mujer alta, de pelo rubio, muy bella, muy inteligente; es una de las mujeres más agudas, más cultas que yo he conocido. Ella leyó el libro porque Alejo y Lilia, su esposa, se lo recomendaron y con una recomendación así, ella, ni corta ni perezosa, lo leyó en esa edición rústica que era la única que tenía, la edición cubana de la Academia de Ciencias, y la publicó por Gallimard, con el título *Esclave à Cuba. Cimarrón* fue traducido por Claude Couffon, en ese momento y todavía hoy, uno de los traductores del español más notables. Claude se hizo amigo mío y vino a Cuba y también conoció a Esteban.

Fue como si al libro lo catapultaran al resto del mundo. Se publicó en Italia por Einaudi; en Inglaterra, por Bodley Head, con una nota de Graham Greene; se publicó en Suecia, en Noruega, en Holanda, en Dinamarca, en Alemania, en Finlandia, en Hungría, en Polonia, etcétera. En España lo publicó la Editorial Barral, que en ese momento tenía una colección que se llamaba Ariel. Fue la primera edición en España del libro; se publicó en casi todos los países socialistas menos en Albania. Y en toda Europa. En portugués, en francés, en italiano, en inglés, en sueco, en japonés, en alemán, en fin, en muchos idiomas. El libro tiene sesenta y cuatro ediciones exactamente, hasta hoy.

Toda esa avalancha significó mucho porque me introdujo en una esfera que yo desconocía, la esfera editorial, en los contratos, en todo ese mundo indromúrico, como digo yo, complejo, de intereses enrevesados. Ahí me metí de cabeza, para sufrir, porque luego no pude cobrar los derechos de autor debido a una resolución de Cuba en que se otorgaba el patrimonio de los libros de los autores cubanos a la humanidad, con el objetivo de poder publicar aquí libros de texto y de literatura de autores extranjeros. Alguna gente piensa que yo gané mucho dinero, piensan que yo soy rico por todas las ediciones, pero se olvidan de que nosotros, los escritores cubanos, solo empezamos a cobrar desde el año 1986. Realmente puedo sacar cuenta de todo lo que perdí, pero no de lo que gané. Es un tema duro y no vale la pena ya hablar de eso. Es como servir el quimbombó en plato llano.

Cimarrón recibió la acogida de los músicos, de los teatristas. Se hizo un recital poético, una ópera escrita por Hans Werner Henze que se ha interpretado en muchos lugares del mundo, que ha ganado festivales en Edimburgo, en Avignon, en México, en países africanos. La ópera *Cimarrón*, cantada por William Pearson, donde participó también Leo Brouwer, contribuyó a que el libro siguiera publicándose porque se ponía la ópera, digamos en un teatro alemán, y el libro requería de inmediato una nueva edición, y así el libro en Alemania ya cuenta como con cinco ediciones. Para poner un solo ejemplo: Hans Magnus Enzensberger hizo una adaptación del texto. Hans Magnus es uno de los grandes poetas vivos en lengua alemana y es muy amigo mío. Hizo una versión, o la hicimos entre él y yo, para ser honesto y justo, que fue muy eficaz desde el punto de vista teatral. Jean Vilar, el gran actor de la Comedia Francesa, lo grabó en un disco Odéon. Ese fue el despegue de *Cimarrón*, un libro que nació con luz propia, que nació con una gran estrella.

Pero, como siempre, no todo fue color de rosa, no todo fue miel sobre hojuelas. El libro me trajo también algunos dolores de cabeza. Ya hablé de la repercusión controvertida que tuvo aquí entre algunos historiadores; despertó celos, pequeñas envidias, porque yo era muy joven. Lo sentí, lo capté, a pesar de que trataba de disimularlo. Pero pasaron algunas cosas, por ejemplo, con un personaje que aparece en el libro, en uno de los relatos sobre la guerra de Independencia, un personaje cuyo apellido era Rosales, después de la muerte de Antonio Maceo, cuando vino un momento depresivo entre los mambises, de descontento, de desesperanza, de confusión por la muerte del gran general, cuando algunos mambises se pasaron a las tropas españolas. Este fue el caso de este personaje Rosales, nacido en un pequeño pueblo del centro de la Isla y cuya desertión se narra con lujo de detalles en la obra.

Yo no había hecho una investigación previa de este asunto. Lo conté simple y llanamente para dar ejemplo de qué era en la guerra un traidor, de cómo actuaba un traidor, y entonces, al cabo del tiempo, como a los dos o tres años de publicado el libro, se me aparece la hija de este señor, de este exmambí, con unos documentos, a decirme que su padre no había desertado, que no había traicionado a las filas mambisas. Entonces le dije: «Bueno, mire, yo no soy quien afirma esto, es Esteban Montejo, es el Cimarrón. Él está vivo, vamos a verlo. Nombre usted un abogado, yo nombro el mío y vamos a verlo». Ella me emplazó en un juicio y yo debía ir a Sagua la Grande a comparecer, porque la familia insistía en que ese juicio fuera en Sagua la Grande, donde vivían.

Aquello fue algo tortuoso, con los dos abogados, el de ella y el mío. Y Esteban afirmó y reafirmó que sí, porque él era un hombre íntegro, de una sola palabra y de una sola estocada. Entonces la cosa se complicó más y más y más. Y pasaron meses y yo estaba emplazado. En ese momento yo estaba

trabajando en el Instituto del Libro; ya había dejado de trabajar en el Instituto de Etnología y estaba en el Instituto del Libro. Allí tuve el apoyo de los compañeros, pero tenía que desplazarme a Sagua la Grande a ser sometido a juicio. Entonces apelé a Pedro Deschamps Chapeaux, el historiador, un formidable historiador, ratón de archivo y una persona también solidaria e inteligente, y finalmente descubrimos los papeles de este personaje y era una cosa tan demoledora, tan triste. Yo sentí la tristeza profunda que podría llegarle, que podría caerle a esa familia y sencillamente yo me evadía, evadía el juicio. No me presenté para no humillar a aquel nombre, a aquella familia. Fue pasando el tiempo y parece que esta persona se llamó a juicio, recapacitó y, por suerte, se olvidó de mí.

Pero ahí no quedó la cosa; aparecieron otras personas a decirme que otros personajes del libro, sus vidas no eran tal y como yo las había reflejado. Cartas iban y venían. Bueno, me gasté y me desgasté contestando cartas inútilmente, porque cuando a una de esas personas se le mete algo en la cabeza es muy difícil que recapacite. Entonces, desde ese día, o más bien con esa experiencia, decidí no contestar más ese tipo de cartas. Ahí las tengo, tengo pruebas fehacientes de eso, me escribió el Cuarto Jinete del Apocalipsis, me escribió Calígula, me escribió el Rey Tigre, un personaje que todavía me escribe. Me escribieron una serie de gentes locas que dicen que leyeron el libro y que el espíritu del Cimarrón, de Esteban Montejo, está con ellos, les da fuerzas para vivir, para actuar, les da órdenes de cómo salvar a Cuba. Hasta ese punto ha llegado la cosa.

Ahí tengo las cartas, quien quiera las puede venir a leer. Mis amigos íntimos las conocen y conocen este anecdotario tan pintoresco. Hay personas que han tocado aquí en mi puerta para pedirme una foto de Esteban Montejo y llevarla

a un centro espírita. Hay personas que han venido aquí, sencillamente, con un obsequio, por ejemplo, con un grillete y me han dicho: «Póngale este grillete a Esteban Montejo». Hay personas que han venido con una mazorca de maíz, para que yo le ponga la mazorca de maíz a Esteban Montejo. Hay personas más cercanas que visitan frecuentemente mi casa y que la asisten domésticamente, que le piden a Esteban Montejo dinero, porque yo tengo un retrato de Esteban Montejo encima de mi cama y se acercan y le piden dinero, e incluso le han querido poner vasos de agua en mi mesita de noche. Yo lo prohíbo porque si de ponerle un vaso de agua a Esteban Montejo se trata, se lo pongo yo. En fin, muchas cosas de este tipo, muchas anécdotas.

Ahora estamos celebrando los cuarenta años del libro. Ojalá Esteban Montejo nos rocíe con un gajo de albahaca y nos dé fuerza para llegar, como él ha llegado, a tantos años de vida.

M. B.

EL *CIMARRÓN*
Y LA CRÍTICA

Con la *Biografía de un cimarrón*, Miguel Barnet nos ofrece un caso único en nuestra literatura: el de un monólogo que escapa a todo mecanismo de creación literaria y, sin embargo, se inscribe en la literatura en virtud de sus proyecciones poéticas. Poniendo al anciano Esteban Montejo a hablar de cuanto recordara de su larguísima historia, Miguel Barnet, en uso alternado del cuaderno de apuntes y de la cinta magnética, ha reconstruido una vida tan rica en experiencias significativas que nos confunde pensar que, sin la labor del investigador poeta, hubiese podido perderse.

ALEJO CARPENTIER

*

Biografía de un cimarrón es el testimonio más importante publicado sobre las postrimerías de la esclavitud y la vida en los campos de «Cuba Libre». El relato autobiográfico de Esteban Montejo, de 106 años, recogido por Miguel Barnet, es a nuestro parecer un documento de incalculable interés; tiene el mismo valor histórico que la biografía del capitán Canot, contada por Franz Mayer. Hay un dramático paralelismo entre estas dos «confesiones»; la del negrero y la del esclavo cimarrón. Añadiremos que la técnica empleada por Mayer hace 111 años para «soltar» la lengua del negrero fue similar, el aguardiente en menos, a la empleada por Miguel

Barnet; pero aun cuando la calidad histórica sea idéntica en ambos casos —y a Canot se le considera hoy un clásico de la historia de la trata—, el valor humano y la calidad literaria del texto es muy superior en el esclavo que en el negrero. La historia de las gentes sin historia, se enriquece con un nuevo y extraordinario aporte.

JUAN PÉREZ DE LA RIVA

*

Nosotros creemos haber consultado miles de documentos internos de los ingenios cubanos en el siglo pasado. Y podemos asegurar que el relato de Esteban Montejo se ajusta exactamente —y empleando la misma terminología— a la verdad que es posible reconstruir con las citadas fuentes internas. Solo que en la *Biografía de un cimarrón* el hecho está vivo. Los datos técnicos de los cachimbos y la utilización correcta de los nombres técnicos de la época —bombón, horma, cogucho, mascabado, gaveta, tinglado, etcétera— solo pueden proceder de un erudito o de quien vivió indudablemente el medio. Las descripciones de los barracones y las enfermerías son tan exactas que uno se asombra de su increíble poder de remembranza. También hay que anotar su poderoso don de observación, ese análisis de cosas mínimas que únicamente desarrolla quien ha vivido terriblemente solo y en quien la soledad es un modo de persistir. Vida violenta y cimarrona de un hombre cuya existencia fue, durante muchos años, una mera presencia en un mundo que no entendía.

MANUEL MORENO FRAGINALS

*

Balzac pretendió hacer un estudio científico de la sociedad francesa mediante la ficción absoluta y fundó el realismo canónico. Otros después, y hasta el hartazgo o la caricatura, insistieron en ese o parecidos caminos. Barnet, por su parte, rescata la historia de su país a través del testimonio y construye un discurso estético-literario. Median entre ambos intentos más de un siglo, el agotamiento de ciertos proyectos estrechamente realistas, la experiencia del simbolismo, de las vanguardias y de la nueva narrativa hispanoamericana. Media también una conciencia monárquica que se desdice en Balzac y una asunción del proceso revolucionario cubano sin la ortodoxia militante del realismo socialista. Si tuvimos realismo crítico y luego realismo socialista y realismo mágico, ahora parece que nos enfrentamos al realismo estético de Barnet, de Galeano, de Dalton, de Ramírez y otros nuevos escritores hispanoamericanos.

HUGO ACHÚGAR

*

El *Cimarrón* escapa, pues, al repertorio de formas y de modelos genéricos corrientes, con lo que hace saltar el sistema de compartimentos estancos, paralelo a la canonización de literatura y no literatura dentro de la ideología literaria burguesa. Las especificidades normativistas de lo que sería la biografía y la autobiografía, la novela y las memorias, las tareas del editor y el trabajo del autor, lo propio de las ciencias sociales y del arte narrativo, y ante todo, los límites de lo ficticio y de lo no ficticio en el texto, de la realidad relatada y la realidad producida, son abolidas. Más todavía, con el rompimiento de los límites genéricos dentro del conjunto y la economía legada por la historia de la literatura en Latinoamérica, la aparición de un

libro como el *Cimarrón* marcó un momento clave en el intento, por parte de la nueva prosa latinoamericana, de responder a las demandas acarreadas por los nuevos procesos sociales y políticos que se han venido desarrollando en el continente.

CARLOS RINCÓN

*

Treinta años después de su publicación, *Biografía de un cimarrón* ha trascendido los objetivos primarios y las fronteras nacionales, y se ha convertido en un concepto metáfora, de proyección universal, análogo al de *Calibán*.

La diversidad de recepciones de la obra de Miguel Barnet constituye una prueba más de que la literatura es también una manera de leer. Gran parte de la originalidad de la modalidad narrativa cultivada por Miguel Barnet reside en su vertiente testimonial y en las circunstancias de su escritura. La imposibilidad de imponer una definición «institucional» del testimonio tuvo como consecuencia inevitable la proliferación de textos testimoniales de las más variadas formas, y con intereses muy desiguales. Al escribir, conscientemente, «literatura», los cultivadores de la novela-testimonio —Miguel Barnet, Osvaldo Navarro, Enrique Cirules *et al.*— tienden a superar la distinción entre el testimonio y la novela, a sabiendas de que la «mentira novelesca» suplanta conscientemente la veracidad testimonial, para ofrecer, gracias a la reelaboración artística, una verdad más profunda. Es la manera de narrar una experiencia testimonial más afortunada entre los lectores.

ABDESLAM AZOUGARH

*

... lo que Barnet vuelve a colocar en sitio en *Biografía de un cimarrón* no es otra cosa que las *crónicas de la Conquista*. Pero muestra que la Conquista, en vez de ser solo una simple toma de poder, fue un diálogo por el cual también el europeo fue desnudado, su lenguaje contaminado, socavadas las fundaciones de su autoseguridad, y mediante el cual se muestra que su necesidad del nativo es tan grande como la que él pensaba que el nativo tuviera de él. La tensión de esta obra y de su poder dentro del texto, realmente representa los fundamentos tambaleantes de la literatura moderna, tanto como el descendiente del «descubrimiento» de América y cualquier otra manifestación del «mundo moderno».

Es, en este sentido, creo, que *Biografía de un cimarrón* y la literatura cubana de la Revolución juegan un importante papel en América Latina al mostrar no solo el valor funcional de escribir, sino, mucho más relevante, al forzar a la literatura a que muestre su propio dominio nuevamente, su propio palenque. Y tal tarea no se le da a una literatura revolucionaria que se abandone en el lenguaje efímero de la política de turno o que se satisfaga con la jerga insípida de las Ciencias Sociales. Por el contrario, tal papel se asigna solo a la literatura que, en un lenguaje endurecedor y cauterizador y no comprometedor, busque reescribir los fundamentos de una cultura. Al menos, Montejo/Barnet/Marnet/Bontejo han logrado esto.

ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA

*

Mientras que la literatura cubana del siglo XIX ajustó el tratamiento del tema negro a los objetivos políticos y económicos de la sacarocracia criolla creando un estereotipo del esclavo dócil y sumiso, la voz de un hombre de carne y hueso en la

Biografía... resalta la dignidad humana del esclavo. El libro está estructurado alrededor del eje de la rebeldía: desde el título enfocado en la experiencia de Montejo como cimarrón, por las aventuras de un mambí, hasta las múltiples referencias a la inconformidad de Esteban con el sistema esclavista y la resistencia del pueblo de su raza a la transculturación. El carácter reivindicador de esta novela testimonial se entiende mucho mejor en el contexto intertextual de la literatura cubana del tema afrocubano.

ELZBIETA SKLODOWSKA

*

En todas las literaturas hay libros entrañables que, curiosamente, rebasan los límites de lo exclusivamente literario. Nosotros tuvimos, hace pocos años, las *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, de Renée Méndez Capote. Para todos fue una revelación, algo así como el descubrimiento del encanto, de la fascinación íntima de la tierra, de los matices sutiles e inefables de eso que se llama la nacionalidad.

En este estilo, la *Biografía de un cimarrón* de Miguel Barnet viene a ser —solo en cierta medida y a manera de confrontación— una contrapartida y un complemento de la *Cubanita*. Lo que en esta es la *joie de vivre* de nuestra modesta *belle époque*, es en el *Cimarrón* la vida terrible de los últimos años de la Colonia. Ambas nos dan en total más de cuarenta años de vida nacional vistos con la misma nitidez por los ojos chinitos de una niña rica y por los de un negro esclavo, cimarrón y mambí.

LUISA CAMPUZANO

*

De dos corrientes vitales, de dos cauces abiertos en la arcilla generosa del nuevo proceso social, se nutrió el relato etnológico *Biografía de un cimarrón*. Y un brazo unía estas dos corrientes, canal que el autor nadó en un sentido y en otro para trasvasar sustancias paralelas: el testimonio, elemento primero, dúctil, no escatimó sus servicios ni a la literatura artística, ni a la científico-social, ni a la palabra que, sencillamente, pretende comunicar algo; fue el testimonio el que abrió la puerta ancha a una épica distinta, en la que la voz de cada hombre podía ser al mismo tiempo, sin solución de continuidad, la voz colectiva.

Biografía de un cimarrón fue, por todo ello, síntesis de los valores y de los medios expresivos de la cultura espiritual de una época. Y porque esa época fue momento de fundación de un futuro distinto, un futuro en que cada época no tuviera que avergonzarse de la que le precedió, *Cimarrón* ha devenido una obra mayor de nuestra cultura nacional revolucionaria y, por lógica extensión, de la cultura universal, particularmente la del mundo americano: «La novela testimonio va a crecer en nuestro continente, estoy seguro», vaticinó el autor.

ÁNGEL LUIS FERNÁNDEZ GUERRA

*

El testimonio empieza en América Latina como una narrativa de zona con los relatos de crónica, es decir, con las primeras manifestaciones escritas referidas al continente, se mantiene vivo durante cinco siglos en sí y por sí, pero cobra un gentío más amplio a finales del siglo pasado y se afirma en nuestro siglo deslindando las fronteras habituales de la crónica, el reportaje, el relato testimonial, estableciendo un pacto con el lector que lo acerca siempre más gracias a la imaginación

y el montaje con que el autor se enfrenta a su material. Al borde de los años sesenta, Cuba, cuya historia ha adquirido una densidad colectiva inédita, recoge el desafío del género testimonial por boca de Miguel Barnet y lo lanza directamente al ámbito literario con la provocativa definición de novela-testimonio que subraya, por una parte, la libertad que el autor se otorga para imaginar, relatar y organizar su material, y por otra, su asunción de responsabilidad frente al lector sobre la verdad del material narrado no solamente por una mera actitud ético-intelectual respecto a la urgencia de demanda de una sociedad en revolución, sino también para contribuir al conocimiento, para traducir la cosa real en su imagen sirviéndose del pensamiento de la narración que consigue decir lo inefable-artístico atribuyéndole propiedades cognoscitivas.

ALESSANDRA RICCIO

*

Si a Truman Capote no le importó jamás que lo llamasen reportero al elaborar *A sangre fría* y ser tachado de *non-fiction novelist*, Miguel Barnet, su traductor al español, publicó un año antes, en 1966, la *Biografía de un cimarrón* en una edición del Instituto de Etnología y Folklor de Cuba, del cual Barnet era investigador. A pesar de ser anterior, a Miguel lo compararon con Truman Capote y Oscar Lewis, cuando el único que había hecho literatura testimonial en nuestros países era el antropólogo Ricardo Pozas, cuya primera versión de *Juan Pérez Jolote* salió en 1948, en un acta antropológica del Instituto Nacional Indigenista.

ELENA PONIATOWSKA

*

Si me preguntaran, en esta manía de encuestas que hay ahora, cuáles son los tres libros que mejor ayudan a comprender nuestro pasado colonial, que mejor definen y profundizan la etapa histórica anterior a la República del año dos, diría que son: *El ingenio*, de Manuel Moreno Fraginals; *Memorias de una cubanita que nació con el siglo*, de Renée Méndez Capote, y ahora este estupendo *Cimarrón*, de Miguel Barnet.

LISANDRO OTERO

*

No ha habido un libro como este antes y es improbable que vuelva a existir otro como él.

GRAHAM GREENE

*

Un libro fascinante, donde la etnología puesta en función del discurso oral del esclavo cimarrón se torna verosímil. Pocos libros poseen tanta carga de sabiduría y magia como este que acaba de publicar la Editorial Gallimard en su colección testimonio.

CLAUDE COUFFON

LA NOVELA- TESTIMONIO

LA NOVELA-TESTIMONIO: SOCIO-LITERATURA

La palabra que define, que pretende concluir, que limita, es una trampa. Es constricción, freno, derrota. Nada más controvertible, más engañoso y opresivo que la definición novela.

Novela, así dicho, es un arma de doble filo. Ni los diccionarios más ilustrados coinciden en su descripción. El viejo término de novela ha servido como otros tantos términos, como otras tantas nomenclaturas, para meter en círculo cerrado a todo el arte de Occidente, a toda la literatura y casi —si no fuera porque este es el arte más poseedor de medios y recursos— al cine.

Encasillar todo género literario que narre una acción fantástica o real, con caracteres fantásticos o reales, con una línea de desarrollo dentro de la categoría de novela es tan falso como pasajero y externo. Porque eso que llamamos novela no es más que una manera de narrar, de organizar quizá, que tiene su relación más primigenia con el relato. La novela no

es más que una variante del relato. De los relatos de los viejos *griots*¹, de los chamanes, de los sacerdotes y de los juglares.

¿Acaso estos últimos no estaban novelando, no importa cuál fuera la forma que emplearan, si en prosa o en poesía? ¿Acaso los cronistas de las cruzadas medievales no estaban novelando cuando describían las hazañas de sus propias vidas, reales, naturalmente? O más allá, ¿acaso los poetas griegos, en su afán de construir una imagen coherente del mundo, no estaban novelando cuando narraban las fabulosas hazañas, los atributos de sus dioses? Estas formas singulares del relato tenían una función dinámica, social. Iban entrando en un todo orgánico, competente, no separaban los destellos de la imaginación de los acontecimientos reales, narrados con fidelidad. Al contrario, en ese todo orgánico se mezclaban, se confundían la razón y el mito. Eso era arte. (Y arte integral que no separaba la realidad de la fantasía, la política de la religión; arte que imitaba la vida, y vida que imitaba al arte, ambos complementándose). En esos relatos, en esas narraciones, había una conciencia de ser, de estar en el mundo. Aun cuando esos relatos tengan la apariencia de algo inventado, deben ser estrictamente convincentes, si no fallan en su edificación dramática. Y lo que ocurre hoy día es todo lo contrario. Lo que llamamos novela, con todas las de la ley, falla, no nos resulta eficaz, no nos sirve. ¿Por qué? Porque se ha cogido el rábano por las hojas. Y el hombre occidental, tan viciado por un lenguaje desarticulado, ha querido ir más allá, y ha separado el lenguaje del hombre a la idea del hombre, a la palabra del hombre.

1 Entre muchos pueblos sudaneses, este rol de memoria colectiva es desempeñado por los *griots*, casta de narradores profesionales. El *griot* es el príncipe de los poetas africanos. Durante cinco años vive separado del resto del grupo social, aprendiendo en su retiro las artes de su profesión. Al cabo de este tiempo, durante el cual los maestros *griots* le han revelado todos los secretos del arte poético, de la danza, etcétera, vuelve a integrarse a la vida social.

Esa desarticulación, que bien se puede apreciar en muchas novelas calificadas de experimentales, subsiste también en el teatro y sus obsoletos moldes, sus estereotipos. De ahí la revitalización reciente del teatro hacia una búsqueda más orgánica, más expresiva; el teatro del gesto, el teatro de la acción total —respiremos con los ojos, cantemos con la cabeza—. Es la búsqueda hacia una expresión más totalizadora, menos estática. Donde todos los tornillos de la maquinaria cumplan una función primordial. La novela o el relato, para hablar con propiedad, no se encuentran en la misma búsqueda. Y por eso la crisis. (Sobre esto tendremos que abundar más adelante, cuando nos reframamos al lenguaje de la novela-testimonio).

¿MUERTE DE LA FICCIÓN?

La ciencia ficción, ¡quién puede ya negarlo!, es realidad palpable. Y la ficción otra, es decir, la novela de la experimentación de los niveles del subconsciente, de la imaginación fabulística, de las aventuras terrenales, del regodeo en el mundo objetivo, va a su vez perdiendo eficacia al enfrentarse al mundo real, al avance de la tecnología y de la ciencia que es capaz hasta de lograr la vida humana a través de la inseminación artificial. Que es capaz de suscitar la fantasía con simples ejemplos reales, tan deslumbrantes como entrar a un cuarto hermético para presenciar el funcionamiento de una máquina electrónica. O comprobar cómo los frutos cítricos crecen desmesuradamente, motivados por una música que sale de los altoparlantes colocados en los árboles de toronjas o de naranjas. Esta experiencia es mucho más excitante que la de ir a ver una pitonisa o un babalao. Las tiendas por departamentos de los países altamente industrializados son verdaderos laboratorios de la imaginación. Entrar a una de ellas y verse envuelto en

una locura de globos plásticos de colores, caminar tratando de abrirse paso entre ellos, porque flotan mediante gases especiales, es una travesía insólita y fascinante.

Y qué otra literatura no puede producir ese mundo sino una literatura donde los objetos predominan sobre las ideas y donde el hombre deje de tener brazos para tener relojes de pulsera, deje de tener piernas para tener medias de *nylon*, y deje de tener ideas para poseer automóviles. William Faulkner, con no oculta tristeza, escribió: «El americano, en realidad, no quiere con amor sino a su automóvil; ni a su mujer, ni a su hijo, ni a su país, ni aun a su cuenta de banco. Porque el automóvil es nuestro símbolo sexual nacional». Y la literatura de esa sociedad, donde el hombre es otro producto de consumo, donde el sexo es necesario subastarlo para que no quede como artículo de lujo, es necesario alentarlos para que no fosilice, no puede representar al verdadero hombre de ningún hemisferio. Porque el hombre es mucho más que todo eso: es conciencia.

Esa literatura, como su sociedad, está en un callejón sin salida. Y la novela de esa sociedad es una novela equívoca, que cuando pretende que las ideas jueguen un papel mínimo en ella, cuando aparecen los sentimientos prístinos del hombre, son como destellos subversivos. Por eso los intentos de una nueva novela en Europa se reducen al análisis de laboratorio. Es como si ese hombre hubiera perdido su esencia, su sedimento, en la larga lucha que emprendió a través de la historia y solo le quedaran sus instrumentos racionales, oxidados y viejos.

Quizá, como planteara Hans Magnus Enzensberger, el carácter aristocrático, de élite, de esa literatura sea otro factor para su cristalización. Es posible que el embotellamiento se deba a eso, y de ahí que no exista una realización verdaderamente espontánea y trascendente de las obras. Pero otros

pueblos, otras culturas, han tenido y tienen una literatura de élite, de castas, que está cuajada de ese espíritu renovador y vital, que posee valores permanentes —pienso en alguna literatura japonesa, en la literatura críptica de los yorubá, la poesía ceremonial, las invocaciones, los papiros egipcios—. Y es que estas literaturas encarnan un mundo homogéneo y están apoyadas en una larga tradición.

Hemos entendido por literatura culta, por novela culta, aquella donde los hombres esgrimen sus ideas más sagaces, donde la reflexión y el análisis ocupan un sitio imponderable, y donde los recursos formales determinan el contenido y la innovación.

Pero eso es tan externo y superfluo como considerar que el contenido exclusivamente es lo que importa. Y es que los viejos patrones burgueses siguen imperando como espada de Damocles sobre los artistas y los escritores. El contenido de la mayoría de las obras de Occidente, de Europa occidental, está preñado de prejuicios, escamotea la realidad. La literatura está camuflajeada y los escritores, a veces, no se dan cuenta. Creen que la simple inclusión de una tuerca más al engranaje hará que la máquina funcione con nuevos bríos. Y la máquina funciona sencillamente con una tuerca más. Y la tuerca se convierte en una revolución formal, y la máquina ya no es la máquina sino la máquina que porta una nueva tuerca. Y ahí está lo grave, que entonces la tuerca es más importante que la máquina y esa es la trampa, el engaño. Luego esa tuerca se patentiza y lleva como nombre la *nueva novela*, y los inventores de la tuerca que siempre son uno o dos, enarbolan la verdad absoluta, la objetividad y lo nuevo, y la tuerca camina sola un buen día y no necesita siquiera de la máquina, y ahí es donde lo poco que quedaba de vida se apaga. La *nueva novela*, que solo podría ser nueva cuando fuera una variante de la vieja novela, se muere de un síncope a los pocos

días; como ocurre siempre con los muertos inútiles, nadie se acuerda de ella, la pobre.

Naturalmente, esa literatura es noble, no interfiere en los conflictos del hombre social para nada, porque dos profesores de La Sorbona inmersos en la parafernalia de un diálogo cartesiano no van a resolverle ningún problema al francés. Esa literatura a duras penas puede ser atrevida. Es una literatura inofensiva. Está fuera de un todo orgánico, se limita a las élites, se regodea en su propia espiral. Claro, la sociedad es un factor determinante en este estancamiento. En Europa occidental no hubo durante muchos años un movimiento social de importancia, no hubo explosiones políticas y la literatura tuvo que reflejar ese estado de cosas inocuo. Hoy las cosas han cambiado, y seguramente la literatura más reciente recogerá el eco de esas nuevas y vitalizadoras turbulencias.

No quiero dejar de mencionar a autores como Pierre Guyotat, que aun dentro de las más retóricas corrientes de la novelística francesa, por ejemplo, escribió su *Tumba para 500.000 soldados*, que es un documento humano, conmovedor, político, erótico y psicológico de la guerra de Argelia. Pero Pierre es una aguja en un pajar. Lo que irrita, lo que lacera de ese arte es su incapacidad de escudriñar la conciencia de la realidad. Es un arte que no trastorna ninguna costumbre, rompe la tradición lineal de la novela, establece el diálogo cinematográfico, describe los ambientes con una pureza digna de una ceremonia religiosa, se confunde a veces con el ensayo, y esta quizá sea su única gran virtud, pero de ahí a exigir del lector un esfuerzo particular, un retorno a sí mismo, un replanteo de posiciones y actitudes, va un trecho. Esa literatura, como diría Michel Butor:

... logra, sin duda, un éxito más fácil, pero se hace cómplice de ese profundo malestar y de esa noche en la cual nos debatimos.

Hace que sean todavía más rígidos los reflejos de la conciencia, y más difícil su despertar: contribuye a sofocarla hasta tal punto, que incluso si tiene intenciones generosas, la obra, a fin de cuentas, será un veneno.

¿UNA NUEVA LITERATURA?

A mi modo de ver, este es el fundamento básico de la crisis de la novela de ficción en el occidente europeo. Paralelamente a esta crisis corre otra tendencia, también dentro de la novela de ficción; una corriente saludable, vigorosa y renovadora, y es la de la literatura americana, latinoamericana y norteamericana. Aun a pesar de los aparatos de televisión, de la tecnocracia, los sucesores de Faulkner y de Salinger, en Estados Unidos, conectan una cuerda de alta tensión entre sus obras y los lectores. Y en el mundo del subdesarrollo donde las fuentes de la magia están vivas, García Márquez, en *Cien años de soledad*, también toca fondo. Y esto se debe esencialmente a que América es un embrión, un mundo que ansía encarnar la realidad, que necesita crearse un sitio para su propia constitución, para su crecimiento social y cultural. Europa está fatigada, América está ávida de acción. América lucha descarnadamente contra sí misma, contra la imagen que el europeo pretendió endilgarle. Por eso la literatura americana, latinoamericana, está asistida por una inherente indoleguez. Tiene que por naturaleza luchar, oponerse, romper. Es la única manera de encarnar su voluntad más profunda, y Martí lo entendió así, rompiendo, inaugurando, definiendo, como Whitman. Esa voluntad de definir es casi una agonía para el autor de los *Versos sencillos*. Martí, por ejemplo, es un poeta que sabe que su deber es el de nombrar las cosas, el de enseñarlas, el de fundar la imagen. Hay como una urgencia

desesperada en el diario de Martí por describirlo todo, por dar a conocer, a través de la poesía, la tierra sin historia. Es la formidable urgencia del poeta americano, cuyo deber es configurar a América, eternizar nuestro paisaje reciente. Y esa urgencia él la realiza cabalmente, sin que falte un detalle, sin que haya un rasgo que no sea definidor, imprescindible, con la economía de palabras y la precisión del que sabe que pronto habrá de rendirse a la muerte. Al último diario de Martí habrá que acudir siempre que queramos adentrarnos en nuestro paisaje. Habrá que acudir siempre, y siempre se saldrá «como de un baño de luz».

El hombre americano, es decir, nosotros, ante todo tenemos el deber de desempolvarnos. Nuestras metas, nuestras inquietudes, nuestros propósitos y hasta nuestros despropósitos, tienen que oponerse diametralmente a los objetivos que los colonizadores se hicieron con este continente, manjar indigestible para el colonizador. Ahí están las razones de tanta búsqueda, de tantas contradicciones. El barroco, por un lado, se proclama como único y eficaz para un mundo que aún no posee una imagen fiel de su naturaleza. Por otra parte, los escritores más primitivos, es decir, menos intelectuales, se proponen una literatura mítica, de rescate, salvaguardadora. Su lenguaje fluctúa entre el coloquialismo decantado, que es una virtud de Twain y de Rulfo; y el de la jerga folklorista, llena de arabescos y hermética; un lenguaje falso.

Pero todos, aun los más convencionales, buscan romper bruscamente con el modelo peninsular, buscan encarnar fielmente sus mundos, sus realidades, despojados de los prejuicios y hábitos europeizantes.

La literatura hispanoamericana es una empresa de la imaginación. Nos proponemos inventar nuestra propia realidad: la luz de las cuatro de la madrugada sobre un muro verduco en las

afueras de Bogotá; la vertiginosa caída de la noche sobre Santo Domingo (en una casa del centro un revolucionario espera la llegada de los esbirros); la hora de la marea alta en la costa de Valparaíso... ¿Inventar la realidad o rescatarla? La realidad se reconoce en las imaginaciones de los poetas; y los poetas reconocen sus imágenes en la realidad. Nuestros sueños nos esperan a la vuelta de la esquina. Desarraigada y cosmopolita, la literatura hispanoamericana es regreso y búsqueda de una tradición. Al buscarla, la inventa. Pero invención y descubrimiento no son los términos que convienen a sus creaciones más puras. Voluntad de encarnación. Literatura de fundación. (Octavio Paz)

Pero esa literatura de fundación que postula Paz no sale así, del sombrero de un mago. Es una larga tarea de desarrollo. Una síntesis. Y esa síntesis debe contener la mayor cantidad de elementos puros posibles. Es decir, que debe abarcar tanto el mundo de lo real como el de lo irreal, y todo en función de levantar esa pirámide espiritual que tanta falta le hace a nuestra América. Desde Martí, decíamos, nuestros escritores han tratado de romper, de inaugurar. Unos, de tan «originales», se han ido a trasnochar las alturas en el globo de Matías Pérez; otros, de tan puristas, han caído en el pozo de las aguas indígenas para no salir a flote jamás.

Ambos han equivocado el camino. Se han ido a los extremos y los resultados han sido chatos, pueriles. Ni uno ni otro han hecho eso que ahora estamos definiendo como literatura de fundación. Y es que sin quererlo quizá, sus obras ven a nuestro continente desde afuera, con una óptica cuadrada y vaga. Con la óptica foránea, la del más rancio europeo, la exotista, la paternalista, la colonizadora. Volvamos, entonces, al problema del contenido, de la mirada desde dentro, desde el yo latinoamericano, desde el nosotros latinoamericano.

Mientras los escritores de este hemisferio continúen siendo los cultos criollos, los licenciados en las universidades de provincia, o los genios espeluznantes, nuestra literatura adolecerá de una visión integral, cosmogónica de la realidad. Mientras el indio permanezca en su aletargamiento, mientras el negro humilde latinoamericano no produzca una obra trascendente, nuestra literatura caminará coja. Porque ese culto criollo, ese licenciado recién graduado, no representa un todo sino un lado, un estrato, o lo que es más terrible aún, una clase. Y una clase inoculada con el virus de los prejuicios y de la moral burguesa.

Excepto en Norteamérica, donde abundan los casos de escritores realmente auténticos, populares, portadores del mensaje de su pueblo, baste mencionar a Richard Wright, a William Faulkner, o a los judíos Norman Mailer y Saul Bellow, para no remontarnos al siglo pasado, en nuestros países son escasos los ejemplos de autores que, desposeídos del prejuicio clasista que anquilosa, del egocentrismo, han logrado asumir su cultura, inventar su mito. Me viene un nombre a la punta de la lengua: Juan Rulfo. Desde luego que con un panorama así, la literatura de fundación, ese sueño, debe esperar paciente al desarrollo de las propias condiciones subjetivas del medio social latinoamericano. Esa carga de dinamita que los escritores norteamericanos han sabido dar a sus obras, todavía no se producirá aquí abajo; los hechos esperan también pacientes.

LA NOVELA-TESTIMONIO

Ahora debo entrar en materia. Yo creo que un aporte a la literatura de fundación es la novela-testimonio como yo la entiendo, como intentaré describirla.

Es ocioso que trate de explicar que apelé al opresivo término de novela por no hallar otra nomenclatura más asequible, y porque la novela es un vocablo familiar a todos. Tan familiar, que a cada rato nos está jugando una mala pasada, como ahora, por supuesto, que yo la antepongo a otro término no menos engañoso, el de testimonio. Pero antes de definir lo que entiendo por novela-testimonio, debo hacer alguna historia, un recuento breve, si se me permite.

Mi incursión en este terreno fue puramente casual. Siempre amé las novelas de aventuras, las biografías y autobiografías, los relatos verídicos como aquellos que narraban la epopeya de Soundyate, el guerrero africano, los viajes del emperador Adriano a Bitinia, el hundimiento del *Titanic* o el *Boston Tea Party*. Y las memorias del esclavo Manzano o las de Isadora Duncan. Recuerdo que cuando leí *Cecilia Valdés* se reveló para mí un mundo más fascinante que el de las novelas de Salgari. Pasé años recorriendo la calle del Inquisidor, el Muelle de la Machina; me detuve en la Loma del Ángel en un afán pueril de reconstruir el último capítulo de la novela de Villaverde. Observé un culto al pasado extraño y misterioso. Esa búsqueda me proyectó hacia las investigaciones etnográficas y folklóricas. Sentí siempre una necesidad imperiosa de entender este país, sobre todo en sus relaciones sociales. Un día cayó en mis manos *Juan Pérez Jolote*, el estudio de una comunidad indígena mediante las conversaciones con un indio chamula, del antropólogo mexicano Ricardo Pozas. Me sobrecogió la fuerza del relato, la verosimilitud del discurso de *Juan Pérez Jolote*. Me impresionó profundamente este libro por su eficacia sociológica y por sus méritos artísticos. Yo venía trabajando con Esteban Montejo en un proyecto de monografía sobre los cultos funerarios en los ritos yorubá, y la vida social dentro de los barracones de la esclavitud.

Esteban, el Cimarrón, era un informante más entre otros ancianos, pero su vida era singular, completaba capítulos desconocidos, inéditos, de la historia de Cuba, y sus vivencias eran —se puede utilizar la palabra sin discreción— únicas.

Vi la posibilidad de hacer un libro trazándome la misma ruta de Ricardo Pozas, y no lo pensé dos veces. *Biografía de un cimarrón* surgió así.

Pero como cada uno «va a la plaza con su canasta», es decir, que «cada maestro tiene su librito», yo me propuse algo distinto, aunque siguiendo el patrón básico de Ricardo Pozas. Y ahí comencé a lucubrar con el *relato etnográfico*, la *novela realidad* o la *novela-testimonio*, como he venido calificando este género. La maldita palabra novela me oprimió bastante. Mis intenciones se resquebrajaron a veces, porque yo me negaba a escribir una novela. Lo que yo me proponía era un relato etnográfico y así fue como subtité al *Cimarrón*.

La misma labor práctica de entrevistas, de desglose de las fichas, de transcripción de las grabaciones, iba conformando en mí una idea de lo que yo realizaría. No por azar había escogido a un exesclavo, cimarrón y mambí. Las lagunas, algunas lagunas, para mejor decir, que existían en la historia de Cuba, Esteban las podía llenar por sus avatares insólitos, sus años de soledad, su vida a la intemperie, sus recuerdos de las relaciones étnicas de los barracones, su conocimiento de la ecología: naturaleza y ambiente de la Isla.

Además, Esteban había participado en los hechos más determinantes de ese período de su vida: en la esclavitud con la guataca y los grillos, y en la guerra de Independencia con el machete. Había sido también testigo contemplativo de otros sucesos no menos importantes.

Toda la vida de Esteban Montejo era atípica, estaba marcada por el signo de un destino insólito. Cuando Graham Greene calificó esta vida de *única*, a nosotros nos pareció un

calificativo exacto, que no contenía un elogio banal hacia la obra, sino una observación inteligente. Todos los sujetos no reúnen estas características, así que *Cimarrón*, dentro del género, es un modelo ideal.

En la medida que iba organizando los datos, producto de mis entrevistas con él —que duraban de cinco a seis horas diarias—, me iba dando cuenta de lo que quería hacer, y de la estructura que le daría. Lo primero en que reparé fue que la novela-testimonio debía ser un documento a la manera de un fresco, reproduciendo o recreando —quiero subrayar esto último— aquellos hechos sociales que marcaron verdaderos hitos en la cultura de un país. Y que los protagonistas de la novela-testimonio debían referirse a los mismos, jerarquizando, valorando, o simplemente dándolos a conocer mediante su participación en ellos. Esos hechos no serían triviales —aunque la presunta trivialidad es a veces muy elocuente en este tipo de relato—, porque lo insignificante cobra dentro de un contexto una importancia muy grande, sobre todo cuando las «insignificancias» tienen que ver con el carácter y la subjetividad del informante. Pero bien, yo preferí que los hechos, o los momentos históricos, como quiera llamárseles, marcaran cambios radicales en la cultura nacional, lesionaran el espíritu del pueblo y contribuyeran a conformar una idiosincrasia.

Así, el cimarrón, luego de una infancia esclava entre cochiqueras y látigo, entra en una etapa de libertinaje al hacerse cimarrón; más tarde obrero asalariado y finalmente mambí. Es decir: esclavitud, cimarronería, patronaje, guerra de Independencia. Cada uno de estos períodos ha dejado una huella profunda en la psicología del cubano, ha contribuido a formarlo, le ha atribuido una historia. Y no son hechos marginales, aislados, sino conmociones sociales, hechos colectivos, épicos, que solo pueden ser reconstruidos con base en la memoria

histórica. Y para eso nada mejor que un protagonista representativo, un acto legítimo.

¿QUÉ ES LA NOVELA-TESTIMONIO?

Con este ejemplo he querido enunciar la primera característica que entiendo debe poseer toda la novela-testimonio: proponerse un desentrañamiento de la realidad, tomando los hechos principales, los que más han afectado la sensibilidad de un pueblo, y describiéndolos por boca de uno de sus protagonistas más idóneos.

Creo que en *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, Ti Noel ejerce esta función. Él es el pueblo, el nosotros que habla, que valoriza, como testigo que es de los acontecimientos. Naturalmente, es un testigo en la medida literaria. Es un personaje inventado por Carpentier, no es real, pero cumple la función de *griot*, de un protagonista de la novela-testimonio.

Ti Noel se propone, o mejor dicho, Alejo Carpentier se propone que Ti Noel sea este portavoz, este testigo que lo ve todo, como un Eleggua. Cimarrón o Rachel, sin proponérselo, son testigos reales, en la medida sociológica y no en la literaria, porque a pesar de que están recreados por mí, manejados por medio de algunas cuerdas de ficción, son seres de carne y hueso, reales y convincentes.

Y aquí nos aproximamos a otro punto que considero imprescindible para la ejecución de la novela-testimonio: la supresión del yo, del ego del escritor o del sociólogo; o si no la supresión, para ser más justos, la discreción en el uso del yo, en la presencia del autor y su ego en las obras. Y no una desaparición como la plantea Truman Capote, disolviendo toda posibilidad de imaginación, de criterio, sino dejando que sea el protagonista quien con sus propias valoraciones

enjuicie. Por supuesto que Truman Capote no cree en lo que dice, y una prueba fehaciente es su novela *A sangre fría*, donde se pasa todo el tiempo tomando partido por Perry, el asesino melancólico y tierno.

Eso no significa que el autor, en un momento dado, haya penetrado hasta tal punto en la mentalidad, en la psicología de sus personajes que pueda enjuiciar con la tabla de ellos, que pueda hablar por sus bocas, porque esa identificación, esa simpatía entre el autor y su informante tiene que atarse fuertemente, tiene que ser raigal. Despojarse de su individualidad, sí, pero para asumir la de su informante, la de la colectividad que este representa. Flaubert decía: «Madame Bovary, c'est moi». El autor de novela-testimonio debe decir junto con su protagonista: «Yo soy la época». Esa ha de ser una premisa inviolable; la flecha en el blanco.

La hipnotización que padecen la mayoría de los autores contemporáneos por sus demonios particulares es exagerada. Capote ha dicho muy bien: «Se extasían ante sus ombligos y están restringidos por un punto de vista que no va más allá de los dedos de sus pies».

Las obras de fundación en nuestro continente tienen solo dos exponentes: aquellos genios que van más allá de su época, que introducen un nuevo estilo, una nueva, original, personal, caprichosa visión del mundo; y aquellos que se quieren integrar a la psicología de los pueblos asumiendo sus valores, y que serán los que representarán su época, o la rescatarán del pasado para explicar, para explicarse, el presente.

Los genios, esos grandes maestros, están más allá del yo, han intuitido la sabiduría popular y el futuro. Sus claves, sus conocimientos parten de un profundo conocimiento del pueblo, de su expresión; ¿será necesario que mencione a José Lezama Lima, a Nicolás Guillén? Y en México a Juan Rulfo, que a través del sueño, de la imagen que refleja la memoria,

ha penetrado en la conciencia colectiva, en las angustias y las aspiraciones de su pueblo. Cuando Miguel Páramo sale en busca de su padre muerto, ese mundo que se forma alrededor de la esperanza, ¿no es acaso el de Juan Rulfo?

«Por eso vine a Comala, porque me dijeron que acá vivía mi padre». Conozco pocas novelas tan verosímiles como el *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. «La marcha del artista —como ha dicho Eliot— es un sacrificio continuo, una continua extinción de su personalidad».

En esa despersonalización es en la que el arte se aproxima a la ciencia. Y para que ese arte no sea un intento fallido, híbrido, debe postular un camino nuevo, un futuro distinto. El artista tiene que ser un visionario. El artista que trabaja con los materiales de la realidad en bruto, debe sacar de ellos el mayor provecho, diseccionándolos, extrayendo de esos materiales lo que hay de nuevo, de futuro, en ellos.

Esa es una tarea difícil, y a veces el escritor corre el riesgo de perderse en las arenas. Pero si no soñáramos que lo que hoy exponemos será mañana aceptado por el sociólogo o el historiador, nuestro aliento sería de muy corta duración. Algunos me dirán que eso equivale a creer que se tiene a Dios cogido por las barbas, que se posee la verdad absoluta, pero no es así. Solo se pretende contribuir al conocimiento de una realidad y si no se hace con cierta seguridad, con el equilibrio necesario, las obras nuestras serán gelatina.

Contribuir al conocimiento de la realidad, imprimirle a esta un sentido histórico, es otro rasgo indispensable de la novela-testimonio. Contribuir a un conocimiento de la realidad es querer liberar al público de sus prejuicios, de sus atavismos. Hay que dotar al lector de una conciencia de su tradición, entregarle un mito que le resulte provechoso, útil, desde cuyo modelo pueda categorizar. Este modelo, de más está decirlo, debe ser relativo o ambiguo, no puede ser un patrón estático y definitivo,

sino solo un punto de partida. Eso he querido que sean *Cimarrón* y *Rachel*, puntos de partida para conocer un medio, una época. Este conocimiento de la realidad nada tiene que ver con el didactismo gris que ha oscurecido tantos intentos creativos, sobre todo en las postguerras. Conocimiento de la realidad implica conocimiento de sí mismo. El lector debe hallarse dentro de los libros como si fuera un personaje más, moviéndose, gesticulando, imaginando, escribiendo, enjuiciando. Por eso creo que la literatura debe darle la posibilidad al hombre de criticar. Dejarle un margen de libertad para que contradiga o afirme.

En *Rachel* he utilizado la técnica contrapuntística o sistema *Rashomon*; esa mirada como a través de un espejo cóncavo, con el propósito de que el público se identifique en el libro, ya sea a favor o en contra de Rachel. En la guerra racista, de Estenoz e Ivonet, ella toma posición a favor del gobierno, a favor de las hordas que subieron a las lomas de Oriente para apagar el brote rebelde, explosivo, de los Independientes de Color. Aquí Rachel es modelo extremo, se parcializa porque esa es la actitud que da la medida del racismo más exacerbado; luego es paternalista, quiere ser comprensiva... Pero lo importante es que esta actitud no es solo de Rachel, sino de muchas Racheles. Y por eso el modelo tenía que ser extremo, para que sacudiera un poco a la gente, al lector.

Siguen otros personajes con puntos de vista distintos sobre el mismo acontecimiento, entre ellos Esteban Montejo, que defiende a brazo partido la Guerrita del 12. Acabo de describir un ejemplo de conocimiento de la realidad, es decir, el fenómeno expuesto; pero detrás del fenómeno un criterio, o varios criterios. O sea, el contenido del fenómeno.

El equilibrio del artista-sociólogo radica en exponer todo esto sin didactismo, sin chabacanerías; en otras palabras, con arte. En este modo particular de exponer el hecho histórico

está implícita una preocupación científica. El fenómeno debe llegar a interesar no solo en su valor de pasado, sino en su carácter presente; en la medida en que esté vivo aún, a reserva de que no exista. O sea, las consecuencias del fenómeno son más importantes que el fenómeno mismo; su presente es más importante que su pasado. A esa única duración me refería cuando hablaba de sentido histórico.

EL FENÓMENO HISTÓRICO

En este tipo de obra aparentemente es más fácil apresar lo objetivo que lo subjetivo. A primera vista parece más sencillo, más asequible, aprehender el hecho histórico que explorar en la conciencia de los personajes. Sin embargo, yo creo que resulta todo lo contrario. El fenómeno histórico también engaña. Generalmente nos da la cara más diáfana, o lo más sobresaliente de su composición. Y lo otro queda velado, como envuelto por un realismo dominante. Lo difícil es quitarle a ese hecho histórico la máscara con que ha sido cubierto por la visión prejuiciada y clasista. Si es un hecho popular, la prensa se ha ocupado seguramente de darle un cariz muy particular, generalmente la visión oficialista.

El gestor de la novela-testimonio tiene una sagrada misión y es la de revelar la otra cara de la medalla. Para eso, lo primero que tiene que hacer es una labor previa de investigación y sondeo. Descubrir lo intrínseco del fenómeno, sus verdaderas causales y sus verdaderos efectos.

Entre esa apariencia (el hecho visible) y su esencia (el hecho histórico propiamente) existe una verdadera dicotomía, en la cual el primero encubre al segundo. «El hecho histórico —dice A. Sánchez Vázquez— como hecho desnudo, transparente, de por sí, no existe. Comprenderlo es

situarlo más allá de su apariencia e integrarlo en una totalidad de la que forma parte con otros como elementos relacionados y mutuamente dependientes».

Esa dificultad de describir lo objetivo es uno de los mayores obstáculos de la novela-testimonio. Porque lo otro, lo subjetivo, se infiere del mismo hecho histórico. Yo debo primero conocer muy bien la época, sus movimientos cruciales, sus cambios, su atmósfera, para luego entrar a analizar a sus actores; si no, se produce una contradicción entre lo que el protagonista cuenta, la manera en que la cuenta y el hecho en sí. El juego recíproco de lenguaje que hay que establecer entre el protagonista y su época tiene que ser fiel y preciso. No puede nunca traicionar.

LENGUAJE Y COMUNICACIÓN

Ahora ya entramos en el terreno del lenguaje. Otro punto en el que hay que detenerse cuando se trata de la novela-testimonio, y quizás el punto más delicado. En virtud del lenguaje se logra la comunicación; el lenguaje no es solo la palabra que se seleccione, sino el tono, las inflexiones, la sintaxis, la gesticulación. Si un personaje se mueve demasiado vertiginosamente, si zigzaguea, está dándonos un lenguaje. Ese movimiento, ese zigzaguear, requiere un lenguaje hablado propio, una manera quizá cortante, nerviosa, palabras poco rebuscadas, en fin...

Si el lenguaje es meditativo, tiende al lenguaje poético, pausado, mágico. Si es un personaje de acción, el lenguaje tendrá más elementos de sorpresa, será austero, perspicaz. En *Canción de Rachel* yo experimenté fuertes contrastes con el lenguaje. Rachel, a diferencia del Cimarrón, era un personaje con una gran dosis de frivolidad. Inteligente, pero muy contradictorio. Una manera de contar en *flashback*, que se emparentaba con

el cine, con el lenguaje del cine documental. Por otra parte, y pese a su fuerza popular, a su estilo coloquial, Rachel era pretenciosa; estaba ensimismada en su mundo de fantasía. Y eso la retenía en un lenguaje de frases sofisticadas y palabras rebuscadísimas. «Yo soy una melancólica triste. Yo soy una liberal y demócrata, me gusta el rojo plumizo, y palabras como flatuismo, para citar un ejemplo».

Casi siempre hay que respetar ese lenguaje, aunque no nos suene convincente. Porque es lo que yo no vacilaría en definir como un lenguaje del subdesarrollo. Alcanza la poesía en su propia contradicción, en sus contrastes. La incoherencia y la lucidez iban aparejadas en este sujeto. Eso fue, naturalmente, lo que me atrapó. Y así fue que tracé la línea del lenguaje del libro. Los tonos engolados, la bisutería verbal, contrastaban muchas veces con las palabras duras, cortantes. Mucha violencia se escondía detrás de esos tonos y esas piruetas.

Entonces, si el lenguaje va de lo artificial a lo genuino, el protagonista también correrá el mismo destino dentro de la obra. Pero hay que cuidar sobre todo la autenticidad del protagonista, sacándolo de esa caja de cristal en que muchos novelistas encierran a sus personajes. Lo que ocurre, pues, es que los personajes quedan como caricaturas, como esperpentos, y lo más que comunican es una alegoría y nunca un estremecimiento real.

Balzac, Stendhal y Flaubert, a mi juicio, son los primeros que supieron encarnar personajes verosímiles. La ironía, la duda, fueron seguramente los rasgos que más objetividad le imprimieron a lo que estos personajes representaban. La ingenuidad también es una gran virtud. La ironía de Rachel contribuye a agudizar su vida, su época. En un mundo sin escrúpulos, degradante y frustrante, era el único salvavidas. La ingenuidad del Cimarrón, las palabras rotundas, claras, de su monólogo le adosan un dramatismo mayor a su vida;

hacen que los sentimientos se ennoblezcan y los hechos se compliquen, se turben por la duda que los envuelve.

Pero lo fundamental del lenguaje en la novela-testimonio es que se apoye en la lengua hablada. Solo así posee vida. Pero una lengua hablada decantada como ya hemos dicho. Yo jamás escribiría ningún libro reproduciendo fidedignamente lo que la grabadora me dicte. De la grabadora tomaría el tono del lenguaje y la anécdota; lo demás, el estilo y los matices, serían siempre mi contribución. Porque esa falsa literatura simplista y chata, que es producto de la transcripción, no va a ninguna parte.

Un libro como *La vida*, de Oscar Lewis, un gran aporte a la psicología y a la sociología de las masas marginales, es reiterante porque no es literatura, es sencilla y llanamente: *Yo escribo lo que tú me dices y como me lo dices*. Ese camino no tiene mucho que ver con el de la novela-testimonio que yo estoy practicando. Porque, a mi entender, la imaginación literaria debe ir del brazo de la imaginación sociológica. Y el autor de la novela-testimonio no debe limitarse. Debe darle rienda suelta a su imaginación cuando esta no lesione el carácter de su personaje, cuando no traicione su lenguaje. La única manera en que un autor puede sacarle el mayor provecho a un fenómeno es aplicando su fantasía, inventando dentro de una esencia real.

En *Rachel* yo digo: «esta es la historia de ella, de su vida tal y como ella me la contó y tal como luego yo se la conté a ella». Y ahí van implícitas un montón de cosas.

Pero yo no quiero volver al lenguaje como sistema. Mi poca experiencia en este campo me ha dado ya algunas lecciones. El lenguaje coloquial es otra trampa en la que muy fácilmente caen los escritores latinoamericanos. El lenguaje es naturaleza y no literatura. Muchos escritores latinoamericanos han trastrocado este asunto. Y han hecho del lenguaje

una escaramuza, un carapacho, separándolo del hombre, de la vida. Han cuajado sus libros de palabras autóctonas, de giros, de una jerga que a fuerza de ser retorcida y limitada ha cubierto al hombre que debía aparecer en la trama, convirtiéndolo en un fantoche. Ni separando con una espátula las capas de palabras este hombre descuella. Todo un arsenal de retórica folklorista en detrimento del hombre.

Podría dar ejemplos como *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes, para no ir más lejos. Aquí el uso reiterado de una retórica torpe elimina toda posibilidad de entendimiento; el uso torpe también de las contracciones, siguiendo la línea de un lenguaje fonético, hace prácticamente ilegible la obra.

Están frescos en nuestra mente los intentos de Goytisolo de repetir la misma operación con la manera de hablar cubana. Aquellas páginas eran como un crucigrama; estaba uno obligado a detenerse para analizar contracción por contracción, y el disfrute era nulo. El error está en que el escritor, ansioso de beber en las fuentes populares para revitalizar su lengua, se olvida de que esta lengua, así, en su estado de pureza, tiene unas estructuras muy peculiares que no comunican universalmente. El problema es saber elevar estas formas, estas estructuras, a otras formas, a otras estructuras: las cultas. Esto es lo que supo hacer Mark Twain en su *Huckleberry Finn*, y luego Salinger en su *The Catcher in the rye*. Ellos escriben con las palabras del uso diario, con los giros inclusive, pero muy decantados.

En estos libros no existen esos parlamentos casi abstractos, herméticos, de los libros populistas. Aquí se ha elevado esta forma popular a una expresión culta sin descomponer su savia. Los personajes de Rulfo pueden emular con esos de Twain, de Faulkner, porque se mueven en un escenario real, no en un zoológico.

El gestor de la novela-testimonio, más que ningún otro creador, debe otorgarles a sus personajes ese dinamismo, porque la memoria articulada, la conciencia de época, que son objetivos muy específicos del género, exigen un exponente genuino, convincente, no una criatura manejada por mecanismos artificiosos. Hay que acabar de descartar ese criterio de que únicamente un lenguaje regionalista, un dialecto, puede dar garantía de autenticidad. Del lenguaje hablado, como del gesto social, hay que tomar su esencia. Nada más grotesco que una coreografía estereotipada. Lo mismo puede decirse de la narración.

En Cuba tenemos algunos ejemplos notorios del uso del lenguaje hablado en la prosa. *Cuentos sueltos*, de Onelio Jorge Cardoso y la obra cumbre de Lydia Cabrera, *El monte*, un verdadero tratado de lexicografía.

Yo quiero repetir estas palabras de Ítalo Calvino: «el pueblo es ante todo el resultado de un proceso histórico y no una fuente natural, portadora de una felicidad sensual y espontánea». Y como creo esto, creo que el lenguaje también es un resultado histórico, una síntesis. De ahí que sea tan difícil el empleo del lenguaje hablado en la literatura, porque es otra trampa en la cual se puede caer embriagado por sus encantos estéticos. Los escritores cultistas, inventores de su propia pirotecnica verbal, láncense sin freno al fuego de la palabra, a sus maravillosos destellos, a sus haces fulgurantes. El que trabaja con el lenguaje hablado conténgase de antemano y láncese a otro fuego más compacto, el de los laboratorios, el del análisis.

Para la ejecución de una obra donde este lenguaje funcione, es necesaria la grabadora que lo escucha todo, que lo percibe todo y que es además el oído imparcial por excelencia. Aun aquello que nosotros no queremos oír, ella lo registra fielmente.

He planteado hasta aquí los puntos que considero imprescindibles para la ejecución de la novela-testimonio. O sus rasgos básicos.

Es muy probable que dentro de esos planteamientos, como ocurre generalmente, hay otros ingredientes contenidos, otras materias implícitas que serían provechosas para el conocimiento de lo que debe ser una novela-testimonio. Yo solo he descrito los más sobresalientes, aquellos inescusables. Pero no soy un teórico de la novela-testimonio, soy un gestor de la misma y por lo tanto mi condición de creador y no de crítico puede dejar pasar por alto algunas cuestiones que están en mis trabajos, en mi sensibilidad y que yo no veo.

El arte es ciego, como el amor, y los artistas como los enamorados a veces no sabemos lo que estamos haciendo, creemos que vamos en una dirección y la brújula indica la dirección opuesta, y así; de modo que si he escrito esta conferencia es porque yo quise que sirviera para mi propia orientación, para que me sea útil como guía de trabajo, y me saque de ciertas dispersiones estériles. Las cosas que uno siente, o intuye, deben de vez en cuando hacerse explícitas, aunque pierdan su misterio.

Antes de entrar en lo que los sociólogos llaman método, yo quisiera dejar aclarada una idea. El superobjetivo del artista gestor de la novela-testimonio no es meramente el estético. Espero que eso se infiera de todo lo que yo he planteado anteriormente. El superobjetivo del gestor de la novela-testimonio es más funcional, más práctico. Debe servir como eslabón de una larga cadena en la tradición de su país. Debe contribuir a articular la memoria colectiva, el nosotros y no el yo.

Si *Cimarrón* y *Rachel* han servido para atar estos hilos sueltos de la memoria, entonces puedo sentirme satisfecho; si no, es la derrota.

Continentes como el nuestro, tan faltos de una definición cultural, requieren de la novela-testimonio para conformar su tradición en cuerpo y en imagen. El artista sociólogo no debe perder esto de vista. Podría citar nombres hasta la saciedad si me dedicara a poner ejemplos de autores que han sabido soldar estos eslabones. Lydia Cabrera en Cuba, recogiendo el folklore de origen africano, sus mitologías, sus leyendas, sus cuentos; Amos Tutuola en África; Luís da Câmara en Brasil, y más dentro de la literatura narrativa, Juan Rulfo en México y Guimarães Rosa también en Brasil.

La historia de las gentes sin historia, como diría Juan Pérez de la Riva, ha encontrado sus portavoces en estos excavadores de la conciencia colectiva. Los juglares de la Edad Media hallarían aquí sus émulos más cercanos. Los trasiegos juglarescos vuelven a cobrar vigencia en este continente en embrión.

Hasta aquí hemos analizado el contenido de este producto que llamamos novela-testimonio. Ahora veamos cuáles son los pasos que deben seguirse para su elaboración. Ojalá no tenga esto nada que ver con una receta culinaria.

EL MÉTODO

El término método siempre llegó a mis oídos con resonancias rimbombantes. Los antropólogos sociales, los historiadores, los etnólogos, frecuentemente usan este término con excesivo empaque. Y la costumbre de escuchar esta palabra en labios profesionales, con acentos tan graves, hizo que un raro temor se apoderara de mí durante algún tiempo, y decir método equivalía a pronunciar una palabra sagrada, para especialistas, llena de escondrijos y de implicaciones.

Sin embargo, trabajando con Pozas, con Calixta Guiteras, y durante seis años realizando investigaciones de equipo para

el Instituto de Etnología y Folklore, aquel fantasma se fue desvaneciendo y el método resultó ser la práctica diaria, los procedimientos preestablecidos y hasta los improvisados, el carácter personal del investigador, sus relaciones con el informante, la manera de ver las cosas, es decir, el enfoque teórico y todos sus derivados, el uso de ciertos materiales técnicos y la paciencia. Aquella legión de demonios que se aparecían cada vez que se pronunciaba la palabra método a mi lado, se esfumó. Y el hecho de proceder a reunir los materiales y las ideas para un trabajo organizado constituyó el primer gran paso metodológico.

El informante, el protagonista, el personaje, el sujeto, como quiera nombrársele al objeto de trabajo, debe ser realmente lo primero a tomar en cuenta. En mi caso personal, al menos con relación a mis dos obras, los protagonistas han aparecido en mi vida casualmente, como por arte de magia. No me di a la tarea de buscarlos, los encontré. A Esteban en una horrenda página del periódico sirviendo de pieza museográfica. A Rachel en múltiples vedetes retiradas; en viejas *cocottes* de La Habana de los años veinte; en Petit Bertha, amante de Yarini, envuelta en una ilusión de creyones de labios; en la memoria de Luz Gil; en la inigualable Amalia, melancólica y soberbia —la única *flapper* de todas— y sobre todo en la psicología de mucha mujer cubana. Sinceramente, los paseos de la Macorina en su convertible morado obispo, pelirroja, obesa, las conversaciones en los cafés del Prado; los casi decrepitos tramoyistas, supervivientes del naufragio del vernáculo Alhambra, filtro del quehacer social y político del país, y la presencia conmovedora de los telones deshilachados contribuyeron mucho a inspirar este libro.

Por eso, en realidad, el personaje apareció, estuvo allí siempre en mi nostalgia de un pasado inapresable, en mi necesidad de comprender al país. De darle una imagen verídica, más compleja, más combativa.

En el caso de Esteban Montejo se destacaban, como en un mapa, las zonas más atiborradas, aquellas contaminadas de acción, donde cualquier hombre estaba obligado a definirse, a tomar partido. Todo fue muy claro. Y muy estimulante. Esteban me iluminó el pasado cubano, con su extraordinaria memoria, a modo de lámpara de Aladino. La esclavitud, la cimarronería, la guerra de Independencia, estaban perfectamente deslindadas en su vida y a la vez formaban su todo espiritual. Esteban, pues, era un modelo ideal porque reunía dos condiciones necesarias para la novela-testimonio: era un personaje representativo de una clase, de un pensamiento, y había vivido momentos únicos en la historia de Cuba que marcaban la psicología de todo un conglomerado humano. Esteban era, decididamente, un eslabón.

Y estaba allí, esperando, no tuve que hacer ningún esfuerzo para inventarlo. El investigador debía llegar a tiempo, con un gran sentimiento de solidaridad. Porque, aprovechando que hablamos de método, yo creo que lo imprescindible para que se logre una profunda identidad entre el investigador y el informante es la solidaridad. Puede considerarse que el investigador ha fracasado si, como dice Evans-Pritchard: «en el momento de despedirse no existe por ambas partes la pena de la partida».

Esa identidad no se puede lograr con artificios. Es un desprendimiento. No caben la caridad, la benevolencia, la amabilidad, el paternalismo —¡oh, el paternalismo!—; solo cabe la verdad, una relación íntima, real. El informante es un ser humano, de carne y hueso y no una pieza de museo a la que no se puede tocar, no se puede mirar de cerca. Tampoco es una criatura indefensa o huérfana de cariño, a la que hay que pasarle, con lástima, la mano por la cabeza.

He visto a muchos trabajadores sociales que tratan a sus informantes como si fueran enfermos al borde de la muerte.

La excesiva delicadeza puede engendrar repulsión. Y nadie está completamente desvalido en este planeta. El investigador social debe ser muy cuidadoso en el trato con su informante, pues de ahí dependen los resultados de su trabajo.

Con Esteban pasé largas y fructíferas horas conversando de nada y de todo. A veces nos pasábamos días en que yo no tomaba mi libreta de apuntes y en que él solo deseaba hablarme de cuestiones muy personales. Con Rachel, lo mismo. Y es que sin proponérmelo yo estaba buscando la identidad, la posibilidad de la confesión sincera. En esta relación autor-protagonista o investigador-informante, hay que procurar el desdoblamiento. En otras palabras, tratar de vivir la vida de los demás, levantando un puente macizo de afectos, de dependencias.

Perry Smith absorbe la atención del autor de *A sangre fría*, lo domina; entre Capote y su modelo se produce una relación intensa, profunda. Perry, desde la cárcel, le escribe: «Yo vivo para sus cartas».

Es una experiencia fabulosa. Uno deja de ser uno, deja de vivir su vida para vivir también otra vida, la de su personaje. ¿Cómo puedo yo conocer al otro sin dejar de ser yo mismo?, se preguntaba Claude Lévi-Strauss en *Tristes Tropiques*.

El gestor de la novela-testimonio vive una segunda vida que es real, que lo transforma esencialmente. Sobre esa segunda vida puede inventar, poner todo lo que quiera de su cosecha, como yo hice naturalmente en *Cimarrón* y en *Canción de Rachel*, pero esas nuevas piedras están echadas sobre un sedimento original, sobre una plataforma de realidad inalterable. Todo el contenido etnográfico de *Biografía de un cimarrón* es verificable. Las notas y acotaciones que introduje afirman esto. La historia es tan real como la vida misma, a pesar de que no es un libro histórico, sino el estudio de un carácter dentro de una época.

Dije que se producía un desprendimiento. Se produce también una despersonalización; uno es el otro ya y solo así podrá pensar como él, hablar como él, sentir entrañablemente los golpes de vida que le son transmitidos por el informante, sentirlos como suyos. Ahí está la poesía, el misterio de este tipo de trabajo. Y, lógicamente, esa puerta abierta, enorme, que le permite a uno penetrar la conciencia colectiva, el nosotros.

El sueño del gestor de la novela-testimonio, esa hambre de expansión, de conocimiento e identidad, fue el sueño también de Malinowski, Ortiz, Nina Rodrigues y los novelistas franceses del siglo XIX. Cada uno en su campo buscó el mismo origen, solo que el *approach* varió. El ensayo fue para los primeros el camino; para los segundos, la novela. Vale la pena recordar ahora la obra de Selma Lagerlöff, cuyos relatos se empeñan en rescatar la mitología de su país en virtud de una imagen universal.

Yo debía exponer aquí otros detalles mínimos contenidos en esta relación investigador-informante. Debía decir, por ejemplo, que es un error dejar al informante a la deriva de sus digresiones, que hay que conducirlo un poco, obligarlo en una dirección, interesarlo, que hay que aplicarle cuestionarios previos que luego sufrirán variaciones en la práctica, que de vez en cuando se le debe contradecir para demostrarle que no estamos tan despistados y que él no nos puede engañar con su fantasía. Generalmente los mejores informantes son los viejos, y estos son una fuente de fantasía tremenda.

A veces esta fantasía es una virtud expresiva, literaria, pero hay que cuidarla no vaya a ir en detrimento del hecho social. Quiero decir, no vaya a vulgarizarlo, a minimizarlo. Prefiero los que ven la parte triste y mala de la vida, el lado de los sufrimientos, que los que se embelesan en una alegría fatua. Y con esto no estoy de ninguna manera identificándome

con los personajes derrotistas. El derrotismo es una veleidad burguesa. No debe confundirse con el escepticismo, que es una categoría de la inteligencia. Yo amo los personajes que se entregan a la vida, así sean devorados por ella. Que tengan siempre un aliento de lucha, y que den golpes constantes, definitivos. El Quijote se enfrentaba a los molinos, cuerpo a cuerpo, y esa era su manera de luchar; Sancho lo siguió en su delirio, aun asumiendo siempre su sentido práctico de las cosas. Sancho, por momentos, es más grande que su señor. Pero a lo que voy: ninguno de los dos se sentó debajo del molino a plañir por la tragedia humana.

Ya con el personaje a mano, habría que dar un segundo paso. Y eso es la indagación histórica, la documentación, la lectura, el conocimiento de la época y de los momentos históricos, los hechos sociales en que este se vio comprometido. Un serio conocimiento de la época, conocimiento científico, es fundamental. Están los libros de viajes, los de los costumbristas, los archivos, que para mí son la fuente menos confiable porque, como dice Moreno Fragnals, casi todos los fondos están envenenados por una visión oficial —cuando no colonialista, republicana, es decir, influida por el criterio neocolonial—; están también los periódicos, los epistolarios y las fuentes vivas. O sea, los coetáneos del personaje, que sirven para afirmar o contradecir.

Junto a las gavetas con las fichas del fruto de las entrevistas deben estar las copias de los documentos, fotografías, recortes de periódicos, impresos en general, libros de consulta y una cronología. Debo reconocer que la cronología de Ambrosio Fornet fue de una ayuda muy grande para la ubicación del personaje de Rachel dentro del saco de los acontecimientos. Las secuencias cronológicas, sobre todo cuando la obra se basa en la contrapuntística, son fundamentales. Porque las estructuras se contraponen, se yuxtaponen;

los hechos en el tiempo varían, y para lograr un contraste mayor, para que el juego de la memoria sea eficaz, hay que trabajar con las estructuras. Esto es, que un acontecimiento que ocurre en 1910 puede estar situado detrás de uno que ocurra en 1925, y así sucesivamente. Las relaciones entre estas estructuras no tienen que ser iguales. Entre dos estructuras suele ocurrir que una ejerce sobre la otra una acción más importante o simplemente de diferente naturaleza. Pero todo ha de estar supeditado a un orden de conjunto. Para lograr este fin una cronología es indispensable, porque fija la orientación histórica. No se trata de convertir la obra en un rompecabezas, sino de darle un movimiento estructural más competente, que tenga una relación directa con la manera de contar, con el monólogo interior, con las fluctuaciones de la memoria y con la vida de un organismo biológico.

La grabadora es útil en este caso, mucho más útil que la nota tomada en la ficha, porque la grabadora recoge el ritmo y la secuencia de la narración. La grabadora, además, me ha servido para registrar aquellos pasajes que parecerían producto de la fantasía si no fuera porque están grabados y la voz del informante los testifica.

Luego de recopilado todo el material, que es la fase yo diría más excitante, viene la organización, clasificación y redacción del mismo. La benedictina tarea de releer las anotaciones. Es el momento de perfeccionar la crítica de los materiales, del desglose. Comienza el estudio. Esta es la parte engorrosa. El núcleo del trabajo. Aquí hay que estar en guardia, hay que tomar posición ante el material. Si fuimos descuidados al escuchar y recoger, aquí tenemos que adoptar la posición contraria. Se trata de seleccionar lo básico, lo que va a revelar las verdades que queremos demostrar. Se trata sobre todo de quitar para luego, en la redacción, añadir en base a un material decantado, exacto.

El material debería tener algo de la textura poco compacta sin ser desaliñada. Tan elástica como para contener todo lo que pasa por la cabeza del informante, como ese diario con que soñaba Virginia Woolf, donde tanto lo solemne como lo insignificante y lo bello estuvieran presentes.

Me gustaría —dice la escritora inglesa— que ese diario se asemejara a un profundo baúl al que se arroja una cantidad de trapos y retazos sin pararse a elegirlos. Me agradaría volver a él después de un año o dos para descubrir que la colección se ha seleccionado o refinado por sí sola, que se ha integrado, como suelen hacerlo tan misteriosamente tales depósitos, en un solo molde, lo bastante transparente como para reflejar la luz de nuestra vida, pero al mismo tiempo en sedimentos firmes y tranquilos, distantes como en una obra de arte.

Esa integración de los materiales es lo que hace que se proyecten universalmente. Buscamos un propósito mayor que el de documentar una época, queremos enjuiciarla y para eso tenemos que tomar posición junto con nuestro informante. Eso no equivale a estar de acuerdo con él, a pensar como él, sino simplemente a asumir lo que él dice, como él ve las cosas. Yo no me identifico con Rachel en sus apreciaciones personales, racistas, demagógicas, pero en el momento en que me fueron reveladas esas confesiones yo también tuve que asumirlas instantáneamente; luego las contrapesé y las abolí. Por eso a un personaje tan contradictorio como ella tuve que oponer voces de refuta. Sin embargo, esa integración a sus valores me permitió conocer la época mejor y lanzarme a la búsqueda de los juicios opuestos, de los otros puntos de vista.

La universalización del fenómeno radica en parte ahí, en ese contrapunto; en esa lucha de ideas donde todo se mezcla

para confundirse y cobrar una luz cegadora, puesto que en la medida que se encuentran las opiniones y se dan versiones diferenciadas de un mismo hecho, este se complica, ampliando su proyección y situándose en una esfera más universal.

Lo que me interesa decir en *Rachel* no es tanto sus puntos de vista parciales, caprichosos, sino cómo ellos se funden con los otros quizá menos parciales, menos caprichosos y establecen un sistema de vasos comunicantes que reflejan la frustración de una vida en un contexto social específico. Con esto he intentado demostrar la eficacia del método o estilo contrapuntístico y de las yuxtaposiciones estructurales. Yo creo que este método es útil no solo para la novela-testimonio que toma a un protagonista, sino para trabajos más amplios como pueden ser estudios monográficos de carácter histórico o estudios de familia.

El caso de *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis, es un buen ejemplo del uso del contrapunteo, si bien lo de Lewis no es una novela-testimonio. Y esto sí quiero que quede aclarado. Lewis hace un estudio de un estrato social y no de un contexto nacional; cosa que me parece muy legítima, pero a la larga reducida a un ámbito demasiado intrascendente. Sirva el ejemplo de *Los hijos de Sánchez* como una experiencia formal. Quizás en *La feria*, de Juan José Arreola, que es una obra estrictamente literaria, haya otro buen ejemplo de este uso, en este caso artístico.

Para concluir el tópico de la universalización, yo añadiría que la objetivación que debe buscar el gestor de la novela-testimonio no está solo en la forma, en el método que se emplee. En el contenido está la clave. Los personajes deben establecer un diálogo con su tiempo, funcionar integralmente. Esto lo logró Flaubert con un personaje de la ficción: Madame Bovary. Imaginemos cuán convincente no será ese diálogo cuando sepamos que lo podemos continuar yendo a conocer

a ese personaje, interrogándolo nosotros mismos de nuevo, confrontando a diario, porque es un personaje que existe.

Se ha dicho bastante que la función de la literatura no debe ser didáctica. Pero cuidado con esto, porque podemos caer en un vacío terrible al huir tan desmañadamente del hombre social. Debemos superar la sociología, el didactismo, con personajes que encarnen su época, que provean de esquemas permanentes a la historia y que sepan apropiarse del mundo, apropiándose de su realidad inmediata. Aun cuando nuestros modelos estén muertos, sean ya reflejo de un pasado diluido y remoto, nuestros personajes como tales deben permanecer, sobreviviendo a su tiempo. Deben servir como hitos para un futuro distinto y nuevo.

América requiere de la obra de fundación. América necesita conocerse, sustentarse. Junto a la corriente rica de la ficción, las obras de testimonio deben ir de la mano, rescatando, escudriñando la enmarañada realidad latinoamericana. Es una búsqueda fatigosa pero inevitable.

Una tarea tal —como proclama Roberto González Echevarría— no le es dada a una literatura revolucionaria que se contenta con plasmar el lenguaje efímero de la política del momento, o se satisface con la jerga hueca de las Ciencias Sociales, sino aquella que en la búsqueda de un lenguaje sin compromisos logra fundar una cultura.

La tradición se compone de todos los bienes espirituales del hombre. Un pueblo sin tradición es como un árbol sin hojas, un pueblo sin memoria es un pueblo desvalido. Dentro de las obras de fundación, la novela-testimonio debe contribuir a esa memoria. Estoy seguro que con ello no solo contribuirá al conocimiento de una realidad, sino también al conocimiento de un lenguaje, a la revitalización de la literatura.

Cuántos no han hablado de la crisis de la novela latinoamericana. Cuántos no han creído que la imitación europea lastraría el género. Ojalá este desconcierto esté superado ya con los ejemplos de Rulfo y de Guimarães Rosa.

La novela-testimonio va a crecer en nuestro continente, estoy seguro. La necesidad, como dicen los negros viejos, obliga. Uno ha creído que el fin de algo se precipita cuando lo que se anuncia es el comienzo.

Uno ha creído, a veces, en medio de este camino sin orillas que nada habría después, que no se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. Pero sí hay algo. Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor a humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza. (*Pedro Páramo*)

Alrededor de esa esperanza giramos todos. Al fin y al cabo, como dice también Esteban Montejo: «Las cosas no salen así, de la nada, y el que sueña es porque ha visto algo. Yo una vez soñé con un árbol grandísimo y me puse a pensar, y es que yo me sentaba frente a una ceiba que había en la puerta del barracón».

M. B.
(1970)

TESTIMONIO Y NOVELA-TESTIMONIO

Hablar ahora de «testimonio» como género literario parece, en nuestros días y en nuestro medio, algo enteramente natural. Por «nuestro medio» entiendo a Cuba y, más ampliamente, a América Latina. Pero muy diferente era esta situación en la década de los sesenta del pasado siglo. Basta recordar que en 1968, el Premio Casa de las Américas le concedió mención, ¡dentro del género Ensayo!, a la pieza testimonial *Manuela la Mexicana*, de Aida García Alonso. El jurado Casa le vio cualidades a este relato como para otorgarle un premio, pero «no existía tal género testimonio». Dos años antes, en 1966, la Editorial de la Academia de Ciencias de Cuba había publicado *Biografía de un cimarrón*, de Miguel Barnet, y se hablaba allí de este texto como de un «relato etnológico». Por fin, en 1970, se le pudo otorgar mención de Testimonio a *Amparo: millo y azucenas*, de Jorge Calderón, quien compartió lauros con Víctor Casaus y su *Girón en la memoria*. Para entonces, el género había sido reconocido como tal.

No es este el lugar para lanzarnos a una retrospectiva cronológica que muy bien podríamos hacer remontar a Heródoto (siglo V a. n. e.). En pocas palabras: el relato testimonial parece haber surgido coetáneamente con la poesía y ser, junto con ella, muy anterior a la aparición del género «novela», que sin embargo hoy se nos antoja tan natural que lo sentimos como surgido con la civilización misma.

Solo que no existía una denominación así ni algo que se le semejara. El testimonio era una noción tan dúctil, que podía permear cualquier relato sin que por ello lo nomináramos como tal. Para no ir más lejos: ¿qué otra cosa hicieron los cronistas de la Conquista americana sino dejar testimonio de lo que hacían o presenciaban (Cristóbal Colón, Hernán Cortés) o de aquello que les contaban los testigos novomundistas que por acá pululaban (el caso del cronista Pedro Mártir de Anglería)?

Sea como fuere, en cuestión de testimonio como tal y su sacralización como género literario, tuvimos que esperar a que aconteciera la Revolución cubana, a que Casa de las Américas estableciera su certamen literario anual y a que, dentro de este evento, la fuerza de los hechos obligara a la directiva del concurso a reconocer al testimonio como un género más, entre otros.

Apoyado en estos antecedentes, Barnet pudo, a finales de la década en cuestión (1970), establecer los parámetros para la definición de «novela-testimonio», la cual, según sus propias palabras, debe «proponerse un desentrañamiento de la realidad, tomando los hechos principales, los que más han afectado la sensibilidad de un pueblo, y describiéndolos por boca de uno de sus protagonistas más idóneos».

Por supuesto, estamos en los predios del testimonio etnográfico y de sus desprendimientos, pues Barnet, junto a García Alonso y a Calderón, se alineaba confesamente

dentro de las pautas que había establecido Ricardo Pozas con su *Juan Pérez Jolote*, es decir, la línea en que asimismo había incursionado la etnóloga Calixta Guiteras, quien junto a Pozas tanto tuvo que ver en la formación profesional de Barnet. Recordemos, de Calixta, *Los peligros del alma*, con su entrevista al tzotzil Manuel Arias Sojom.

En puridad, el término parece haber tenido su bautismo —dentro de la información que manejamos— con el libro *Se llamaba S. N.*, del venezolano José Vicente Abreu, en cuyas páginas el autor narra sus vivencias como víctima de la represión política desatada en el país por el dictador Pérez Jiménez. Tranquilamente, en su portada, a modo de subtítulo, aparece el cuño de «novela-testimonio». Se trata de una publicación de 1965 de la editorial cubana Venceremos.

Por otra parte, vemos ya, a partir de otros ejemplos, que la literatura testimonial no precisamente etnográfica (autobiográfica o memorialista, por ejemplo, o sencillamente periodística, de campaña, etcétera) se inicia desde el período colonial mismo y prosigue en la primera mitad del siglo XX hasta entroncar con el auge de este género en los primeros años de la Revolución cubana.

Sería suficiente citar, para el período prerrevolucionario, *La Revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos*, de Ana Cairo; y para el período de la Revolución Socialista, *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1963), en cuyo prólogo nos dice su autor, Ernesto Che Guevara: «Pedimos que, después de escribir algunas cuartillas en la forma en que cada uno lo pueda (...) haga una autocrítica lo más seria posible para quitar de allí toda palabra que no se refiera a un hecho estrictamente cierto, o en cuya certeza no tenga el autor una plena confianza. Por otra parte, con ese ánimo empezamos nuestros recuerdos».

Al paso de los años, y siguiendo la línea de lo publicado por nuestras editoriales y las obras galardonadas con el Premio Casa de las Américas y otros que incluyen el testimonio como género literario, hemos podido constatar que, en puridad, estamos ya en presencia de algo que podríamos generalizar bajo el rubro de «literatura testimonial», de contenidos mucho más amplios que el escueto «testimonio».

Y es que estudiosos muy serios y competentes, como el suizo Martin Lienhard y el profesor marroquí Abdeslam Azougarh, se atienen a parámetros más ortodoxos para la aceptación de determinada obra como «testimonio»; en tanto que la experiencia editorial y el vehículo de los concursos literarios, ante la realidad de facto de los textos entregados, encaran el testimonio con parámetros mucho más dúctiles, de mayor diapasón crítico, lo cual me hace pensar en un término más abarcador que el mero vocablo de «testimonio».

Barnet, en el amplio y expositivo estudio que aparece como colofón del presente tomo, desgrana muy bien sus relaciones con Esteban Montejo y cómo tuvo que proceder para brindar, al fin, un texto que reflejara a Esteban y sus experiencias vitales de manera que el lector pudiera «hacer suya» esa vida —tal como lo hace Barnet— sin percatarse de que no es el discurso exacto del Cimarrón lo que lee, sino una reorganización de sus palabras gracias a las técnicas del etnógrafo y a la sensibilidad poética del escritor. No hay que olvidar que Barnet había comenzado ya a incursionar en la poesía (*La piedra fina y el pavorreal*, 1963), dentro de la modalidad coloquialista. Transmitir el discurso exacto de Esteban, *mot à mot*, tal como lo registró la grabadora Tesla y lo anotó Barnet en sus hojas de papel, no habría rebasado el estatus de un documento etnográfico; lo habrían leído los especialistas, algún que otro curioso o ratón de archivos, y nadie más. Tal vez unos cuantos críticos, de Cuba y del extranjero.

El caso es que la opción de Barnet fue diferente: quiso dejar «el discurso de Esteban», pero filtrado a través de su sensibilidad personal de poeta, al cabo de una intensa e íntima unión *hipostática* de la que él mismo salió tan cimarrón como el propio Montejo. Una prueba muy sencilla de lo que digo fue el beneplácito con que Cimarrón, hombre juyuyo y arisco si los hay, recibió «su vida» de manos de quien se la había restituido. Y yo, personalmente, fui testigo de esto en 1966, cuando Barnet le entregó a Esteban «su vida», «su libro», y el anciano lo acarició con mano temblorosa y ojos casi a punto del llanto más viril.

Vayan y vengan, con toda razón, los criterios en torno al testimonio. Procedan unos con el prurito canónico de Lienhard y otros con la mano suelta de un Enrique Cirules (*El imperio de La Habana*, 1993). El efecto final, la calidad del texto y, en fin, la honestidad intelectual de los participantes será lo que a última hora decida el valor testimonial de obras de este género. ¿Quién le va a cuestionar a Jorge Fuentes haber incorporado la voz de Fabio Grobart, el cimarrón hebreo que de joven vino a Cuba para bien de la Isla? ¿O al médico brasileño Pellegrini convertirse en todo un yanomami de la Amazonia? ¿O a Barnet entrar transido dentro de la piel cimarrona de Esteban, para hablarnos como desde un rito de posesión espiritual?

Solo anhelamos que pueda la literatura testimonial echar tantos brotes como sensibilidades inteligentes y honestas la aborden. Y que estas inteligencias hagan suyas las palabras con que Barnet hace concluir a su interlocutor de tantos años el diálogo entablado tiempo atrás: «Por eso digo que no quiero morirme, para echar todas las batallas que vengan. Ahora, yo no me meto en trincheras ni cojo armas de esas de hoy. Con un machete me basta».

CIMARRÓN REVISITADO

Desde que Graham Greene y Alejo Carpentier, deslumbrados por la originalidad y fuerza etnológica y poética de *Biografía de un cimarrón*, calificaron esta obra de caso único y virtualmente irrepetible de la literatura universal, esta idea ha devenido una suerte de axioma e, incluso, de lugar común en los sucesivos y, por lo visto, indetenibles estudios que sobre ella se han realizado.

Greene y Carpentier tenían sólidos fundamentos para formular tan categórica aseveración. La singularidad de este libro se asienta, en primer término, en la universalidad de su objeto: Esteban Montejo. No el hombre de carne y hueso que Miguel Barnet encontró, por una feliz confluencia de circunstancias, sentado sobre un taburete en un olvidado Hogar del Veterano, sino el símbolo de la resistencia cultural y, ante todo, de la resistencia ética, a toda forma de avasallamiento entre los hombres.

No hay valores universales humanos tan potentes como aquellos que viven encarnados en hombres singulares y, sobre

todo, en hombres que ignoran encarnar tales valores o que, al menos, no los encarnan para la historia, para la literatura, para «lo que van a escribir o decir», en fin, para alimentar la vanidad propia. Esteban Montejo es un ideal vivo: no el dechado de virtudes que la imaginación suele contraponer a la realidad viciosa y, menos aún, la perfección alcanzada, casi divina, lista para la imitación o la veneración, sino una forma histórica concreta de solución real, en el pensamiento y la práctica, de las contradicciones epocales que gravan la historia, que enredan las piernas y los sentimientos y que colocan a los hombres ante la alternativa de la claudicación, la treta adaptativa o el pillaje, por un lado, y la rebeldía, la acción creadora y la dignidad, por otro.

De seguro Esteban —como nosotros— atisbó en su propia universalidad gracias a la labor paciente e inteligente del duende que guio a Barnet durante aquellos tres años de trance y en la medida en que fue deponiendo cautelas y desconfianzas ante la técnica depurada del joven investigador que lo entrevistaba y se apoderaba como un ladrón refinado de su intimidad, de sus vivencias y recuerdos, de sus relatos, fantasías, esquemas de pensamiento, prismas cosmovisivos, tabúes y pudores. En algún momento debió comprender que lo robado no iría a parar al bolsillo del ladrón, sino a la memoria colectiva de la nación que él había contribuido a forjar con dignidad pareja a la de los jefes y caudillos que ahora veía petrificados con sus caballos en parques y avenidas. Entonces debió producirse la tan difícil empatía por la cual informante e investigador devienen coprotagonistas de una aventura en la que uno y otro suelen trastocar funciones y se convierten en coautores de una misma obra. Solo quienes han pasado largas, muy largas horas de su vida —probablemente las más gratas— componiendo y recomponiendo de conjunto con su informante, papel, pluma y grabadora de por

medio, una vida y un pensamiento en lo que tienen de universal y en su peculiaridad humana, pueden aquilatar en su justa medida el valor de esa fusión espiritual en la que ambas partes, sin embargo, no pierden su identidad y, más allá del nexo circunstancial que impone la entrevista y, en general, la investigación, establecen nexos de auténtica solidaridad humana e, incluso, de amistad.

Si es cierto que la antropología constituye, en gran medida, un esfuerzo por comprender al otro y su cultura, no menos cierto es que esa comprensión representa, al mismo tiempo, un proceso de entendimiento de sí mismo y de la cultura propia, un proceso en que cada una de las culturas se proyecta en la otra como un espejo más o menos terso o convexo, y en esta proyección adquiere una imagen inusitada, más parecida a su correlato empírico, a su esencia y a sus determinaciones específicas, que la imagen anterior a la proyección, encerrada en sí misma y generalmente autocomplaciente. Estoy seguro de que Esteban Montejo y Miguel Barnet se conocieron mejor a sí mismos y a sus respectivas culturas como resultado del trabajo conjunto realizado por ellos. Tal vez, solo en virtud de este trabajo hayan llegado a conocerse definitivamente como momentos inseparables de una misma cultura: la cultura cubana, cultura de resistencia y creación. No en balde Miguel anda diciendo por ahí que él también es cimarrón.

En este punto radica, a mi juicio, la auténtica singularidad de Esteban Montejo. La universalidad de que hablamos no pasaría de ser un arquetipo frío o uno de esos modelos abstractos e infecundos que de unos años a la fecha se ha hecho usual construir por encima de la historia concreta de los hombres, si en Esteban solo viviera el ideal de la resistencia cultural y de los valores éticos en general. *Biografía de un cimarrón* no versa sobre resistencia, ética y creación en general, sino sobre resistencia, ética y creación como

atributos de la cultura cubana, en particular, del proceso inusualmente intenso de su formación histórica, visto —y esto es lo definitivo— a través de uno de sus legítimos y más importantes protagonistas: el hombre negro, criollo, cimarrón, mambí, obrero y patriota. Continuarán ignorándolo algunas historias miopes y prejuiciosas, o convirtiéndolo en un muñeco folklórico otras historias y etnografías de farándula y exotismo. Pero ahí estará Esteban para desmentir unas y otras, para validar la inserción fundante de su estirpe en la cubanía, para avalar con su vida y su pensamiento el colosal proceso de transculturación —vale decir, deculturación, aculturación y neoculturación— que produjo esta peculiar comunidad de hombres que llamamos nación cubana. Esteban Montejo: un hombre para el que África no era sino una referencia mitológica, parapetada tras una vieja muralla «hecha de yaguas y bichos brujos que picaban como diablo», y cuya única realidad era la de la esclavitud, el cimarronaje, el ingenio, la guerra y el trabajo duro por treinta pesos. Un hombre cubano desde las raíces hasta la arboladura y, a un tiempo, singular por los avatares específicos, casi legendarios de su vida, que recorrió sobre sus pies y construyó con sus manos la trayectoria histórica de la formación de su propia identidad nacional.

Un segundo elemento reafirma, desde mi punto de vista, la percepción de Graham Greene y de Alejo Carpentier sobre la unicidad de *Biografía de un cimarrón*: la forma de la escritura, realmente inclasificable, al menos a partir de los patrones arisototélicos de nuestra ciencia occidental. «Relato etnográfico» y «novela-testimonio» han sido los rótulos desacostumbrados propuestos por el propio autor. Allá él, seguramente obligado a nombrar de alguna manera lo innombrable, para no permanecer mudo como aquel discípulo de Heráclito que, desalentado por la inmovilidad de los términos y puesto ante

la dialéctica implacable de las cosas, en lugar de nombrarlas, optaba por indicarlas con el dedo. La nombremos o la indiquemos con el dedo, lo cierto es que la obra que nos ocupa haría morir de envidia a algún que otro escritor postmoderno, de esos que procuran con artificios y graves dolores de parto lo que a Miguel Barnet se le ofrece con naturalidad: el desdibujamiento de las fronteras existentes entre géneros, desdibujamiento que no es el trizado de los propios géneros, la mezcolanza caprichosa, el arroz con mango, sino su integración armónica, espontánea, llana y, a la par, profundamente pensada y austera.

Quisiera insistir en esto: no es el arbitrio subjetivista ni la búsqueda vana de originalidad lo que une en *Biografía de un cimarrón* etnografía con poesía, testimonio con novela, narración con estudio de caso, historia de vida con fabulario, sino el apego más estricto a la necesidad interna del desarrollo de su objeto o, si se quiere, de su trama. No hay método de investigación más riguroso que aquel que logra hacerse inmanente al automovimiento de su objeto, ni pensamiento más libre que el que consigue identificarse con la necesidad de su contenido. El rigor y la libertad del modo de pensamiento realizado por Miguel Barnet radican, precisamente, en esa ancha y difícil modestia del espíritu creador que consiste en callar y dejar que sea el objeto quien cuente su propia historia, se trueque en sujeto, desenvuelva en sí mismo sus propias distinciones, haga de sí mismo un libro y se ponga por sí mismo a disposición de los lectores. ¡Tanto más cuanto que ese objeto es un hombre y, más que un hombre, es historia viva y fecunda!

La lectura del libro hace ostensible la sólida cultura antropológica e histórica del autor. De alguna manera habrán sido necesarias también muchas horas de estudio en archivos y bibliotecas e innumerables consultas de orden metodológico.

Pero solo la intuición artística, que retiene en la imaginación el todo y lo hace valer en el trabajo sobre cada parte, es capaz de fundir en una sola pieza historia, mito, leyenda, ficción y realidad; soldados de tal forma que no sean visibles las soldaduras o, con más exactitud, soldados sin soldador y, por consiguiente, sin soldaduras. Es la intuición del artista que suple con creces, desborda y supera en su capacidad cognoscitiva la técnica fría y sin alma del cientificismo.

Biografía de un cimarrón es una obra de arte. Pero no solo, no tanto, no ya, no *per se*. Con igual dignidad —y no simplemente también o al lado de— constituye una obra científica, en particular, etnográfica. Sobre este momento deseo poner el acento. Y nótese que digo momento y no elemento. Elemento es lo que puede vivir por sí mismo, aunque forme parte de un todo, como viven por sí mismas las piezas de un reloj y pueden irse a morar a otro reloj, y funcionar allí sin menoscabo de la relojería. Momento es lo que tiene su realidad en un todo orgánico que lo engloba, y es indisoluble de él, y no puede existir ni ser pensado sin él, sino con profundo menoscabo de la organicidad. La ciencia etnográfica, con su peculiar historicidad, es precisamente un momento de *Biografía de un cimarrón*. Un momento relevante. Baste repasar sus páginas, digamos, aquellas del monte, el monte del cimarrón, no simplemente el de la geografía, con sus pájaros cuchicheando entre sí, sus cerdos descarriados, majas vampiros, rancheadores y perros amaestrados al acecho, lomas que suben y bajan, cuevas cruzadas por murciélagos, alimentos robados a la manera del gato, picadas de bichos, calenturas, hierbas medicinales, agua fresca, sombras de árboles que no conviene pisar de noche, remedos de tabaco y café, música y bailes de guajiros distantes, caza de jutías, abstinencia del verbo y del sexo, y el sentimiento hondo de que la libertad cuelga del hilo de la prudencia. O la indagación sistemática

en el ingenio y sus concomitancias: barracones sin cerrojos, cañaverales, mayordomos, fondas, fiestas, sudores sexuales en el yerbazal, campanas del Silencio, arados, maquinarias de vapor, isleños, gallegos, asturianos, chinos, filipinos, congos, lucumís, mandingas, gitanos, circos, trenes, cachimbas de barro, ñáñigos, santeros, católicos, masones, enamoramientos con piedras y granos de maíz, cabildos, herencias, tertulias, abogados, médicos, curanderos, comadronas, gobernadores, condes y marqueses, cédulas y cartillas de identidad, comidas y bebidas rituales, curas e iglesias, vendedores de cuanto se compre, licores, competencias de caballos, peleas de gallos, monedas mexicanas y españolas, modas y usos en el vestir, carnes postizas tras camisones, sayas, sayones, corsés y vestidos, juegos infantiles, trapiches, hijos mulatos, cuero para los niños, islas de cocodrilos y tiburones en las que se confinan ladrones, chulos, cuatreros y rebeldes, casas habitadas por espíritus, trajines funerarios, resurrecciones, técnicos ingleses y norteamericanos, bandoleros, secuestros, güijes, sirenas zalameras que se llevan a los hombres al fondo del mar y los devuelven vivos, brujas que cuelgan el pellejo detrás de la puerta, jinetes sin cabeza, voces del campo, pichones que nacen de huevos salcochados y diablillos paridos por gallinas y por el ingenio humano, cazuelas brujas de mayombe judío, martes y medianoche del diablo, resguardos, luz eléctrica, dominó y barajas, fiestas de San Juan, Semana Santa, Sábados de Gloria, titiriteros, sitieros, bodegueros, proverbios, historias de sapos, jicoteas, tigres y monos...

Análogo tesoro etnográfico contienen las páginas del barracón y la guerra. Barracón de integración interétnica y distancia social; guerra de paradojas vivientes, de fajatiñas por el mando y épica cotidiana, de cepos de campaña y trajes de libertador, de desconfianza honda y entrega idealista, de bribones y titanes, de traición y heroísmo. La guerra del mambí,

hijo de aura y mono convertido en león. Y hago hincapié en que en estas páginas no se encuentra simplemente el material dispuesto para el estudio de algún sabio conceptuoso, sino el propio estudio de este material, en el que el concepto y el aparato categorial, las coordenadas de la clasificación, la inducción y la deducción se han sumergido libremente en la lógica interna de la cultura. Etnología hay aquí y, más allá, antropología histórica, estudio científico del hombre enraizado en su cultura y su historia.

Alguien dirá que tal dato resulta anacrónico o que tal batalla tuvo lugar diez kilómetros más hacia el sur. Tanto peor para su percepción de los valores del libro y de la ciencia antropológica. A mi juicio, no es la llamada «historia real» lo que importa en este caso —aunque importa mucho—, aquella que suele copiarse servilmente y con carácter exclusivo, como si las otras, las de la mentalidad y el imaginario individual y colectivo no fueran reales. Importa ante todo la visión que ofrecen Esteban y Miguel de la naturaleza sensorial y suprasensorial, de las relaciones entre el hombre y estas naturalezas y de los hombres entre sí, de la sociedad y la división social del trabajo, de la producción, de la distribución, el cambio y el consumo de la riqueza material y espiritual, de la cultura, la ideología, la propiedad y el poder. Visión incontestable contra la que se estrellará toda la crítica arqueológica del detalle.

¿Está cerrado el camino abierto por Miguel Barnet? ¿Ha sido roto, después de ser usado, el molde en que se fundió *Biografía de un cimarrón*? No lo creo. Es cierto que ya no habrá cimarrones, cuánto menos cimarrones que devengan miembros del Partido Socialista Popular. De Esteban solo seguirá vagando el espíritu, en sentido figurado y en sentido literal. Pero no hablo del metal, sino del molde, no del contenido, sino de la forma abierta para el estudio de la cultura

cubana. De que la forma, transfigurada, ha continuado viva habla la propia obra ulterior de Miguel Barnet, ante todo *Gallego y Canción de Rachel*, y la aún innominada que está por venir. Pero yo creo que esta forma, en lo que de científica tiene, puede continuar haciendo saber de sí por múltiples vías, y no solo en la obra de Barnet.

La unicidad es una virtud del arte, no de la ciencia, y no hay mérito y responsabilidad mayores para el científico que los de abrir un camino por el cual puedan transitar otros, que poner a disposición del gremio de la ciencia un método de valor más o menos universal en lo que tiene de índice, no en lo que tendría de camisa de fuerza. Yo mismo —y ofrezco disculpas por esta referencia personal— he acumulado cientos de cuartillas en apretada letra con transcripciones en bruto de entrevistas realizadas a dos religiosos cubanos de singular vida. A Barnet no le será difícil imaginar los apuros y angustias en que me pone el propósito de otorgar vida a esa masa informe de datos empíricos. Algún ángel, sin embargo, anda susurrando a mi oído que *Biografía de un cimarrón* constituye, si no un modelo, al menos una referencia obligada y fecundante. De una u otra forma, varios colegas han escuchado a este mismo ángel. Quizás el acertijo radique en no dejarse encandilar por el modo artístico tan peculiar de Barnet. Lo importante es asumir el riesgo de la creación con modestia y con la esperanza de que Miguel nos conceda la gracia de un guiño cómplice por la osadía. En este sentido, Greene y Carpentier tenían toda la razón, aunque no la tenían del todo.

RUBÉN ZARDOYA LOUREDA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
LA ESCLAVITUD	13
Primeros recuerdos	15
La vida en los barracones	21
La vida en el monte	43
LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD	57
La vida en los ingenios	59
LA GUERRA DE INDEPENDENCIA	151
La vida durante la guerra	153
GLOSARIO	195
LOS CAMINOS DEL <i>CIMARRÓN</i>	203
Para llegar a Esteban Montejo: los caminos del <i>Cimarrón</i>	205

EL <i>CIMARRÓN</i> Y LA CRÍTICA	233
LA NOVELA-TESTIMONIO	245
La novela-testimonio: socio-literatura	247
Testimonio y novela	283
<i>Cimarrón</i> revisitado	289

Biografía de un cimarrón

se imprimió en junio de 2025
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Estado Miranda, Venezuela
Son 2.000 ejemplares

Biografía de un cimarrón

Dentro del género de la novela testimonial, *Biografía de un cimarrón* se ha erigido como una de las obras más emblemáticas y reconocidas en el ámbito literario del siglo XX. Documento vívido donde la existencia individual es un espejo sobre el que se reflejan los hechos históricos y culturales de un colectivo. Narrada en primera persona, Esteban Montejo —hombre centenario— comienza relatando su vida en los ingenios azucareros en la Cuba finisecular, pasando por la guerra de Independencia y la intervención estadounidense. Conmovedora y humana, esta obra consagra la pluma de Barnet como una de las más influyentes y representativas de la literatura Latinoamericana de los últimos tiempos.

MIGUEL BARNET (La Habana, 1940). Etnólogo, escritor y político. Participó en la fundación de la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), institución que dirigió entre los años 2008 y 2019. Investigador y divulgador de la cultura originaria, es uno de los autores cubanos más reconocidos internacionalmente. Su encomiable trayectoria intelectual y creadora ha sido honrada con numerosas distinciones: Premio Nacional de Literatura de Cuba (1994); Premio Iberoamericano de Letras José Donoso (2007); Medalla de Oficial de la Orden Nacional del Mérito (Francia, 2004), y Caballero de la Orden al Mérito de la República Italiana (2011). Entre sus obras se destacan: *La sagrada familia*, poemario galardonado con el Premio Casa de las Américas (1967); *Canción de Rachel* (1969); *Gallego* (1983); *Cultos afrocubanos. La Regla de Ocha. La Regla de Palo Monte* (1995); *Un cubano en Nueva York* (1990), y *Actas del final* (2000).



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

